

Sophie Saint Rose



La elegida

La elegida
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Semira corrió por la colina y se tropezó con una piedra cayendo al suelo. Gimió al ver que se habían desparramado todas las verduras que acababa de recolectar. Su hermano pequeño la alcanzó y gritó —¡Corre, nos ha visto!

Miró sobre su hombro para ver al labriego con la azada corriendo colina arriba. El hombre con cara de querer matar a alguien, sudaba como un cerdo respirando con dificultad. —¡Clod, corre a esconderte! —Apartó su trenza recogiendo las verduras a toda prisa mientras su hermano corría como una gacela colina abajo con el saco de manzanas.

—¡Déjalas, te va a coger!

Miró sobre su hombro y vio que el hombre se había detenido apoyando las manos en las rodillas intentando respirar. Semira alargó la mano para coger la cebolla y se levantó de un salto ignorando el roto que tenía en su vieja falda para salir corriendo, asegurándose de que la capa cubría bien su rostro.

—¡Ya te cogeré! —gritó el hombre cuando llegó a lo alto de la colina—. ¡La próxima vez te estaré esperando y te meteré la azada entre ceja y ceja!

No se molestó en contestar. Descendió la colina y atravesó la pradera en dirección contraria a su pueblo para que él no supiera de dónde venía. Tuvo que rodear el bosque, pero no podía arriesgarse a que la buscara en su aldea y la acusaran de robo. La pena sería perder las manos y les tenía mucho cariño. Unos pasos más no importaban con tal de mantenerse a salvo.

Cuando llegó al río, miró a ambos lados para asegurarse de que no la veían llegar al pueblo. Dejó la cesta en el suelo y se quitó la capa mostrando su larga trenza rubia. Dobló la capa y cubrió las verduras con ella. Recogió algunas flores silvestres y con cuidado las puso en el borde de la cesta para que creyeran que había ido a recogerlas. Vio a su hermano al otro lado del río y se echó a reír al ver que ponía las manos en jarras como si estuviera harto de esperarla. —¿Se puede saber dónde has dejado el botín?

—En el interior del árbol azul —dijo su hermano guiñándole el ojo—. Después me daré un par de paseos y las meteré en casa poco a poco.

Saltó de una piedra a otra para cruzar el río hasta llegar al otro lado. —Vamos, padre estará preocupado.

—No, no lo estará porque estará en la cantina emborrachándose.

Semira suspiró poniendo la mano en su hombro para empujarle ligeramente y que se pusiera en marcha. —No, no estará en la cantina porque no tiene dinero. Ni dinero ni nada que pueda vender. Si no tenemos ni para comer, ¿cómo va a beber? Estás enfadado con él por lo del mes pasado.

—¡Pues sí! ¡La bruja te quitó el peine de mamá para venderlo! ¡Y se lo bebieron entre los dos!

—Sabes que no fue así. ¿Por qué te empeñas en pensar que padre es malo? Estaba disgustado por lo del peine y cogió la botella que ella había comprado. Papá ya no podía hacer nada. Podía haberlo vendido antes y nunca lo hizo.

—¡La odio! ¡Les odio a los dos!

Asombrada miró a su hermano de diez años que tenía mucha rabia dentro. —¿Por qué dices eso? Se agachó y le cogió por los hombros para mirar sus mismos ojos verdes herencia de su madre. —Padre no es mala persona. Nos quiere. Se sentía solo y se casó con Ólia para tener a alguien que le amara. Eso no es malo. Necesita compañía. Eso no significa que no eche de menos a madre ni que la quiera menos. La amaré siempre.

—¡Nos matan de hambre! ¡Tenemos que robar para darles de comer! ¡No cuidan de nosotros como lo haces tú! ¡Si no fuera por ti, habríamos muerto hace años! Te juegas la vida para alimentarnos y ellos ya no se preocupan.

Semira sonrió. —¿Y para qué se van a preocupar si lo hacemos nosotros? Es lógico. Padre no puede correr como tú. —Al ver que los ojos de Clod se llenaban de lágrimas, le abrazó con fuerza. —Entiendo cómo te sientes. Estás frustrado y enfadado por la vida que nos ha tocado vivir, pero somos pobres, mi cielo. No tenemos semillas que cultivar y seguiremos siendo pobres a no ser que un golpe de suerte nos cambie la vida.

—Let dice que moriremos pobres como nuestros padres.

Se apartó y le limpió las lágrimas. —Seguramente. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué?

—Nosotros tenemos una suerte enorme porque nos amamos. Padre, Let, tú y yo nos queremos. Siempre nos tendremos los unos a los otros.

—Ólia dice que Let nos va a sacar de la pobreza. Que será una de las elegidas y que nos enviará las riquezas que gane.

Semira sonrió. —Claro que lo será, porque es la más hermosa de la aldea. ¿A quién iban a elegir sino?

—A ti.

Semira se echó a reír. —Yo no me voy al harem del rey, porque nunca me presentaría.

—¿Por qué?

—Porque prefiero robar.

—Te vestirían de sedas y bailarías para el rey. Es un honor ser su concubina. Tendrías joyas y nunca te faltaría la comida. —Los ojos de su hermano brillaron. —Me ha dicho Tría que en palacio hacen dulces tan grandes como mi puño y que los niños se alimentan solo de ellos.

—Esa amiga tuya no sé dónde oye tantas historias. Apuesto que la mitad son mentiras.

—No son mentiras. ¡Esas historias se las cuenta su abuela!

—Otra mentirosa. Yo nunca me he creído que fuera una de las elegidas. Si es feísima.

—¡Tiene casi noventa años!

—¿Ves? No hay nadie vivo de su edad para negar lo que dice. Vamos, date prisa que tengo mil cosas que hacer.

Caminando por el sendero que llevaba a la aldea, se clavó una piedra en la planta del pie. Gruñó y cojeó hasta una roca sentándose sobre ella. Clod hizo una mueca al ver la suela de cuero, remendada una y otra vez, rota por la mitad. Semira se miró la planta que se veía claramente a través del agujero. Sacó la piedra de la herida y limpió la sangre con el pulgar. —Necesitas otras botas —dijo su hermano preocupado—. ¿Cómo las vamos a conseguir?

—Como lo consigo todo. Robándolas. —Se encogió de hombros arrancando unas cuantas hojas. Se quitó las tiras del tobillo sacándose el zapato y metió las hojas para proteger el pie. Se la puso de nuevo y le guiñó un ojo a su hermano. Se preocupaba por todo y eso no era bueno. Solo tenía diez años y ella debía protegerle de la dureza de la vida todo lo que pudiera. Le sonrió y acarició su mejilla. —¿Sabes qué? Esta noche iré a la casa grande y robaré un bollo de canela para ti.

—No hagas eso. La última vez por poco te cogen. —Negó con la cabeza con vehemencia. —Solo para cosas importantes. Como unas botas para ti.

—Muy bien. Como tú digas.

De todas maneras iría. Y no tendría que robar los bollos porque la cocinera le debía un par de favores.

Atravesaron la aldea saludando a sus conocidos y cuando pasó ante Rea le dio las flores. —¡Felicidades!

Su amiga la miró sorprendida con sus ojos castaños. —Gracias. Creía

que te habías olvidado.

—Vaya, gracias. —Se echó a reír y la abrazó. —Diecisiete años, eres toda una mujer.

—El año que viene ya podré presentarme —dijo su amiga ilusionada—. Queda menos de un año.

Su hermano abrió la boca asombrado. —¿Quieres ser una elegida? ¿No era broma?

—¡Si se quiere presentar, se presenta! —replicó Semira al ver a su amiga sonrojada.

—Sé que es ridículo. No soy hermosa como tú, pero...

—Es tu ilusión y lo vas a hacer. Estás en todo tu derecho como cualquier mujer del reino.

—Pero ...

Semira le dio una colleja a su hermano, que estaba a punto de decir que no era hermosa. Se lo veía en la cara. —¿No tienes nada que hacer?

Clod parpadeó. —No.

—¡Pues busca algo!

Cogió a su amiga del brazo y la metió en su casa a toda prisa. Cuando vio que estaba vacía, metió la mano en la cesta y sacó una cebolla y dos patatas. —Oh, Semi. No puedo...

—No digas que no puedes aceptarlo porque me voy a enfadar. Es tu cumpleaños y vas a comer en condiciones.

Rea sonrió. —Gracias.

—De nada. —Le guiñó un ojo y fue hasta la puerta mientras su amiga lo escondía bajo el fino colchón de lana.

La siguió hasta fuera y le susurró —Un día te vas a meter en un lío.

—Seguro que sí. Pero prefiero hacer algo, a quedarme esperando de brazos cruzados a que la muerte me lleve. —Miró a la vecina que sentada en un banquito de madera miraba al vacío mientras uno de sus hijos lloraba en el interior de la casa, seguramente de hambre.

Ambas miraron a su alrededor. Las pequeñas casitas estaban en un estado lamentable como todo lo demás. El hambre corría por el pueblo y había hecho estragos. Moría alguien todos los días y los únicos que llenaban la panza eran los dueños de las tierras que exigían la mayor parte de las cosechas y si quedaba algo, se lo llevaba el recaudador de impuestos del rey. Y si alguien tenía suerte de haber conseguido quedarse con alguna moneda, seguro que se la quedaría el de la cantina después de celebrarlo.

—Me ha dicho mi madre que van a volver a subir los impuestos. —Miró horrorizada a Rea que asintió mirándola con temor. —No podremos pagar. Mi madre se ha puesto enferma y no podrá recoger la cosecha.

—La ayudaremos entre todos.

—¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer? Si ni siquiera habéis podido plantar nada porque el señor no os vendió las semillas. ¿Cómo os vais a arreglar? Os echarán de la aldea.

—Algo se me ocurrirá.

—Si eligieran a Let, el señor no se atrevería a echaros por contrariar al rey. Y así viviríais tranquilos hasta que enviara algo.

—No podremos depender de Let siempre. —Apretó los labios molesta. —¡Además eligen mujeres de todo el país! ¡Es hora de que dejemos de llorar y hagamos algo! —Rea se mordió el labio inferior. —¿Qué?

—Si aceptaras a Tarquin...

Dejó caer la mandíbula de la sorpresa. —¿Es una broma? ¡Podría ser mi padre!

—Es el dueño de la cantina y te aprecia.

—¡Es un borracho de mano larga! ¡Ni de broma voy a dejar que me ponga un dedo encima!

—Serías la más rica del pueblo, aparte de la señora. ¿No quieres vivir tranquila?

—Te aseguro que con ese cerdo no estaría nada tranquila. —El asco se reflejó en su cara. —Si ni si quiera se lava. Me repele solo de...

En ese momento el cantinero estaba al final del camino mirándola con lascivia. Llevaba unos pantalones de calidad y un chaleco azul que dañaba la vista, pero su ropa estaba tan sucia que podría tenerse de pie ella sola. En cuanto llegó a su lado, se pasó la mano por el cabello cano como si con eso solucionara lo grasiento que lo tenía y el olor que desprendía llegó a sus naricillas. Se giraron dándole la espalda casi como en un acto reflejo, pues eran solteras y no podían hablar con ningún hombre a solas. Mucho menos si las pretendía.

—Tan bonita y vergonzosa... —Le tocó la trenza con el dorso del dedo índice y ella se apartó de golpe haciéndole reír. —Tendré que hablar con tu padre, Semira. Ya va siendo hora de que te cases.

Se quedó helada y él sonrió mostrando sus dientes podres antes de hacer una reverencia como si se creyera un caballero y se alejara hacia su cantina estirándose su raído chaleco. —Mírale, se cree alguien.

—Y es alguien, Semi. Es el que puede sacar a tu familia del hambre y lo

sabes.

Apretó los puños con rabia. —Buscaré la manera.

—Si te presentaras a ser elegida no podría pedirle la mano a tu padre.

—¿Y ser la amante de un rey que está con un pie en la tumba? ¿Y luego qué? ¿Qué ocurrirá cuando llegue su hijo y nos eche a todas?

—¡Eso que te habrás llevado! Muchas viven el resto de su vida con las ganancias. Mira Rosym.

—Eso son patrañas que nos meten en la cabeza para que nos presentemos. ¡Cuentos de viejas! ¿A quién han elegido del pueblo en los últimos años? ¡A nadie! ¡Y si así fuera, solo seríamos amantes!

—Es una oportunidad. Se dice por ahí que algunas se casan con altos cargos del gobierno.

—Sí, y yo también he oído que otras mueren por las disputas en el harem por ser la favorita. ¿Quieres vivir así?

Su amiga levantó la barbilla. —Quiero poder comer todos los días. Eso quiero. Y si tengo la suerte de ser una de las elegidas, haría todo lo que esté en mi mano para darle un hijo al rey.

Entonces Semira vio la desesperación en sus ojos. Sabía que era la única oportunidad que tenía su amiga de sobrevivir, porque en la aldea apenas quedaban solteros, y los que había era porque habían enviudado y necesitaban una madre para sus hijos. Allí no había amor y lo único que conseguiría era una vida triste hasta que la muerte llegara. Para su amiga, como para muchas otras, ser una de las elegidas era un sueño. Y Semira no tenía derecho a robárselo. Sonrió haciendo que su amiga se relajara. —Lo conseguirás, ¿sabes?

—Y si tengo suerte, puede que un asesor del rey se enamore de mí. —Juntó las manos ilusionada. —¿Te imaginas? O incluso el príncipe que está soltero. Necesitará esposa y dicen que a veces usa el harem cuando su padre se lo permite.

—¿Es atractivo?

—Tiene que serlo, es príncipe —contestó indignada.

—¡Semi!

Se volvieron para ver a su hermano pálido correr hacia ella. —¡Corre, ven!

—¿Qué ocurre?

—¡Es padre!

Corrió hacia su casa que estaba al fondo del pueblo y entró tirando la cesta a un lado para ver a su padre tumbado en la cama. Ólia lloraba sentada a su

lado mientras su hermana Let le cogía la mano y Semira se acercó. Se llevó la mano a la boca al ver que sangraba por el vientre. —¿Qué ha ocurrido?

Ólia la miró con los ojos rojos de tanto llorar. —Intentó cazar y le han disparado una flecha.

—¿En los bosques del señor? —chilló histérica provocando que su padre abriera los ojos y sonriera agotado—. Mi niña... —Soltó la mano de su hermana para coger la suya. —Semi, tengo que hablarte.

—¿Dónde está la curandera? —Let negó con la cabeza indicándole que no había nada que hacer. Cogió la mano de su padre angustiada y se sentó a su lado. —Padre, no hables. Tienes que reservar las fuerzas.

—Dejadnos solos. Fuera.

—Pero...

—Dejadme con mi hija. —Cerró los ojos y los volvió a abrir como si tuviera que esforzarse. —Dejadme con Semi...

—¿No habéis oído a padre? —preguntó el niño rabioso—. ¡Hacer lo que dice!

Ólia y Let se alejaron del catre y fueron hasta la puerta. Su padre apretó su mano mirándole a los ojos. —Lo siento, hija.

—No hables, por favor. —Besó el dorso de su mano desesperada. —Te pondrás bien.

—Prometí a tu madre que os cuidaría y no he cumplido. Pero tú te encargarás de ellos, ¿verdad? Tienes que cuidarles. —Reprimiendo las lágrimas asintió. —Prométeme que te presentarás para elegida. No puedo dejar que quedes a merced de cualquier hombre que se cruce en tu camino cuando ya no esté con vosotros. Si llevas el pañuelo azul nadie podrá tocarte hasta después de la elección y aún quedan siete meses. —Le costaba hablar y Semira apretó su mano angustiada.

—Padre...

—¡Prométemelo! Ya he hablado con Let y lo hará. Dime que tú estarás a salvo.

Una lágrima cayó por su mejilla por la desesperación que escuchaba en su voz. No podía dejar que muriera así. —Te lo prometo.

Su padre sonrió cerrando los ojos. —Dile a mi hijo que pase.

—Sí, padre. —Temiendo no poder escuchar su voz de nuevo, le abrazó con fuerza y susurró en su oído —Te quiero y juro por mi vida que cuidaré de mi familia.

Su padre le acarició la espalda. —Lo sé, mi niña. Nunca olvides que

estoy muy orgulloso de ti. Siempre te he querido, aunque no lo creas. Siento no haber sido un buen padre.

—Has sido un padre maravilloso, porque nos has amado y eso es lo más importante.

Su padre asintió reteniendo las lágrimas. —Gracias, cielo. No me olvides.

—Jamás. —Le abrazó de nuevo y se apartó corriendo hacia la puerta. Le hizo un gesto a su hermano, que a punto de llorar entró corriendo.

Ólia se apretaba las manos sin dejar de llorar y se enderezó al ver que se acercaba. La miró con rabia. —Tú le has obligado, ¿verdad?

—¡Teníamos hambre! ¡No podía quedarse sin hacer nada!

—¡Solo has traído problemas desde que llegaste! —La señaló con el dedo. —No te echo de la casa de mi madre porque era tu hermana, pero vuelve a hacer algo que nos ponga en peligro y te mato.

Ólia palideció porque hablaba muy en serio. Let la cogió por el brazo apartándola y se miraron a los ojos. Eran muy parecidas, excepto por el color de pelo. Let era de cabello muy negro lo que resaltaba sus ojos verdes, mientras que ella tenía el cabello rubio casi blanco. Se llevaban un año y Let era la mayor, aunque todo el mundo creía que era al revés porque su hermana era más dócil y callada. —¿Te lo ha pedido? —preguntó su hermana asustada.

Asintió sin darse cuenta de que lloraba. —No quería hacerlo.

—Lo entiendo. No te preocupes.

—Te lo prometí hace años y...

—Esto es más importante. Y aquella fue una promesa de niñas.

—Te he fallado.

—Le has dado paz, que es lo que necesita en este momento. Has hecho bien y yo no tenía derecho a pedirte aquello. No fue justo. Fue un capricho infantil para no tener que compartir la elección contigo como todo lo demás. Fui muy egoísta y lo siento.

—¡Pero es que yo no quiero ser una elegida!

Let la cogió por los brazos. —Cumplirás la promesa a padre.

—Claro que sí. No me queda más remedio. —Miraron hacia la puerta donde su hermano salía de la casa intentando borrar las lágrimas.

—Ha muerto. —Las dos se acercaron a él y se agacharon para abrazarle con fuerza.

—Me ha dicho que me quiere —dijo su hermano llorando.

—Claro que te quiere —le dijeron a la vez—. Eres su niño.

—Pero maté a mamá.

Abrazándole las hermanas se miraron. —No mataste a mamá. Tú eres un milagro. Mamá vivió lo suficiente para que nacieras y damos gracias todos los días —dijo su hermana—. Padre te quería muchísimo.

Él sorbió por la nariz asintiendo. —Me lo ha dicho.

—Claro que sí. —Semira acarició sus rizos rubios. —Eras su orgullo.

Ólia se acercó a ellos apretándose las manos y los tres la miraron con rencor. Se echó a llorar desgarrada antes de salir corriendo hacia el bosque, casi chocándose con Rea que esperaba en silencio muy preocupada. La mirada de Semira bajó hasta su cintura donde llevaba el paño azul que indicaba que en la próxima elección era una de las candidatas. Recordaba la última elección unos meses antes, en cuanto los hombres del rey se fueron sobre sus caballos, Rea corrió hacia el secretario de su señor para pedir uno de esos paños que habían pasado de generación en generación, esperando que una de sus portadoras fuera la elegida. Su amiga se lo había puesto con mucha ilusión, pero para ella la posibilidad de ser la amante del rey le revolvía el estómago.

Pero ahora tenía cosas más importantes en que pensar. Se incorporó tomando aire antes de mirar a su hermana. —Voy a hablar con ella. Espera a que llegue para preparar a padre.

Su hermana asintió abrazando a su hermano que se puso a llorar de nuevo. Rea se acercó a ella. —¿Puedo hacer algo? No sabes cómo lo siento...

—Gracias. —Emocionada intentó retener las lágrimas. —Te lo agradezco.

—Tienes derecho a llorar.

Asintió limpiándose las mejillas rabiosa. —Enseguida vuelvo.

Caminó por donde Ólia había salido corriendo y la encontró al lado del río sentada en una piedra llorando. La vio llegar por el rabillo del ojo y se volvió ocultando sus lágrimas. Suspiró acercándose y se sentó a su lado en silencio.

—No tengo a donde ir —susurró Ólia apretándose las manos mirando el río.

—No te voy a echar, tía. Ya te lo he dicho.

—¿De verdad? —Parecía sorprendida. —No he sido una buena madre para ti ni para ninguno de vosotros.

—No, no lo has sido —respondió pensativa antes de volverse y mirarla a los ojos—. ¿Por qué te comportabas así? Nunca nos has querido.

—Eso no es cierto. —Una lágrima corrió por su mejilla. —No sabes lo

difícil que ha sido para mí. Era la intrusa. La tía que usurpó el puesto de tu madre. La hermana pobre que después de enviudar venía a cuidar a los hijos de su hermana. Ni Clod me quería y eso que le cuidé desde que era un bebé. Al principio lo intenté. Al fin tenía una familia. Pero después la rabia me dominaba y...

—Dejaste de intentarlo.

—¡Sí! ¡Ni tu padre me quiso nunca! —gritó con rabia antes de señalar hacia el pueblo—. ¡Le has visto! ¡Ni se ha despedido de mí! ¡Yo nunca he sido importante para nadie! ¡Ni siquiera pude tener un hijo propio! —Se echó a llorar desgarrada apretándose el vientre y Semira sintió su desesperación. Había tenido una vida difícil y ellas tampoco habían ayudado mucho. Tenía razón en todo lo que había dicho. Let y Semira no habían sido buenas hijas, porque desde que se dieron cuenta de que las intenciones de Ólia eran casarse con su padre, se habían revelado y la convivencia no había sido buena. De hecho, a veces había sido horrible y la habían culpado a ella de lo que ocurría, cuando la culpa había sido de todos.

—Lo siento.

La miró sorprendida. —¿Lo sientes?

—Sí, deberíamos haber sido más comprensivas contigo. Perdonamos a mi padre por casarse contigo dos meses después de la muerte de mi madre, pero a ti...

Miraron el agua durante largo rato. —Debemos volver —dijo Ólia levantándose—. Hay que preparar la pira.

Levantó la mirada hasta ella y Ólia alargó la mano. Era una ofrenda de paz y Semira alargó la mano cogiéndola y levantándose. Caminaron en silencio hasta el pueblo y Ólia la miró de reojo. —¿Vas a hacerlo?

—¿El qué?

—Presentarte para la elección.

—Se lo he jurado en su lecho de muerte.

—No os elegirán a las dos. Lo sabes.

—No espero que me elijan.

Ólia tiró de su mano deteniéndola. —No me has entendido. Si eligen a alguien será a ti.

—¿Por qué dices eso?

—¿Nunca escuchas cuando te hablo? ¡El año pasado las elegidas eran rubias! ¡El rey las adora! ¡Y tu pelo llama mucho la atención! ¡Si eligen a alguien, será a ti, Semira!

Palideció dando un paso atrás negando con la cabeza. —No puede ser. Let es mucho más guapa que yo.

—Nunca eligen a morenas. Dos chicas del reino al año y en los últimos años todas han sido rubias. No la elegirán.

Se llevó la mano libre a su trenza y la miró pensando en que podía cortarlo. Ólia tiró de su mano. —Ni se te ocurra, ¿me oyes? ¡Si tienes una oportunidad de salir de aquí, debes aprovecharla! ¡Tus hermanos tendrán comida y estarán protegidos por la corona porque nadie se atreverá a ofender a una favorita del rey! ¡Se lo prometiste a tu padre! ¡Le prometiste que cuidarías de ellos! —Palideció porque tenía razón y Ólia apretó los labios. —Así que cuida ese cabello durante estos meses, porque el día de la elección tienes que estar arrebatadora.

—¿Y si no me eligen?

—Entonces tendremos que idear algo. —Entrecerró los ojos. —Porque si eso ocurre, la mitad de los buitres de este pueblo se lanzarán sobre vosotras y tu hermana no es como tú. No sobreviviría a estar casada con un hombre como el herrero, que pega a su mujer día sí y día no.

—Lo he entendido, Ólia.

Su tía asintió. —Vamos a despedirnos de tu padre.

Preparar la ceremonia fue doloroso, porque todavía no se podía creer del todo que ya no le volvería a ver. Los habitantes de la aldea les rodearon en la pira funeraria a las afueras de la aldea y los hombres colocaron a su padre ya envuelto en gasa blanca sobre la leña. Carmon, el hombre más anciano de la aldea, dio un paso al frente con una de las antorchas. Era de noche como marcaba la tradición y su alma se uniría a las ánimas que protegían a los suyos. Las mujeres se arrodillaron en señal de respeto, pero Semira se quedó de pie con la mirada perdida sin darse cuenta. Carmon se acercó a ella y la miró a los ojos.

—La tradición dicta que lo que no se dijo en vida al fallecido no debe decirse después de muerto. Pero si quieres compartir unas palabras con los tuyos...

Negó con la cabeza. —No me siento capaz. Si me haces el favor... —Se arrodilló entre su hermana y su hermano y les cogió las manos mirando el suelo. No sería capaz de ver como su cuerpo se consumía.

Carmon asintió girándose para dirigirse a los suyos. —Despedimos a Sinon que se ha ido precipitadamente para desgracia de los suyos. Arropémosles

pues necesitan nuestro apoyo en un momento tan doloroso. Os ruego que no les dejéis solos en este trance.

Se acercó a la leña como todos los varones del pueblo y tiraron las antorchas a la pira, que empezó a arder con vigor. Semira cerró los ojos con fuerza intentando ignorar el nudo que tenía en la garganta. Una lágrima corrió por su mejilla recordando los últimos momentos que estuvo con su padre y se juró a sí misma que haría lo que hiciera falta para mantener a salvo a los suyos. Su padre y su madre les protegerían.

Apenas una hora después los suyos se fueron yendo en silencio y solo quedaron los cuatro ante la pira que seguía ardiendo hasta que amaneció. La primera en levantarse fue su hermana y tiró de su mano, pero ella se resistió.

—Debemos irnos, Semira. Ha amanecido y ya no está ahí. Nos seguirá a donde vayamos. Debemos ir a la casa del señor a cumplir sus pedidos.

Asintió e ignorando el dolor en las rodillas se levantó. Su hermano estaba agotado y mientras Let le ayudaba a levantarse, ella cogió a Ólia del brazo. Su tía estaba muy pálida. —¿Estás bien?

La miró sorprendida y Semira se sintió culpable cuando sus ojos verdes se llenaron de lágrimas. Ahí se dio cuenta que jamás habían tenido un gesto amable con ella. Simplemente vivía con ellos y la toleraban. Algo totalmente injusto porque su padre también había sido responsable de ese matrimonio. No pudo evitar sentirse muy mal en ese momento.

Su tía se pasó la mano por la mejilla asintiendo. —Sí, estoy bien. Solo algo cansada.

—Ahora podrás acostarte. Pero primero comerás algo.

Ólia se cogió de su brazo y caminaron hacia la casita. Semira se detuvo en seco al ver a Tarquin ante su puerta. Su tía se tensó y dijo en voz baja — Niños, quedaros aquí.

Con fuerzas renovadas caminó hasta su casita y habló con el cantinero. Las hermanas se miraron y Let susurró —Viene a reclamarte. Corre a la casa grande a por el fajín.

Ólia pálida la miró de reojo mientras Tarquin sacaba una saca de cuero que seguramente tenía dinero. Era la dote que se le daba a la familia. Su tía no podría hacer nada por ella. Él era un hombre y ella no tenía padres. Estaba a su merced. A Semira se le pusieron los pelos de punta cuando él sonrió mirándola con malicia, así que cogió la mano de su hermana echando a correr.

—¡Corre Let!

Su hermana estaba agotada. —No puedo. ¡Ve tú! A mí no me quiere.

Escuchó un grito y Semira miró sobre su hombro. Vio como Tarquin tiraba al suelo a su tía y Clod corrió hacia él furioso. —¡No!

El muy cerdo pegó un bofetón a su hermano tirándolo sobre el camino. —¡Corre Semira! —gritó su tía—. ¡No te preocupes por nosotros!

Miró los ojos de su hermana que se echó a llorar. —¡Corre!

Semira se volvió y gritó de rabia por tener que dejarles allí. Miró hacia atrás al salir del pueblo y chilló de miedo al ver que Tarquin se montaba sobre su caballo. Al subir la colina vio la casa de su señor, pero si bajaba la colina para recorrer el prado, caería en sus manos. Miró a su alrededor y vio el árbol azul. Lo llamaban así porque en primavera florecían unas flores de ese color. Su hermano guardaba allí su arsenal y corrió hacia él esperando que hubiera algún arma. Apoyó una mano en el tronco metiendo el otro brazo en el interior hueco. Casi llora del alivio al tocar la onda y la sacó cogiendo una piedra que había en el suelo. Giró la onda sobre su cabeza varias veces y cuando vio aparecer la cabeza de Tarquin no esperó. Lanzó la piedra y juró por lo bajo cuando falló rozándole la sien. Se agachó para coger otra y él se lanzó a galope. Giró la onda sobre su cabeza de nuevo y Tarquin se tiró sobre ella antes de que pudiera lanzarla. Se quedó sin aliento por su peso y él se echó a reír.

—Ahora sí que eres mía —dijo con voz ronca colocando su antebrazo bajo su barbilla y apretando con fuerza. Semira abrió los ojos y asustada porque apretaba demasiado, intentó revolverse, pero con todo su peso sobre ella era prácticamente imposible. Gritó de miedo cuando su otra mano apareció entre sus piernas y mirando sus ojos vio su maldad. —Vas a saber por fin lo que es un hombre de verdad.

Chilló cuando sus asquerosas manos acariciaron la suave piel entre sus muslos y pataleó como pudo. Sin dejar de mirar sus ojos negros sintió que se ahogaba y agarró su antebrazo clavando las uñas en él. —Tranquila, no te voy a matar. Solo voy a hacerte mía para que se te quiten esas tonterías de la cabeza.

Apartó la cadera ligeramente dejando de tocarla entre las piernas y ella se revolvió como pudo mientras él se reía. Chilló cuando se colocó entre sus piernas pateando sus tobillos y al sentir su miembro, cerró los ojos como si de esa manera fuera más fácil.

Sintió que le tiraba del pelo. —¡Abre los ojos! —le gritó a la cara y Semira giró el rostro cuando su pestilente aliento llegó hasta ella. Él apartó el antebrazo de su cuello y Semira abrió los ojos sin poder evitarlo para ver la sorpresa en su rostro. Tarquin miró hacia atrás sobre su hombro y ella pudo ver a su hermano tras él con un cuchillo en las manos, justo antes de que se lo clavara en la espalda una y otra vez fuera de sí.

A su agresor ni le dio tiempo a gritar antes de caer de lado aún con la sorpresa en su rostro. Semira le empujó por los hombros con repulsión y se acercó a su hermano, que llorando seguía con el cuchillo en las manos.

—Clod... —Le tocó en el hombro y su hermano se sobresaltó.

Levantó la vista hacia ella y susurró —¿Te he salvado?

Emocionada asintió. —Sí, mi vida. Me has salvado. Soy pura.

Clod sonrió antes de mirar al hombre tirado en el suelo. —Me van a matar por esto, ¿verdad?

—¡No! No lo permitiré. —Le cogió por los hombros para girarle y le quitó el cuchillo de las manos. —Vete al río por el norte y lávate bien. —Fue al árbol y tiró el cuchillo en su interior. Allí no lo encontraría nadie. Se sacudió las faldas y se deshizo la trenza que ya estaba casi deshecha por haberse resistido. Se la volvió a hacer mientras su hermano la observaba. —¡Vamos! ¡Hazme caso! ¡Tengo que ir a la casa grande a por mi fajín!

—¿Y si voy contigo?

—No quiero que piensen que has estado aquí.

—Pero te culparán a ti.

—Nadie nos ha visto. En cuanto me den el fajín, nadie me acusará porque no estarán seguros. Corre, puede venir alguien.

Clod corrió bajando la colina y ella se dirigió sin perder el tiempo en dirección contraria hacia la casa de su señor. Después de recorrer la pradera, rezó porque el secretario estuviera en casa. Los aldeanos tenían prohibido ir por la puerta principal, así que rodeó la casa corriendo y golpeó con fuerza la puerta. Gimió porque aún era muy temprano. Se mordió el labio inferior y levantó el puño para llamar de nuevo cuando escuchó ruidos al otro lado. El cerrojo interior se corrió y la puerta se abrió chirriante para mostrar a la cocinera, que se debía haber acabado de levantar de la cama, porque todavía no llevaba el pañuelo rodeando su cabello cano como siempre.

—Semira, ¿qué rayos haces aquí a estas horas?

—¿Está el señor Layton?

—¿El secretario del señor? —La pobre no salía de su sorpresa. —¿Y para qué le quieres?

—Necesito que me dé el fajín azul.

—¡No puedo levantarle para eso a estas horas, niña!

—Por favor —dijo angustiada—. Mi padre falleció ayer por la tarde y temo por mi hermana y por mí. No tenemos quien nos proteja. Así tendré tiempo hasta la siguiente elección.

La mujer la miró con pena. —Entiendo. —Miró sobre su hombro y gritó —¡Aly! ¡Corre a despertar al señor Layton!

—¡Me va a dar collejas! —dijo la niña desde la cocina—. No. ¡Vete tú!

—¡Niña, no me provoques! ¡Mueve el culo antes de que coja la escoba!

En ese momento entró la señora de la casa que sonrió desde la cocina. — El secretario está en el establo, niña. Tiene que ir a las tierras de Bornn para tratar sobre unas ovejas. No sé si llegarás a tiem...

Las mujeres se miraron porque Semira ya había desaparecido. —Esta niña... —La cocinera suspiró. —Pobrecita. Me da mucha pena. Si no fuera por ella, habrían muerto de hambre hace años. Y ahora lo de su padre...

La señora asintió. —Lo he escuchado. —Miró hacia la puerta. — Prepárale una cesta para que se lleve a casa. Será un alivio para la viuda no preocuparse por la comida en unos días. El señor no podrá quejarse por eso si se entera, porque es un momento de duelo.

—Sí, señora.

La señora de Larrin salió de la casa por la puerta de atrás y la cocinera no dudó que iba hacia los establos para que el señor Layton no protestara.

Capítulo 2

Semira llegó sin aliento al establo justo cuando el cruel y seboso secretario de su señor salía montado a caballo. —¡Señor Layton! —gritó haciéndole señales con las manos.

El hombre se volvió sobre su caballo y levantó una ceja al darse cuenta de quién era. —¿Qué quieres, muchacha? ¿Vienes a comunicar que te vas de la aldea? Si no es ahora, deberás hacerlo cuando sea el reparto de la cosecha, porque dudo que puedas darnos nuestra parte.

—¡Será la parte del señor!

El asqueroso sonrió. —Exacto.

Apretó los puños. —Pagaremos como siempre.

—En esta última cosecha no habéis comprado semillas. ¿Habéis plantado algo? Tengo noticias de que no.

—¡Porque con el dinero que nos correspondía, tuvimos que pagar los impuestos!

—Ese no es mi problema. Tienes siete meses para buscar el dinero. —La miró con lascivia. —Aunque podemos llegar a un acuerdo.

—Vengo por mi fajín y el de mi hermana. —Con las manos en jarras levantó la barbilla.

El hombre entrecerró los ojos molesto. —¿Vas a ser una de las candidatas a amantes del rey? Si es una estrategia para que no te eche de tus tierras, no lo vas a conseguir.

—¿Y si lo consigo? Los hombres del rey siempre dan dinero como premio a los señores de las elegidas. ¡Y a la familia también! Si no me eligen a mí, elegirán a mi hermana que es la más hermosa de los alrededores. ¡Y usted lo sabe!

—Puede que pases la primera criba, pero no pasarás la elección en palacio. —La miró con desprecio. —No tienes el estilo y la delicadeza que se requiere para formar parte del harem.

—¿Quién lo dice? —Sorprendida se giró para ver a su señora que obviamente la había seguido. —Me propongo que Semira sea una de las elegidas

y le enseñaré lo que haga falta. Tanto a ella como a su hermana. ¿O crees que yo no poseo los conocimientos necesarios para que lo consigan?

El señor Layton se sonrojó. Seguramente porque creía que su señora había escuchado toda la conversación y por su fría mirada, Semira opinaba que lo había oído todo. —Ve a por los fajines, Layton. Hablaré con mi esposo para contarle mis planes. Ya va siendo hora de que esta localidad le dé una elegida. Estará encantado de ir a palacio a la celebración anual invitado por el rey.

—Debo ir a Bornn.

—Irás después. ¿O prefieres que despierte a mi señor por este asunto? —Entrecerró los ojos. —Sabes que nunca se levanta de buen humor cuando le despiertan antes de que lo haga por sí solo, sobre todo después de una noche con exceso de cerveza.

El secretario se bajó del caballo con esfuerzo. —Enseguida vuelvo, señora.

En silencio le observaron ir hasta la casa grande y cuando entró por la puerta principal ambas se miraron. Semira forzó una sonrisa agachando la mirada al suelo. —Gracias, mi señora.

Se acercó a ella y le levantó la barbilla mirándola bien. —Tu hermana lo tiene más fácil, niña. Tiene un carácter más sumiso.

—Me haré la tonta.

La risa de su señora la sorprendió porque nunca la había oído reír. Correspondió con una sonrisa sin darse cuenta. La mujer miró sobre su hombro y perdió la sonrisa. Semira se volvió para ver a varios hombres con aperos de labranza en la mano acercándose al árbol azul que se veía desde allí. —Niña, ¿qué ocurre? —Puso la mano sobre los ojos entrecerrándolos.

—No lo sé —susurró poniéndose nerviosa porque ya habían dado la voz de alarma. Se mordió el labio inferior y su señora la miró fijamente—. No lo sé.

Varios se agacharon al lado del cuerpo levantándolo y su señora susurró mirándola a los ojos —¿Eso es un hombre muerto?

La miró angustiada. —No sé nada.

—Exacto. No sabes nada, ¿me oyes? Nada de nada. —La agarró por el brazo con fuerza. —Déjame esto a mí. ¿Te ha violado?

Negó con la cabeza y su señora suspiró del alivio. —Sabes que si no eres pura no puedes ser una de las elegidas.

—Lo sé. Sigo siendo pura.

—Bien, pues déjame a mí.

Asintió cerrando la boca y vieron como los hombres bajaban la colina

con el cadáver. La señora se enderezó y escucharon que el señor Layton llegaba hasta ellas. —¿Qué ocurre ahí?

—Creo que hoy no irás hasta Bornn. —Sonrió a Semira y cogió los fajines de las manos del secretario. —Date la vuelta. Yo misma te lo pondré.

—Gracias —susurró mirando sus ojos azules—. Gracias.

La mujer sonrió. —Es un placer.

Semira se volvió y elevó un poco los brazos. Mientras su señora le ataba el paño alrededor de la cintura, sintió que ese fajín la ataba a algo que cambiaría su vida. Su señora la cogió por los hombros dándole la vuelta. —Espero muchas cosas de ti, Semira.

—Me esforzaré mucho.

—¡Mi señora! —El anciano Carmon bajaba ante los hombres y estaba furioso. —Mi señora, Tarquin está muerto. ¡Han matado a mi sobrino!

—¿El tabernero? —preguntó con sorpresa—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Un accidente?

Carmon entrecerró los ojos mirando a Semira. —Le has matado tú, ¿verdad?

—¿Pero qué dice, buen hombre? —gritó su señora escandalizada cerrándole la boca.

—¡Él salió del pueblo tras ella poco después del amanecer! ¡Todos escuchamos los gritos de su tía rogándole a Semira que huyera! —exclamó el padre de su amiga. Varios asintieron. —¡Incluso le entregó una dote a Ólia! ¡Lo vi por mi ventana!

La señora la miró de reojo porque eso no se lo había dicho. —Así que suponéis que siguió a Semira y después ella le mató. ¿Estás acusándola de eso?

—Señora, deberíamos despertar al señor.

—¡Me ocuparé yo de esto, Layton! —El secretario cerró la boca y la mujer les fulminó a todos con la mirada antes de mirar el cuerpo. —¿Le han acuchillado? —Todos asintieron. —¿Y dónde está el cuchillo?

Se miraron los unos a los otros y Carmon respondió indeciso —Lo tiraré en algún sitio.

La mujer la miró. —Ella no tiene sangre. Y llegó aquí al amanecer. Yo misma la vi bajar la colina y no vi al tabernero. Si hubiera matado a alguien no estaría tranquila y llegó sin nervios. ¡Qué hubiera salido tras ella de la aldea no indica que le matara Semira! ¿Acaso no la conocéis? ¿Ha hecho daño a alguien alguna vez?

Varios se sonrojaron y Semira les miró con rencor como si se sintiera

ofendida. Carmon carraspeó. —¿Y quién iba a matarle sino? Yo creo que intentó reclamarla y ella le mató.

El anciano se enderezó lo que pudo cuando su señora le miró fijamente. —¿Lo viste?

—No, señora.

—¿Tienes el cuchillo?

—No, señora.

—¿Lo vio alguien? —El anciano negó con la cabeza. —Pues lo que creas no me vale. Yo puedo pensar que alguien le estaba esperando para robarle o que alguno de sus clientes, de los que le debían dinero, quiso saldar su deuda. Creo que por ese camino tenemos muchos candidatos a asesino, viejo. ¿Tú le debías dinero?

La miró con sorpresa. —¡Mi señora!

—¿Le debías dinero? —Carmon carraspeó mirando de reojo a los demás que tiraron a Tarquin al suelo. Incómodos se miraron los unos a los otros. —¿Vosotros le debíais dinero?

Se revolvieron incómodos y Layton dio un paso hasta el cadáver. —Está claro que este asunto es muy turbio. Debe investigarse. —Se volvió hacia Semira. —Es sospechoso que te presentes aquí al amanecer para exigir tu fajín.

—¡Mi padre falleció ayer, como bien sabe porque le mataron sus hombres! Necesitaba protección y el fajín me lo proporciona.

—¿Ve? —gritó el padre de Rea—. ¡Necesitaba protección!

—¡Claro que sí, idiota! —replicó su señora—. ¿Quién no querría tenerla con el rostro que muestra? Es evidente que necesita la protección del rey, ya que no está su padre para poner las cosas en orden. ¡Yo veo muy lógico que viniera al amanecer después de velar a su padre! ¡Yo haría lo mismo si estuviera en su lugar! ¡Es más, hubiera venido después de enterarme de su muerte porque hay mucho aprovechado!

Varios se sonrojaron, pero Carmon no era tonto y susurró —Ha matado a mi sobrino. Lo sé y lo sabe toda la aldea. Exijo justicia.

—Y la tendrá —dijo el secretario muy serio—. Hablaré yo mismo con nuestro señor y se investigará su muerte. —Se arrodilló al lado del cuerpo y le dio la vuelta con esfuerzo. —Le han apuñalado por la espalda.

—¡Iba montado sobre su caballo cuando salió del pueblo! ¡Tuvo que desmontar!

Ella gimió interiormente viendo que la cosa se ponía fea cuando todos la miraron. Carmon entrecerró los ojos. —¿Qué tienes en el cuello?

Se llevó la mano al cuello sin darse cuenta. —¿Qué tengo?

El señor Layton se acercó y la cogió del brazo apretándolo con fuerza. La señora gritó —¡No puedes tocarla!

Layton palideció soltándola como si tuviera la peste y todos le miraron con los ojos como platos, porque desde que se había puesto el fajín era propiedad del rey, y era penado con la muerte tocar sus posesiones.

—Ha sido sin darme cuenta —dijo abrumado buscando su ayuda con la mirada. Esa era su oportunidad porque ese hombre había ordenado la muerte de su padre. Podría hacer que le mataran allí mismo, pero no era tonta. Su padre, por mucho que le doliera, ya estaba muerto y tenía que pensar en su familia. Y él le debería un favor que en ese momento necesitaba mucho.

—Por supuesto. —La señora suspiró del alivio. —Lo entiendo. Yo no diré nada. —Miró a los demás que todavía no habían recuperado el color. —No me ha tocado.

El secretario casi se desmaya del alivio y se volvió hacia el cadáver. —Este tema tiene que resolverlo nuestro señor.

—Si como dice ese labriego él se bajó del caballo, para mí queda claro que ella no le mató —dijo la señora dejándolos a todos con la boca abierta—. Ella no podría con él y mucho menos Tarquin le daría la espalda. Si como decís quería reclamarla, iría hacia ella de frente.

—¡Pudo apuñalarle cuando intentaba subir al caballo de nuevo! —gritó su tío.

—Eso no tiene sentido, viejo —dijo Layton—. ¡Si lo que buscaba era cogerla, la subiría al caballo primero antes de subir él!

Semira se mantuvo en silencio y Carmon la miró con rencor sin decir una palabra más. Era obvio que los de la casa grande estaban de su parte y no podrían hacerles cambiar de opinión.

—Niña, vete a la cocina. Has pasado toda la noche velando a tu padre y estoy segura de que ni has desayunado.

¿Desayunado? Llevaba sin comer dos días porque con el fallecimiento de su padre ni se había acordado de la comida que había robado. Mirando a sus vecinos de reajo susurró —Gracias señora, pero prefiero llevarle el fajín a mi hermana.

Como si la hubiera invocado, Let apareció en lo alto de la colina. —Pues ahí la tienes. —La señora sonrió.

Sin poder evitarlo corrió hacia su hermana y al ver sus ojos supo que ya lo sabía todo. —¿Dónde está? —susurró sabiendo que desde allí no la oían.

—Quería venir, pero le he obligado a quedarse en la casa con Ólia.

Asintió diciendo —Date la vuelta. Voy a ponerte esto.

Sin rechistar se volvió y Semira se lo ató rápidamente. Su hermana se volvió y vio sus ojos verdes llenos de lágrimas por el alivio. —Estamos a salvo, Semira.

—Sí. Creo que sí. Vamos hasta la señora. Ella nos protege.

La miró con sorpresa y Semira lo entendió. La señora nunca se metía en nada por no provocar a su marido que tenía muy mal carácter. De hecho, le habían visto mil veces los golpes en la cara.

—¡Señora! —gritó Aly desde la puerta—. ¡Venga, señora! ¡Su marido no respira bien!

Layton salió corriendo hacia la casa y la señora la miró a los ojos antes de volverse y seguirle sin darse ninguna prisa. —Espero que se muera el muy cerdo —susurró Let por lo bajo.

—No, eso no nos conviene, hermana —dijo pensativa meditando sobre el nuevo valor de su señora—. No nos conviene nada.

Los hombres seguían alrededor del cadáver y Carmon la señaló. — ¡Puede que ahora estés protegida por ellos y por el rey! ¡Pero yo sé la verdad y cuando te quites esa tela azul de la cintura estarás en mis manos, zorra retorcida! ¡De esto no te vas a librar! ¡Jamás imaginé que pudieras llegar a ser así! ¡Espero que no te dediques a robar como has hecho hasta ahora, porque como sea así, como alguien de tu familia robe siquiera un mendrugo de pan, ni la protección del rey te salvará de la pena y necesitarás ayuda para comer el resto de tu vida! ¡Eso te lo juro por el cuerpo de mi sobrino que está ahí en el suelo!

Su hermana tembló a su lado y Semira pasó el brazo por sus hombros intentando consolarla, mientras los hombres cogían el cuerpo de Tarquin y lo volvían a llevar hacia lo alto de la colina. Las hermanas les observaron y Let susurró —Nos moriremos de hambre.

—Tienen que cogirme. Entre morir de hambre y quedarme sin manos, me decanto por lo segundo.

La miró sorprendida. —¡No puedes hablar en serio!

—Let... no hemos podido sembrar los campos, acaba de morir nuestro padre, me acusan de asesinato y llevo el fajín del rey en la cintura. ¡Si no me lo tomara a risa, sería para tirarse del acantilado de la muerte!

Su hermana hizo una mueca. —Vale, ríete todo lo que quieras.

Sin poder evitarlo sonrió al ver la resignación en la cara de su hermana y la abrazó con fuerza. —Menos mal que os tengo a vosotros.

—Lo mismo digo. Te quiero.

—Chiss.

Las hermanas se separaron y vieron a la niña Aly haciéndoles gestos con la mano para que se acercaran a la puerta principal.

—¿Se ha muerto? —preguntó Let asustada.

—¡Qué va! Esa alimaña no se morirá nunca si aún puede sangrar a los suyos.

—¿Le pasa mucho? Ya está mayor —dijo Semira práctica—. Cualquiera día estira la pata.

Aly se encogió de hombros. —Día sí y día no. Cuando se emborracha. Hoy no la pillaré porque se encuentra mal, pero mañana vuelve a las andadas. —Miró sobre su hombro. —La señora me ha dicho que os ofrezca de comer y que mañana vengáis por la tarde. Las dos.

Semira asintió. Iban a volverse y Aly chasqueó la lengua. —Venir por aquí.

Ambas negaron con la cabeza. —Mejor entramos por detrás. No queremos meterte en un lío —dijo Semira.

Rodearon la casa a toda prisa. —¿Nos da de comer? —preguntó Let sin poder creérselo—. Como se entere el señor...

—Creo que las cosas van a cambiar por aquí. —Apretó los labios. —Y no sé si me gusta.

—Si se muriera el viejo, sería estupendo. —Let sonrió guiñándole un ojo.

—No seas tonta, hermana. Puede que el que venga sea mil veces peor. No han tenido hijos y el rey puede enviar a estas tierras a cualquiera.

Let se mordió el labio inferior preocupada. —¿Crees que tendremos problemas?

—¿Más? Creo que sería imposible.

Las hermanas se cogían de la mano viendo el cuerpo de su señor mientras era colocado en la pira. —El viejo ya podía haber resistido un año más —dijo Ólia en voz baja—. Ahora que las cosas nos iban bien, se tiene que morir el muy cabrón.

—Shuss —Semira reprimió la risa al igual que sus hermanos.

Miró al otro lado de la pira y vio a su señora que no movía un gesto. Y realmente le daba absolutamente igual. En esos cinco meses que llevaba yendo a

la casa grande con su hermana, la habían llegado a conocer muy bien. En la intimidad podían llamarla Liasa y habían hablado horas y horas sobre la vida que había llevado con el señor. Para ella ese funeral era una liberación. Tenía cuarenta y tres años y ahora tendría que mantenerla el nuevo señor, sin las obligaciones que conllevaba ser la señora de la casa, como compartir lecho con ese cerdo al que iban a quemar en ese momento. Su vida mejoraría mucho y Semira se alegraba, pero ahora serían los aldeanos los que estaban en la cuerda floja, porque no sabían quién dirigiría las tierras. Al ver que el señor Layton estaba muy serio, se imaginó que estaría temblando por dentro porque su momento de gloria acababa. El nuevo señor sería alguien que tendría su propia gente y le darían la patada, a no ser que le convenciera de lo contrario. Esperaba que le expulsara con un buen golpe en el trasero cuando se diera cuenta de que había metido la mano en la caja del señor. No le daría ninguna pena si le cortaban las manos. Se lo merecía. Durante años había hecho y deshecho lo que le había dado la gana mientras el señor estaba borracho. Se había llegado a creer que era el dueño y le había llegado la hora de pagar. Todos lo sabían y estaban deseando ver cómo le daban su merecido.

Como nadie de la aldea le tenía aprecio al señor, la pira se quedó vacía apenas diez minutos después, excepto por su mujer que se quedó mirando el fuego asegurándose de que ese cerdo no regresaría. Semira les susurró a sus familiares —Iros a casa. Yo me quedo con ella.

—Yo también me quedo —dijo Let.

—Y yo.

Miraron a su hermano que siempre se quedaba en la cocina cuando ellas se reunían con Liasa y por cómo había engordado, se notaba que le robaba bollos de canela a la cocinera, de lo que ella hacía la vista gorda.

—Yo también me quedo. No voy a dejar sola a la mujer que ha protegido a mi familia —dijo Ólia antes de alejarse rodeando la pira.

En silencio se arrodilló al lado de Liasa que sonrió y Semira se arrodilló a su izquierda con sus hermanos a su lado.

Miraron el fuego en silencio durante varios minutos y un ruidito hizo que todos miraran a su señora, que para su sorpresa estaba reteniendo la risa. Al ver que la habían pillado soltó una carcajada sin poder evitarlo y Semira le tapó la boca mirando a su alrededor. —Liasa, como te oigan...

No podía evitarlo y se tapó ella misma la boca con las manos mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Intentó retenerse y cuando parecía que ya se controlaba susurró —No tengo vergüenza.

Se echó a reír de nuevo y Semira sonrió sin poder evitarlo. —¿De qué te

ríes?

Eso le hizo perder un poco la sonrisa y la miró a los ojos sin darse cuenta de que una lágrima corría por su mejilla. —Siempre que me pegaba, decía que me iba a matar. Pero he sobrevivido.

Ólia escupió sobre la pira y Semira miró de un lado a otro mientras los demás hacían lo mismo. Miró sorprendida a su hermana. —¿Y los modales?

—Este es un caso excepcional. —Escupió de nuevo. —¿A que sí, Liasa?

—Sí, niña. Este es un caso excepcional.

—¿Se lo habéis dicho al rey? —preguntó Clod sentándose en el suelo.

Todas miraron a su alrededor y como no había nadie se sentaron. Se suponía que tenían que estar de rodillas en señal de respeto, pero ese hombre no merecía respeto en absoluto.

—El señor Layton ya he enviado alguien a palacio. —Se encogió de hombros. —Le dará sus tierras a alguno de sus hombres para sacar más provecho de ellas. Eso seguro.

—Ha vuelto a subir los impuestos. —Ólia negó con la cabeza. —Varios no podrán pagar después del reparto de la cosecha.

—Nosotros no podremos pagar ni nuestra parte de la cosecha. —Semira sonrió irónica. —Así que los impuestos del rey los va a pagar su tía.

Se echaron a reír. Liasa miró a su alrededor de nuevo y metió la mano en el interior de su escote sacando una moneda de plata. Todos perdieron la sonrisa viendo como se la tendía a Semira. —No, no puedo aceptarla.

—Tendréis que pagar algo si no queréis que os echen de vuestra casa. Con esto podréis pagar hasta las semillas del próximo año.

—Pero preguntarán de dónde la hemos sacado —dijo Ólia asustada—. Pensarán que la hemos robado.

—Podéis decir que os la he dado yo. Ya no tengo a mi esposo para que proteste —dijo maliciosa.

Todos miraron a la pira y Semira sonrió. —Gracias.

—No, gracias a ti. Estos meses han sido los mejores de mi vida. —Sonrió de oreja a oreja. —Jamás me he divertido tanto como viéndote intentando seducir a un hombre.

Se puso como un tomate mientras los demás se reían. —¿De verdad? —preguntó su tía interesada—. Qué pena que me lo he perdido.

—¡Se supone que soy pura! ¡No tengo que saber esas cosas! ¡Y seducir a mi hermano es muy difícil!

Miraron a Clod que masticaba una manzana mirando al frente como si

aquello no fuera con él. —¿Ves, tía? ¿De dónde has sacado la manzana?

—Es un secreto.

Liasa se echó a reír a carcajadas. —Sois muy divertidos.

—¿Crees que tienen posibilidades? —preguntó su tía mirando a Let.

—No las he enseñado a seducir a un rey... —Le guiñó un ojo. —Las he enseñado a camelarse a su comitiva para que lleguen a palacio. Estoy segura de que cuando lleguen allí, serán reclamadas por alguien de posibles. Eso si no lo hace el mismísimo rey. —Semira chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Como ves, tu sobrina no tiene mucha fe en sus posibilidades.

—Yo mientras escojan a Let...

Su hermana jadeó. —¡No me dejes a mí toda la responsabilidad! Tienes que hacer todo lo posible porque te escojan.

—¡Y lo voy a hacer!

—Niñas, no discutáis—dijo Ólia haciendo que se callaran.

Se miraron enfurruñadas y Liasa sonrió. —Tengo que conseguir que las escojan a las dos. Así serán más fuertes frente a las otras dieciocho candidatas. Además, el rey tendrá a dos hermanas casi iguales, pero cada una con un color de cabello. Eso es lo que voy a potenciar cuando llegue la comitiva.

—No somos iguales —protestaron las hermanas antes de señalarse—. ¡Ella es más guapa!

—¿Cuándo crees que vendrán? —preguntó Clod ignorándolas—. No quiero quedarme solo.

—Te quedarás conmigo. No estarás solo —dijo Ólia ofendida.

—Y yo también estaré aquí —dijo Liasa—. Pequeño, a este viaje tienen que ir solas. En dos años podrás reunirte con ellas estén donde estén.

Semira miró a su hermano. —Si nos escogen, cosa que dudo, tendrás que quedarte aquí y cuidar la casa.

Su hermano asintió. —Me lo dijo padre, pero yo quiero ir con vosotras.

—No puedes ir a palacio. Deberás tener paciencia. Yo regresaré con lo que haya conseguido y viviremos tranquilos el resto de nuestra vida.

Liasa levantó una ceja y Ólia susurró —¿Crees que no volverá?

—La vida está llena de sorpresas, pero desde que vi a Semira el día que vino por el fajín, tuve la sensación de que en ese momento había cambiado su vida para siempre. No sé explicarlo. Creo que a nuestra Semira le espera algo grande.

—¿Has bebido de ese licor que hace Selton?

La señora jadeó ofendida. —¡Niña, más respeto!

Los cuatro se echaron a reír y cuando se calmaron miraron la pira. Liasa susurró —Lo que temo ahora es que el nuevo señor cambie las cosas.

—Pronto tendremos noticias —respondió Ólia pensativa.

—Espero que sean para bien.

Las noticias no tardaron en llegar. Apenas una semana después llegó un correo real y los rumores corrieron por la aldea. Semira estaba lavando la poca ropa que tenían en el río y escuchó un grito a su espalda para ver a Rea corriendo hacia ella sonriendo de oreja a oreja. Se levantó con la camisa de Clod en las manos. —¿Qué ocurre?

—¡Ha llegado el correo! ¡Estamos salvados!

Dejó caer la camisa sobre las piedras y miró a su amiga sin entender. —¿Salvados?

Su amiga llegó hasta ella respirando agitadamente. —El rey... —Respiró hondo. —El rey le ha dado las tierras a Russ de Bornn.

La miró asombrada. —¿Al dueño de las tierras vecinas?

Asintió agotada sentándose en una gran roca. —Sí. Así que seguramente no se mudará. La señora puede estar tranquila y nosotros también.

—Enviaré a alguien a vivir en esa casa para supervisar esta parte de sus tierras. —Se agachó mordiéndose el labio inferior.

—Sí, pero será un emisario o su hijo.

A Semira se le cortó el aliento. —¿Su hijo? —Se incorporó y su amiga soltó una risita. —¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene. Todavía te acuerdas.

—¡No es cierto!

—Tenías seis años y recuerdo que cuando le viste llegar en su caballo blanco para las presentaciones de las elegidas, te le quedaste mirando todo el tiempo embobada. —Se echó a reír. —Hasta que no aguantaste más y cruzaste la pista mientras las chicas te miraban y te acercaste a ellos que estaban sentados en sus sillas. —Su amiga se partía de la risa mientras que Semira se cruzaba de brazos mirándola como si quisiera matarla. —Mi madre todavía lo recuerda.

Se puso como un tomate. —¡Era una niña! ¡Él no se acordará!

—Eso seguro porque tenía mujeres a patadas. —Suspiró mirando al frente. —¿Crees que el príncipe será así de guapo? El hijo de nuestro nuevo

señor era moreno, ¿verdad?

—Sí, era moreno —siseó furiosa.

—¿Y recuerdas lo que le dijiste? —preguntó su amiga maliciosa.

—Igual debería preguntárselo a tu madre para que me refresque la memoria.

—Oh, te lo digo yo. —Puso los ojos en blanco porque su amiga no pillaba las ironías. —Le dijiste que si él fuera el rey, te presentarías a esa elección.

—¿Por qué tienes que hablar de eso?

—Porque si viene él, todo el mundo hablará de ello.

—Pues entonces espero que venga otro. Además, seguro que ahora es gordo y calvo. Han pasado diez años.

Rea hizo una mueca. —¿Crees que se ha casado?

—Claro que sí. Debía tener veinte años aquel día.

—No, mi madre me dijo que tenía quince. Y no han pasado diez, han pasado doce años.

—Ah... —Se puso como un tomate. —Bueno, es igual.

—Así que tiene veintisiete.

—¡Sé contar, Rea!

Su amiga se echó a reír. —Y creo que no se ha casado porque ha trabajado para el rey desde entonces. ¿Recuerdas que se iba a palacio para formar parte de la guardia del rey?

—¡Tenía seis años!

—Vaya, vaya. Veo que te molesta el tema.

—Qué perspicaz.

—¿Cómo se llamaba?

Exasperada se agachó a recoger la ropa y meterla en la cesta. —Rucer.

—¿Cómo has dicho?

—¡Rucer! ¡Se llama Rucer, pesada!

Rea se echó a reír a carcajadas y la siguió cuando regresaba a la aldea. — ¿Recuerdas su nombre?

Gruñó por lo bajo porque no dejaría el tema y se volvió para mirarla a los ojos. —Mira, vamos a presentarnos a elegidas, así que de lo que me acuerde deja de tener importancia, ¿no crees?

—Pero si no te eligen...

—Si no me eligen, ese hombre jamás se fijaría en mí porque soy una

aldeana que no tiene ni para comer, así que si por una casualidad ese hombre está soltero, que lo dudo mucho, no se fijaría en mí cuando puede casarse con una de las elegidas como hizo su padre.

—La mujer de Bornn fue rechazada en palacio.

—Pero fue elegida.

—¿Por qué crees que no te escogerán?

—Porque todas las mujeres del reino de mi edad se presentarán a la elección con la esperanza de cambiar su vida. ¿Sabes cuántas mujeres serán? ¡Es casi imposible! Pero eso que queréis tanto, a mí me da pavor. Si tuviera para comer, te aseguro que nadie me movía de aquí.

—¡Estás loca! ¡Llevas meses contándome lo que te enseña la señora y estás preparada!

—¡Nadie puede prepararse para eso, Rea! ¡Ni siquiera sabes lo que ocurre en palacio! ¡Son todo rumores!

El sonido de unos caballos las hizo volverse y se pegaron la una a la otra al ver al menos a veinte hombres a caballo cruzar el río. A la cabeza iba el señor de Bornn. Hacía dos años que no le veía y se sorprendió porque su cabello ahora estaba blanco y aunque seguía siendo enorme, parecía pálido y enfermo.

Su nuevo señor pasó ante ellas sin percatarse de su presencia siquiera. Uno de los hombres miró a Rea con una sonrisa y le guiñó un ojo. Sorprendida vio que su amiga se sonrojaba con fuerza antes de darle la espalda como era su obligación. Semira no se movió admirando a los jinetes. Era obvio que las cosas iban a cambiar. Aquellos eran guerreros, mientras que los soldados de su antiguo señor casi ni sabían coger una espada. Eran fuertes y todos iban armados. Era un espectáculo impresionante y Semira no pudo dejar de observar mientras pasaban ante ella. Les vio alejarse y su amiga se volvió. —¿Has visto qué descarado?

—¿El del casco?

Su amiga se sonrojó. —Ese.

—Mira por donde igual no tienes que ir a palacio para cambiar tu vida.

—Muy graciosa.

—¿Tenía los ojos castaños o azules?

—Los tiene azules —dijo su amiga soñadora.

—¿No me digas? —preguntó con burla.

Rea se echó a reír. —Muy bien, Ya no me burlaré de ti por estar enamorada de Rucer de Bornn.

—¡No estoy enamorada! —protestó antes de que su amiga se pusiera a reír de nuevo antes de correr hacia la aldea—. ¡Rea, hablo en serio! Ni se te

ocurra sugerir que...

El sonido de unos cascos las hizo volverse de nuevo y cuando vio que un caballo de precioso pelo negro cruzaba el río, se le cortó el aliento. Los ojos grises de Rucer de Bornn no se le olvidarían jamás y cuando pasó ante ella y la miró, sintió que la traspasaba un rayo. Sí que había cambiado, pero para mejor si eso era posible. Su mandíbula estaba más cuadrada dándole un aspecto más varonil y se había convertido en un hombre enorme. Su camisa sin mangas y sus pantalones de cuero mostraban unos brazos y unos muslos muy musculosos que le alteraron el corazón. Rucer de Bornn se detuvo haciendo que su caballo levantara las patas delanteras y Semira se quedó mirando embobada un mechón de pelo negro como la noche que rozaba su oreja. —¿Qué haces, mujer?

Separó los labios al escuchar su voz porque nunca se imaginó que una voz pudiera hacerle sentir así. —¡Date la vuelta! —Miró sus ojos rodeados por esas largas pestañas y supo que era cierto que hacía años que le había entregado su corazón a ese hombre.

—¿Es que eres estúpida? ¿Cómo te atreves a mirarme de esa manera? —Rea asustada llegó corriendo y la volvió pegándose a ella. —¿Cómo te vea provocar a otro hombre llevando el fajín del rey, atente a las consecuencias, mujer!

Sus palabras la hicieron temblar y cerró los ojos escuchando como el caballo se alejaba. —¡Estás loca!

Ni escuchó a su amiga porque el latido de su corazón era tan intenso que no escuchaba nada más. Miró a su amiga a los ojos. —Tengo que conseguir ser una de las elegidas.

—¡A ver si te aclaras!

—¡Es la única manera de que Rucer se fije en mí! ¡No se casará con una aldeana!

Rea abrió la boca sorprendida. —¿Ese es Rucer de Bornn?

—Espabila, Rea. —Le entregó la cesta. —¿Me la llevas a casa? Tengo que ir a la casa grande.

—¡Ni se te ocurra! —Intentó cogerla del brazo, pero la cesta se lo impidió y antes de poder evitarlo Semira ya corría colina arriba. —¡No hagas locuras! ¡Ese hombre tiene mal carácter, Semi! ¡He visto la frialdad en sus ojos!

—¡Tranquila!

Rea suspiró mirando la ropa y chasqueó la lengua al ver que aún estaba sucia. Estaba claro que las tareas de la casa no eran su punto fuerte. Sonrió regresando al río. —La vida va a cambiar mucho por aquí. Ya era hora.

Capítulo 3

Semira llegó a lo alto de la colina y se escondió detrás del tronco del árbol azul mirando la casa grande. Liasa estaba en la puerta y sonreía a los recién llegados. Su mirada pasó del grupo para devorar con los ojos a Rucer, que en ese momento desmontaba de su caballo. Sonrió al ver que el hombre del casco que le había guiñado el ojo a Rea hablaba con él y ambos miraban a su alrededor como si estuvieran preocupados.

—¿Qué haces?

Chilló del susto y se volvió para ver a su hermano con un bollo de canela en la mano y la boca llena. —Shusss... —Le cogió por el brazo y se tumbaron sobre la hierba mirando hacia la casa.

—¿Esos son los hombres de Bornn?

—Sí —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja y su hermano giró la cabeza hacia ella lentamente mirándola con desconfianza.

—Se han dado prisa.

—Sí. —Asintió vehemente sin dejar de mirar a Rucer que señalaba el establo. El señor Layton llegó corriendo mientras su nuevo señor entraba en la casa con Liasa.

—¿Quién es ese?

—¿Quién?

—El moreno.

Semira suspiró mientras Rucer con los brazos en jarras observaba a Layton de arriba abajo con desprecio, provocando que el secretario se pusiera como un tomate.

—Es Rucer de Bornn.

Su hermano abrió los ojos como platos. —¿De veras? —Miró hacia él. —¿Ese es Rucer de Bornn?

—Sí. —Confundida preguntó —¿Qué ocurre? Dices su nombre como si supieras quien es.

—¡Claro que sé quién es! ¡Es quien dirige el ejército del rey! ¡Es su general!

—¿Qué?

—¡Es el héroe que impidió que nos invadieran hace dos años! ¡No te enteras de nada! ¿Recuerdas que aquel aldeano que vino a comprar queso nos lo dijo? Se comentaba por todo el reino.

Ella no había prestado demasiada atención a aquel hombre que no dejaba de parlotear. Semira miró con decepción a su hermano. —¿Un héroe?

Clod parpadeó. —¿Estás bien? Estás muy rara.

Miró a Rucer que en ese momento entró en la casa. —No se quedará a vivir aquí.

—¿Quién? ¿Rucer de Bornn? Claro que sí. En cuanto la espiche su padre, él será el dueño.

Los ojos verdes de Semira brillaron. —¿Tú crees?

—Claro —respondió como si fuera estúpida—. ¿Seguro que no tienes fiebres?

—Tengo que averiguar si está casado. —Se levantó de un salto y Clod atónito dejó caer la mandíbula. —¿Qué?

—Le quieres.

Se puso como un tomate. —No... es solo curiosidad.

—¡Ya, curiosidad! —Se levantó enfadado. —¡A mí no me la das! ¡Tú quieres algo con ese grandullón!

Sonrió como una boba. —Es grande, ¿verdad?

Clod tomó aire subiéndose la cinturilla del pantalón. —Voy a darle un repaso.

Caminó hacia la casa y Semira le cogió por el hombro. —¿A dónde vas?

—¡Ya te lo he dicho! ¡A darle un repaso!

—¡No, de eso nada! ¡Tú vuelve a casa!

—¡Ni hablar! Soy el hombre de la casa y padre me dejó al cargo.

—¡Me dejó al cargo a mí!

—¡No! ¡Respecto a los hombres no! ¡Esa es mi obligación! —La señaló con el dedo. —No te casarás sin mi consentimiento.

—¿Quién habla de casarse?

—Tú. ¡Acabas de decir que quieres saber si está casado, Semi!

—Ah... —Se sonrojó poniéndose furiosa. Le daba vergüenza hablar de eso con su hermano. —Clod, a casa.

—Ya...

Echó a correr hacia la casa grande y Semira entrecerró los ojos. —Será

pillo.

Corrió tras él todo lo que podía y su hermano se echó a reír porque era imposible alcanzarlo. Uno de los guardias de la casa les vio pasar, pero como estaban allí continuamente ni se molestó en detenerles. Clod entró por la puerta de la cocina y casi tira a Aly que llevaba una bandeja con varias piezas de carne de venado.

—¡Eh!

—¡Lo siento, Aly!

Semira vio que la cocinera reprimía la risa al verla entrar. —Sabía que no tardarías en llegar.

Se acercó a ella mientras su hermano espiaba desde la cocina. —¿Qué sabes?

—Que hemos tenido una suerte enorme. Eso sé. —Semira miró a su alrededor. Vio una bandeja con patata cocida y la cogió en el acto. —¡Ah, no!

—Por favor...

—¡Pues quítate la capa, niña!

Sonriendo de oreja a oreja dejó la bandeja desatándose la cuerda que sujetaba su capa. Se pasó las manos por su simple falda marrón. —¿Cómo estoy?

La cocinera la miró de arriba abajo y jadeó asombrada al ver sus pies. —¡No tienes zapatos!

—Se murieron del todo. —Cogió la bandeja y caminó hacia la puerta. Su hermano al ver que llevaba una bandeja, corrió hasta una jarra de barro mirando su interior y al ver que estaba vacía la metió en el cubo de la leche corriendo hacia el salón detrás de su hermana.

Semira entró en el gran salón caminando sobre el suelo de piedra para ver que todos estaban sentados a la mesa. El señor de Bornn estaba a la cabecera bebiendo de una jarra mientras que su hijo se sentaba a su lado escuchando lo que decía Liasa frente a él —Ha sido toda una sorpresa. Una sorpresa maravillosa después de la desgracia de perder a mi esposo.

—Siento no haber podido despedirme de él. Pero unas fiebres me han mantenido en la cama.

—No pasa nada. Lo entiendo. Pero se recupera bien, ¿verdad?

Semira vio asombrada como su señora se comportaba como una quinceañera con Russ de Bornn. El hombre sonrió asintiendo. —Estoy mucho mejor, gracias.

—Me alegro mucho. —Liasa debió verla por el rabillo del ojo porque la

miró directamente sonriendo. —Semira, sirve las patatas.

Clod dejó la jarra al lado de uno de sus hombres sin dejar de mirar a Rucer, que empezó a servirse comida.

—Chico, ¿qué traes? ¿Leche?

Todos se echaron a reír y Clod se sonrojó. —Es muy sana. Bebe.

Sin hacer caso a los que se reían, su hermano se acercó a Liasa sin cortarse. Semira le hizo un gesto con la cabeza, pero su hermano la ignoró. Exasperada caminó hasta la cabecera de la mesa y sonrió a su señor antes de poner la bandeja ante Rucer, que ni la miró mientras devoraba la carne como si hiciera días que no probara bocado.

—Tú...

Se sobresaltó al darse cuenta de que su señor se dirigía a ella. —¿Yo?

—Sí, tú. ¿Cómo te llamas?

—Semira, mi señor. Me ayuda en la casa. —Liasa la advirtió con la mirada para que se mantuviera callada.

Rucer se tensó y masticando la miró a los ojos.

—Semira, me suena ese nombre... —Miró a su hijo. —¿De qué me suena, hijo?

—Oh, es que ya la conocéis —dijo Clod sonriendo.

—¡Clod, cállate! —siseó Semira.

—¿Tú te llamas Clod? —Russ parecía divertido.

—¡Sí, mi señor!

—¿Y de qué la conozco, Clod?

Gimió por dentro antes de ver en los ojos de Rucer que aquello no le hacía ninguna gracia. Estaba claro que recordaba aquel episodio perfectamente. —De nada. —Cogió a su hermano por los hombros y le volvió. —Es una tontería.

—Semira... —La voz de su señor la detuvo en seco. —Me interesa recordarlo.

—¿Si? —Miró de reojo a Rucer, que suspirando tiró un hueso de pollo sobre el plato. Se sonrojó intensamente. —Fue hace muchos años. Un día de elección.

Liasa jadeó recordándolo y Russ se echó a reír. —Al parecer todo el mundo lo recuerda menos yo.

Avergonzada miró a su alrededor apretándose las manos. ¿Quién la mandaría a ella ir hasta allí? Una carcajada al otro lado de la mesa la sobresaltó y

vio que se reía el que le había guiñado el ojo a Rea.

—Mi señor... —dijo levantándose.

—Levon... —le advirtió Rucer muy tenso.

—Vamos, amigo. Si fue una chiquillada.

—Cuéntame, Levon —le apremió Russ—. Estoy impaciente. Me suena mucho su cara, pero no recuerdo.

—Es que era una niña, mi señor. Debía tener cinco años.

Russ la miró fijamente. —¿De veras?

—Oh sí, pero el episodio se me quedó grabado en la memoria porque ahí donde la veis, tiene carácter... —Se echó a reír divertido. —Estábamos en plena elección de candidatas al harem del rey, cuando se plantó ante ustedes deteniendo la ceremonia y le preguntó a Rucer si era el rey.

Gimió por dentro porque él sí lo recordaba cómo había sido. Seguramente porque estaba cerca de Rucer y lo había oído todo.

—Continúa Levon... —dijo su señor empezando a divertirse.

—Mi amigo atónito dijo que no, como es lógico. —Varios se rieron por lo bajo. —Y la niña que Semira era entonces, se sentó sobre la tarima ante Rucer y le preguntó que dónde había que presentarse para formar parte de su harem.

Los que estaban allí se empezaron a reír a carcajadas, su señor incluido asintiendo. —Ya lo recuerdo. Montó un buen revuelo.

—¿Qué si lo montó? Llegó su madre que intentó agarrarla, pero Semira se tiró sobre Rucer abrazándolo del cuello, chillando a grito pelado que quería irse con él.

Miró a Rucer de reojo, que la observaba muy serio a punto de explotar. —Ni cuando apareció su padre sujetándola de la cintura se despegaba de él. Como temían hacerle daño, Rucer gritó que la dejaran en paz y tuvo que levantarse con ella colgada del cuello sacándola de allí. Tuvo que decirle que regresaría cuando creciera para que le soltara.

Todos miraron a Semira que sonrojada intensamente susurró —Tenía seis años.

Russ riendo se levantó. —Veo que te presentas al harem este año. Al parecer su enamoramiento ha pasado, hijo.

—Sí —siseó furioso mirándola como si quisiera matarla—. Eso ya lo veo.

—Estamos muy orgullosos de nuestra Semira —dijo Liasa rápidamente—. Tenemos muchas esperanzas en ella y en su hermana. Son muy parecidas, ¿sabe, señor? Solo que una es rubia y otra morena.

Russ asintió mirándola fijamente. —Al rey le llamarán la atención como poco. ¿No crees, Rucer? Tú le conoces mejor.

—Si llegan a palacio, seguro que estará interesado. —La frialdad de su voz le puso a Semira los pelos de punta y le miró a los ojos. ¿La estaba advirtiendo? Se mordió el labio inferior sin saber qué hacer. ¿Se lo había prometido a su padre!

—Entonces tenemos que hacer todo lo posible para que lleguen a palacio.

Liasa le miró ilusionada. —¿Me ayudará, señor?

Él frunció el ceño rodeándola. —Pero no podemos presentarla con esos harapos. Deben llevar unas ropas a la altura. Eso sí que les llamará la atención. Destacarán entre tantas aldeanas. Quiero que este año las elegidas sean de entre los míos. Hace mucho que mi esposa dejó de intentarlo y desde que falleció casi no se presenta nadie. —Miró a Liasa. —Si consigues que sean elegidas este año, no les cobraré mi parte de la cosecha a los aldeanos.

—Bien dicho, mi señor. Lo compensará el premio del rey —dijo Levon ganándose una mirada de odio de Rucer que le cerró la boca, provocando que su amigo le mirara confundido.

—Semira, puedes retirarte.

Clod corrió hacia Rucer. —¿Está casado?

Rucer negó con la cabeza y Clod sonrió de oreja a oreja. —Eso es estupendo. —Le dio una palmada en la espalda y Semira gimió yendo hacia él. —¿Has oído, Semi? ¡No está casado! ¡Si no te eligen, todavía tienes una oportunidad de pillarle!

Las carcajadas la siguieron mientras salía del salón tirando de su brazo. Qué vergüenza, madre.

Pero lo que había ocurrido en ese salón había inclinado la balanza peligrosamente hacia la elección, porque toda la aldea quería que ganara para que no tuvieran que pagar su parte al señor. Lo que salvaría la vida de mucha gente, que al menos podría comer durante todo el año. La presión aumentó y Semira sintió que la soga que se había puesto al cuello cada vez apretaba más. Aunque desde que había muerto su padre, sabía que no tenía otra opción, las palabras de Rucer la habían asustado. Cuando le había visto de nuevo montado sobre su caballo negro, pensó seriamente que si la elegían, tendría una oportunidad de que él le pidiera matrimonio. Pero después de su reacción en el salón, tenía la sensación de que lo había fastidiado todo y que precisamente por

ser candidata a elegida, él ni la miraría dos veces. Incomprensiblemente se sintió como si le hubiera traicionado por llevar ese fajín en la cintura, porque durante todos esos años no había podido olvidar ese día en el que Rucer le dijo que regresaría. Sabía que era una tontería porque él ni se habría acordado de ella en todos esos años, pero no podía evitarlo.

—¡Espabila Semira, solo tenemos una semana para hacer el vestido! —le recriminó su hermana arrodillada frente a ella.

—¡No voy a ponerme esto! ¡Es indecente!

Liasa se mordió el labio inferior viendo el vestido verde casi transparente que estaba todavía sin rematar. Tenía un hombro al descubierto y aunque no se veía nada de su anatomía a través de la tela, sí que se transparentaba su figura al trasluz. —Eres candidata al harem y allí llevarás cosas mucho más expuestas. Ese vestido es muy decente con lo que llevarás en público.

Las hermanas palidecieron. —¿Qué?

—Solo os verá el rey, pero según me han contado, no es raro hasta ir desnudas en el harem.

Semira miró a Let que agachó la mirada cogiendo el dobladillo. —¿Tú lo sabías?

—No. Pero es lógico, ¿no crees? Estaremos allí para su disfrute.

Aquello era lo que le faltaba por saber. Estar encerrada y desnuda para que un viejo pudiera disfrutar de su cuerpo cuando quisiera.

La puerta se abrió a sus espaldas y un portazo las sobresaltó. Semira se volvió para ver a Rucer, que furioso la miraba de arriba abajo. —¿Qué es esto?

—Oh, Rucer... —Liasa se levantó de su silla algo nerviosa. —No sabía que vendrías hoy. No te esperábamos hasta la semana que viene. Es el vestido que mostrará el día de la elección. Aún no está terminado. —Sonrojada Semira le dio la espalda, pero él la rodeó lentamente sin quitarle la vista de encima mientras su hermana no despejaba la vista del suelo. —¿Os gusta?

—¿Esta indecencia? —gritó furioso sonrojando a Liasa—. ¡Es propiedad del rey y sus encantos están a la vista de todos!

—Oh pues... Pondremos otra tela debajo para que no se le vea nada.

Semira se mordió el labio inferior y le echó un vistazo para ver que parecía a punto de explotar. —Mi padre ha cambiado de opinión. Se ha dado cuenta de que es injusto favorecer a unas aldeanas en detrimento de otras. No habrá vestidos para ellas. Pero si ganan, los aldeanos recibirán la recompensa como había prometido.

—No... —dijo Liasa decepcionada—. Ya habíamos comprado las telas

y...

—¡Pues quémalas! ¡No se pondrán eso! —Furioso fue hasta la puerta. —
¡Si quieren formar parte de las elegidas, tendrán las mismas oportunidades que
las demás! ¡Así que no vuelvan por aquí!

Semira miró sorprendida a Liasa, estremeciéndose cuando escuchó el
portazo que dio al salir. Let levantó la vista y suspiró incorporándose. —Se
acabó.

—No, de eso nada —dijo Liasa molesta—. Porque os regalaré las telas a
vosotras.

—Ha ordenado que no nos las pongamos —dijo Let preocupada.

—Ha dicho que quememos las telas —añadió Semira cruzándose de
brazos.

—¿Queréis ganar o no?

Que le hiciera esa pregunta precisamente en ese momento no era buena
idea, pero su hermana asintió mirando sorprendida a Semira cuando no movió el
gesto. —¿Semi?

Gruñó bajándose de la silla donde estaba subida. —Ay madre, que se
echa atrás —dijo Liasa exasperada.

—¡No me echo atrás! ¡Se lo prometí a padre! Pero...

Liasa se acercó a ella cogiéndola del brazo para volverla. —¿Crees que
no sé lo que te ocurre? Has visto a Rucer y quieres una oportunidad. ¿Crees que
si fueras una aldeana que trabaja el campo, se fijaría en ti? ¿Qué se casaría
contigo? Eso no pasará. Te desvirgará tras la era y puede que te convirtieras en
su amante durante un tiempo, pero jamás se casará contigo pudiendo casarse con
la hija de un igual o con una de las elegidas rechazadas, porque eso les da
prestigio y aumenta sus riquezas. Soy hija de un señor y he estado casada con
otro. Jamás he conocido a un señor que se haya casado con una aldeana, así que
por mucho que te fastidie, si quieres conseguirle, debes convertirte en una de las
elegidas. —Los ojos de Liasa brillaron de inteligencia. —¿Crees que no sé por
qué está furioso? Porque le atraes y la mera posibilidad de que caigas en manos
del rey, le revuelve el estómago. Si no le importaras, lo del vestido no le habría
molestado.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Así que haz lo que te digo, llévatelo a casa y termínalo.

Sonrió radiante y miró a su hermana que correspondió a su sonrisa. —
Vamos hermana, es nuestra única opción de salir adelante y lo sabes.

Se avergonzó por pensar en Rucer en lugar de hacerlo en su familia. —

Lo siento.

—No te disculpes de lo que sientes. Si le amas, lucha por él. Pero piensa que si fracasamos, seguiremos en esa casita hasta que la muerte nos lleve porque la moneda de Liasa durará poco y después quedaremos a merced de las cosechas y los impuestos de nuevo.

Asintió sintiéndose una egoísta cuando Liasa había hecho tanto por ellas. Se quitó el vestido rápidamente poniéndose los harapos. Al mirar sus pies, una lágrima cayó por su mejilla y se dijo que debía dejar de soñar con Rucer y volver a la realidad de nuevo. Él era un señor y ella una aldeana. Jamás estarían juntos a no ser que el rey la rechazara en palacio y para eso debía llegar allí. Tomó aire pasándose la mano por la mejilla y forzó una sonrisa para volverse. La miraban preocupadas. —No hay problema, lo he entendido. Debo poner los pies en el suelo y asumir la realidad.

Liasa asintió. —Termina el vestido. Ese es mi consejo.

—Gracias.

—No me las des todavía. Sé que muchas tienen pájaros en la cabeza sobre lo que es ser una elegida, pero no todo es tan reluciente y maravilloso como lo pintan. Si consigues llegar a palacio, lo pasarás mal en muchas ocasiones, pero siempre tienes que pensar en la sonrisa de tu hermano y eso te dará fuerzas para superar esos dos años.

—Eso si llegó a palacio y si el rey me acepta.

—Dos pruebas que tienes que pasar. Aunque a mí lo que me preocupa es la primera. Tenéis que llegar allí. Eso cambiará vuestras vidas.

Las hermanas recogieron las cosas en silencio y Semira vio que Let estaba preocupada. Cuando se despidieron de Liasa susurró saliendo de la casa. —¿Qué te ocurre?

—Creo que nos ocultan muchas cosas de lo que ocurre en palacio. — Miró hacia los establos donde Rucer estaba dando órdenes a diestro y siniestro. —Y él es quien tiene las respuestas porque ha vivido allí.

Su hermana siguió caminando, pero Semira se quedó mirando a Rucer pensativa. Él la miró a los ojos y avergonzada desvió la mirada corriendo tras su hermana. ¡Tenía que dejar de hacer eso ya! Iba a pensar que estaba loca o desesperada por él y ambas cosas no podía tolerarlas.

Cuando llegaron a la cima de la colina, vieron a Carmon paseando por allí. —Buenos días —dijo Let con educación.

Las fulminó con la mirada y ellas aceleraron el paso. —¿Qué hace? — preguntó Let sin volverse.

—Está buscando el cuchillo. Lo hace a menudo. —Let la miró con horror. —Tranquila, no lo encontrará. Como sabía que me seguía, Ólia lo sacó del árbol y lo tiró por el acantilado de la muerte.

Su hermana suspiró de alivio. —Se pasaría caminando todo el día para llegar hasta allí. ¿Cuándo lo hizo? No recuerdo que se ausentara ningún día.

—Porque lo hizo de noche. Así no la vería nadie.

Let la miró arrepentida. —Hemos sido muy injustos con ella, ¿verdad?

—Desgraciadamente sí. Pero aún podemos solucionarlo. —Cuando llegaron a casa, vieron a Ólia ante el fuego haciendo un guiso. —¿De dónde ha salido...? —Parpadeó mirando el guiso. —¿Eso es pollo? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Has robado un pollo?

—¡No! —Sonrió de oreja a oreja. —Estaba ya muerto. —Señaló la cesta. —Pensaba que lo habías traído tú.

—No, yo no. Un pollo robado llama mucho la atención por la zona. Si entraran en la casa, se vería. —Señaló el guiso. —¿No crees?

Su tía la miró preocupada. —¿Habría sido el niño?

Clod entró en ese momento con un saco al hombro. —¿Qué es eso?

Cerró la puerta sonriendo. —Patatas.

—¿Estás loco? ¿Cómo entras con ellas así?

—¿No las has traído tú?

Se miraron los unos a los otros. —Hemos caído en una trampa —dijo Semira asustada.

Ólia se volvió para coger los paños y estaba agarrando la olla cuando la puerta se abrió de golpe sobresaltándola y la olla cayó al suelo, salpicando a Let en las piernas que gritó de dolor.

—¡Let!

—¡Ha sido ella! ¡Yo mismo he visto cómo me robaba el pollo! —gritó Carmon a los soldados señalándola—. ¡Me lo ha robado ella!

Los soldados entraron en la casa y Ólia corrió hacia Let que se había puesto a llorar. —Mi niña, ¿qué tienes?

—¡Me duele!

Angustiada por su hermana intentó acercarse, pero los hombres de Russ la cogieron con fuerza de ambos brazos. —Es mentira. ¡Yo no he robado nada!

—Eso se lo dirás a nuestro señor —dijo uno de ellos tirando de su brazo.

—¡No ha sido mi hermana!

Clod intentó interponerse, pero Carmon le pegó un empujón que lo tiró al suelo. Gritó horrorizada al ver que se golpeaba la cabeza con la pata de la mesa y perdía el sentido. —¡Clod!

La arrastraron fuera de la casa y ella miró hacia atrás. —¡Clod!

Rea salió de su casa corriendo y angustiada le gritó —¡Clod, cuida de mi hermano! —Su padre la cogió del brazo intentando detenerla, pero Rea se soltó entrando en la casita mientras la aldea la miraba. —Yo no he sido. ¡Nos han tendido una trampa!

—¡Mientes! —gritó Carmon—. ¡Yo mismo he visto cómo me robabas el pollo!

—¡Tú sí que mientes, viejo! ¡Recibirás tu merecido!

Uno de los soldados le apretó el brazo con fuerza y le gritó —¡Cierra la boca, mujer! ¡Sube al caballo si no quieres que te arrastre por la colina hasta llegar a la casa de tu señor!

Pálida asintió y subió al caballo mientras todos la miraban. La mayoría con pena y la familia de Tarquin con una sonrisa en la cara. Sobre todo Carmon, que estaba de lo más satisfecho. —¡Malditos cerdos! —gritó desgañitada—. ¡Lo vais a pagar! ¡Eso os lo juro por el alma de mi padre!

—¡Cierra la boca, zorra! ¿Creías que el fajín del rey iba a librarte de esto? ¡Eres una ladrona y todo el mundo lo sabe! Ahora vas a pagar.

El soldado se sentó tras ella y azuzó al caballo. Angustiada miró hacia atrás, pero no veía a sus hermanos ni a Ólia. ¿Estarían malheridos? Sintió que el miedo la recorría de arriba abajo y tembló sin darse cuenta.

—Si quieres salir de ésta con una sola mano, te aconsejo que confieses tu delito.

—¡Yo no he hecho nada!

El soldado asintió. —Allá tú.

Miró hacia atrás de nuevo y vio que toda la aldea les seguía. Se mordió el labio inferior mirando al frente donde varios hombres que estaban ejercitándose con la espada se detuvieron para observarles. Al ver que Rucer salía de la casa y bajaba los tres escalones, cerró los ojos. No podía soportar su mirada. Aquello era humillante y aunque se lo había merecido en el pasado, que ocurriera ante él no podía soportarlo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quiere toda esa gente? —preguntó Rucer fríamente.

—Esta mujer ha robado un pollo, mi señor.

Semira le miró a los ojos para ver que se había tensado. —La han visto y el pollo estaba en su casa —dijo el soldado con ironía—. En la olla para ser más precisos.

Rucer la miró fijamente. —Baja del caballo.

—Yo no he hecho nada, lo juro.

—¡Baja del caballo!

Como no bajaba, el soldado la cogió por la trenza tirando de ella. Semira intentó resistirse sujetándose en las crines, pero la cogió por sorpresa y Rucer apretó los labios cuando cayó al suelo. —¡No la toques! —gritó furioso—. ¡Es propiedad del rey!

El soldado se sonrojó. —Lo siento señor... como no bajaba...

—¡Cierra la boca!

Semira apoyándose en las manos vio las botas de su señor ante ella. Vio la empuñadura de oro que salía de su bota y sus ojos siguieron subiendo por sus piernas hasta la hebilla de su cinturón. Se le cortó el aliento al ver un lobo y recordó aquel día hacía tantos años. Justo antes de soltar su cuello, miró sus ojos y susurró —Me gustan tus ojos. Ojos de lobo.

Él había sonreído y le había dicho —Y a mí me gustan los tuyos. Las esmeraldas más grandes que he visto nunca.

—Nunca he visto ninguna. Pero me regalarás una cuando sea mayor, ¿verdad? Para comparar.

Él se echó a reír y miró a su padre que la cogió en brazos. —Es lista.

—No sabe cuánto, señor.

Recordando la risa de su padre, levantó la vista hasta sus ojos y tembló al ver su fría mirada. —Levántate Semira, antes de que te levante yo.

—Erto...

Se volvió hacia la colina al escuchar ese grito al otro lado y algo tembló en su interior. —¡Está muerto!

Su corazón latió con fuerza y sus temores se confirmaron cuando vio que Rea aparecía en la colina y gritaba —¡Clod está muerto, Semira!

Gritó desgarrada abrazándose el vientre mientras su amiga seguía gritando que habían matado a Clod. Rucer se agachó a su lado. —Semira...

Gritó de nuevo cogiendo el puñal de su bota y saltó sobre Carmon, que abrió los ojos sorprendido cuando se lo clavó con fuerza en el vientre. —¡Muere,

cabrón! —gritó fuera de sí—. ¡Has matado a mi hermano y espero que te pudras en el infierno!

Uno de los soldados sacó su espada y recibió un puñetazo de Rucer que le desarmó antes de que se la clavara por la espalda, mientras Semira no dejaba de apuñalar al viejo.

Cuando Carmon cayó de rodillas, ella con la respiración agitada y llena de sangre miró a Rea a los ojos que estaba ante ella. El dolor en sus ojos era indescriptible y su amiga alargó la mano intentando ayudarla en su pena. Semira no podía soportar el dolor. Clod ya no estaba con ellos y gimió temblando antes de caer de rodillas. Se miró las manos manchadas de sangre y una lágrima cayó sobre el puñal susurrando —Te he fallado, padre.

Apretó el puñal con ambas manos y Rea gritó aterrada antes de que Semira recibiera un golpe en la cabeza que la dejó sin sentido.

Un paño húmedo sobre su frente la sobresaltó y al abrir los ojos vio a Liasa sentada a su lado reprimiendo las lágrimas. Estaba tumbada en una cama que no conocía y al mirar al techo, se dio cuenta de qué hacía allí y cerró los ojos queriendo morir. —Dime que no he perdido a mi niño —susurró con la voz congestionada de dolor.

—Lo siento, cielo.

Liasa se echó a llorar y Semira al escuchar llorar a otras personas, abrió los ojos para ver a su lado a Rea y a Ólia. Asustada alargó la mano hacia su tía. —¿Y Let?

—No te preocupes. Está bien. La salvó la falda de que las quemaduras fueran graves. Le duele, pero se pondrá bien con la grasa que le he untado.

—¿Dónde está?

—Aquí —susurró su hermana.

Semira se sentó de golpe para ver a su hermana en una silla mirando el fuego pensativa. No lloraba y se le retorció el corazón porque debía estar sufriendo muchísimo. Movié las piernas para salir de la cama y Liasa se lo impidió sujetándoselas. —No te muevas. Has recibido un buen golpe.

—Déjame. Quiero ir con ella.

Liasa observó su dolor y se levantó para dejarla salir. Semira ignorando como le latía la cabeza, caminó lentamente hasta su hermana sin fijarse en lo que tenía a su alrededor y se arrodilló ante ella. Let reteniendo las lágrimas, dejó que recostara la cabeza en su regazo y le acarició el cabello con ternura. —Casi te

pierdo a ti también —susurró angustiada.

—Estoy aquí. Siempre estaré aquí —dijo llorando mientras su tía se tapaba la boca reprimiendo un sollozo.

—No vuelvas a hacer algo así. No has pensado en mí.

Semira gimió de dolor porque tenía razón. —Lo siento.

—Prometiste a padre que nos protegerías y lo has hecho. No ha sido culpa tuya. Nada ha sido culpa tuya y te has cargado todo sobre los hombros, Semi. —Acarició su cabello con amor. —Es hora de que vivas tu vida.

Levantó la cabeza sorprendida. —¿Qué quieres decir?

—Tú no quieres presentarte a elegida. Eres feliz en la aldea. Con la moneda puedes comprar las semillas para el año que viene. Eres trabajadora y saldrás adelante. No lo hagas por mí. A mí no tienes que protegerme.

—¿Pero qué dices, Let? —dijo Ólia indignada—. ¡Esa moneda no dará para pagar la cosecha y los impuestos, además de las semillas! ¡La única solución es que seáis una de las elegidas! ¡Qué haya muerto Clod no cambia nada!

—La tía tiene razón —susurró Semira mirando la cara pálida de su hermana—. No te preocupes. No lo hago por ti ni por la promesa a padre. Lo hago por mí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. No te angusties por esto.

—Semira... —La voz de Rucer le cortó el aliento y volvió la cabeza para verle ante la puerta con los brazos cruzados mirándola fijamente. —Has matado a un hombre.

—¡Mató a nuestro hermano! —gritó Let levantándose—. ¡Lo vieron los soldados!

Rucer asintió. —Pero eso no implica que no haya robado el pollo. Estaba en vuestra casa y si no lo ha robado ella, ha sido alguien de la casa.

Las mujeres le miraron escandalizadas y Semira se levantó en silencio.

—¡Todo fue una trampa de Carmon por la muerte de Tarquin! —dijo su tía a toda prisa—. Quería vengarse y nos tendió una trampa dejando el pollo en nuestra casa. Yo lo cociné porque...

—¡Creías que ellos lo habían robado!

Eso le cerró la boca y angustiada miró a sus sobrinas antes de dar un paso al centro de la habitación. —Yo lo robé.

—¡No, tía! ¡Tú no has hecho nada! —Semira levantó la barbilla. —Si alguien ha robado algo alguna vez, he sido yo.

Rucer apretó los labios. —Todas fuera. ¡Ahora!

Liasa cogió del brazo a Ólia que se resistía a irse y Semira empujó suavemente a su hermana que obviamente no quería dejarla sola. —Ve con la tía.

—No has hecho nada.

—Ve con la tía.

En cuanto salieron de la habitación cerrando la puerta, Rucer caminó hacia ella y Semira levantó la cabeza para mirarle a los ojos. —Sabes cuál es la pena por robar, ¿verdad?

—Perdería las manos mil veces si con ello diera de comer a mi familia — dijo con odio.

—¡Las manos solo se pueden perder una vez, estúpida! —le gritó a la cara.

—Es muy fácil hablar cuando siempre has tenido un plato en la mesa. No has escuchado llorar a tu hermano porque le dolía el estómago del hambre que pasaba. —Al recordar a su hermano sus ojos se llenaron de lágrimas y él rabioso la cogió por la nuca pegándola a su cuerpo. Abrió los ojos como platos y chilló —¡No puedes tocarme!

—¡Porque eres del rey!

Sin aliento miró sus ojos. —Sí.

—Antes te mato a que el rey te ponga un dedo encima. —El corazón de Semira saltó en su pecho porque la miraba como si la deseara más que a nada.

—Nunca te casarías con alguien como yo.

Apretó la mano de su nuca. —Si vas a palacio, acabarás en el harem y entonces sí que no me casaré contigo. —Semira separó los labios sin darse cuenta y él los miró con deseo. —Quítate el fajín, Semira.

—¿Y acabar siendo tu amante? No.

Rucer la apartó de golpe y ella cayó al suelo sobre su trasero. Le retó con la mirada y él la señaló con el dedo. —¡No lo haces por mí! ¡Las palabras de antes a tu hermana, me lo han dejado todo muy claro!

—No lo hacía por ti, pero ahora que has llegado, tengo un interés más. — Sonrió maliciosa. —¿Qué ocurre, mi señor? ¿Tiene miedo a la competencia de palacio?

—¡No tienes ni idea de dónde te metes!

—¿Por qué no me lo cuentas?

—Si consigues pasar la primera criba, lo verás por ti misma.

—La pasaré.

—¡Podría encerrarte por el robo del pollo y jamás irías a palacio!

Semira palideció. —Y nunca me tendrás.

Rucer apretó los puños antes de darse la vuelta y salir de la habitación dando un portazo. Se quedó allí sentada durante unos segundos, dándose cuenta de lo que había pasado. La deseaba. La consideraba suya, pero no se iba a casar con ella siendo una aldeana. Pudo verlo en su mirada. Sería su amante y la hubiera tomado allí mismo si no llevara el fajín del rey. Se levantó apretando los puños sabiendo que había hecho lo correcto. Si le hubiera hecho caso y renunciara a la elección, jamás sería su esposa. Había hecho lo correcto al negarse.

La puerta se abrió y su hermana la miró asustada. —¿Qué ha ocurrido?

—Nada. —Apretó los labios mirando el fuego pensando en su hermano. Sonrió con tristeza pensando en su niño. Miró a su hermana con lágrimas en los ojos. —Vamos a preparar a nuestro hermano.

—Ya le hemos preparado nosotras.

Asintió mirando el fuego de nuevo. —Al menos no ha sufrido, ¿verdad?

—No, no ha sufrido. Nuestro niño ni se ha enterado. —Let la abrazó. —Ahora estará bien y nos protegerá siempre.

—Sí, como padre y madre. Estará con ellos. No estará solo.

Let asintió viendo las lágrimas en las mejillas de su hermana. —Jamás estará solo. Vamos. No le hagamos esperar. Ya está oscureciendo.

Capítulo 4

Ólia, Rea, Let y Semira miraron la pira, mientras toda la aldea las acompañaba a la vez que en la pira de varios metros a su derecha, la familia de Carmon observaba como su cuerpo ardía. Semira les miró con rabia y la hija de Carmon agachó la mirada.

—Ya te has vengado. Déjalo estar —susurró Let angustiada—, por favor.

Asintió viendo como el cuerpo de su hermano era llevado a la pira cubierto de una tela blanca. La impresionó tanto que se tambaleó y Liasa la cogió del brazo. Podía ver que varios rizos rubios no estaban bien cubiertos por las vendas y gimió mientras las lágrimas de dolor salían incontrolables. Observando esos rizos, parpadeó al ver su color. Cómo se parecían sus rizos a los de su tía, que tenía el cabello de un rubio oscuro sin llegar a ser castaño. Miró a Ólia que lloraba desgarrada y se dijo que estaba teniendo visiones. Cuando uno de los rizos cayó sobre uno de los troncos, se dejó caer de rodillas de la impresión. Tanto que ni se dio cuenta de que encendían la pira y que su familia se arrodillaba tras ella. Se quedó mirando su cabeza atentamente y su tía la miró de reojo limpiándose la nariz mientras su hermana hacía lo mismo. El fuego empezó a devorarlo y empezaron a escuchar pequeños golpecitos en el interior de la pira que eran amortiguados por el ruido de las ramas al arder.

Semira entrecerró los ojos y cuando vio que una piedra caía del interior de su hermano, jadeó llevándose una mano al pecho. —Llora —susurró su hermana.

La miró como si le hubieran salido dos cabezas y Let siseó —¡Qué llores te digo!

—¡Clod!

—¡Sí, es una desgracia! —gritó su tía mirando a sus aldeanos, que asentían con pena—. Pobrecito mi niño, que me lo han matado.

Con los ojos como platos miró a su tía y su hermana le dio un codazo con fuerza. —Mira al suelo al menos.

Al otro lado de la pira vio a Rucer, que con los ojos entrecerrados no dejaba de observarla. Agachó la mirada de golpe. —¿Qué habéis hecho?

—Shuss. Estamos velando a nuestro hermano —siseó su hermana—.

Llora.

—Os voy a matar.

—Encima que lo hemos hecho por ti —susurró Rea tras ella.

—¿Por mí?

—Te iban a cortar las manos. El niño quería confesar y le hubieran matado —susurró su tía dejándola de piedra—. Esta era la mejor opción.

—Estáis locas. ¡He matado a un hombre! —Al ver que la aldea la miraba se tapó la cara con las manos gimoteando. —¡Ha matado a mi hermano!

—Hija, qué mal finges. Cierra la boquita de una vez —siseó Liasa.

—Siempre lo ha hecho fatal —dijo su tía como si fuera una vergüenza.

¡Estaban mal de la cabeza! Hasta su señora estaba metida en eso. Abrió los dedos y vio que Rucer seguía allí sin perder detalle. —Como esto se sepa, estamos muertas. Lo sabéis, ¿verdad?

—Nadie se enterará —dijo su hermana.

Mirando los ojos grises de Rucer no estaba tan segura.

Al amanecer fueron hacia su casita y en cuanto cerró la puerta, se cruzó de brazos furiosa. —¿Sabéis lo que he pasado? ¿Dónde está?

—Tienes que entenderlo. ¡Te habrían cortado las manos!

—¡He matado a Carmon!

—Era un cerdo que no nos hubiera dejado en paz, así que está mejor así.

—¡Let!

—¿Qué? —Levantó la barbilla. —Tomamos una decisión y te hemos salvado.

—¿Y ahora qué? ¿Se esconderá para siempre?

—Solo hasta la elección. Después nos iremos cuando os elijan —dijo Ólia tan campante.

—¿Irse a dónde?

—A palacio.

—¡Estáis mal de la cabeza!

Un sonido debajo de la cama hizo que mirara hacia allí. Levantó las manos exasperada. —¡Clod sal de una vez!

La cabeza de su hermano apareció y sonrió de oreja a oreja. —¿Nos libramos?

Al ver esa sonrisa no pudo evitarlo y se agachó abrazando a su hermano

sacándolo de debajo de la cama. —He pasado mucho miedo. No volváis a hacer algo así.

Su hermana asintió y su tía puso las manos en la cintura. —De todas maneras no podemos repetirlo.

—¡Tía!

—Sí, ya, ya. Lo he entendido.

Se apartó para mirar a su hermano. —¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Seré una sombra. Nadie me verá.

—¿Y qué vas a hacer todo el día en casa? Te vas a volver loco.

—Mejor eso a que te corten las manos.

Le abrazó de nuevo emocionada y su hermana sonrió mientras se limpiaba las lágrimas. —Siempre me está salvando.

—Soy el hombre de la casa. Tengo que protegerte.

—Y lo haces mejor que nadie. —Abrazándolo le metió en la cama y le besó en la frente. —A dormir. Yo vigilo.

Su hermano suspiró y sus ojitos se cerraron como si llevara aguantando el sueño muchas horas. —Que no entre nadie.

—Descansa. No te preocupes.

Se volvió hacia su tía y su hermana tomando aire, porque ahora sí que necesitaba el dinero para sacar a su hermano de la aldea. —Vamos a coser esos vestidos.

Entre todas le controlaban y era difícil porque era un niño y se inquietaba. Necesitaba salir a correr y disfrutar, así que salían de casa cuando la aldea estaba en silencio. Durante esos días no vio a Rucer porque se había ido a las tierras de su padre. Esa misma mañana discutió con las chicas porque Rea necesitaba ayuda con la recolecta de la cosecha, pero ellas querían que se probara el vestido de nuevo para los últimos detalles. Después de prometer que lo probaría de noche, la dejaron irse.

Estaba recogiendo el maíz y miró al cielo. Para estar en septiembre aún seguía haciendo calor. Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor y miró los campos estirando la espalda. Vio un hombre a caballo y se agachó tras el maizal al ver que era Rucer. Juró por lo bajo porque no quería que la viera hasta la elección. Tenía la sensación de que sabía algo de Clod y no podía dejar que se enterara de todo. Y se enteraría si le preguntaba, porque como decía su tía

disimulaba fatal. Escuchó los cascos del caballo cerca de donde estaba y a cuatro patas caminó tras el maizal para alejarse.

—Semira, te estoy viendo.

Gruñó levantándose de golpe y sonriendo de oreja a oreja. —¡Mi señor! Qué sorpresa.

—¿Sorpresa? —Levantó sus cejas negras. —¿Cómo te encuentras después del fallecimiento de tu querido hermano?

—¡Bien! —Miró a su alrededor y vio que todos les observaban, así que se dio la vuelta.

Rucer puso los ojos en blanco. —Vuélvete mujer.

—No puedo —susurró—. Eres soltero por mucho señor que seas de estas tierras.

—¡Quiero hablar contigo!

—¿Cómo hombre o como señor?

—¡Cómo Rucer de Bornn!

—Ah, entonces no.

—¡Semira!

Le miró sobre el hombro. —No insistas, pertenezco al rey.

—La madre que... —Tiró de las riendas volviendo a su caballo. —Por cierto, como señor de estas tierras me han llegado algunos rumores.

—¿Rumores?

—Sí, sobre cierto fantasma de corta estatura que camina por las noches cerca del río. —Se volvió atónita para ver que miraba al frente pensativo. —Y va con una mujer rubia. ¿La conoces?

—No... —Negó con vehemencia.

—Esta noche iré al río a comprobarlo. —La miró a los ojos. —¿Crees que estará allí?

—Pues no. No estará allí porque pertenece al rey.

—¡Dijiste que no la conocías!

—¡Pero me lo imagino!

—¡Mujer, me colmas la paciencia! ¡Y sobre lo otro, ya hablaremos!

—¡Muy bien! Hablaremos, pero después de la elección.

La fulminó con la mirada antes de azuzar su caballo alejándose de ella. Rea se aproximó corriendo y cuando llegó a su lado susurró —¿Qué quería?

—Una cita en el río.

Su amiga abrió los ojos como platos. —¡No!

—No es tonto. Lo sabe.

Se miraron a los ojos y Rea jadeó llevándose la mano al pecho al entender lo que quería decir. —Estamos muertas.

Miró la espalda de Rucer. —No, creo que nos cubrirá.

—¿Por qué?

Sonrió encantada. —Porque me quiere. Al menos en su lecho.

—¿No me digas? ¿Cómo lo has hecho? —La mirada de su amiga cayó en Levon, que estaba hablando con unos aldeanos al otro lado del campo.

Se encogió de hombros. —No tengo ni idea. Pero tú lo tienes más fácil. Él no es señor. Puede casarse con quien quiera —dijo molesta arrancando una mazorca.

Su amiga entrecerró los ojos. —Por muy fácil que lo tenga, si no me dices como lo has hecho, no tengo nada que hacer.

—No sé lo que he hecho. —Con la mazorca en la mano pensó en ello. —Bueno sí. Mirarle mucho.

—No puedo hacer eso... —Levantó la barbilla orgullosa. —Pertenezco al rey.

—Eso también me ha ayudado, creo.

—¿No me digas?

Soltó una risita. —Tiene celos.

—Ah... —Su amiga se mordió el labio inferior mirando a Levon.

—De todas maneras, queda un día para la elección y saldremos de dudas.

Su amiga sonrió. —¿No estás nerviosa? Mañana por la tarde estaremos ante el consejo.

—No me lo recuerdes.

Siguieron recolectando y su amiga susurró —Si te eligen, no nos volveremos a ver, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —exclamó asombrada.

—Te irás a palacio y no volverás por quien tú ya sabes. Él no puede volver a la aldea jamás.

—Puedo llevar a una chica para atenderme y te llevaré a ti.

—¿No llevarás a tu hermana? —preguntó sorprendida.

Se mordió el labio inferior porque la verdad es que no lo había pensado. —Veremos lo que ocurre, ¿vale? Es pronto para tomar esas decisiones.

Rea sonrió. —Si me eligen, yo te escogeré a ti.

—No. —La cogió del brazo. —Si te eligen, escoge a Let. A mí no me

serviría de nada ir a palacio a servir, porque lo que quiero está aquí. Además, quien tú ya sabes tiene que salir de aquí.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. —Siguieron trabajando. —Hablando de cosas seguras. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Estás medio enamorada de ese hombre. — Rea se sonrojó al darse cuenta de que hablaba de Levon. —Él está aquí y tú estarás allí.

—Volverá a Palacio.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—Forman parte del ejército del rey. Rucer lo dirige. Solo está aquí temporalmente porque tiene que ayudar a su padre. —Se encogió de hombros. —Supongo que regresarán. Levon le ha dicho a Liasa que volverá después de la elección.

—¿Y me lo dices ahora? —gritó indignada.

—¡Creía que lo sabías! Todo el mundo sabe que dirige el ejército y no lo va a hacer desde aquí.

—¡Creía que se quedaría a dirigir las tierras de su padre!

—Russ ya se ha restablecido.

—¡Rayos!

—¿Qué?

—¡Ahora tengo que conseguir ir a palacio sí o sí!

—¿Y no era lo que ibas a hacer?

—¡Sí! ¡Pero no pensaba que si no me elegían no iba a volver a verle, que es muy distinto!

—Amiga, ¿estás bien?

Gruñó tirando de otra mazorca y siseó —Una cita en el río. ¡Y se iba a largar! Qué poca vergüenza. Espera que le pille. ¡Muy listo, eso es lo que es!

Rea reprimió la risa mientras seguía despotricando. —¡Porque no iba a llevarme, eso seguro! ¡No, a una aldeana no! ¿Te imaginas llevando del brazo a una aldeana para presentársela al rey? ¡No! —La señaló con la mazorca con ojos de loca. —¡Ni me ha dicho que se va!

—Igual no se va.

—Me acabas de decir...

—¡Semira, me estás poniendo nerviosa! ¿Yo qué sé? ¡Solo sé que Levon se va mañana!

Entrecerró los ojos. —Me voy a enterar.

—Sí amiga, primero entérate. —Se quedó con la boca abierta cuando vio que se giraba y caminaba entre los maizales. —¿A dónde vas?

—¡A enterarme!

—¡No puedes hablar con él!

Semira no le hizo ni caso. Se puso de puntillas para verle al final del campo hablando con alguien, así que corrió hacia allí. Rucer la vio llegar y vio su cara de decisión, así que carraspeó antes de decirle al aldeano —Nos vemos luego.

—Sí, mi señor.

—Tú. —Le señaló con la mazorca que aún tenía en la mano. —¿Te vas mañana?

Rucer carraspeó mirando a su alrededor. —¿Quién lo pregunta? ¿La aldeana o la mujer?

—¿Te estás pitorreando? —Puso las manos en jarras. —¡No puedes irte!

—Tengo obligaciones.

—¿Eso es que sí o que no?

—Semira estás llamando la atención.

Se agachó de golpe y él puso los ojos en blanco antes de sonreír de una manera que le robó el aliento. Rucer cogió las riendas. —Esta noche en el río.

Se volvió dejándola con la palabra en la boca y ella chistó. Se volvió para mirarla. —Me llevaré a Clod. Para que no te aproveches.

Él se echó a reír alejándose y Semira sonrió sintiéndose muy feliz. Regresó con su amiga y susurró —Todavía no sé nada.

—Uy, uy... Éste es muy listo. Apuesto a que hablaréis esta noche en el río.

La miró sorprendida. —¿Crees que he caído en la trampa?

—Totalmente.

—Le he dicho que me llevaré a Clod para que no se aproveche.

—¿Y que vea al niño? ¿Estás loca? ¿Y si es una trampa? Amiga, creo que te fías demasiado de ese hombre cuando no le conoces de nada. —La cogió del brazo para que la mirara. —Escúchame bien. Creo que no piensas con claridad cuando estás a su lado. —Negó con la cabeza dándole la razón. —Lo sé, lo he visto. Así que te voy a dar un consejo, aunque conociéndote siempre haces lo que te da la gana. —Asintió dándole la razón. Su amiga suspiró exasperada. —Lo sé. Ahora escucha. Ese no es de fiar. Quiere meterse entre tus piernas y no quiere que te presentes a la elección, ¿no es cierto? —Asintió de nuevo entrecerrando los ojos. —¿Y si te chantajea con lo del niño? ¿No lo has

pensado? —Separó los labios de la sorpresa. —¿Y si así quiere forzarte a conseguir lo que quiere? Tienes que ser más lista que él, Semira. Además, estás poniendo en riesgo a tu hermano y eso jamás debe ocurrir. ¡Espabila! —Le dio una colleja sorprendiéndola. —Si te presentas con el niño, ¿quién te garantiza que no lo apresen y nos detengan a todas por ayudaros? —Semira se sonrojó. —Y si vas al río sola, ¿quién te dice que no te desvirgue allí mismo?

—Soy propiedad del rey.

—¡Eres más estúpida de lo que creía! —le gritó a la cara—. Si no eres virgen no te puedes presentar a la elección y ese fajín no valdrá nada. ¿Crees que el rey va a castigar al jefe de su ejército? ¿Por una aldeana que no le importa a nadie? Ese fajín nos lo ponen para protegernos de los aldeanos antes de la elección, porque el rey quiere que cuando toque a una mujer sea pura, pero entre iguales eso les es indiferente. Seguro que si te tomara, nadie de por aquí le acusaría de nada. ¿A su señor? ¿Cuando va a heredar las tierras que tienen que trabajar? Cerrarían la boca tan rápidamente, que antes de un suspiro ya se les habría olvidado el asunto. No le importas a nadie, excepto a nosotras. Que se te meta en la cabeza.

Negó con la cabeza dando un paso atrás porque no lo podía creer. —A Rucer le importo. Puede que no lo demuestre por las apariencias, pero sé que le importo. —Al ver que su amiga iba a decir algo gritó —¡Me quiere! ¡Lo sé y no vas a convencerme de lo contrario!

Rea se volvió molesta para seguir trabajando y Semira miró arrepentida a su amiga porque le había gritado cuando solo quería lo mejor para ella. Se acercó a ella y le tocó el hombro. Rea se volvió ligeramente. —Tendré cuidado, ¿de acuerdo?

—Solo quiero que seas feliz, Semira. Y salir de todo esto sin que nos maten a todas.

Se emocionó mirando sus ojos castaños. —Lo sé. —La abrazó con fuerza. —No te preocupes por mí.

—Pero irás porque le quieres y te mueres por estar con él.

—No me va a ocurrir nada. Tranquilízate. —Su amiga asintió. —Todo saldrá bien.

Sentada en una piedra, observaba el reflejo de la luna en el agua que corría por el río, pensando en todo lo que le había dicho su amiga, cuando escuchó un ruido tras ella. Se volvió sobresaltada para ver la silueta de Rucer,

que sonrió al verla provocando un vuelco en su corazón. —Has venido —dijo él sentándose a su lado. Rió por lo bajo—. Y no has traído al niño.

Se le quedó mirando fijamente y él perdió la sonrisa poco a poco. —¿Qué ocurre, Semira? —Alargó la mano y acarició su mejilla. Cerró los ojos disfrutando de su contacto. —¿No te fías de mí? Me di cuenta en el funeral por tu cara y no he dicho nada, ¿no es cierto?

Abrió los ojos. —¿Qué quieres de mí?

Rucer se tensó apartando la mano. —¿Qué clase de pregunta es esa? Estoy aquí, ¿no?

—¿Para qué?

—Querías hablar conmigo.

—Te hice una pregunta que no llegaste a responder.

—Tengo obligaciones.

—Eso dijiste. También las tienes aquí.

—No sé por qué te importa.

—Me importa mucho —respondió mirando sus ojos grises—. Y lo sabes.

Sonrió con ironía. —Lo dices como si no me hubieras olvidado en todos estos años y eso no es cierto. ¡Bien que quieres acostarte con el rey!

—¡Sabes por qué lo hago! ¡Tengo que cuidar de mi familia! ¡No tenemos a nadie!

Él apretó los puños mirando el río. —Puedo hacer la vista gorda con los pagos de la cosecha.

Le miró sorprendida. —¿A cambio de qué?

Volvió a mirarla con deseo y a Semira se le retorció el corazón. —Quieres que sea tu amante. —Se levantó indignada. —¡Tu amante!

—¡No esperarías que me casara contigo!

—Si consigo que me elijan...

—¡Eso no pasará, Semira! ¿Sabes cuántas candidatas hay en todo el reino? —Se levantó furioso. —¡Además como otro te toque un solo cabello, olvídate de mí!

Dio un paso hacia él perdiendo los nervios. —¡No pongas excusas! ¡Reconoce que de todas maneras no te casarías conmigo me elijan o no! ¡Si me amaras, harías todo lo posible para que lo consiguiera, porque eres quien dirige su ejército y tienes ese poder! ¡Nadie te lo negaría! ¡Pero tú no quieres que me elijan, porque en realidad no quieres que sea tu esposa!

—¡No digas tonterías! ¿Y quién te ha dicho que te amo? —le gritó a la

cara cogiendo su brazo—. ¡Te estás imaginando cosas, mujer!

—¿No me amas? —Soltó su brazo furiosa. —¿No me amas? ¡Mientes!
—Entonces una idea se le pasó por la cabeza. —¿Qué hay en palacio que no puedo ver, Rucer?

Él apretó las mandíbulas con fuerza apartando su mirada. —¿Qué hay?
—gritó desgarrada al darse cuenta de que tenía razón.

—¡Repito, te estás imaginando cosas y yo no te he prometido nada! ¡Eres una aldeana! ¡Puede que te desee, pero jamás me casaré contigo!

Esas palabras le rompieron el corazón y dio un paso atrás. —¿Estás enamorado de otra mujer?

La miró con desprecio. —¡Hablas de amor a la ligera, Semira! ¡Y en mi mundo esa palabra no existe! ¡Solo existe la lealtad y eso es lo que le pediré a mi esposa!

—Lealtad —susurró incrédula.

—¿Acaso tú me amas?

—¡Sí! —gritó sorprendiéndole con lágrimas en los ojos—. ¡Al contrario que a ti, no me avergüenzan mis sentimientos!

—¡Estás loca! ¡Si no me conoces! ¿Crees que soy estúpido? ¡Solo me estás utilizando para llegar a palacio!

—¡Llegaré a palacio sin tu ayuda! —Se volvió cogiendo sus faldas y echó a correr por el prado. Rucer la siguió cogiéndola por la cintura y tirándola al suelo. Gritó cuando se tumbó sobre ella sujetándole las muñecas sobre la cabeza. —¡Suéltame!

—¿Me amas? —Sin aliento miró sus ojos grises que exigían una respuesta casi con desesperación. —¡Dime que me amas!

Una lágrima cayó por su mejilla. —Te amo más que a mi vida.

Rucer besó sus labios con desesperación y Semira gritó de la sorpresa intentando resistirse antes de que sus caricias le hicieran disfrutar de ese momento. Porque en ese momento era suyo. Cerró los ojos cuando entró en su boca y cuando ella se entregó acariciando su lengua porque era lo más maravilloso que había sentido nunca, él se separó ligeramente para mirar su rostro y Semira abrió los ojos lentamente mientras sus manos bajaban su escote y lo abrían tirando de los cordones de cuero. Apartó la áspera tela para que la luz de la luna bañara la cremosa piel de su pecho y lo acarició con la mano haciéndola gemir de placer. —Eres mía —dijo con la respiración agitada antes de agacharse y atrapar el pezón entre sus labios. Gritó arqueando la espalda cuando rozó con la lengua su endurecido pezón y se retorció de placer cuando lo

mordisqueó suavemente mientras levantaba sus faldas. Casi se desmaya de deseo cuando su mano acarició el interior de sus muslos hasta llegar a su sexo. Pasó su mano lentamente entre sus pliegues y creyó que se moría cuando sintió su sexo endurecido acariciándola. Se moría por él y cuando entró lentamente en su interior, le rodeó con sus piernas negándose a que la abandonara. La miró a los ojos cuando llegó a la barrera de su virginidad y gimió de dolor. —Mía —gruñó él antes de besarla con posesividad moviendo la cadera con fuerza entrando en su ser. Semira gritó en su boca de la sorpresa, pero Rucer salió ligeramente de su cuerpo dándole alivio antes de entrar de nuevo proporcionándole un placer indescriptible. Se apartó para mirar sus ojos sin dejar de moverse y angustiada porque su cuerpo necesitaba algo que ella no conocía, se aferró a su cuello. Rucer aceleró sus embestidas con contundencia y Semira gimió, pues cada músculo de su cuerpo se tensó con fuerza hasta que un último e implacable empujón la catapultó a la gloria.

Sus besos en el cuello la hicieron sonreír y cuando tiró de su vestido hacia arriba para desnudarla, Semira rió sin poder evitarlo. —¿Qué haces?

—Vamos a bañarnos.

—¡Está fría!

Él besó la piel entre sus pechos hasta bajar a su ombligo y Semira acarició su cabello disfrutando de todo lo que le daba. Chilló cuando la cogió levantándola sobre su hombro y se echó a reír al ver su trasero desnudo. — ¡Serás desvergonzado! —Le acarició el trasero con picardía y Rucer gruñó metiéndose en el agua. —¡No, no Rucer! ¡Está muy fría!

La bajó lentamente pegándola a su pecho y Semira se abrazó a su cuello rodeándole con las piernas. —No me bajes. No quiero mojarme.

Él acarició su trasero y Semira se sobresaltó cuando acarició los suaves pliegues entre sus piernas. —¿Duele?

Se sonrojó y Rucer se echó a reír. —¡No tiene gracia!

La pegó a él metiéndose más en el río y ella chilló haciéndole reír cuando el agua tocó su trasero. —Si está muy buena.

Sus manos acariciaron su espalda provocando que Semira cerrara los ojos de placer sin darse cuenta de que la metía en el agua hasta la cintura. —Eres preciosa.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

Rucer la besó suavemente en los labios y susurró —Suéltate el cabello. Quiero vértelo.

Levantó sus brazos y él aprovechó para meterse uno de sus pezones en la

boca. Tembló entre sus brazos quitándose la cinta de cuero que tenía al final de su trenza, que se deshizo cuando el agua tocó su cabello de nuevo. Rucer la inclinó hacia atrás y el agua la deshizo por completo. —Parece oro —dijo fascinado observando los mechones que se movían con el agua.

Semira se echó a reír abrazando su cuello. —Si te faltan monedas, te corto un mechón.

Rucer sonrió. —¿Lo harías?

—Haría lo que fuera por ti.

Él se giró. —Nos irá bien, ya verás.

Le miró extrañada. —¿Nos irá bien?

—Puedes labrar los campos si quieres, pero te mantendré a ti y a tu familia.

Semira se tensó entre sus brazos. —Como tu amante.

Rucer la miró confundido. —Ya lo habíamos hablado, Semira. No puedo casarme con una aldeana.

Le miró horrorizada y se soltó con fuerza, alejándose de él y saliendo del río. —¡Semira!

Corrió hasta su ropa. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida! Se había entregado a él y ni le había dicho que la amaba.

La volvió cogiéndola por el brazo. —¿A qué viene esto?

—¡Lo has hecho a propósito! ¡Me has desvirgado para no darme opción!

Él se tensó. —¡No te he forzado!

—¡No! ¡Me has seducido para que mañana no pueda presentarme! ¡Pero te vas a llevar una sorpresa!

Rucer palideció. —¡No te puedes presentar mañana! ¡Cómo se enteren de que no eres pura, te jugarás el cuello por intentar engañar al rey!

—Voy a llegar a palacio cueste lo que cueste y si quieres impedirlo solo tienes que decir que me has tomado. ¡La decisión es tuya!

—¡No voy a traicionar a mi rey ocultándole algo así!

—¡Lo acabas de hacer al tomar algo que no era tuyo!

Apretó con fuerza sus brazos pegándola a su cuerpo. —Eres mía. No irás a la elección.

—¡Sí que iré!

—¡Jamás me casaré contigo! —le gritó rabioso a la cara haciéndola palidecer.

—¿Por qué, si me amas? —preguntó sin aliento.

—¡Porque me voy a casar con la princesa Arna!

El mundo se tambaleó a sus pies viendo la verdad en sus ojos y Rucer desvió la mirada para no ver su dolor.

—Suéltame —le rogó sintiéndose rota.

—Semira...

—Por favor...

La soltó lentamente como si fuera lo más difícil que había hecho en su vida y Semira sintió que le arrancaban el corazón en ese momento. —Me has desvirgado sabiendo que nunca sería tuya.

—¡Eres mía!

—No. No ante todos. Soy una puta que se levanta las faldas a escondidas para tu placer. —Rucer apretó los puños. —Que se esconde de la gente y que tendrá que soportar los murmullos y los insultos de los suyos por ser la amante de su señor. Lo he visto antes. —Una lágrima corrió por su mejilla. —Tú no me amas. Si lo hicieras jamás se te ocurriría hacerme pasar por eso y ni se te pasaría por la imaginación hacer a otra tu esposa.

—¡Antes de irme de la corte me llamó al salón del trono! ¡Me sugirió que Arna sería una buena esposa para mí! ¡Sabes que es una orden! ¿Debo llevarle la contraria a mi rey, que me entrega lo máspreciado que tiene, porque me he encontrado de nuevo contigo?

—¡Sí! —gritó muerta de dolor sin darse cuenta de que lloraba—. ¡Eres un cobarde!

Rucer palideció y dio un paso hacia ella furioso. —¡Repíte eso!

—¡Solo un cobarde deja que dominen su vida contra sus deseos y yo no soy cobarde!

—¡Estás loca!

—¡Si tú no me quieres, alguien me querrá en palacio! ¡Daré una buena vida a los míos incluso a pesar de ti!

—¡Si descubren que no eres virgen, te matarán! ¿Y si llevas a mi hijo en tus entrañas?

—¡Cómo si te importara lo que me ocurra! ¡Lo único que te molesta es que no me tendrás para tomarme cuando quieras! ¡Eso es lo único que te importa!

—¡No digas eso! ¡Te he protegido de la horca! ¡Mataste a ese hombre y no he dicho nada!

—Porque te convenía, ¿no es cierto? —Rucer se tensó y ella sonrió irónica. —Me das asco.

El tortazo que la tiró al suelo la sorprendió y llevándose la mano a la mejilla, sintió que había sido una estúpida que acababa de destrozar su vida. Levantó la mirada hacia Rucer, que parecía que no pudiera creerse que la hubiera golpeado. —Semira... —Dio un paso hacia ella, pero Semira se levantó cogiendo su vestido y alejándose todo lo que podía de él.

—¡Semira!

Capítulo 5

Se pasó toda la noche llorando escondida en el bosque sentada bajo un árbol. Cuando amaneció, se quedó con la mirada perdida sin saber qué hacer. No era virgen. Si la escogían y se enteraban de que no era pura, la matarían. Puede que Rucer lo dijera para quitarla del medio de una vez, porque era obvio que su princesa le importaba mucho más que ella. Por eso no la quería en palacio, porque se enteraría del compromiso. Maldito cobarde. Bien se lo podía haber dicho antes de tomarla. Pero el muy cerdo lo había hecho precisamente para que ella no se presentara al día siguiente y ahí se acabara todo. Sonrió irónica porque si estuviera embarazada, a él le importaría muy poco. Si se casara con la princesa, ya no saldría de palacio. Estaba claro que el rey quería darle un cargo de mucho poder en el reino y por eso le entregaba a su hija. Había oído rumores sobre que el príncipe no tenía buena salud. Igual era por eso. Necesitaba un sucesor y el jefe de su ejército era la persona perfecta. Más si estaba casado con la princesa y ésta le daba hijos. Herederos al trono. No, ella no le importaba nada y el hijo que pudiera darle, aún menos.

El odio recorrió su pecho. Pues si creía que ella se iba a quedar allí muriéndose de hambre no la conocía nada. Iba a ir a palacio y se casaría con el hombre más rico que encontrara para darle a su familia la vida que merecían. Miró al cielo. —Lo siento, padre. Me he desviado, pero te juro que lo conseguiré, aunque me cueste la vida.

Ya preparada con su vestido verde, su tía Ólia le puso la corona de flores silvestres alrededor de la cabeza. Su cabello brillaba suelto hasta los muslos y aunque tenía un poco sonrojada la mejilla, casi no se notaba. Se volvió al escuchar el murmullo de su hermano que sentado en la cama las miraba con la boca abierta. —Estáis muy hermosas.

Su hermana vestida de azul sonrió. —¿De veras? Es una pena que no nos vea padre.

—Nos ve. —Alargó la mano hasta Let que asintió. —Están con nosotras. Ólia retuvo las lágrimas. —Preciosas.

Llamaron a la puerta y su tía fue a abrir una rendija. Al ver quien era, abrió para dejar pasar a Liasa que se detuvo en cuanto las vio. —Maravillosas. No tendréis rival.

Semira forzó una sonrisa y Liasa entrecerró los ojos. —¿Qué te ha pasado en la mejilla?

—Me he dado un golpe. ¿Se nota mucho?

—No te lo toques. Se sonrojará la mejilla y se notará más.

Asintió y nerviosa se apretó las manos. —¿Vamos?

—Espera. Quiero que lleguéis las últimas. —Liasa se acercó a Clod y le acarició los rizos rubios. —¿Cómo lo llevas, pequeño?

—Esto es muy aburrido —refunfuñó—. Y me voy a perder la elección.

—No. No te la perderás, porque te vas a poner esto.

Para sorpresa de todos metió la mano bajo la falda y sacó un vestidito de niña y un pañuelo a juego. Clod gruñó haciéndolas reír. —¿Quieres ver la elección o no?

Miró el vestido de tela azul claro que le tendía y lo cogió a regañadientes antes de decir —Gracias.

—Se me ha ocurrido que en caso de que no os elijan, cosa que dudo, podéis recibir a la huerfanita sobrina de tu padre.

Ambas suspiraron del alivio mientras su hermano gruñía de nuevo. — Con todo el revuelo de la elección de hoy, nadie se fijará en que llega un carro o no. Es el momento perfecto para presentar a ... —Se volvió hacia Clod. — ¿Cómo te llamamos?

—Gerta.

—¿Gerta? —preguntaron todas a la vez.

—¿Qué más da?

—Importa mucho. Será tu nombre hasta que podamos hacerte salir de nuevo. —Semira miró a su hermana. —Lou.

—Me gusta.

—Te llamarás Lou. Y recuerda que eres hijo de la hermana de padre.

—Está bien...

—¿Cómo se llama tu madre?

—Gerta.

Las hermanas se encogieron de hombros. —Muy bien. Gerta —dijo Liasa divertida.

Su hermano se puso el vestido y Ólia le puso el pañuelo como las niñas

de su edad. Solo se descubrían el cabello cuando se hacían mujer, así que eso no sería problema.

—Uy, qué bonita mi niña. —Semira se acercó para besuquear su cara.

—Muy graciosa.

—Niñas, atención.

Las hermanas se volvieron hacia Liasa que entrelazó las manos mirándolas fijamente. —Ya sabéis cómo comportaros. Agachar la mirada hasta que el hombre del rey llegue hasta vosotras y levantáis la vista lentamente hasta sus ojos de manera seductora. Nada de timidez. Estáis aquí para conquistar y excitar. Esa será vuestra función, pero no de una manera descarada o vulgar.

—Sí, Liasa.

—Si os preguntan, contestareis con voz sensual. Nada de chillidos y nervios como si hicierais algo muy excitante. Manteneos juntas porque quiero que vean el contraste entre las dos. Nada de mezclaros entre las demás y habrá muchas, porque han venido hasta aquí doce aldeas. Dos más que el año pasado.

—Bien.

—Os advierto que he visto a algunas y las hay muy hermosas. No le deis importancia. Manteneros serenas como si todo esto fuera una tontería y si veis a alguna conocida, la saludáis con una inclinación de cabeza como en la corte.

—Pero Rea...

—Ya he hablado con ella. No hay problema.

—Como si ella tuviera algo que hacer —dijo Clod chasqueando la lengua.

—¡Niño! ¡Digo, niña! —Se echaron a reír cuando su tía se sonrojó por su confusión.

—Rea tiene las mismas oportunidades que las demás y no es la primera vez que eligen a una chica no tan atractiva simplemente por su conversación inteligente. El rey no es estúpido y también le gusta una buena conversación.

Todas asintieron y Liasa fue hasta la puerta tomando aire. —Vamos allá.

Caminaron entre sus aldeanos, que impresionados las observaron ir hasta la pradera al lado de la aldea donde siempre se hacía la selección. Había músicos tocando y puestos de comida y bebida para quien pudiera permitírselo. En un lateral ya estaba la tarima donde colocaban las sillas para el señor y los enviados del rey. Se negó a mirar hacia allí, sorprendiéndose sin mostrarlo por la cantidad de mujeres que había esperando. El año anterior no había tantas y eso demostraba que el hambre en la región hacía mella en las familias, porque todas las que estaban allí eran pobres como ratas. Las miraron con odio al ver sus

vestidos, pero ellas las ignoraron para colocarse en la fila. Rea se colocó a su lado sin hablar. Semira sonrió al ver que llevaba un vestido beige de la misma tela que la suya. Liasa no había querido dejarla mal porque era de la familia.

—Estás preciosa. —Rea la miró y sonrió, pero perdió su sonrisa al ver su mejilla. —No pasa nada. Disfruta del momento.

Asintió mirando al frente y sin poder evitarlo Semira hizo lo mismo. Sus ojos se encontraron con esos ojos grises que le habían destrozado el corazón y reprimió un estremecimiento al ver que estaba furioso. Tomando aire, evitó darse cuenta de lo guapo que estaba con su chaleco azul bordado con hilos de plata.

—Nos están mirando —susurró Let poniéndose nerviosa.

—Tranquila. —Sonrió mirando a su hermana. —Piensa que no nos mira nadie.

Los hombres del rey se levantaron de sus asientos y caminaron hacia la enorme fila de chicas. Ellas estaban a la mitad más o menos. Todas se giraban para mirar a la comitiva, pero las tres miraban al suelo como les habían indicado.

—Esto es un desastre —dijo uno hombre acercándose—. ¡Algunas no se han lavado en meses! ¡Tú, niña! Fuera de la fila, ¿no te da vergüenza presentarte así para tu rey?

—¿Eres el rey? —preguntó la chica sorprendida.

Varios se echaron a reír a carcajadas y Rea soltó una risita. Semira le dio un codazo cuando escuchó decir al emisario del rey. —¡Fuera de mi vista!

Unas botas se pusieron ante Let que se tensó levantando la vista lentamente hacia un hombre algo delgado, pero muy apuesto que la observaba fijamente con las manos a la espalda. Tenía los ojos castaños al igual que el cabello y se quedó mirando a su hermana fijamente. —¿Tu nombre?

—Let, mi señor.

Miró a Semira que ya había levantado la mirada sin darse cuenta. —¿Y el tuyo?

—Semira, mi señor.

—Sois hermanas.

Dos hombres más se colocaron ante ellas y murmuraron mientras que aquel hombre no dejaba de observarlas. Aunque miraba mucho más a Let que a ella, lo que indicaba que le gustaba más que Semira. —¿A quién perteneces?

—No pertenezco a nadie. Somos libres para irnos cuando queramos, pero mi señor es Russ de Bornn.

Los ojos castaños del hombre brillaron con la respuesta de Let. El

hombre asintió. —Muy cierto. —Caminó frente a ellas y se iba a alejar cuando miró a Rea. —Tú no eres su hermana, ¿verdad?

Rea sonrió radiante —No, señor. Pero como si lo fuera.

Eso pareció hacerle gracia y siguió adelante. Semira le guiñó un ojo a su amiga mientras Let suspiraba del alivio. Uno de los hombres echó a dos de la fila ofendido y cuando llegaron al final volvieron sobre sus pasos. Parecía que el hombre de pelo castaño tenía la voz cantante, porque cada vez que se detenía los demás hacían lo mismo escuchando atentamente sus palabras.

Cuando regresó se detuvo ante Semira y sin darse cuenta miró a Rucer que se puso de pie sobre la tarima. —Eres hermosa.

—Gracias, mi señor. —Le miró a los ojos. —Es un honor.

—Eres todo lo que busca el rey en una mujer para su harem. —Los murmullos la rodearon y Semira se sonrojó. —Pero hay algo en ti... Una fuerza... —Let sonrió llamando su atención. —¿Tengo razón?

—Sí, mi señor. La mujer más fuerte que conozco. Esa es mi hermana.

—Bien. —Las observó de nuevo. —La decisión está tomada.

Sin más se volvió regresando a la tarima y para sorpresa de Semira, Rucer se acercó a él en cuanto llegó a su silla y le dijo unas palabras al oído que al hombre le hicieron reír. Rucer la fulminó con la mirada y se sentó de nuevo molesto al lado del emisario del rey, que ya en su asiento seguía riendo como si aquello le divirtiera una barbaridad.

Russ de Bornn le preguntó algo y no sabía lo que le había respondido, pero Levon le guiñó un ojo a Rea.

—¡Me ha guiñado el ojo!

—Tranquila. Todavía no nos han elegido. —Sus ojos cayeron sobre su familia, que contentas pero nerviosas esperaban impacientes. Liasa le hizo un gesto con las manos para que se calmaran y levantó la barbilla.

Ellas hicieron lo mismo sin darse cuenta y un anciano de la comitiva del rey se colocó ante las candidatas. —Por orden del rey, este año y los venideros se reducirán a diez las candidatas para ir a palacio. De ellas se elegirán a dos como siempre y dos saldrán del harem como es la costumbre. —Los murmullos corrieron a su alrededor. —No he conocido en mis años eligiendo candidatas, que se hayan escogido a dos mujeres de una misma aldea. —Semira miró a Liasa que sonrió. —Y mucho menos a tres. Pero eso es lo que acaba de ocurrir aquí. No solo se han esforzado en tener buen aspecto, sino que son inteligentes y hermosas cada una a su manera. —El hombre las miró. —Las hermanas. Las tres.

Rea abrió los ojos como platos mientras los de su aldea gritaban de emoción. Semira y Let sonrieron antes de abrazarse las tres. Semira miró sobre la cabeza de Rea y vio que Rucer se levantaba furioso, yéndose del estrado para sorpresa de su padre que aplaudía. Semira agachó la mirada, porque era obvio que no se alegraba en absoluto por ella.

Sus conocidos las rodearon y las muchachas empezaron a gritar que las eligieran a ellas para asistirles.

La guardia del rey empezó a apartar a la gente a empujones, lo que le demostró como empezaba a cambiar su vida.

—¡Semira! —gritó su tía angustiada.

—¡Tía, te elijo a ti!

—¡Lou! —gritó Let.

Clod apareció ante ella y su hermana le agarró de la mano para pegarlo a sus faldas.

—¿Y yo a quién elijo? —dijo Rea divertida. Todas volvieron la mirada hacia Liasa, que se echó a reír negando con la cabeza—. Venga señora, si allí no me elegirán, así que volveremos enseguida. Lo pasaremos bien. Estoy aquí gracias a usted.

—Qué demonios. Me vendrán bien unos días fuera de aquí.

Liasa se puso a su lado y Russ de Bornn abrió los ojos como platos al ver que era la que asistiría a Rea en palacio. La música empezó de nuevo y el anciano se acercó a ellas sonriendo de oreja a oreja. Era un hombre peculiar porque tenía una barba blanca tan larga como su cabello. —Mi nombre es Alen. Y soy el encargado de que estéis cómodas durante vuestra estancia en palacio. —Abrió la mano y vieron tres broches de oro con piedras preciosas. Bienvenidas.

Se quedaron sin aliento y ninguna se atrevió a tocarlos, pero Liasa pellizcó a Semira en el costado y lo cogió a toda prisa colocándoselo en el pecho. El hombre asintió sonriendo. —Como ya no llevareis el fajín azul, ese broche os identificará como posesión del rey. Acompañadme.

Rea preguntó por lo bajo. —¿Nos lo podremos quedar si nos rechazan?

—Shuss.

Alen se volvió. —Por supuesto, tanto las ropas que llevaréis como las joyas que os regalen, serán vuestras para llevároslas después de estar en palacio. Cuidamos de nuestras elegidas.

Semira se tocó el broche preocupada por perderlo. Con él su familia podría vivir desahogadamente al menos cinco años. Al mirar a su hermana vio

que pensaba lo mismo. Aquello no empezaba nada mal y sonrieron radiantes mientras seguían al anciano al estrado donde estaba su señor. Russ de Bornn se levantó sonriendo encantado. —Lo habéis conseguido. Estoy muy satisfecho. —Miró a su señora. —Liasa, veo que las acompañarás a palacio.

—Las ayudaré en lo que pueda, mi señor.

Él crispó un poco los labios como si le molestara y Semira reprimió la sonrisa, porque estaba claro que entre los dos había una atracción que seguro terminaría en boda.

—Espero que alguna de las tres sea una de las dos elegidas. —Miró al frente hacia sus aldeanos que estaban más contentos que nunca. —Y como he prometido, este año os quedareis con la totalidad de la cosecha. Felicitaciones. —Los aldeanos gritaron de la alegría. —Será un honor y una alegría para todos que alguna de ellas sea elegida para el harem del rey. —Miró de reojo al hombre de pelo castaño que sentado en su silla parecía aburrido de todo aquello.

Semira miró hacia él preguntándose qué puesto ocuparía en palacio. Parecía que todos le tomaban en cuenta, incluso su señor. Al mirar la mano que tenía sobre el reposabrazos, se le cortó el aliento y sus ojos fueron a parar a su rostro que miraba a Let. Su hermana emocionada ni se daba cuenta, escuchando atentamente a su señor.

Levon se acercó a ellas y les hizo una reverencia sonrojándolas. —Elegidas, es un honor. Felicitaciones. —Al incorporarse miró a Rea a los ojos, que avergonzada soltó una risita. Ahora eran importantes y todos les debían respeto. Incluso su señor porque ahora eran sus iguales. Semira se sentía un poco abrumada y miró a su alrededor, pero no vio a Rucer. Se dijo que era una estúpida y se sentó con sus hermanas donde les indicaron para que empezaran los festejos. Los aldeanos iniciaron el baile y Liasa de pie tras Rea como era su obligación, se agachó entre las dos para susurrar —Sacadle a bailar.

—¿A quién? —preguntó Rea.

—Ellos no pueden acercarse, pero vosotras podéis bailar con quien queráis. Ahora ya no tenéis que darles la espalda. Perteneceis al rey, nadie se propasará y podéis divertirlos. Es lo que se espera de vosotras en palacio. Que llevéis alegría y diversión.

Semira se volvió hacia su hermana y la cogió de la muñeca antes de que se levantara. —Escoge al hombre que está ahí sentado. El que manda.

Let soltó una risita. —A eso iba. Voy a averiguar su nombre.

Su hermana pasó ante ellas y se acercó al príncipe Solom, que parecía aburrido mirando como bailaban sus aldeanos. Levantó la vista cuando Let se

puso ante él y alargó la mano. —¿Bailas conmigo? Tengo que practicar para palacio.

Clod se acercó a su oído. —Venga, escoge a nuestro señor.

Vio como el príncipe se levantaba con una sonrisa y cogía la mano de Let. Suspiró del alivio viéndolos ir hacia el prado. Así que se levantó y en ese momento llegó Rucer. Entrecerrando los ojos fue directa hasta él y extendió la mano. —¿Bailas conmigo?

La miró fijamente y sabiendo que quería rechazarla ante todos, aunque no podía, sonrió. —Rucer, no querrás que la gente murmure, ¿verdad?

La cogió de la mano porque no le quedó más remedio y la llevó hasta el prado. Ella extendió la otra mano y se la cogió siguiendo el ritmo de la música. Pasaron bajo los brazos que tenían delante y se incorporaron extendiendo los suyos para que la pareja pasara por debajo. Se miraron a los ojos y ella sonrió mirándole con odio. Rucer dio un paso hacia ella. —Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—No sabes cuánto. Intentaste que no me escogiera. Lo vi.

—Suele hacer lo que le da la gana y no le caigo demasiado bien.

Soltó una mano para que ella girara y la sujetó por la cintura para elevarla. Sujetándose en sus hombros susurró —Eres un cerdo.

—Lo he hecho por tu bien.

—Ahora ya no soy una aldeana. No necesito su protección, mi señor.

Rucer se tensó. —Nunca te he tratado como a una sierva.

—Por supuesto que sí. —La música terminó y todos empezaron a aplaudir. —Ayer mismo. Una aldeana que jamás será tu esposa porque tienes otras ambiciones. —Sonrió soltando su mano y él se tensó. —Ahora la que tiene otras ambiciones soy yo —dijo seductora—. No te cruces en mi camino de nuevo, Rucer.

Se volvió dándole la espalda y se echó a reír cuando sus amigas la cogieron de las manos empezando a bailar en círculos al ritmo de la música. Mientras giraba pudo ver como Rucer se sentaba al lado del príncipe de nuevo, que sonreía encantado observándolas.

Lo mejor de la fiesta fue la comida. Y se rieron muchísimo cuando su hermano comía pasteles a dos manos. Let sentada al lado del príncipe sonreía tímida, aunque no paraban de hablar. Liasa les observaba como un halcón sentada entre Russ y Rucer, que de mal humor no hablaba con nadie.

Russ le dijo algo a Liasa al oído y ella asintió antes de levantarse, acercándose a Semira por la espalda para susurrarle —Ven, tengo que hablar

contigo.

Se levantó de la mesa y Rucer bebió de su copa sin quitarle ojo. La llevó tras la tarima y la miró. —¿Recuerdas lo que habíamos hablado sobre bailar?

Asintió sin entender nada. —¿Lo de que podemos bailar con quien queramos ahora que somos elegidas?

—No, sobre lo que te dije en las lecciones de bailar sensualmente antes de la elección.

Semira levantó la barbilla. —Me dijiste que lo hiciera en palacio ante el rey.

—Pues lo harás ante el príncipe. —Al ver que no la sorprendía sonrió. —¿Lo sabe Let?

—No se lo he dicho para que no se pusiera nerviosa.

—Muy bien hecho. Muestra interés en ella y eso es bueno. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Le falta una parte del dedo meñique de la mano derecha. Todo el mundo sabe que lo perdió de niño.

Liasa asintió. —Eres lista, te fijas en los detalles. Quítate la parte exterior.

Se le cortó el aliento. —Pero se transparentará al trasluz.

—Precisamente. Tienes que seducir a los enviados del rey para que te recuerden cuando lleguen a palacio y hablen bien de ti.

—¿Y Let?

—Al príncipe no le gustaría. Tú eres distinta a tu hermana y debes diferenciarte de ella en palacio. La tímida y recatada frente a la divertida y sensual. ¿Entiendes?

—Sí —susurró sintiendo que su corazón galopaba en su pecho. Liasa le quitó el broche y antes de darse cuenta solo llevaba la tela verde que al principio iba a ser su vestido. Mientras su señora le prendía el broche de nuevo, intentó relajarse.

La cogió por los hombros y la miró a los ojos. —Sé que le amas y puede que tengas la esperanza de que llegando a palacio cambiarás las cosas, pero eso no será así. Su destino está decidido.

—Lo sabes...

—Esta mañana le escuché discutir con su padre sobre la princesa. Le gritaba que no tenía que casarse con ella, pero su padre le convenció de que se había criado para eso. —Sonrió con tristeza. —Aunque Rucer no le habló de ti, por supuesto. Pero yo supe las causas de sus dudas.

Se llevó una mano al vientre. —¿Habló de no casarse con ella?

—Rucer jamás avergonzaría a su padre rechazando a la hija del rey por muy elegida que seas. Le han criado para cumplir con su deber y por mucho que te ame, jamás renunciará a ti por su destino.

—¿Crees que me ama?

—Niña, está que se sube por las paredes sabiendo que te va a perder.

—¿Por qué crees eso?

—En cuanto llegues a palacio, tendrás tantos candidatos de posibles, que si no te elige el rey serás una de las mujeres más ricas de este país.

—Estás muy segura de que tendré éxito.

—Lo tendrás. Piensa en ti y olvídate de él. Olvida que le has conocido alguna vez. Es lo mejor para los dos.

—Nunca podré olvidarle.

Liasa apretó los labios. —Dime que no le has entregado lo más preciado de tu cuerpo. —Se sonrojó con fuerza y su señora jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Estás loca!

—Eso dice él.

—Bien, nos ocuparemos de eso después. Ahora sal a bailar y déjate la piel en seducirles. Que ese cerdo vea lo que no va a volver a tocar —dijo con rabia.

—¿Estás enfadada con él? Me advertiste.

—Me parece ruin que te haya hecho eso, provocando que arriesgues tu vida, cuando él tiene intención de casarse con otra mujer.

Tenía razón y Semira lo sabía. Que intentara hablar con su padre no era importante, porque el resultado había sido el mismo.

Las antorchas iluminaban el círculo del prado ante sus señores y una flauta empezó a sonar. Todos miraron hacia la pista, y al ver a una mujer con la cabeza cubierta con un velo verde caminando descalza hasta el centro, aplaudieron entusiasmados. Los aldeanos más que nadie. Clod sonrió al ver las pulseras con campanitas en sus tobillos que él le había hecho. Let entusiasmada le dijo algo al oído al príncipe, que la miró con ternura antes de que el resto de los músicos siguieran a la flauta. Un tobillo se adelantó y lo movió con fuerza haciendo sonar las campanillas, provocando que la música se interrumpiera. Semira levantó los brazos lentamente, uniendo sus palmas por encima de su cabeza y empezó a mover las caderas de un lado a otro de manera sensual. La

flauta empezó a sonar de nuevo al ritmo de sus caderas. Hizo un movimiento brusco y sonó un golpe de dos palos chocando. Siguió moviendo las caderas lentamente, inclinando la espalda hacia atrás antes de mover las caderas de nuevo provocando otro golpe. El sonido de los palos se inició y Semira bajó los brazos al ritmo de la música y se volvió sin dejar de mover las caderas yendo hasta su público. Se quitó el pañuelo y todos aplaudieron entusiasmados cuando su cabello rubio cayó hasta debajo de su trasero, tirando el velo a uno de ellos que le lanzó un beso. Sonriendo se giró con los brazos extendidos y vio que Rucer estaba a punto de explotar apretando la copa que tenía en las manos. Mirándolo sensualmente se movió al ritmo de la música moviendo las caderas, mientras el sonido se hacía más frenético. Semira se dejó llevar y giró una y otra vez. Hasta que la música se detuvo y ella se dejó caer al suelo rodeada de su cabello. La flauta inició la música de nuevo y ella levantó un brazo sobre su cabeza girándose para mirar las estrellas. Movié las manos adelante y atrás como si acariciara el cielo antes de levantar la pelvis al ritmo de los golpes. Llevó las manos hacia atrás impulsándose con las piernas mostrando las pantorrillas y de pie ante el príncipe, dio vueltas de nuevo inclinando su torso hacia delante y atrás una y otra vez hasta que la música acabó.

Todos se levantaron para aplaudir y Semira sonrió haciendo una reverencia sin querer mirar a Rucer. Como decía Liasa, debía dejarlo atrás.

Corrió detrás de la tarima y Liasa le tendió el vestido superior. Se lo puso y se lo estaba bajando cuando sintió la presencia de Rucer tras ella. Liasa se tensó al ver que se acercaba furioso y Semira se puso el broche en el pecho como si no se diera cuenta.

—Si querías demostrarme que eres una zorra, lo has hecho muy bien, preciosa. ¿Quieres ser la puta del rey? Estupendo. Seguro que lo disfrutarás como disfrutaste de mí ayer. —Rió por lo bajo. —Se lo pasará estupendamente. —Liasa jadeó mientras ella palidecía. Rucer apartó su cabello de la frente con una mano como si se estuviera conteniendo. —Tienes toda la razón. Yo no me cruzaré en tu camino, pero procura no cruzarte tú por el mío porque lo vas a pagar.

Se alejó de ellas y Semira blanca como la nieve no sabía qué decir. Liasa le cogió las manos. —Está celoso. Eso es todo.

—Me ha llamado puta —dijo temblando con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ni se te ocurra llorar! Eso es lo que quiere, ¿no te das cuenta? ¡La rabia le corroe y quiere hacerte daño porque no has hecho lo que él quería, que es quedarte en esta mugrienta aldea siendo su amante! —Sorpresa la miró a los ojos. —¿Que cómo lo sé? ¡Es obvio! ¡Ese prepotente creía que hoy no te

elegirían y que volverías a él! ¡No te quiere compartir, pero no te da tu puesto y espera que te conformes! ¡Ni se te ocurra! Puedes tenerlo todo, ¿no lo entiendes? ¡No dejes que te haga dudar de ti! Con esas palabras lo único que demuestra es que no te ama, porque si lo hiciera querría lo mejor para ti. —Semira asintió intentando evitar las lágrimas. —Respira hondo. El príncipe querrá felicitarte. Levanta la barbilla y sigue adelante.

Volvieron con los demás que aplaudieron en cuanto subió los escalones. Hizo una reverencia antes de reír de manera encantadora regresando a su sitio. Intentó aparentar que no estaba afectada, pero Rea la cogió del brazo. —¿Qué ocurre?

—Nada. Sigue disfrutando de tu día. ¿Qué han dicho tus padres?

—Míralos.

Se volvieron para verlos orgullosos recibiendo felicitaciones de sus vecinos. —Padre no se lo cree. —Se echó a reír. —Madre dice que he heredado su hermosura y su encanto.

Clod se echó a reír a carcajadas y ambas le fulminaron con la mirada, haciendo que perdiera la risa de golpe. —Ah, que no era un chiste.

—Cierra el pico —le dijo a su hermano.

Ólia le hizo un gesto y todas miraron a Alen, que se acercaba a ellas con su sonrisa de siempre. —Debemos irnos.

Rea se levantó con las demás y sus padres corrieron hacia ella. No podían tocarlas y los soldados se pusieron ante ellas. —Cuídate mucho, mi vida.

Semira se emocionó porque ella no tenía padres de los que despedirse. —Semira me cuidará.

Su madre asintió y la miró a los ojos. —Gracias.

Sonrió siguiendo a Alen sin mirar al padre de su amiga que la observaba arrepentido. Miró a su hija. —Dile que lo siento.

—Adiós.

Ólia se puso al lado de Semira y cogió su mano. Lou iba de la mano de Let ante ella, mientras que Rea iba detrás con Liasa. No necesitaban llevarse nada porque empezaban una nueva vida. Al pasar delante del príncipe, éste sonrió al igual que Russ que les deseó suerte. Semira se negó a mirar a Rucer y cuando pasó ante él, levantó la barbilla. Bajaron los escalones y los aldeanos las siguieron gritándoles sus buenos deseos para que conquistaran al rey. Un carro las estaba esperando y se subieron a él con ayuda de un soldado. Sentadas ante sus asistentes, vieron como Levon corría hacia el carro y Rea sonrió. —¡Os alcanzaremos! ¡Salimos con el príncipe en unas horas!

El carro se puso en marcha y Let parpadeó sorprendida. —¿Qué príncipe?

Alen sentado a su lado soltó una risita. —El príncipe Solom. Con quien lleváis hablando toda la tarde, elegida.

Let jadeó del asombro y todos se echaron a reír.

—¿Es el príncipe? ¿El príncipe de nuestro reino? ¿Solom de Rancor?

—El mismo —respondió Alen—. El señor de todo lo que alcanza a la vista.

—Cuéntenos, Alen... ¿Por qué el príncipe ha hecho este viaje con la comitiva de los elegidos? —preguntó Rea que también estaba impresionada.

—Tenía asuntos que tratar con Rucer de Bornn y decidió venir para salir de palacio. Últimamente ha tenido fiebres y los médicos le han recomendado que salga de palacio para fortalecerse.

—¿Ha estado enfermo? —preguntó Let preocupada.

—Mucho. Casi se nos va. Afortunadamente se encuentra mucho mejor.

—Parece un hombre muy agradable.

—Lo es. —Alen sonrió. —Uno de los mejores que he conocido.

—¿Y las demás elegidas? —preguntó su hermano.

Todos lo miraron y agachó la cabeza sabiendo que había metido la pata. Alen sonrió sin darle importancia. —Seis ya están en palacio y en cuanto lleguemos, yo volveré a salir para elegir a la que falta.

—¿Siempre las elige usted?

—Así es. Desde hace cuarenta y dos años. Es una época de muchos viajes. Dentro de dos meses regresaré a dejar a ocho en caso de que queráis regresar. Dos meses que cambiarán vuestras vidas. Sé que estáis nerviosas, pero no debéis estarlo. Se os tratará muy bien. Mi ayudante se encargará de ello.

—Es emocionante —dijo Rea ilusionada.

Tres soldados a caballo y los otros tres hombres de la comitiva, más un carro cargado de cosas, las seguían. Estaba claro que Alen viajaba con comodidad.

Se pasaron unas horas hablando de la vida en palacio. Alen lo pintaba todo de color de rosa, pero Semira no se lo llegaba a creer del todo. Miró a Ólia que negó con la cabeza para que no comentara nada. Afortunadamente Alen les dijo a los demás que se detuvieran porque debía descansar. Escogieron un claro

y los soldados la ayudaron a bajar del carro. Sin saber qué hacer se les quedaron mirando mientras descargaban todo lo que necesitaban para pasar la noche.

—¿Qué hacemos? —preguntó Let que no estaba acostumbrada a estar ociosa.

—Nada —dijo Liasa tan pancha.

Como era la única que sabía ser una señora, la imitaron quedándose allí de pie sin hacer nada. Los soldados empezaron a montar una tienda enorme y como tenían práctica, lo hicieron enseguida. Al ver unos edredones de seda, los miraron fascinadas mientras los metían en la tienda. —¿Dormiremos ahí?

—Claro que sí. Sois elegidas.

Alen se acercó a toda prisa y les indicó con la mano. —Podéis acostaros. Ya está todo listo. Mañana os despertaremos cuando el desayuno esté preparado.

Semira no salía de su asombro. Y ella quería perderselo. Impacientes entraron en la tienda y vieron los edredones en el suelo sobre una lona. Liasa las apremió. —Venga, niñas. Que hay que descansar para que mañana tengáis un aspecto maravilloso al llegar a palacio.

—Es que... —Clod se pasó de una pierna a otra.

—Te acompaño —dijo Let divertida.

Semira no tenía ganas en ese momento, así que se quitó el vestido de arriba cuidando que el broche quedara entre la tela. El miedo a perderlo la abrumaba. Liasa sonrió al verla. —Nadie te lo va a robar.

—Me aterra perderlo.

—No te preocupes. Cuando termine el periodo de adaptación, tendrás muchas que guardar.

—¿Qué ocurriría si cuando llegara la siguiente elección me retirara?

La miró sorprendida. —El rey lo vería como un insulto, Semira.

Agachó la mirada. —Entiendo.

—Son dos años de tu vida y después podrás hacer lo que quieras. Piensa en ello.

Asintió tumbándose sobre su edredón y Rea se tumbó a su derecha, mientras Ólia se tumbaba al otro lado. Suspiró mirando el techo.

—¿Estás bien? —preguntó su tía.

Forzó una sonrisa antes de mirarla. —Soy una elegida. ¿Cómo no voy a estar contenta? Lo conseguimos.

Ólia le acarició la mejilla herida. —No siempre puedes hacerte la fuerte. Lloro si lo necesitas. Aquí estamos las personas que te queremos.

—Lo sabes.

—Vi cómo te ibas cuando creías que estábamos dormidos y regresaste por la mañana con eso en la mejilla. Solo hay que ver tu pena para darse cuenta de que lo que ocurrió ayer te ha afectado y no para bien.

—¡Ese cabrón! —Rea estaba furiosa.

—Rea... —Liasa la advirtió con la mirada. —Dejémosla descansar. Es lo que necesita. Ayer no durmió nada y ha sido un día intenso.

Su hermano y su hermana entraron en ese momento y al ver sus caras Clod dijo —¿Qué pasa?

—Nada, cielo. —Sonrió al verle de niña. Era la alegría de su vida y alargó los brazos. Su hermano corrió hacia ella y se tumbó a su lado abrazándola con fuerza. Le besó por toda la cara haciéndole protestar. Su hermana se sentó en su edredón apretando los labios y Clod aún excitado se incorporó para mirarlas. —¿Ya tenéis novio?

Rea sonrió ilusionada suspirando. —Ojalá.

—Ese Levon te mira mucho. Y el príncipe para Let.

Su hermana se sonrojó con fuerza. —No corras tanto...

—Ahora tenemos que buscar un buen guerrero para Semira y asunto terminado. Me gusta Rucer. Es un buen señor y será un buen marido.

Semira perdió la sonrisa y Rea carraspeó. —Ya se verá. Ahora a dormir.

Se tumbaron y Clod la abrazó por la cintura apoyándose en su hombro. —No podía haber salido mejor, ¿verdad Semi?

—No, mi amor. No podía haber salido mejor.

Capítulo 6

En mitad de la noche Semira se despertó. No estaba acostumbrada a dormir tanto y necesitaba aliviarse. Apartó el brazo con cuidado para no despertar a Clod, que estaba profundamente dormido. Salió lentamente para no despertar a nadie pasando entre los edredones. Se puso los zapatos de piel de cabritilla que le había regalado Liasa y apartó la lona para salir. La guardia estaba dormida al lado del fuego y sigilosa salió del campamento para adentrarse en el bosque.

Se levantó la falda y se alivió. Estaba regresando al campamento siguiendo la luz que proporcionaba el fuego, cuando escuchó que una rama crujía. Asustada se volvió para ver a Rucer mirándola fijamente. Dio un paso atrás y él corrió hacia ella cuando se volvió para huir. La abrazó por la cintura tapándole la boca y la pegó a él. Protestó bajo su mano y él susurró en su oído — Lo siento, lo siento...

Se quedó paralizada al escucharle y Rucer besó el lóbulo de su oreja. — No quería hacerte daño ayer y lo que te dije antes... Perdóname.

Las lágrimas mojaron su mano y la volvió para besar su mejilla. —Lo entiendo, ¿sabes? —dijo con la respiración agitada acariciándola con sus labios—. Entiendo que tienes que sobrevivir y no tengo derecho a recriminarte nada. —Las manos llegaron a su cuello y levantó su rostro para mirarla. Besó suavemente sus labios como si disfrutara de su tacto más que nada en el mundo y Semira suspiró de placer antes de que se alejara dejándola sola.

Cerró los ojos torturada porque jamás le tendría y era injusto. Miró hacia el campamento y se limpió las lágrimas. Había sido una despedida. Lo sabía y no pudo evitar que la embargara la pena.

Regresó al campamento y vio al príncipe al lado del fuego mirándolo pensativo. Se mordió el labio inferior porque no debería estar allí. Había estado enfermo y debía descansar. Preocupada caminó hacia él y la debió escuchar porque volvió la cabeza. Semira sonrió sentándose a su lado en el tronco.

—¿No debería estar dormida, elegida?

—Siempre he dormido poco. Mi padre se volvía loco conmigo cuando era una niña.

—Sí, ya me han contado algunas historias.

Se puso como un tomate. —¿Sí? ¿Y quién ha sido el cotilla?

—Levon siempre es una fuente de información buenísima.

—Lo tendré en cuenta para retorcerle las orejas. —El príncipe sonrió. —
¿Y usted? ¿Qué hace despierto?

—Me duele la cabeza.

—Oh. —Preocupada miró a su alrededor.

—No pasa nada. Normalmente se esfuma solo. Me ocurre cuando estoy cansado.

—Entiendo y si le duele no puede dormir. Un círculo vicioso. —El príncipe asintió mirando el fuego. —Apoye la cabeza aquí que le masajearé las sienes. —El príncipe vio que palmeaba sus muslos. —Se lo he visto hacer a la señora y al parecer funciona. No tiene nada que perder.

—Cierto.

Se sentó en el suelo e inclinando el cuello hacia atrás apoyó parte de la cabeza sobre sus muslos. —No, así no está cómodo y tiene que relajarse. —Ella se sentó en el suelo también y el príncipe se tumbó apoyando la cabeza sobre sus muslos. —Mucho mejor, ¿verdad? —Empezó a masajearle las sienes y él sonrió. —Eso es. Relájese —dijo con voz suave—. Lo que pasa es que está muy tenso.

Hizo movimientos circulares mirando el fuego pensando en Rucer y en que tenía que olvidarle si quería llevar una vida medianamente normal. Sabía que sería difícil, pero tenía que intentarlo. Le gustaría casarse con un hombre que la amara y que la deseara para tener muchos hijos. Ansiaba tener un bebé entre sus brazos.

Minutos después miró hacia abajo y vio sorprendida que su príncipe se había dormido, porque sus facciones estaban totalmente relajadas. Vaya, ¿y ahora qué? Miró a su alrededor y vio a los guardias que les observaban. Les hizo un gesto. El pobre no podía quedarse a dormir allí o cogería fiebres de nuevo.

Los guardias se acercaron en silencio y ella puso un dedo ante su boca para que no hablaran. Con las manos les indicó que se lo llevaran a la cama y asintieron. Esperaba que no se despertara. No les fue difícil levantarlo con cuidado, lo que indicaba que estaba muy delgado. Observó cómo se lo llevaban hasta una tienda y se levantó para regresar a la suya. Rucer la estaba observando cerca de los caballos con los brazos cruzados y cara de que aquello no le gustaba un pelo. Disimulando agachó la mirada antes de caminar hacia su tienda a toda prisa escuchándole gruñir. ¿No le acababa de decir que entendía lo que estaba haciendo? A ver si se aclaraba.

Sorprendentemente se volvió a dormir y fue Clod el que dando saltitos la despertó. —Ya era hora. ¡Tengo que regar! —Se echó a reír. —¡Qué me meo!

—Espera a que me ponga el vestido.

Salieron de la tienda y corrieron hasta el bosque. Semira vigiló que nadie descubriera a su hermano y cuando regresaron, vieron que los soldados estaban quemando el tocino del desayuno. Chilló corriendo hacia la placa que hacía de plancha y arrebatándole el pincho que el soldado tenía en la mano, le dio la vuelta. Antes de darse cuenta las mujeres habían hecho el desayuno y los soldados las miraban enfurruñados con los brazos cruzados.

Alen se echó a reír. —Siempre ocurre lo mismo. No soportan como cocinan los soldados.

Semira miró a su alrededor sirviendo el tocino con el pan. —¿Dónde están los demás?

—Dando de beber a los caballos.

El príncipe salió de su tienda en ese momento y sonrió al ver que tenía buena cara. —¿Qué tal la noche?

—Muy bien gracias a ti. Tienes unas manos mágicas.

—Ha sido un placer.

Let entrecerró los ojos cogiendo su ración y en silencio se sentó alejada. Ólia la miró molesta y Semira parpadeó sorprendida antes de girarse para mirar a su hermana que les daba la espalda. El príncipe cogió el plato que tenía en la mano y fue hasta ella. Semira hizo una mueca cuando Let al verle le lanzó puñales con la mirada. Solom reprimió la risa sentándose a su lado. Era un hombre maravilloso y al parecer estaba encantado de que estuviera celosa.

—¿Hay para nosotros?

Se sobresaltó al escuchar la voz de Rucer a su espalda y levantó la mirada. —Sí, por supuesto. —Cogió dos platos para él y para Levon y empezó a echarles intentando no mirarle. Cuando se incorporó les entregó los platos. Levon parpadeó al ver la ración que le había puesto a él y la que le había puesto a Rucer, que era como el doble. Rucer sonriendo se dio la vuelta para sentarse sobre uno de los troncos.

Levon carraspeó tendiéndole el plato. —¿Qué? ¡Si te pongo más no hay para todos!

—Semira, ¿puedo repetir? —preguntó Clod levantándose con el plato vacío.

—Claro que sí, mi amor.

Levon gruñó sentándose al lado de Rucer. Intentó robarle tocino, pero él riendo alejó el plato. Le guiñó un ojo a Rea que se levantó prácticamente corriendo para que le sirviera más. Semira le puso varias tiras de tocino y su amiga se acercó a su pretendiente tendiéndoselas. ¿No se llegaba al corazón de un hombre a través del estómago?

Se volvió con su plato dudando donde sentarse y para evitar tener problemas, lo hizo ante Liasa y Ólia que sonrieron. —Bien hecho.

Las dos hablaban de que quedaba medio día para llegar a palacio cuando Semira escuchó algo a su espalda. Se volvió distraída y chilló cuando un hombre moreno vestido con harapos y la piel sucia, la cogió por la cintura levantándola mientras le colocaba un cuchillo oxidado en el cuello. Asustada ni se movió pálida del susto.

—¡Semi! —gritó Clod levantándose.

Suspiró de alivio cuando Let le sujetó por la cintura reteniéndole.

Rucer se levantó lentamente tirando el plato al suelo al igual que Levon, mientras el príncipe seguía sentado comiendo como si nada.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó Rucer fríamente.

—¿Qué quiero? —gritó nervioso. Semira intentó mirar hacia atrás, pero él movió el cuchillo. Asustada inclinó la cabeza hacia atrás para evitar que la cortara.

—¡Semira no te muevas! —dijo Alen muy nervioso—. ¡Suéltela, es una elegida!

Él que la sujetaba tiró de ella hacia atrás. —Una elegida, ¿eh? —Se echó a reír. —Entonces vale unas monedas.

—Como la dañes de alguna manera, aunque solo sea un rasguño, te voy a destripar —dijo Rucer fríamente haciendo un gesto a los soldados que sacaron sus espadas caminando hacia él.

En ese momento salieron al menos cuarenta personas del bosque y Rucer se agachó cogiendo su puñal mientras las mujeres gritaban de miedo agrupándose. El príncipe se levantó de repente lanzando su plato que pasó por encima de la cabeza de Semira. Al mirar hacia atrás vio el plato clavado en la frente de su atacante. Rucer la cogió por la muñeca colocándola detrás de él mientras Levon le lanzaba una espada y sus hombres rodearon a los desarmados. Clod se agachó para mirar entre las piernas de Rucer mientras aquellos criminales se lanzaban sobre ellos prácticamente desarmados.

Uno de los vagabundos se tiró sobre ellos con un palo y Semira se giró

protegiendo a Let y a Ólia. Las abrazó con fuerza mientras Clod de rodillas se movía de un lado a otro como devolviendo los golpes. Poco a poco se fueron alejando y Rucer gritó —¡Seguidlos!

Los soldados y Levon corrieron tras ellos mientras que Rucer se acercó al príncipe. —¿Estás bien?

Respiraba agitadamente pero aun así asintió. Semira soltó a su familia y Alen chilló horrorizado. —¡Está herida!

Pálida intentó llevar las manos a la espalda antes de que Rucer agarrara sus brazos. Su hermana gritó de miedo y el príncipe la abrazó. Ólia le cogió las manos. —No te la toques.

—Ayúdame a tumbarla.

Liasa salió de la tienda llevando uno de los edredones y lo tiró al suelo. —Estoy bien —susurró impresionada mirando su pecho del que veía que salía una punta de madera llena de sangre. Temblando la tocó. —¿Qué es esto?

Rucer juró por lo bajo tumbándola con cuidado sobre el edredón. —Tienes que ponerte boca abajo. Tenemos que sacar la lanza.

—¿Una lanza?

Apoyó la mejilla sobre la seda. Rucer de rodillas a su lado gritó — ¡Sujetadla!

Liasa y Ólia prácticamente se tiraron sobre ella sujetándola. —¿Qué hacéis? —Gritó desgarrada cuando Rucer tiró con fuerza de la lanza. Su herida empezó a sangrar en abundancia y él la taponó con la mano.

—¡Necesito vendas!

—¡Aquí! —Alen le tendió una tela blanca y Rucer la cogió colocándola sobre la herida.

Clod lloraba en brazos de Let y Semira susurró —No llores, mi vida. Me pondré bien.

Rucer asustado miró a su príncipe. —No llegaremos a tiempo.

—El pabellón de caza. Está a unas millas de aquí y en el pueblo vive un médico que me atiende cuando estoy allí.

Sin perder el tiempo Rucer se quitó el chaleco de cuero y después la camisa. Semira gimió cuando movió su brazo para atar la camisa sobre las vendas. La cogió en brazos y corrió hasta su caballo que Alen sujetaba por las riendas. —Os seguimos.

Rucer tendió a Semira y el príncipe la cogió en brazos elevándola hasta él cuando se subió al caballo. Rucer la miró angustiado, estaba casi sin sentido y perdía mucha sangre.

Ólia corrió hasta el caballo de Levon y se subió antes de que nadie pudiera protestar. Tiró de las riendas y gritó —¡Aprisa!

Rucer salió a galope y Ólia le siguió. Atravesando el bosque vieron a uno de los bandidos huir y Rucer al pasar a su lado le pegó una patada en la cabeza que le estrelló contra un árbol. Semira abrió los ojos y sonrió sin fuerzas. —Te he perdonado, ¿lo sabes, verdad?

Él la abrazó besando su frente y azuzó a su caballo antes de gritarle a Ólia—¡Debemos ir a la aldea!

—¡Te sigo!

Llegaron a una pradera y vieron un enorme edificio cuyo techo era una cúpula de cristal. Lo rodearon para adentrarse en el bosque de nuevo. — Enseguida llegamos, preciosa. Aguanta.

Rucer le echó un vistazo y vio que parecía dormida. —¡Semira! —Movié su brazo antes de hincar de nuevo sus talones, pero no se despertaba. —¡Semira, despierta!

Ólia que escuchaba sus gritos se echó a llorar y casi grita del alivio cuando vio las casas. Se adelantó y le gritó a una aldeana que tendía la ropa — ¡El médico!

La mujer señaló a toda prisa la casa más grande y se dirigieron hacia allí mientras varios vecinos les seguían. La puerta se abrió y un anciano con un bastón salió de la casa.

—¡Coged a esa mujer y meterla en la cocina! —ordenó dándose cuenta de la situación.

Un hombre muy fuerte la cogió de brazos de Rucer y sin perder el tiempo entró en la casa. Ólia corrió tras ella y cogió un plato y una taza antes de que el hombre la tumbara sobre una mesa de madera en la cocina.

—¡Volvedla! Sangra más por detrás.

Rucer la volvió sin que se diera cuenta. Rasgó las vendas y el vestido para que viera la herida. El médico apretó los labios. —Veré que puedo hacer, pero está herida es mortal.

—Haga lo que pueda, por favor —rogó Ólia mientras Rucer se llevaba las manos a la cabeza.

El médico asintió y una muchacha pelirroja con un pañuelo rodeando su cabeza llegó con una caja que puso sobre la mesa al lado de Semira. La abrió ante todos y miró al médico. —Dime, abuelo.

—Revisa que no queden restos en su interior que puedan envenenar su sangre.

La muchacha cogió unas pinzas y unas gasas. —¿Lo va a hacer ella? —preguntó Rucer muy tenso.

—Mi pulso ya no es lo que era. Lo hará bien.

Para sorpresa de todos sacó una astilla y un trozo de tela. El médico apretó los labios. —Vuelve a revisar. Que no quede nada.

—¡Se está desangrando! —gritó Ólia.

—¡Si la herida no está bien limpia la matará! ¡Sira, continúa!

La chica sacó otra astilla muy pequeña. —Ya está.

Sin preguntar cogió una botellita de la caja y le quitó el tapón de cristal antes de echar el contenido en la herida. Semira despertó de golpe gritando de dolor y Rucer la cogió para que no se moviera y se agachó al lado de su cara. —Te están curando, preciosa.

—Duele.

—Deben hacerlo. —Besó su frente y al mirar hacia la muchacha vio que tenía una aguja y un hilo en los dedos. —¿Qué va a hacer?

—Mi trabajo. —Le intentó apartar, pero él no se movió un milímetro. —Intento salvarla. Apártate.

—¡Rucer!

Se apartó a regañadientes y vio como el médico cogía la carne por ambos lados uniéndola. Semira gritó de dolor intentando apartarse, pero Ólia posó la mano en su espalda impidiéndoselo. Fue horrible escuchar sus gritos de dolor y cuando ya no pudo más, sus gimoteos entre la semiinconsciencia. Cuando la muchacha terminó de coserla, volvió a echar sobre la herida el líquido, pero ella ya sin ninguna fuerza ni se movió.

—Dele la vuelta. Al girarla vieron el broche sobre su vientre y ambos palidieron. —Es una elegida —susurró el médico.

—¡Dese prisa! —gritó Rucer.

La chica salió de su estupor y empezó a revisar la herida de encima de su pecho al descubierto, que era mucho más pequeña. Antes de media hora estaba vendada sobre la mesa y la muchacha intentaba que bebiera una tisana hecha con unas hierbas, cuando se abrió la puerta de golpe y el príncipe entró en la casa con todos detrás. —¿Cómo está?

—Aún viva. —Rucer furioso se pasó una mano por el cabello y señaló a Levon. —Quiero que vayas a palacio y traigas un batallón. Haz una batida en el bosque. Quiero que no quede nadie, ¿me oyes? Arrásalo. No quiero que ni uno de esos cabrones siga con vida. Como si tienes que quemar todo el maldito bosque para que salgan las ratas.

—Sí, general. —Levantó la mano a su frente en señal de respeto y salió de la casa mientras el médico y la muchacha se miraban.

Let angustiada se acercó a su hermana y le cogió la mano besándosela. —¿Cómo está?

—Se pondrá bien —dijo Rucer ante la mirada incrédula del médico—. ¡Se pondrá bien! ¡Usted haga su trabajo!

El príncipe le hizo un gesto al médico, que se acercó de inmediato saliendo de la cocina con él.

—Son pobres, tienen hambre —susurró la muchacha mientras recogía.

Rucer cogió a Sira de la mano poniéndola frente a Semira. —¿La ves? —gritó furioso—. ¡A ella le ha faltado la comida durante años y no ha intentado matar a nadie para conseguirla! ¡Ha luchado por salir adelante y ahora sacrificándose ella misma es una de las elegidas! ¡Esto es valor! ¡Lo que hacen esos hombres es robar y matar! ¡Y vosotros los protegéis! ¿Por qué no acoges a dos en tu casa y les das de comer? ¿Por qué no lo hacen todos y así no habría nadie en el bosque? —La muchacha se sonrojó. —¿Te respondo yo? ¡Porque son escoria! ¡Borrachos que no han sabido mantener sus tierras y bandidos huidos de la justicia! ¿O me puedes decir que en ese bosque hay una sola persona que sea trabajadora y que no ha hecho daño a nadie? ¡Dime un nombre! ¡Solo uno! —La muchacha desvió la mirada avergonzada. —Bien, entonces he tomado la decisión correcta. —Let se volvió hacia él con lágrimas en los ojos. —No me mires así. Habéis sido pobres, pero jamás habríais hecho lo que hicieron ellos hace una hora. Reconócelo.

—A Semira no le gustará. Se pondrá de su parte.

Rucer sonrió. —Pues estoy dispuesto a escuchar sus reproches. De hecho, lo estoy deseando.

Salió de la casa pegando un portazo antes de gritar —¡Desplegaos alrededor de la casa!

Clod miraba desde la puerta a su hermana, pero inclinó la cabeza hacia atrás. Liasa se acercó a él. —¿Qué dice el médico?

—Qué sabrá ese viejo —dijo enfurruñado—. Dice que mi hermana se va a morir. —La miró con lágrimas en los ojos. —¡No sabe nada!

—Claro que no. No conoce a nuestra niña.

Su hermano asintió y miraron a Semira que parecía que dormía plácidamente. Alen entró en la casa. —Debo ir a palacio para informar y para preparar su traslado.

—¿Traslado? —preguntó Ólia confundida—. No debemos moverla.

La muchacha que la había tratado asintió. —Debe descansar para recuperarse. Está muy delicada.

El príncipe se acercó. —No irás a ninguna parte. Levon ya va hacia palacio e informará de lo que crea oportuno.

Alen apretó los labios. —Debo seguir con la elección.

—El rey lo comprenderá. —Se acercó a Let. —Aunque como somos tantos debemos trasladarnos al pabellón de caza. Allí podremos alojarnos todos. El médico se trasladará con nosotros.

—Lo que digas. —Apretó la mano de su hermana. —No sé qué haría sin ella. —Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas de nuevo. —La necesito.

El príncipe asintió preocupado. —Esperemos que se mejore. He enviado a un aldeano hasta el pabellón y así la servidumbre estará preparada para recibirnos.

—Gracias... —Se miraron a los ojos. —A otro le daría igual.

—Se ha ganado el aprecio de todos. No tienes que darlas.

Alen sonrió. —Se pondrá bien, ya verás.

La puerta se abrió de nuevo y Rucer entró en la cocina. Ignorándolos a todos, cogió a Semira en brazos de manera tan delicada que los presentes les miraron impresionados. El príncipe atónito vio como la sacaba de la cocina y la llevaba fuera de la casa seguido de Alen. Ólia se apretó las manos viendo su reacción y Solom le dijo a Let con asombro —¡Es una elegida!

—¿Sí?

—¡Y él va a casarse con mi hermana!

—¿De veras?

El príncipe levantó los brazos como si pidiera ayuda. —¡Ya verás cómo se va a poner mi padre cuando se entere! ¡Van a rodar cabezas!

—Sobre eso... —Let le cogió del brazo y sonrió dulcemente. —¿No puedes hacer nada? —Batió las pestañas. —Por favor...

—¡No, Let! ¡No puedo hacer nada! ¡Mi padre ha tomado una decisión y siempre son inamovibles!

Le miró decepcionada. —¿Y a ti con quién va a casarte? —preguntó tímidamente.

—¿A mí? ¡Con nadie! ¡Si piensa que tengo un pie en la tumba!

Let sonrió de oreja a oreja. —¿De verdad?

—¡Parece que te alegras! —No salía de su asombro.

—No sabes cuánto. —Le guiñó un ojo antes de seguir a su hermana.

Asombrado miró a Ólia que soltó una risita antes de seguirla. Liasa se acercó a él. —Príncipe, creo que te has dado cuenta de lo complicadas que son las mujeres.

—¡Sí! ¡Empiezo a darme cuenta!

—No será feliz hasta que su hermana sea feliz. —Solom entrecerró los ojos. —¿Seguro que no puede hacer nada?

—Como no me case y tenga un hijo antes de su boda... —dijo como si fuera algo imposible.

—Buena idea. ¿Qué tal si te pones a ello?

Salió dejándole con la palabra en la boca. Clod se colocó ante él con los brazos en jarras. —¡Si vas a pedir la mano de mi hermana, tiene que ser a mí!

Él miró a la niña de arriba abajo. —¿Perdón?

—¡Soy el hombre de la casa!

El príncipe reprimió la sonrisa. —Si me decido, hablaré contigo primero.

—¡Pues date prisa porque es preciosa y pueden adelantársete! ¡Creo que en palacio hay ricos a puñaos! Buscaré uno que sea buena persona y la casaré con él.

—Eso será si no la elige el rey.

Lo miró malicioso. —Tranquilo, no la elegiré. De eso me encargo yo.

Cuando Clod salió de la casa, el príncipe miró pensativo la puerta. — Buena idea.

—¿Cómo dice? —preguntó la muchacha cogiendo la caja.

La miró con desconfianza. —¿Cuánto has oído?

—¿Yo? Nada. Soy una tumba.

—Más te vale. —Se volvió para salir y la chica carraspeó. Se volvió lentamente. —¿Qué?

—Me encantaría visitar palacio. Para encontrar un rico de esos. ¿Qué puede hacer usted, príncipe Solom?

—No eres una elegida. No puedes ir con ellas.

La chica levantó una de sus cejas pelirrojas. —¿No me diga?

No era fea. De hecho, si a su padre le gustaran las pelirrojas la elegiría. Parecía que tenía buen cuerpo debajo de ese delantal sucio y sus facciones eran bonitas con esa nariz respingona cargada de pecas. Además, tenía unos ojos azules muy bonitos. Abrió la puerta furioso. —¡Alen! ¡Ya tenemos a la última elegida! ¡Así te ahorras el viaje!

—Pero señor, me están esperando en...

—¡No me discutas, empieza a dolerme la cabeza de escucharte! ¡Envía un correo diciendo que ya está la lista completa!

Semira tenía la boca seca y se pasó la lengua por el labio inferior sintiéndolo agrietado. Gimió porque le dolía todo y un paño frío sobre su frente la alivió. Abrió los ojos para ver a su tía sobre ella. Su imagen parecía borrosa. —Tía...

—No hables. Tienes que reservar las fuerzas—dijo sentándose a su lado.

—Hace calor.

—Sí, pequeña. Tienes fiebres.

—Let...

—Todos estamos bien. Duerme.

—Agua.

La cogió por la nuca con cuidado y bebió de la jarra que le pusieron en los labios. El líquido se derramó por la comisura y Ólia apartó la jarra. —¿Mejor?

—Sí. —Cerró los ojos suspirando. —¿Cuidarás de ellos?

Escuchó un sollozo. —Claro que sí.

Alguien acarició su mano al otro lado de la cama y con esfuerzo abrió los ojos sonriendo. Al ver a Rucer levantó el índice rozando sus dedos. —Estás aquí.

—Y aquí me voy a quedar.

—Deberías irte a palacio. Te están esperando.

—Descansa. —Se acercó y la besó en los labios suavemente.

—Por esto merece la pena vivir —susurró quedándose dormida.

Él cerró los ojos incorporándose y Ólia se echó a llorar. —No llores, mujer. Se pondrá bien.

—Siempre se ha jugado la vida por protegernos y alimentarnos. Y va a morir después de hacerlo otra vez.

—¡No se va a morir!

La puerta se abrió y entró Sira con la caja. Rucer se tensó. —¿Qué vas a hacer?

—Limpiar la herida y cambiar el vendaje. Está amarillo.

Se cruzó de brazos y observó su trabajo atentamente. La ayudó a volverla cuando fue necesario y cuando terminó, la muchacha apretó los labios llevando la mano a su frente. —El mal avanza.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó su tía angustiada.

—No podemos hacer más por ella. Sus espíritus la protegerán si no la reclaman.

—¡Sal de aquí! —gritó Rucer furioso.

La chica asustada salió de la habitación rápidamente y él se sentó a su lado cogiendo su mano. Parecía angustiado y su tía sonrió con tristeza. —Hubiera sido muy feliz a tu lado. —Él negó con la cabeza. —Sí que lo hubiera sido. ¿Sabes? En todos estos años no te había olvidado. —La miró sorprendido. —Cuando llegué a su casa, lo hice muy asustada. Me había quedado viuda y mi cuñado había perdido a su mujer. Era lógico que fuera ayudarle. Cuando vi a aquellas niñas destrozadas y a aquel bebé, me enamoré de ellos. Pero son tan fieles que me vieron como a una intrusa y más aún cuando me casé con su padre.

—Debió ser duro.

—Sí que lo fue. Cualquier cosa que hiciera les parecía mal y llegó a ser un infierno. —Hizo una mueca. —Aunque yo también hice cosas mal por rencor. —Miró a su sobrina. —Pero recuerdo un día... Yo apenas acababa de llegar a la aldea y escuché a las hermanas hablar en la parte de atrás de la casa. Let le preguntaba si se casaría con él. Yo no sabía a quién se refería y me acerqué a escuchar a escondidas. Tenía ocho años y llevaba algo en la mano sentada ante su hermana que tenía una muñeca de paja entre los brazos. Semira respondió levantando la barbilla.

—Vendrá a por mí. Me lo ha dicho.

—Qué suerte tienes —dijo su hermana—. No tendrás que presentarte a elegida.

—Si quieres me presento contigo.

—¡No! —Let se sonrojó avergonzada. —Mejor me presento sola. —Al ver que Semira parecía confundida Let dijo —Siempre lo hacemos todo juntas. Quiero hacerlo sola.

—Pero irás a palacio sola. ¿No te da miedo?

—No, porque sé que siempre te tendré si te necesito.

Rucer miró a Semira sin aliento. —No se iba a presentar. Seguro que todavía esperaba que regresaras algún día. Fue su padre quien le hizo prometer en su lecho de muerte que se presentaría para proteger a la familia y para protegerse a ella misma que era acosada por el tabernero. A ese tabernero lo mató Clod cuando intentaba violarla y por eso Carmon nos tendió la trampa.

—Ella pensaba que el niño había muerto.

—No sabíamos que iba a reaccionar así. Creíamos que a todos les daría

pena y que tú no la castigarías. Pero le mató arriesgando su propia vida porque Clod es parte de ella. —Una lágrima corrió por su mejilla mirando a su sobrina.

—¿Y por qué crees que no me ha olvidado en todos estos años?

—Porque en aquella manita estaba esto. —Se acercó a su sobrina y levantó sus sábanas por debajo. Cogió su tobillo en el que tenía una pulsera de cuero. Rucer se quedó sin aliento al ver un botón colgado de la fina tira. Era un botón de su chaleco. —Lo ha conservado siempre. Supuse que era tuyo cuando mi marido me contó aquel día en que te conocí.

Él asintió y acarició el botón de nácar. Su madre se había enfadado con él porque eran muy caros. Y ella no lo había vendido en todos esos años cuando había pasado hambre. Miró a Ólia. —No puedo casarme con ella. El rey tiene otros planes.

—Pues habrá que hacerle cambiar de opinión porque pienso hacer todo lo posible para que mi sobrina, si sobrevive, sea feliz. Por encima del rey de este maldito reino si es necesario.

Capítulo 7

En el pabellón de caza casi ni se hablaba, esperando que en cualquier momento alguien dijera que Semira había fallecido. Tardó cuatro días en despertar de nuevo apenas unos segundos y el médico dijo que era la mejoría antes de la muerte. El problema vino cuando el niño se desesperó y se negó a apartarse de ella, al igual que Let y su tía que sentadas en dos sillas no se separaban de su lecho. Esa noche fue terrible porque Semira sudaba muchísimo y Clod lloraba llamándola. Rucer tuvo que sacarle a la fuerza de la habitación y Sira le obligó a beber algo que le hiciera dormir. Cuando al fin se quedó dormido, Rucer lo volvió a llevar hasta su hermana y lo acostó a su lado. Let se echó a llorar emocionada.

Vio la luz sobre ella y abrió los ojos maravillada al ver el cielo azul del amanecer. Era tan hermoso que robaba el aliento. Un movimiento a su lado la hizo sonreír y al girar la cabeza vio a su hermano dormidito a su lado. Alargó la mano y le acarició sus rizos rubios que ya estaban muy largos. Clod abrió sus ojos verdes y sonrió. —Estás despierta.

—Vaya, te he despertado.

—No importa. —Se miraron a los ojos. —Estás aquí.

—¿Y dónde estoy exactamente?

Clod soltó una risita. —En el pabellón de caza del rey.

Suspiró mirando el techo de cristal. —Es maravilloso.

—Cuando hace sol es una tortura. No hay cortinas.

Semira se echó a reír a carcajadas y la puerta se abrió de golpe. Rucer la miró desde la puerta mientras que su hermana y su tía se levantaron de golpe con cara de sueño.

—¡Estás viva! —gritó su tía como si le sorprendiera.

Let se echó a llorar antes de tirarse sobre ella para abrazarla. Sorprendida miró a Rucer. —¿Qué ha ocurrido?

Todos se echaron a reír y Rucer se acercó a la cama. —Quita, enano.

—¡No! —Se abrazó a su brazo sano y Rucer pasó por encima de él para besarla en los labios.

Semira se sonrojó. —¿Qué haces? ¡Estás loco? Está ahí el príncipe.

Todos miraron hacia Solom que se cruzó de brazos. —Creo que tenemos mucho de lo que hablar.

—No. —Semira negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? —preguntaron todos a la vez.

Sira entró en la habitación mirando a su alrededor. —Mucha gente. Fuera.

Nadie le hizo ni caso y exasperada se acercó a su paciente sorteando a Ólia y a Let que estaba sentada al lado de su hermana. —¡Tengo que trabajar!

Todos se hicieron los locos y gruñó mirando a su paciente. —¿Duele mucho?

—Un poco. —Entrecerró los ojos al ver el broche sobre su pecho. —¿Eres una elegida?

Rea entró corriendo en la habitación con cara de sueño y se chocó con el príncipe. —Hombre, quítese del medio.

Let reprimió la risa al ver su indignación. —Es como una hermana.

Rea se subió a la cama por sus pies y cogió del tobillo a Clod tirando de él para alejarle de su hermana haciéndole protestar. —Aparta enano o te doy una colleja.

—Serás bruja —dijo dejándole espacio.

Se arrodilló al lado de su amiga y preguntó preocupada —¿Estás bien?

Semira sonrió. —Sí, estoy bien. ¿No me ves?

—¡Lo que veo es que casi la espichas! —gritó desgañitada—. ¡No vuelvas a hacernos esto!

—Lo prometo.

Rucer las miró sorprendido por la conexión que había entre ellos y Liasa entró en la habitación con una bandeja digna del rey. De hecho, era su bandeja. —El desayuno.

El príncipe parpadeó sorprendido. —¿Esa es la taza de oro de mi padre?

—Va, él no la va a usar.

Rucer se echó a reír a carcajadas y se acercó al príncipe. —¿Las dejamos solas? Parece que se las arreglan.

—Sí, vamos a hablar de cuando lleguen a palacio. Tengo la sensación de que van a ponerlo todo patas arriba.

—Sí, yo también tengo esa sensación. —Salió tras el príncipe y antes de cerrar la puerta miró a Semira que agachó la mirada como si no le estuviera

observando. —Dejadla descansar.

—Sí, Rucer... —dijeron todos a la vez.

Salió de allí sabiendo que no le harían ni caso.

Caminaron hasta el salón y el príncipe se acercó al fuego sentándose en su silla labrada. Le hizo un gesto al lacayo para que se fuera mientras Rucer se sentó a su lado.

—Bien, tenemos un problema.

—Tenemos más de uno —dijo divertido—. Porque tú quieres casarte con Let.

El príncipe se sonrojó. —¡Esa niña me ha dicho que debo pedirle su mano! ¿Dónde se ha visto que un príncipe...?

—Es un niño.

—¿Perdón?

—Es muy largo de contar.

—Y tú estás comprometido con Arna.

—Eso no es exacto del todo. El Rey me sugirió que me casara con ella, que no es lo mismo.

—¡Cómo si lo estuvieras! ¡Ya conoces a mi padre! ¡Te despellejará vivo si ahora te niegas! ¡Es su favorita y no le niega nada! ¡Sabes de sobra que si te ha dicho eso, es porque ella ha movido sus hilos para casarse contigo!

Suspiró mirando el fuego. Estaba tan contento porque Semira estaba viva que todo le daba igual. —Rucer despierta. ¡Debemos trazar un plan!

—¿Un plan? Si no quiero avergonzar a mi padre, que el rey mate a Semira y de paso a mí, debo casarme con tu hermana. No tengo opción.

—¿Vas a darte por vencido? —Parecía atónito.

—¿Qué quieres que haga? Lo mejor sería que Semira se casara con alguien de posibles y que viviera tranquila con su familia, que es lo que le hace feliz.

—Pues yo voy a casarme con Let.

—Tú lo tienes más fácil.

—Y no me voy a morir, así que no te hagas ilusiones de reinar algún día.

—No me las hacía. —Sonrió mirando al príncipe. —¿Sabes que tienes mucho mejor aspecto? Estás más fuerte.

—Y así seguiré. Let me necesita.

—Es muy afortunada.

—¿Estás loco? ¡El afortunado soy yo por encontrarla!

Rucer sonrió y miró el fuego. Él también había sido muy afortunado al encontrar a Semira después de tantos años, pero jamás la pondría en peligro de nuevo y si se sabía que estaban relacionados de alguna manera, el rey la eliminaría.

Miró de reojo al príncipe. —Tienes que ayudarme.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Tienes que hacer que el médico de palacio no reconozca a Semira cuando llegue.

El príncipe le miró asombrado. —¡No habrás sido capaz!

—¿Tú podrías evitarlo con Let?

—¡Pues hasta ahora me he controlado!

—Porque no has tenido oportunidad que si no...

Solom carraspeó. —Muy listo.

—Por cierto, yo que tú hacía que no reconocieran a Rea, porque ayer la vi saliendo de la habitación de Levon.

—¡Esto es inaudito! —dijo rojo de furia—. ¡No respetáis a mi padre!

—Están enamorados. Es lógico.

El príncipe se quedó mirando a Rucer fijamente. —Tú también la amas.

—Yo tengo otras obligaciones. No pienso avergonzar a mi padre ni a arriesgar la vida de nadie.

—Y serás infeliz toda la vida.

—Ella lo entiende. Lo sé. Puede que le duela y no lo acepte, pero lo entiende.

—¿Y Arna?

—¿Qué pasa con ella? Tendrá lo que quiere.

—Es una bruja y una caprichosa, pero es mi hermana. Debería protegerla.

Rucer sonrió divertido. —Se protege sola con el favor del rey.

—Cierto. Y abusa bastante. Quiere mi trono.

—Le demostrarás que no lo conseguirá. —Le advirtió con la mirada. —Cuida de Let. La atacará a ella de todas las maneras que pueda.

—Tiene que haber una manera de arreglarlo todo. —Pensó en ello unos minutos. —Si Arna se casara con otro...

—¿Crees que renunciará a sus ambiciones por un hombre? —Rucer se

echó a reír. —Parece que no conoces a tu hermana.

—La desprecias.

—Sí. —Se giró para mirarle. —Pero me lo han ordenado y no puedo evitarla. No tengo tu suerte. Yo que tú me casaba con Let antes de llegar a palacio. Eres el único al que tu padre no rebanará el cuello si le quita a una de sus elegidas.

—Pienso anular esta locura del harem en cuanto muera mi padre.

—No deberías hacerlo. A las mujeres pobres les da ilusión y esperanza. Es algo que he descubierto gracias a las chicas. Let no te hubiera conocido y no podría casarse contigo si no fuera elegida. Piénsalo. Para los hombres de poder, es casi una vía de escape para casarse con mujeres de verdad.

—¿Mujeres de verdad?

—Reconócelo. Llevarías casado años si hubieras encontrado a una mujer que te atrajera. Si no llega a ser por la elección, jamás habrías conocido a Let. ¿Y cómo un príncipe va a casarse con una aldeana? La selección nos da la oportunidad de conocerlas y que la sociedad las acepte. Es triste, pero es así.

—Semira tardará en recuperarse al menos diez días. Tenemos tiempo para encontrar una solución.

—¿Crees que no me he estrujado la cabeza intentando encontrar una vía de escape? Pero Arna no renunciará a mí, porque soy el general de su ejército. Cree que tienes un pie en la tumba y si tú fallecieras, ella reinaría conmigo a su lado. ¡Me eligió precisamente para que nadie proteste, temiendo que yo me tire sobre él con mi ejército! Lo tiene todo muy atado.

—¡Para eso tendría que morirme!

—Es la posibilidad lo que la anima a ello. Lo sabes. La conoces tan bien como yo. Además, es capaz de quitar del medio cualquier obstáculo. Si mató a mi amante hace un año cuando se enteró de que la visitaba, temiendo que me casara con ella. A Semira la destrozaría si se enterara.

—Si consiguieras casarte con Semira, ella no lo olvidaría nunca. Se vengaría a la primera oportunidad.

Sus ojos grises se oscurecieron. —Por eso no pienso hacer nada. Lo mejor para todos es que me case con Arna y seguir adelante. Si no la matara tu padre, lo haría Arna, así que es mejor olvidarse del asunto porque sufrirían personas que no tienen culpa de nada.

Rea se apartó de la puerta con los ojos como platos antes de correr de nuevo a la habitación, olvidándose de la leche que tenía que llevar.

Todas se quedaron mirando a Rea que acababa de contar lo que había escuchado. Sira carraspeó. —Creo que no debería haber escuchado esto. Mejor me voy.

Rea la cogió del brazo. —¿Crees que soy tonta? Tú estás aquí gracias a todo este lío, así que te quedas.

—¿Ah, sí? —preguntó Semira mirándola con desconfianza.

—¡No sabía ni la mitad! ¡Y no quiero enterarme de más! —Iba a salir cuando Liasa la cogió por el cuello del vestido y tiró de ella hasta el centro de la habitación. —Vale, me quedo.

—Eso pensaba. —Se volvió hacia su protegida. —¿Qué hacemos?

—Está agotada. Debe recuperarse —dijo Sira provocando que todas la miraran enfadadas—. Vale, yo no me hago responsable.

—¿Nos cargamos a la princesa? —preguntó Clod como si nada.

—Yo me largo.

—Quieta ahí —ordenó Let poniéndose ante la puerta—. El hombre de mi vida se va a casar conmigo y nada me impedirá que sea feliz con él.

—Aún queda el rey. Puede que ellos no lo tomen en cuenta —dijo Liasa —, pero no le gustará nada ese matrimonio. Además, está la corte. Si él se pone en contra, nadie te aceptará.

—Tenemos unos días para pensar en esto —dijo Ólia—. Cuanto más tardes en recuperarte, más tardaremos en llegar a palacio.

—Retrasaremos lo inevitable. —Semira suspiró recostándose en las almohadas.

—Mi niña, estás agotada. Debes descansar.

—Tengo que encontrar la manera de que Rucer se libere de esa bruja.

Rea sonrió y Semira supo que tenía una idea. —¿Qué?

—Si os convertís en las favoritas, en sus preferidas ganándoos a la corte, nadie vería extraño que una se casara con el príncipe antes de entrar en el harem. Ya arreglaríamos la boda para ese momento. Incluso podemos hacer que el rey lo considere idea suya, manipulándole un poco. Tenemos dos meses. Ahí solo nos quedaría su hija, que es capaz de matarle para conseguir el trono.

—¡Solom no se va a morir para que esa bruja pueda reinar!

—Siguiendo ese plan, Semira terminaría en el harem —dijo Ólia escandalizada.

—No, espera... —Semira se incorporó un poco. —Es cierto lo que dice

Rea. Tenemos dos meses para manipularles. Como cuando fingimos con Clod.

—¿Quién es Clod? —preguntó Sira confundida.

—¡Pues yo!

Miró al niño con los ojos como platos. —Yo me largo.

Laisa la cogió de la falda tirando de ella hasta una silla. —¡Y no te muevas! ¡Qué pesada!

—Sabemos quiénes son nuestros enemigos y ellos no se lo esperan. Al rey solo tenemos que camelarle y a la bruja tenemos que aislarla. Ponerla en contra del rey para que vuelque en él su odio. Que sea él quien frustre sus planes.

—Eso va a ser difícil. Es su hija.

—Le tenderemos trampas que abran los ojos del rey. Sabiendo como es no será difícil. Debemos manchar su imagen ante su padre, pero de manera disimulada.

—Es una mujer peligrosa —dijo Liasa—. Todo el mundo lo sabe. Con quince años mandó matar a una de sus sirvientas por romperle su camisón al lavarlo. Su padre se enfadó muchísimo porque el rumor corrió por todo el reino. E incluso en algo así no la castigó, hecho que seguro que la animó a hacer otras cosas.

—Sí, ¿pero y si esas rabietas las tiene contra su hermano? Contra el heredero.

Liasa sonrió maliciosa. —Entiendo. La mataría. Adora a su hijo. Le costó muchísimo tenerle y manda llamar a médicos de todo el reino para que le traten cuando se pone enfermo. Puede que esté preparando el terreno para que en caso de que fallezca haya un sustituto, pero si ella hiciera algo contra Solom... la despedazaría. Ella hace feliz al rey y le da lo que quiere, pero a quien ama es a Solom.

—Ahí lo tenemos... —Semira sonrió. —Solo hay que sembrar la duda.

—¿Y si Solom no colabora? —preguntó su tía.

—Colaborará —dijo Rea segura—. Sabe que es una bruja y quiere lo mejor para Let. ¿Pero eso en qué te ayuda a ti?

—En que si el rey se enfada lo suficiente y la dejamos en evidencia ante la corte, ya no podrá reinar y Rucer no tiene por qué casarse con ella, después de mostrar su indignación por su comportamiento. El rey no podrá recriminárselo.

—Qué lista eres —dijo Clod impresionado.

—No tan deprisa. Tenemos que pensar en las trampas que le tenderemos y eso será lo más difícil.

—Tengo la sensación de que con descubrir sus maquinaciones tendremos

suficiente —dijo Liasa.

—Ya veremos. De momento tenemos que llegar a palacio para hacernos una idea de la situación.

La puerta se abrió empujando a Let y Rucer las miró con desconfianza al ver la cara de buenas que tenían. —¿Qué ocurre?

—Yo voy a vestirme —dijo Rea escabulléndose.

Semira perdió la sonrisa de repente y dijo —¿Podéis dejarnos solos un momento?

Liasa asintió—Por supuesto.

—Let quédate.

Su hermana la miró confundida y Rucer más aún que se acercó a la cama sentándose a su lado. —¿Te encuentras bien?

Volvió el rostro hacia él y apartó la cara cuando intentó acariciarla en la mejilla. —¿Qué ocurre, preciosa?

—¿Ocurre? Que me lo dejaste muy claro. Vas a casarte con la princesa y yo tengo que pensar en los míos y en mí. Lo sabes.

Él asintió mirando de reojo a su hermana, que esperaba a los pies de la cama con las manos entrelazadas. —Cuando me presenté a elegida, sabía que me estaba jugando el cuello y tu actitud no me está ayudando nada. ¡Me has besado ante Sira! ¡Solo falta que me pongas un cartel al cuello, diciendo que soy tu amante!

Rucer se tensó. —Entiendo que te molestes, pero...

—¡Pero nada! ¡Aléjate de mí, Rucer! ¡Te agradezco que me hayas salvado la vida, pero como sigas comportándote así, conseguirás que me maten!

—¡Semira! —exclamó su hermana impresionada—. Os queréis y es normal...

—¿Qué le quiero? —preguntó rabiosa—. ¿Y de qué me sirve a mí eso? —Él se tensó levantándose. —Te diré lo que me sirve. ¡Me sirve un hombre rico que me quiera lo suficiente como para casarse conmigo y que así mi hermano y mi tía tengan algo que llevarse a la boca! ¡Eso es lo que me sirve! ¡No un hombre que solo quiere meterse entre mis piernas, mientras su prometida espera en palacio! —Fulminó a Rucer con la mirada. —¡No te quiero a mi lado! Creía que había quedado claro antes de iniciar este viaje. ¿O ha cambiado algo?

—No —siseó con rabia—. No ha cambiado nada.

Se le retorció el corazón al ver que aun así no quería irse. —¡Fuera de mi vista! ¡Aléjate de mí si me tienes algo de aprecio!

Rucer apretó los puños y salió de la habitación sin decir una palabra más.

Let la miró con lágrimas en los ojos. —¿Qué has hecho?

Recostada en sus almohadas miró el techo. —No quiero que la princesa piense que él tiene algo que ver en esto. Sospecharía si se acercara a mí y nos pondría en peligro. Ellos deben pensar que nunca ha habido nada entre nosotros. —Levantó la cabeza para mirar a su hermana. —Ahora te toca a ti.

Let negó con la cabeza dando un paso atrás. —¡No pienso hacerle daño a Solom! ¡Lo ha pasado muy mal en la vida y no quiero hacerle daño!

—¿Le quieres?

—¡Sí!

—Precisamente por eso tienes que hacerlo. ¿No te das cuenta de que si esa bruja se entera de que hay algo entre vosotros, envenenará a su padre contra ti antes de que podamos descubrirla ante la corte? ¡El rey debe pensar que somos elegidas que deseamos entrar en el harem! Si cree que tenéis una relación, ya no confiará en ti. Creerá que todo lo haces por casarte con su hijo.

—Podemos casarnos antes de llegar —dijo asustada por perderle.

—¡Y te pondrás al rey en contra desde el principio y si la princesa quisiera matarte para dejar el trono libre de herederos, no creo que al rey le importara mucho! Debemos descubrirla antes de que iniciemos una relación con ellos ante sus ojos o ante los ojos de todos.

Let se apretó las manos angustiada. —¿Y si hablo con él?

—¡Cualquier gesto, cualquier palabra te pondrán en peligro, Let! Si queremos descubrir cómo es su carácter ante el rey, solo hay una salida. Convertirse en sus amigas.

La miró sorprendida. —¿Sus amigas?

—¿Cómo crees que te vas a enterar de sus cosas sino?

—Hablaré con él. Aparentaremos indiferencia. ¡No quiero que se ponga enfermo!

La entendió. Su relación era diferente a la suya y si su plan salía mal, aún podría casarse con él. Arriesgaría el cuello con Arna, pero si se daban prisa en tener un hijo puede que tuvieran una oportunidad. —Bien. Pero recuérdale que tiene que tratarnos como a cualquier elegida y no debe decirle a nadie lo que vamos a hacer. Ni a Rucer.

—De acuerdo. —Sonrió radiante. —Es un alivio. ¿Por qué no te lo piensas mejor y...?

—Rucer no debe saber nada. Si el plan sale mal, entraré en el harem o me casaré con otro, así que es mejor así.

—Entiendo. Pues habrá que hacer todo lo posible por desenmascarar a

esa zorra.

—Veremos que nos encontramos.

—¿Y las demás?

—Hablaré con ellas discretamente. —Cerró los ojos sintiéndose agotada de repente. —Pero más tarde.

Su hermana se acercó sentándose a su lado. —Descansa. No tenemos que ocuparnos de esto ahora. Aún quedan días para llegar a palacio. Duerme.

—Sí... He hecho lo correcto, ¿verdad?

—Ahora que me has dicho tus razones, me doy cuenta de que tienes razón. No te preocupes. Has hecho lo correcto por tu seguridad y la nuestra. Rucer se ha mostrado posesivo contigo y eso te hubiera delatado.

Sonrió con tristeza y una lágrima mojó sus pestañas. —Me quiere. Puede que no me lo haya dicho, pero lo sé.

—Claro que sí, hermana. —Le acarició el cabello. —Es obvio que te quiere. Ya verás cómo se arregla todo. Solo hay que tener paciencia. Hemos llegado hasta aquí y nada nos detendrá.

—Nada nos detendrá. Ni un rey...

Sentada en la cama vio como Liasa le ponía las zapatillas de cabritilla. Podían escuchar los gritos de Rucer desde allí. Estaba realmente furioso. Su señora la miró a los ojos. —Está de un humor de perros.

Hizo una mueca levantándose de la cama. Aunque había pasado una semana le dolía horrores. —Está frustrado. Se le pasará.

—Deberías haberle dicho tus planes. Cuando lleguemos a palacio...

—Cuando lleguemos a palacio, nos comportaremos como unas elegidas más. Así de simple.

Sira entró en la habitación y puso los brazos en jarras mirándola de arriba abajo. —Perfecto. Hora de irse. Estoy impaciente.

—¿Has elegido asistente?

—Rayos, sabía que me faltaba algo. —Se echaron a reír. —¿Qué? ¡No voy a llevar a alguien de la aldea que cotillee todo lo que hago y que se chive al abuelo! Puedo arreglármelas sola. —Les guiñó un ojo. —Así me proporcionarán una de palacio. Espero que tenga la lengua larga y que me cuente cotilleos.

Miró sus inteligentes ojos azules. —Bien pensado.

—Eso mismo pienso yo.

Clod entró en la habitación corriendo. —¡Ya están listos los carros! —Se acercó a su hermana y se pasó el brazo de Semira sobre sus hombros como si así la ayudara.

—Cielo, puedo sola.

—No te agotes. Apóyate en mí.

Sonrió mirando sus rizos rubios con amor y al levantar la vista vio a Rucer en la puerta con cara de pocos amigos. Miró de arriba abajo el vestido azul que Sira le había conseguido y sus ojos se detuvieron en el broche que llevaba al pecho. —Veo que ya estás lista.

—Sí —susurró por la frialdad de sus ojos grises.

Se volvió antes de que pudiera decir nada más y se largó gritando —¿Qué haces ahí? ¡Sube esas mantas al carro!

Salieron de la habitación en silencio y al llegar al enorme salón, miró a su alrededor impresionada. No había paredes. Todo era de cristal y una gran mesa estaba en el centro para al menos cincuenta comensales. Pero lo que más la impresionó fue la chimenea. Ella cabría dentro de pie.

—Es lo más bonito que he visto nunca.

—Pues cuando llegues a palacio te vas a quedar con la boca abierta.

Liasa asintió dándole la razón a Sira.

—Estoy deseándolo. —Soltó una risita. —Todo un cambio para una aldeana que no tenía que llevarse a la boca hace un año, ¿verdad?

Salieron al exterior y se dio cuenta que las sorpresas no acababan allí. Había un carruaje digno del rey ante la puerta. —Ese es para las elegidas —dijo Liasa—. El rey quiere que viajes con comodidad después de tu percance.

—No seré yo quien le lleve la contraria.

Let que estaba hablando con el príncipe, se sonrojó al verla salir y Semira perdió la sonrisa. Su hermana se acercó rápidamente. —No me mires así. Lo ha entendido.

—Ya lo veo.

—Todavía no hemos llegado.

Semira la cogió por la muñeca perdiendo la paciencia y susurró —¿No lo has entendido todavía? La que más tiene que perder aquí eres tú, que puedes casarte con él. Yo no tengo nada y nada tengo que perder...

—Salvo la vida.

—Exacto. Mi vida y la de los míos, incluida tú. Piensa en Clod y en su futuro antes de echarle una miradita al príncipe, ¿quieres?

Let se tensó. —Está bien. Lo siento.

—Más te vale. —Soltó su muñeca y se acercó a la puerta del carruaje sin darse cuenta de que Rucer estaba ya sobre su caballo y había visto su discusión a lo lejos.

Al subirse al carruaje, sonrió al ver los asientos de seda amarilla. —¡Qué preciosidad! —Miró por la ventanilla y sus ojos se encontraron con Rucer, que apretó los labios antes de tirar de sus riendas girando el caballo y gritando órdenes.

Let también le vio y sentada a su lado la miró asustada. —¿Crees que nos ha oído?

—Imposible. —Se apretó las manos. —Pero sí que se ha dado cuenta de que ocurre algo extraño.

Rea se sentó ante ellas sonriendo de oreja a oreja y las hermanas la miraron con rencor. —¿Qué? ¡Yo no tengo una princesa en la chepa que me fastidie el romance!

—Te lo puede fastidiar el rey si te elige.

—Qué gruñona estás.

Sira subió al carruaje y cerró la puerta. —Bien, vamos allá.

—Te veo impaciente.

—Qué ganas tengo de salir de estas tierras —dijo hastiada—. Aquí me aburro muchísimo. ¡Vamos a palacio! Menos mal que casi te mueres. Es lo más interesante que ha ocurrido en años.

—Vaya, gracias.

—No, gracias a ti —dijo distraída mirando por la ventanilla.

Se echaron a reír porque era imposible.

No sabía si era por el vaivén del carruaje o porque aún estaba delicada, pero apenas unas millas más adelante sus ojos empezaron a cerrarse mientras las demás no dejaban de parlotear de los nervios. Un bache en el camino la sobresaltó e hizo un gesto de dolor sintiendo la espalda rígida. Sira la miró. —Estás pálida. ¿Te duele mucho?

—No, estoy bien. —Mintió mirando por la ventana. —¿Estamos muy lejos de palacio?

En ese momento pasaron por un puente de piedra y a las cuatro se les cortó el aliento al ver el enorme lago que rodeaba el castillo. Había flores plantadas por todos lados y hermosos arbustos cortados con formas de animales. Al mirar a la otra ventana en cuanto cruzaron el puente, vieron hermosos jardines con formas geométricas. —¡Es el laberinto! —gritó Sira entusiasmada.

—¿El qué?

—Te metes por un camino y tienes que llegar al centro. Después tienes que salir y es difícil porque no se ve nada por los arbustos. Me lo contó mi abuelo cuando tenía seis años. —Sonrió emocionada como una niña. —Estoy aquí. Al fin podré ver todo lo que me ha contado.

—Estoy segura de que lo disfrutarás mucho —dijo Rea mirándola con cariño.

Era increíble lo bien que se llevaban las cuatro. En cuanto Sira se relajó después de conocer sus planes, surgió entre ellas una auténtica amistad. Semira no sabía si era por los secretos compartidos o porque eran compatibles, pero se había unido a ellas como una más de manera muy natural y Semira estaba muy contenta por su amistad.

El carruaje rodeó una plaza y las cuatro abrieron los ojos como platos al ver un castillo enorme. Las ventanas del piso inferior eran en forma de flor y tenían los cristales de colores. Semira miró impresionada las cuatro torres. — ¡Tiene los tejados redondos y en punta! —chilló su hermana mirando lo mismo.

—¿Cuántas personas viven ahí?

—Mi abuelo dice que más de trescientas, además del servicio.

—¿Eso es mucho? —preguntó Rea a Semira.

—Muchísimo.

El carruaje se detuvo ante la escalinata, donde un hombre vestido con una librea blanca esperaba con parte del servicio detrás. Semira vio a una mujer de unos cincuenta años con una vaporosa túnica amarilla, esperando ante la puerta doble del castillo. Sira iba a abrir la puerta del carruaje, pero Semira la detuvo cogiendo su mano. —Espera a que nos abran. —Sira asintió sentándose muy recta. —Recordar lo que nos ha enseñado Liasa.

Todas asintieron mientras que Sira le guiñaba un ojo. —Os copiaré.

—Fíjate en Let. Ella es quien mejor lo hace.

Esperaron en silencio y vieron como Alen corría con sorprendente agilidad hacia el hombre de librea blanca, que escuchó atentamente sus palabras. El hombre asintió antes de hacer un gesto a alguien con la mano. La puerta del carruaje se abrió y un guante blanco apareció de repente. Let tomó aire y puso una suave sonrisa en su rostro cogiendo su mano para descender. Sira que la observaba atentamente hizo lo mismo. Rea le guiñó un ojo antes de acercarse a la puerta. Tragó saliva sabiendo que estaba a punto de cambiar su vida para siempre y cogió esa mano ignorando el dolor de espalda. Miró hacia abajo para ver los escalones y al levantar sus ojos se encontró con los ojos negros más

hermosos que había visto nunca.

—Bienvenida al Castillo Rancor, elegida.

Se quedó fascinada con él. Era muy atractivo y tenía un cabello rubio que le recordó al suyo. —Gracias.

—Mi nombre es Marsion y soy el protector del harem. Y de las elegidas mientras estén aquí, elegida.

—Semira. Mi nombre es Semira.

—Debe estar agotada del viaje. Su asistente y usted serán trasladadas a sus aposentos de inmediato. Dejaremos las presentaciones con las demás para otro momento.

Ólia se puso a su lado y miró de reojo a Let mientras Clod se colocaba al lado de su hermana como le habían dicho.

—Yo soy su médico —dijo Sira sorprendiéndole. Se sonrojó al ver que había metido la pata, pero aun así añadió —La he curado yo.

—Sus conocimientos serán de mucha ayuda, elegida. Pero aquí tenemos los mejores médicos del reino.

Semira pudo ver que el príncipe empezó a subir las escaleras ignorándolas y Rucer iba detrás hablando con Levon, que afortunadamente tampoco les hizo caso.

Empezaron a subir las escaleras y a Semira la impresionó que la servidumbre agachara la vista a su paso como si no les estuviera permitido mirarlas. Al llegar a la puerta la mujer de amarillo se puso ante ella. Llevaba su largo cabello recogido en un rodete a la nuca y sus fríos ojos marrones le indicaron que allí no encontraría una amiga. Todo lo contrario. Las miraba intentando disimular su desprecio.

—Elegidas, les presento a la princesa Asinda, la hermana de nuestro amado rey. Ella es la persona que dirige el palacio y pone orden en el harem cuando es necesario.

Por supuesto porque él no podía entrar en el harem. Semira hizo una pequeña reverencia. —Princesa.

—Levántate. Estás herida. —Miró tras ella y levantó una ceja cuando vio a Clod que sonrió con descaro. —Marsion las llevará a sus habitaciones. En la cena les presentaré a las demás elegidas.

—Me gustaría asistir a la cena —dijo Semira porque se temía que la dejaran en su habitación.

—Como gustes. Pero si asistes no podrás irte hasta que nuestro rey se retire. —Le hizo un gesto a Marsion. —Por cierto, llevo años viendo pasar

elegidas por palacio y veo a la legua aquellas que me darán problemas —dijo dando un paso hacia Semira—. Y tú vas a ser una de ellas. Eres una líder y aquí solo dirijo yo y el rey. Intenta seguir las reglas al pie de la letra o no te gustará el resultado. ¿Entendido? —Semira sin contestar la miró a los ojos sin intimidarse. —Marsion llévatelas y que las bañen. Tienen un aspecto desastroso.

—Sí, mi princesa. Si me siguen...

Semira vio como la mujer se iba con la cabeza bien alta y Rea susurró a su oído —Ojito con esa. Es una víbora.

Levantó la barbilla y siguió a Marsion al interior del edificio, pero se detuvo en seco al ver el suelo de mármol que brillaba impecablemente. Al mirar hacia arriba, vio una lámpara de cristal tan grande como su casa, llena de velas apagadas y unos techos pintados con ángeles, que eran lo más hermoso que había visto en su vida. Sus amigas hicieron lo mismo hasta que Rea susurró. — ¿Eso es oro?

Distraída con todo lo que había a su alrededor, miró hacia donde su amiga le indicaba y era un cuadro. Un hombre sentado en su trono le puso los pelos de punta y no era precisamente por su aspecto sino por su mirada. Sus fríos ojos castaños indicaban que no sentía compasión por nadie.

—Es el rey Rogar. Ese cuadro fue pintado antes de casarse por tercera vez. Su prometida entonces es la que está detrás. Desafortunadamente perdimos a la reina después de alumbrar a la princesa. Es su viva imagen.

Semira miró a la mujer que estaba de pie tras él. Tenía una sonrisa pícaro que la hizo sonreír y unos ojos azules que le indicaron que era feliz en ese momento. —La reina fue una de las elegidas. El rey se enamoró de ella perdidamente. Tanto que no esperó a terminar los dos meses de rigor.

—¿Era una elegida? —preguntó Sira sorprendida.

—Con ella tuvo los años más felices de su vida.

Le siguieron hasta la enorme escalera, pero Semira seguía mirando los ojos de esa mujer que parecían seguirla como si supiera que quería hacer daño a su hija. Se le pusieron los pelos de punta y rechazando ese pensamiento, miró al frente. Giraron a la derecha y subieron por otras escaleras. —Podemos perdernos aquí dentro —dijo Rea impresionada.

Marsion sonrió. —Siempre irán acompañadas, así que eso no será un problema.

Entraron en un pasillo donde había dos guardias ante la enorme puerta del fondo. Caminando hacia allí, se sintió más atrapada que nunca. Le daba la sensación de que vivir entre esas paredes no era tan idílico como todos decían.

Los guardias ni las miraron y uno de ellos abrió la puerta. —Estas son las habitaciones de las elegidas. Ellas ahora están en los jardines de atrás. Como ahora son solo diez no tendrán que compartir habitaciones.

Impresionadas vieron que hasta tenían una fuente en medio de un gigantesco salón lleno de sofás y cojines por todas partes. Cortinas de gasa de distintos colores separaban el salón en estancias. Marsion caminó atravesando el salón hacia una puerta doble y la abrió sonriendo. —Por aquí.

Un enorme pasillo daba pasó a diez puertas con molduras plateadas. Caminó hasta el final del pasillo y abrió las cuatro últimas puertas. —Elijan las que más les guste.

Semira entró en la del final del pasillo aún impresionada y con Ólia detrás miró a su alrededor. Una gran cama con sedas por todas partes presidía la habitación.

—Madre mía —dijo su tía sin aliento viendo una gran mesa redonda al lado de la ventana llena de manjares.

—Elegida, los médicos llegarán enseguida. Después una sirvienta las llevará a los baños. La ropa está en el armario.

Miró a su nuevo protector abrumada. —Gracias.

—Sobre el tocador tiene el regalo del rey. Seguro que será de su satisfacción.

En cuanto cerró la puerta, Ólia corrió hacia el tocador donde había peines de plata y prendedores de piedras preciosas. Una caja de oro estaba ante el gran espejo. Su tía la miró con los ojos como platos. —Ábrela Semira.

Se acercó casi temiendo abrirla y alargó la mano. —¡No te va a comer! ¡Ábrela ya!

Levantó la tapa para ver una tiara. Una tiara de plata con unas piedras rojas que se temía que fueran rubíes.

—Oh, qué preciosidad. Seguro que debes tener que ponértela.

Un grito al otro lado la hizo correr hacia el pasillo y Let y Sira salieron de sus habitaciones asustadas. Abrieron la otra puerta para ver a Rea con la tiara en la cabeza mientras Liasa sonreía de satisfacción. —¡Me la ha clavado la muy burra!

Se echaron a reír y Clod le tiró de la falda. —Dime, mi vida.

—¿Tengo que ir a los baños con vosotras?

Se miraron asustadas y entraron precipitadamente en la habitación de Semira. Rea miró alrededor. —La tuya es más grande.

—¡Deja eso, Rea! —Let asustada se apretó las manos. —¿Qué hacemos?

Se enterarán de que es un niño.

—¡Ya lo sé! —dijo Liasa—. Diremos que tiene la regla.

—¿Durante dos meses? ¡Seguro que acuden a los baños todos los días! —Semira fue hasta la cama y se sentó. Estaba harta de sentirse agotada. ¡A ver si se curaba de una vez!

—Es un problema. Si se enteran, estamos perdidas. —Let se mordió el labio inferior.

—Le pondremos un paño ahí y diremos que es muy vergonzosa. —Rea se encogió de hombros como si no tuviera importancia y fue hasta la ventana. — Seguro que a nadie le importa. Es una niña y ni siquiera la mirarán.

—Es la única opción, pero... —Let se sonrojó con fuerza mirando a su hermano que estaba como un tomate. —Nunca nos ha visto desnudas.

—Oh... —Liasa se echó a reír. —Pues se va a inflar a ver mujeres desnudas.

Clod vio el lado divertido y sonrió malicioso. —Voy a ver lo que no ve nadie. Cachis, y mis amigos no lo sabrán nunca.

—Cielo, ven aquí.

Su hermano se acercó y Semira le acarició la mejilla. —No te las quedes mirando. Tienes que agachar la mirada y hacer tu trabajo.

—Pero una miradilla no me la quita nadie.

—Pórtate bien. Si llamas la atención, se darán cuenta.

—De acuerdo... —Vio la mesa llena de comida y corrió hacia allí.

Let se acercó a ella preocupada. —Esto se complica.

—Acabamos de empezar. Hay que ir poco a poco.

Llamaron a la puerta sobresaltándolas. Miró a Liasa que dijo —Adelante.

La puerta se abrió y dos hombres vestidos con mallas azules a juego con su casaca entraron en la estancia. Eran mayores que su padre y el que iba delante dijo —Somos los médicos del rey. ¿Quién es la elegida herida?

—Yo —respondió Semira.

—Dejémosla sola —dijo Liasa con voz firme—. Ólia la ayudará a desvestirse.

—Sí, por supuesto.

Clod cogió unos dátiles antes de salir corriendo.

—Me llamo Semira.

—Es un honor —dijo el médico acercándose mientras el otro dejaba una caja a los pies de la cama.

Ólia la desvistió del todo ante su mirada y cuando terminó de desvestirla los médicos se miraron impresionados. —¿Ocurre algo?

—No, no nada —dijo el mayor sonrojándose—. Es realmente hermosa.

—Gracias.

Sin sentir ninguna vergüenza se tumbó sobre la cama de espaldas y el hombre se acercó apartando su cabello de la herida. —Está muy bien. Realmente bien. Un trabajo excepcional.

—Lo ha hecho la elegida Sira. —Los médicos se miraron sorprendidos. —Su abuelo es médico.

—Pues la ha enseñado realmente bien. Dame el ungüento.

—¿Qué me van a poner?

—Debe echarse este ungüento durante un mes. Para que la cicatriz sea lo más borrosa posible. Tiene una piel maravillosa y sería una pena que eso la enfeara. Es aceite con extracto de rosa. Buenísima para las cicatrices. —Miró a Ólia que no perdía detalle. —Por la mañana y por la noche. Y si se baña...

—Entiendo. Esos puntos...

El médico rozó la cicatriz y negó con la cabeza. —Vamos a dejarlos un par de días más.

—Se recuperará del todo, ¿verdad? Estos días está muy cansada.

—Es lógico con una lesión así. Es un milagro que esté viva. Eso significa que su función en la vida no ha culminado.

Miraron su cara y vieron que se había quedado dormida. —Pobrecita, está agotada. La reconoceremos otro día.

—¿Reconocer? —Ólia pareció confundida.

—Tenemos que comprobar que sea pura para tranquilidad del rey.

—Oh, por supuesto. —Ólia se sonrojó. —Claro, otro día. —Cogió el edredón y cubrió su cuerpo. —Entonces se pondrá bien, ¿verdad?

—No debe preocuparse. —El hombre sonrió. —Veo que la quiere mucho.

—Es mi sobrina. Como si fuera mi hija.

—Entonces debe estar muy orgulloso de ella.

—Mucho. —Se acercó a la puerta y les abrió dando por terminada la conversación. —¿Van a reconocer a las demás?

—Ahora mismo.

—Muy bien. —Fue hasta la puerta de Let y llamó con dos suaves golpecitos.

—Adelante.

Les abrió la puerta sonriendo y los médicos entraron sin rechistar. En cuanto cerró la puerta fue hasta la de Rea y la abrió sin llamar apretándose las manos angustiada. —¿Lo has oído?

—¿Qué hago?

—¡No fastidies!

—¡Levon no se controla!

Semira entró corriendo en su habitación y susurró —¡Escóndete en mi habitación! —Corrió hasta la puerta de Sira y la cogió de la muñeca corriendo hacia la habitación de Rea. —Desnúdate.

Sira lo hizo sin protestar. —Túmbate en la cama. —En cuanto se tumbó, ella le cubrió la cabeza con un paño antes de cubrirla con el edredón. —Di que tu padre no lo toleraría. Que lo haces por pudor.

—Sí, Semira.

Corrió hacia su habitación y cerró la puerta suavemente escuchando tras ella. —No funcionará. Ella es pelirroja.

—Espera.

En ese momento los médicos salieron y Ólia dijo —La he preparado para ustedes.

—Oh, perfecto. Muchas gracias.

—Es un placer.

En cuanto entraron en la habitación de Rea, salieron de la de Semira y Let que se estaba vistiendo roja como un tomate las miró sorprendida. —¡Ven! —La cogió de la muñeca tirando de ella hasta la habitación de Sira y la tumbó en la cama. —Tienes mucha vergüenza y tu padre no lo toleraría.

—¿Tengo que hacerlo otra vez?

Hizo una mueca. —Lo siento.

—Sois unas depravadas.

—Sí, ya. Como si tú no hubieras tenido ganas con tu príncipe.

Jadeó indignada. —Solo me ha dado un beso.

Salieron corriendo de nuevo y entraron en su habitación con los nervios destrozados. Los médicos salieron de la habitación y fueron hacia la otra puerta mientras Liasa decía —Por aquí, por favor.

—Un momento. —Semira abrió los ojos como platos.

—El príncipe requiere de su presencia. No se encuentra bien —dijo Marsion precipitadamente.

—Discúlpenos con la elegida. —Salieron a toda prisa y Semira abrió la puerta mostrando parte del pasillo. Abrió del todo para ver a Let salir envuelta en el edredón.

—¿Está enfermo? ¡Si estaba bien!

—Seguro que se le olvidó lo de hablar con el médico sobre el problemilla de la pureza de Semira. O no esperaba que lo hicieran tan pronto —dijo Rea—. Rucer se lo había advertido.

—Seguro que no se lo esperaba tan pronto. Ha debido escuchar que venían a revisarme la herida y ha supuesto que harían las revisiones. —Semira sonrió. —¡Hemos pasado la prueba!

Sira salió furiosa. —¡No, guapa! ¡Yo he pasado la prueba y tendré que pasarla de nuevo porque no han entrado en mi habitación! Y tú no la has pasado, ¿a que no?

—¡Me quedé dormida!

—Ya, claro.

Semira reprimió la risa. —Let cámbiate de habitación con Sira.

—¿Tengo que pasarla otra vez?

—Es que solo hay una pelirroja en el grupo y daría el cante —dijo Liasa dándole la razón.

Let gruñó entrando en la habitación de nuevo. —¡Clod! ¡Nos cambiamos!

El niño salió de la habitación con sus tesoros en brazos corriendo hacia la habitación de al lado. Semira negó con la cabeza. —Seguro que no volverán. El príncipe se encargará.

—No estaría tan segura. Por si acaso, estate atenta. —Rea entró en su habitación y ella miró a Ólia.

—Sí, niña. Tú por si acaso vete practicando un dolor de estómago tan fuerte que pueda desmayarte. Para despistar.

Capítulo 8

Afortunadamente pudo dormir unas horas antes de ir a los baños. Ólia la despertó acariciándole el cabello y sorprendida vio que llevaba una túnica blanca con hilos de plata. —Es hermosa.

—Pues cuando veas tus vestidos...

Su tía abrió una bata ante ella de una delicada seda blanca. La tela era tan maravillosa, que tuvo que alargar los dedos para tocarla. Se levantó volviéndose para ponérsela y su tía sacó su largo cabello mientras se la ataba. Unas preciosas zapatillas bordadas con flores estaban ante ella y se las puso con cuidado. Era como andar sobre las nubes de lo suaves que eran las suelas.

—Esto es un sueño.

—Sí, mi vida. Un sueño. Disfrútalo, te lo mereces.

Llamaron a la puerta y se abrió antes de que contestaran. Let asintió al verla levantada. —Nos esperan para los baños.

—Sí, vamos. Lou...

—Todo listo. Relájate. No tienes que encargarte tú de todo.

Al salir al pasillo, unas mujeres vestidas con dos túnicas blancas las esperaban. Lo que le sorprendió fue que llevaran el cabello cubierto con una tela de ese color, pero al volverse hacia Liasa se dio cuenta que llevaba uno igual. —Las mujeres que están para servir, deben llevar el cabello cubierto.

Sonrió. —Perfecto para Lou.

—Pues sí.

Su hermano salió de la habitación de su hermana con una túnica igual que las de las demás y le guiñó un ojo antes de colocarse al lado de Let para caminar por el pasillo. Con sus asistentes a su izquierda atravesaron el salón y en lugar de ir hacia la puerta, caminaron hasta una escalera en forma de caracol que iba hacia el piso de abajo. Descendieron los escalones de mármol contemplando las maravillosas paredes pintadas con hermosas mujeres medio desnudas.

Una mujer más grande que las demás miraba sobre su hombro de espaldas a ellas y sus ojos azules destacaban de manera sorprendente contrastando con su cabello negro. —¿Quién es? —preguntó Sira que debía estar

pensando lo mismo.

Una chica del servicio levantó la vista. —Es Liansa. La concubina más hermosa que haya dado este reino.

—Es preciosa. ¿Sigue en el harem?

—Falleció hace más de cien años. En el harem precisamente. Envenenada por las envidias de sus compañeras.

La otra sirvienta le dio un codazo que le cerró la boca. Sira miró hacia atrás e hizo una mueca pasándose el dedo por el cuello, haciendo reír a sus compañeras.

Cuando llegaron abajo, una mujer que esperaba abrió unas puertas de cristal y chillaron de la alegría al ver una maravillosa cascada ante ellas. Una gran piscina a la que se accedía por unos escalones, tenía en el centro una plataforma del que salía un chorrito de agua. Por el vaho que veía, Semira supuso que de ahí salía agua muy caliente. A su alrededor había plataformas de mármol y por los tarros que había a su alrededor, dedujo que allí se untaban cremas a las elegidas.

—Por favor, desnúdense —dijo una de las criadas antes de quitarse la túnica.

Clod dejó caer la mandíbula del asombro y Let le dio un pellizco que le hizo chillar como una chica. Semira le reprendió con la mirada y se hizo el loco.

—La niña no sabe nadar —dijo Rea sorprendiéndoles—. Le tiene miedo al agua. Debería regresar a la habitación porque no se requerirán sus servicios si las elegidas os tienen a vosotras.

Las criadas sonrieron encantadas. —Por supuesto que puede irse. Estarán bien en nuestras manos. De hecho, si las demás quieren irse...

—No, nosotras nos quedamos —replicó Liasa a toda prisa mientras Ólia asentía con vehemencia. Miró a su sobrino y le dio con la cadera para que se esfumara. Clod gruñó y arrastrando los pies salió de la estancia.

Semira respiró del alivio porque desnudarse ante su hermano no era plato de gusto.

—¡Esto es injusto! —gritó su hermano al otro lado.

Con los ojos como platos miraron hacia la puerta antes de que las criadas rieran y pudieran relajarse. —Estamos acostumbradas a que se enfaden porque las bañemos.

—Aquí hay información —dijo Liasa por lo bajo.

Ólia la ayudó a quitarse la bata y una de las criadas se acercó de inmediato. —Me encargaré yo de la elegida Semira. Para cuidar su herida.

Su tía asintió. —Muy bien.

—Puede bañarse con las demás si gusta, mientras me encargo de ella.

—Tiene que echarse una crema que tengo en la habitación. Voy a por ella.

—Muy bien.

Cogió del brazo a Semira como si fuera una inválida y la ayudó a bajar los escalones. El agua le llegaba hasta debajo de sus pechos. —Mi nombre es Alae. Tiene un cabello precioso, elegida.

—Por favor, llámame Semira. Tu nombre es muy bonito.

La criada sonrió. —¿Está contenta de estar aquí?

—Muchísimo. Ha cambiado mi vida totalmente. —La criada la llevó hasta la cascada.

—Me alegro mucho. Se le ve en la cara que es buena persona. Por favor Semira, inclina la cabeza hacia delante para mojar lo menos posible la herida. —Ella lo hizo y la criada pasó su cabello hacia delante con cuidado. —Seré lo más rápida posible para que no fuerce la espalda. Debe dolerle.

—Gracias.

El agua templada cayó sobre su cabello con cuidado mientras las demás riendo se metían bajo la cascada. Era una maravilla y Alae empezó a masajearle el cabello con algo que olía estupendamente. —¿Qué es?

—Un jabón hecho con miel. Muy bueno para el cabello. Lo deja brillante y sedoso. Va a estar preciosa esta noche, de eso me encargo yo.

Era su oportunidad. —Estoy algo nerviosa.

—No debe preocuparse. Debido a su estado, cenarán a solas con las elegidas y con el rey y sus allegados.

—¿Allegados?

—Oh, pues su hijo el príncipe Solom, la princesa Arna y seguramente su hombre de confianza, el general Rucer.

Se mordió el labio inferior al saber que Rucer estaría allí. —Ahora estoy más nerviosa.

Alae se echó a reír. —Casi no hablará con ellos. Debe tranquilizarse y mostrarse radiante. Eso es todo.

—Al príncipe y a Rucer los conozco del viaje. Pero al rey y a la princesa... —La chica no dijo nada. Eso sí que le llamó la atención. —¿Son agradables?

—Mucho. —Mentía descaradamente y cuando le aclaró el cabello se lo

retorció colocándoselo sobre el hombro sano. —Venga por aquí. —Al incorporarse la miró a los ojos y Alae desvió la mirada asustada. Era lógico que no hablara mal de ellos ante una desconocida. La llevó hasta la plataforma central y subió un escalón para sentarse sobre ella. —¿Puede tumbarse boca abajo y apoyarse en los antebrazos?

—Lo intentaré.

—Si no puede, no se fuerce, por favor. No quiero que esté incómoda.

Se tumbó sobre la plataforma y arqueando parcialmente la espalda, se colocó como ella pedía. Alae con eficiencia metió la mano en un tarro de cristal y sacó una especie de arena blanca con la que empezó a frotar su piel con fuerza. —Si se cansa, dígamelo.

—Tranquila, estoy bien. —La miró sobre su hombro. Alae sonrió. —¿Y cómo son? De aspecto, quiero decir.

—Oh, el rey cuenta ya con casi sesenta años y aún tiene vigor. —Semira levantó una ceja al darse cuenta de lo que quería decir. —Sigue siendo atractivo. —Miró de reojo a otra criada, que era obvio que lo estaba escuchando todo. Estaba claro que no iba a sacarle información rodeada de gente.

—¿Y qué le gusta? ¿Qué le fascina? Quiero hacerle feliz.

—Oh, le encanta la música. Vienen músicos de todo el reino para deleitarle. ¿Sabe cantar?

—Como una grulla.

Alae se echó a reír a carcajadas sin dejar de frotar. —¿Y bailar?

—Eso sí. Pero a mi manera.

—Pues puede bailar para él cuando se reponga. También le gusta la caza. Los ojos de Semira brillaron. —¿La caza?

—Es un cazador apasionado.

—Eso sé hacerlo.

—¿Sabe usar un arco?

—Yo lo hago con honda.

—Eso le fascinará. No creo que nadie se lo haya mostrado nunca.

—Espero recuperar el... —chilló de la sorpresa cuando Alae metió la mano entre sus nalgas sin ningún pudor.

—Lo siento, pero también debo frotar aquí.

Miró al frente y vio a Let ante ella muerta de la risa. Volvió a mirar a Alae que frotaba sin descanso. ¡Le iba a arrancar la piel! —¿Y la princesa? ¿Es bonita?

—Tan bonita como su madre. Son dos gotas de agua.

Le daba la sensación de que esa frase se repetía mucho en palacio. —¿Y qué le gusta hacer a la princesa?

—Oh, ella monta mucho a caballo. Ya puede sentarse. El resto lo haré en esa posición.

Se sentó evitando el dolor de espalda y apoyó las palmas sobre la plataforma sacando las piernas pues temía resbalarse. Alae cogió la arena y empezó a frotarle los pies con fuerza. —También le gustan las fiestas. Las organiza ella.

—¿Y su tía?

La miró sorprendida. —La princesa Asinda no asiste a las fiestas. —Frotó con fuerza como si estuviera metiéndose en terreno pantanoso. —Ella se dedica a su trabajo y a la princesa. —Levantó los párpados y la advirtió con la mirada.

Asintió sin que se notara y sonrió. —Eso que me haces es muy relajante.

—Quita la roña.

Se echó a reír a carcajadas y Alae se dio cuenta de lo que había dicho, sonrojándose con fuerza. —¡Perdón!

Negó con la mano sin darle importancia. —¿Y cómo son mis rivales?

—Eso, ¿cómo son nuestras rivales? —preguntó Sira con descaro.

Las criadas se miraron antes de carraspear. —¿Tan guapas son?

—No tanto como tú, Semira —dijo la otra criada.

—Gracias.

—Creo que vosotras llamaréis la atención —añadió Alae—. Las elegidas que ya he conocido son tímidas y asustadizas.

—Todas no. Está Ramsa. Esa es una lagarta de primera.

—¿De verdad? —preguntaron todas con interés.

—Desde que llegó, se muestra como una de las concubinas. Prepotente y altanera —dijo Alae.

—¿Las concubinas son altaneras? —Alae se mordió el labio inferior. — No diremos nada. Somos amigas. Las amigas no se traicionan.

—Son unas brujas. Solo hay cuatro en el harem, como ya sabéis, pero se creen princesas. Nos tratan como esclavas cuando somos mujeres libres.

—¿Has dicho que se muestran como princesas? —preguntó Let tímidamente al ver que se le soltaba la lengua—. ¿La princesa es igual?

Alae asintió. Todas se miraron. —Díselo, Alae... No dirán nada. Son

buena gente y al final se van a enterar igual.

Su criada dejó de frotar para mirarlas. Todas esperaban con interés. —Yo tenía una hermana. —A Semira se le puso la piel de gallina sabiendo que lo que iba a decir era horrible. —Llegamos aquí cuando teníamos doce años. Nos metió mi padre porque en casa no había comida para todos. Mi hermana a la semana de llegar se tropezó y cayó por la escalera rompiéndose la pierna. —Agachó la mirada como si intentara retener las lágrimas. —La princesa que tenía su edad en ese momento, ordenó que le cortaran la pierna.

Semira jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Por qué?

—Porque cuando se cayó por las escaleras llevaba en las manos su jofaina y se rompió. En lugar de decir que entablillaran la pierna, ordenó que se la cortaran porque así se salvaría. Yo sé que lo hizo por la jofaina. Porque estaba furiosa. Por eso ordenó que se le cortara la pierna.

—¿Qué fue de tu hermana?

Alae miró al vacío. —Se le oscureció lo que quedaba de la pierna y murió a la semana.

—Es horripilante —dijo Liasa pasándose ella misma la arena por la piel—. Seguro que ese no fue el único episodio. Si hizo eso con doce años, ni me quiero imaginar lo que ha hecho durante estos años.

Las criadas se miraron. —No lo sabéis bien. Domina a su tía con el dedo meñique y hace lo que quiere sin que el rey se entere de la mitad —dijo la otra criada—. Hace unas semanas el general se fue de palacio. La princesa Arna no lo sabía y cuando se enteró de que se había ido, montó en cólera y pegó a uno de los lacayos con la fusta hasta dejarle inconsciente. Y todo porque fue él quien le dijo que se había ido, cuando la princesa vio que su caballo negro no estaba en los establos.

—Está loca —dijo Let sin darse cuenta.

Las criadas asintieron. —Le gusta burlarse de las elegidas y las concubinas la temen. Se rumorea que una concubina que osó contradecirla, amaneció al día siguiente con unos dolores de vientre horribles. Por poco se muere. Los médicos dijeron que habían intentado envenenarla y castigaron a todas las concubinas sin comer durante cuatro días.

—Pero había sido la princesa —susurró Semira dándose cuenta de hasta qué punto tenían un problema. Rucer no se libraría de ella jamás.

—Eso se rumoreó entre la servidumbre.

Todas se quedaron en silencio, pero Semira no podía dejar pasar la oportunidad. —¿Y el rey?

—Como he dicho antes, el rey no se entera de casi nada. Está muy ocupado con ciertas revueltas del norte.

—¿Revueltas?

—¿No os habéis enterado? Los aldeanos del norte han atacado a varios de sus señores para robarles las posesiones. Dicen que se mueren de hambre.

Semira miró a Let que ahora sí que estaba preocupada. —De todas maneras, es su niña bonita. Nunca he escuchado que la castigara con rudeza y eso que el rey tiene muy mal carácter y mano de hierro. Pero sus hijos son su punto débil. Venga conmigo. Vamos a enjabonarla.

Pensando en todo lo que Alae le había dicho, dejó que trabajara y cuando la tumbó boca abajo sobre una de las plataformas exteriores, se dio cuenta que solo tenían una opción. Una opción aterradora que su hermano ya había previsto.

Después de untar todo su cuerpo con una embriagadora crema de miel y de echarla también en su cabello, volvieron a bañarla y cuando salió de la piscina su piel y su cabello brillaban.

—¿Puedes cepillarle el cabello mientras le hago el tratamiento a la elegida Rea? —le preguntó Alae a Ólia que ya se había bañado.

—Sí, por supuesto. —Se acercó a ella cogiendo su peine y antes de que la sirvienta se alejara, la cogió por la muñeca. —Dime que mi familia está a salvo aquí.

Alae la miró a los ojos. —Aquí no está a salvo nadie. Ni el mismísimo rey.

Se les cortó el aliento al escucharla y Ólia la soltó para que se alejara hacia Rea, que esperaba en la plataforma de la piscina charlando con Sira.

Semira miró a su hermana tumbada en el exterior a su lado. Liasa le cepillaba el cabello y Ólia empezó a cepillarla a ella.

Las hermanas se miraron a los ojos. —Nuestro plan no servirá de nada —dijo Let.

—Tu hermana tiene razón. A la mínima insinuación de que la princesa ha hecho algo mal, os quitará del medio —susurró Ólia.

—Debes casarte cuanto antes —le dijo a Let—. Hemos perdido un tiempo precioso.

—La matará. Quiere el trono y hará lo que haga falta. Matará a Let en cuanto sepa de ese matrimonio. Envenenarla no sería difícil para ella. Lo extraño es que no haya quitado a su hermano del medio en todos estos años, si tanto

quiere ese puesto —dijo Liasa.

—Sí, es extraño, ¿verdad? —Semira la miró maliciosa. —Y es sorprendente lo que se recupera el príncipe fuera de palacio.

—¿Crees que...? —preguntó Let asustada.

—¿Crees tú que no es capaz? Lo difícil es demostrar algo así. Todos la temen. Nadia abrirá la boca para delatarla. —Se acercó a su hermana mirándola a los ojos. —Dile a Solom que debéis casaros cuanto antes. Y que te lleve lejos por un tiempo. Lejos de sus maquinaciones.

Let la miró asustada. —¿Qué vas a hacer?

—Lo que haga falta.

Ólia se detuvo con el peine en alto. —Mi niña...

Se volvió para mirar sus ojos. —No se detendrá ante nada y no voy a dejar que arruine nuestra vida. La tuya, la de Rucer, la del príncipe y la mía. Nadie la echará de menos.

—Si te cogen... —Su tía estaba aterrada.

—Pagaré las consecuencias. Pero al menos Let será feliz.

—Eso si lo consigues —dijo Liasa preocupada.

—Me juego demasiado como para no conseguirlo.

—Hay guardias por todo palacio —susurró su hermana muerta de miedo—. No podrás ni salir de un pasillo sin que te vean.

—Como elegida no.

Let se llevó una mano al pecho. —Como criada.

—Exacto. Todas van vestidas iguales. Ni se darán cuenta. Pero no pensemos en eso ahora. Lo más importante es sacar al príncipe de palacio antes de que esa bruja tenga éxito y vuelva a enfermar. Seguro que le envenena poco a poco para no llamar la atención.

—¿Pero cómo no ha tenido éxito antes?

—No está casada. Necesita a Rucer —dijo Liasa—. Y con las revueltas del norte todavía más, porque nadie la admitiría como reina. Yo creo que no ha intentado matarlo, sino que está probando su coartada.

—Un príncipe enfermizo. Si muriera de repente, nadie lo vería extraño —añadió Semira.

—Exacto.

—¿Y si Solom no quiere irse?

La miró como si fuera idiota. —Sedúcele para que te haga caso, hermana. Utiliza tus armas de mujer.

Let se puso como un tomate. —¡Si no podemos ni hablar!

—Di que no te gusta ser una elegida y que te has dado cuenta de que desenmascarar a su hermana llevará mucho tiempo. Que temes terminar en el harem y que quieres estar a su lado. A ver si se resiste.

—¿Y Rucer?

—Es mejor que no sepa nada. Si fallo, no quiero que le salpique. Debemos seguir así. Yo debo aparentar no saber nada de vuestra relación y lloraré muchísimo porque no me has dicho nada. Mientras huis, yo averiguaré donde están sus aposentos y realizaré mi labor. Si no me pillan, nadie sospechará de mí que acabo de llegar. Además, mis amigas dirán que me consolaban sobre lo que había ocurrido con mi hermana. Yo tendré coartada.

Liasa asintió. —Muy bien. Pero aún queda el rey.

—El rey estará encantado de que su príncipe vuelva a casa con el amor de su vida y Let quedará libre de mancha.

—Intentaré enterarme de donde duerme—susurró Ólia.

—¡No! Ni preguntes por ella. Ninguna debéis hacerlo.

—Pero...

—No deben relacionaros con ella de ningún modo. ¿Me oís? Dejádmelo a mí.

Sentada ante el espejo de su habitación, vio como Ólia le ponía la tiara sobre la cabeza. —Estás tan hermosa... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Si te viera tu padre...

—¿Crees que se avergonzaría por lo que voy a hacer?

—No, mi vida. No se avergonzaría de ti jamás. Yo me siento muy orgullosa. —Los ojos de Semira se llenaron de lágrimas. —¡Ni se te ocurra llorar! No puedes presentarte ante el rey con los ojos rojos.

Forzó una sonrisa y su tía asintió. —Te espero aquí.

—Estoy asustada.

Su tía la cogió por los hombros volviéndola. —Ni se te ocurra flaquear ahora. Lo haces por el bien de todos, como cuando robabas verduras de los huertos. ¿A cuánta gente ha hecho daño esa bruja en todos estos años? ¿Crees que no mataría al mismísimo Rucer por capricho? Alguien tiene que tener el valor de llevarlo a cabo y esa eres tú.

Asintió levantándose y mostrando su vestido dorado. Solo tenía un hombro y el corte por debajo del pecho la favorecía porque cubría sus cicatrices.

La tela era vaporosa y cada vez que se movía el contorno de sus piernas se veía a través. Era hermoso, de un precioso color dorado como irían vestidas todas las elegidas.

—Disfruta si puedes.

La puerta se abrió de golpe y su hermano se cruzó de brazos con el ceño fruncido, dando a entender que estaba enfurruñado. —¿Qué ocurre?

—¿Yo no puedo ir?

—Sabes que no.

—¡Me lo pierdo todo!

Le cogió del brazo metiéndole en la habitación y asustada por él siseó — Escúchame bien. Esto no es un juego, Clod. Estamos con la soga al cuello y te aconsejo que te portes bien. ¡Si te digo que te quedas, te quedas sin rechistar! ¿Me oyes?

—Sí —respondió a regañadientes—. Pero...

—¡Pero nada!

—Espera...

Ólia sonrió sorprendiéndola antes de mirar a su sobrino. —¿Te crees capaz de robar un traje de paje?

—Claro.

—¿Sin que te pillen?

—Tía, no soy tonto.

Miró a su sobrina. —¿Un niño vestido de paje? No sabrán que es él. Puede moverse por palacio tan libremente como un pájaro.

Su hermano sonrió de oreja a oreja. —¿Tengo una misión?

—Hablaremos más tarde. Pórtate bien.

—Vale. —Se encogió de hombros y corrió hasta su cama subiéndose con zapatos y todo. —Te espero aquí.

Puso los ojos en blanco antes de abrir la puerta de nuevo. Se sobresaltó al ver una mujer rubia bellísima que la miraba de arriba abajo con descaro. —No me lo digas, ¿tú eres Ramsa?

Pareció sorprendida. —¿Te han hablado de mí?

—Eres muy popular.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De verdad? —Se pasó una mano por la melena y con un golpe seco se la apartó del hombro. —No me extraña.

—A mí tampoco. —Sonrió dulcemente. —¿Querías algo?

—Oh, darte la bienvenida y ver cómo estabas.

Sí, claro. Lo que quería era ver a la rival. —Muy bien, gracias. En unos días estaré como nueva.

—Fue terrible lo que te ocurrió.

—Sí, tuve una suerte enorme. Hace días que tengo una suerte increíble. —Sonrió maliciosa. —Y la seguiré teniendo.

Ramsa se tensó. —Eso ya lo veremos.

—Claro que lo veremos. Mi hermana y yo llegaremos al harem, así que te aconsejo que vayas buscando un protector.

Furiosa se volvió alejándose de Semira, que observó cómo se unía a las demás en el salón. —¿Estás segura de eso? —preguntó su hermana que salió de su habitación en ese momento.

—Debo hacer ver que quiero entrar en el harem por encima de todo. —Miró a su hermana a los ojos. —Habla con él hoy. No quiero alargar esto más de lo necesario.

Let asintió llamando a la puerta de Sira. Rea salió de golpe con la tiara en la mano. —Que alguien me la ponga. Liasa me va a llenar la cabeza de agujeros.

Rieron y Ólia le puso la tiara con cuidado. —¡Será quejica! —protestó su señora desde la habitación.

Cuando estuvieron listas, se miraron y se echaron a reír de los nervios. —Estáis hermosas —dijo Liasa—. Venga... No las hagáis esperar, que están impacientes.

Las otras chicas miraban hacia ellas cuchicheando y Semira tomó aire. —Os vemos luego.

Caminaron hacia allí con Semira delante. Cuando Let se puso a su lado hubo varias reacciones. La mayoría las miraron con sorpresa, pero dos las miraron con rencor. Una de ellas fue Ramsa y la otra una de pelo castaño claro que estaba a su lado.

—¿Sois hermanas? —preguntó una levantándose del sofá.

—Sí. —Se cogieron de la mano y las elegidas se pusieron a murmurar.

Pudieron escuchar que una decía —Yo ya lo tenía claro, pero ahora me casaré con el primer rico que me lo pida.

Varias se echaron a reír y esa misma se levantó para acercarse a ellas. —Bienvenidas, concubinas.

—Quedan dos meses —dijo Ramsa furiosa—. No tan deprisa.

Semira levantó una de sus cejas rubias. —Eso ya lo veremos.

Dejando las cosas claras fue hasta la puerta sin preguntar sus nombres. No quería más amistades, porque quería dejar claro cuál era su objetivo. Cuando

su hermana se fuera, se apoyaría en ellas por su desgracia y Ramsa se calmaría. Si todo iba bien, en dos semanas como mucho todo habría acabado.

Al salir sonrió a Marsion que las esperaba. —Hermosa... —dijo con admiración mal disimulada—. El rey estará encantado.

—Eso espero.

—Sígueme.

—Ya sabemos el camino —dijo Ramsa con prepotencia como las criadas del baño le habían advertido.

—Hoy cenarán en otro comedor porque conocerán al rey.

—¿Hasta ahora no lo habían conocido? —preguntó Let sorprendida.

—No estaban todas las elegidas. Hubiera sido injusto.

—Entiendo.

En silencio descendieron la escalera y entraron por una puerta a su derecha atravesando un salón lujosamente decorado. Semira se mordió el labio inferior viendo un enorme espejo, tan grande como su casa, que les mostró la imagen de todas las elegidas en fila. Dos guardias abrieron dos puertas doradas y Semira levantó la barbilla entrando tras Marsion. Había músicos en un lateral tocando una suave melodía y en el centro una gran mesa en forma de U, con candelabros de oro llenos de velas. Semira vio un movimiento a su derecha y vio al príncipe hablando con una muchacha sentados ante la chimenea tomando un licor en una bonita copa de cristal.

—Colóquense en fila aquí. Enseguida llegará el rey.

Miró a su derecha y vio que las elegidas llegaban hasta la puerta. Solom miró hacia ellas con aburrimiento y comentó algo por lo bajo que hizo reír a la muchacha. Semira la miró de reojo. Era de pelo castaño y sus ojos eran azules. Por las joyas que llevaba saturando su cuello, era obvio que era la princesa. Una puerta frente a ellos se abrió y Rucer entró con el ceño fruncido, deteniéndose en seco al ver a las elegidas ante él. Semira le miró a los ojos, pero agachó la mirada lo bastante rápido.

—Querido, estás muy gallardo con esas vestimentas. El negro es tu color.

Escuchó sus pasos hacia la chimenea y levantó la vista lo suficiente para ver que sonreía a Arna. —Princesa, siempre tan lisonjera.

—Tonterías. —Alargó la mano. —Eres una alegría para la vista, mi amor. ¿Has hablado con mi padre?

—El rey estaba ocupado. —Su tono de voz indicaba que se había tensado

con la pregunta. —Tendremos mucho tiempo para hablar.

Un lacayo se acercó con una copa y ella negó con la cabeza. —¡Rucer no bebe eso! ¡Lo sabes! ¡Le gusta algo más fuerte que un jerez!

—Lo siento, princesa.

Las hermanas se miraron de reojo y cuando el príncipe levantó la copa para beber Let gimió lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran y el príncipe miró hacia ellas. —Semira, ¿te encuentras bien?

Todas las elegidas la miraron y se sonrojó. —Sí, gracias príncipe. Estoy mucho más recuperada.

—¿Es la que atacaron? —La princesa se levantó mostrando su precioso vestido rojo y se acercó a ella mirándola de arriba abajo. —Vaya, pues no ha debido ser muy grave porque os deja en evidencia a todas. —Se echó a reír por su chiste y se volvió con gracia. —¿No piensas lo mismo, mi vida? Padre lo va a tener muy fácil este año.

Rucer muy tenso cogió la copa que le tendía el lacayo con un líquido marrón oscuro que Semira no tenía ni idea de que era. —Veremos lo que dice él.

—Siempre tan diplomático. —Se volvió hacia Let y se echó a reír. — ¡Una copia en morena! Padre se partirá de la risa.

El príncipe se levantó y Semira negó con la cabeza haciendo que se sentara de nuevo. Rucer entrecerró los ojos mosqueado. La princesa caminaba ante las elegidas y cogió un mechón pelirrojo de Sira. —Este color de cabello es maravilloso. Siempre he querido tenerlo así.

—Gracias, princesa.

—No soporto envidiar lo que tiene otra. Me hace parecer mezquina cuando lo tengo casi todo —dijo con voz heladora.

—No tienes nada que envidiar a nadie porque eres la más hermosa —dijo Rucer divertido—. Lo tienes todo. ¿Para qué querrías más?

Arna se echó a reír. —Tienes razón mi amor, pero no lo tengo todo. —Se lo comió con los ojos demostrando que le quería a él y Semira apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos. —Me faltas tú —dijo confirmando lo que todos pensaban.

—Rucer no es un monigote al que puedas dominar con el meñique, hermana. Controla tu lengua y respétalo como se merece nuestro general.

Arna se echó a reír demostrando que hacía lo que le daba la gana y Semira no pudo evitar mirar a Rucer que estaba a punto de explotar. Se le cortó el aliento porque durante esos segundos supo que era suyo.

Las puertas se abrieron de nuevo y todos se tensaron mirando hacia allí.

Un hombre vestido de azul que tenía más vitalidad de la que aparentaba, dio un paso cojeando hacia el comedor. Fue obvio para todos que estaba furioso y el anciano entró en la sala arrastrando una pierna mientras se apoyaba en un bastón con empuñadura de oro.

—Padre, ¿te acaban de curar la herida del pie? —preguntó la princesa divertida.

—¡Esos médicos no saben lo que hacen! —Miró hacia las elegidas y gritó —¿Tiene que ser esta noche?

Marsion se sonrojó. —Lo siento, majestad. Si quiere...

—¡Déjelo! Cuanto antes mejor.

Caminó hacia ellas empezando por el lado izquierdo, hecho que fue un alivio para Semira. Miró nerviosa hacia Rucer que levantó la barbilla y ella sin darse cuenta hizo lo mismo. —Bonitas, muy bonitas. Hijo, ¿cuáles has elegido para mí?

—Estás al llegar, padre —dijo muy tenso.

Sorprendido el rey miró a Sira antes de echarse a reír. —Este hijo mío tiene mucho sentido del humor. —Miró a Rea y chasqueó la lengua, pero cuando su amiga le guiñó un ojo volvió a reír. —Ahora lo entiendo. —Se detuvo en seco al ver a Let y a Semira y se alejó para verlas a las dos con perspectiva. —Son embriagadoras.

—¿Te satisfacen, padre? —preguntó Arna intentando dejarlas en evidencia.

—Mucho. —Se acercó a Semira para mirar sus ojos. —Hacía tiempo que no veía una mujer tan hermosa.

—Gracias, majestad. —Sonrió maliciosa. —También sé cazar y hago unos bizcochos buenísimos.

El rey se echó a reír. —¿Bizcochos?

—A un hombre se le conquista por el estómago. Eso decía mi madre.

—Y quieres conquistarme...

—Semira, mi nombre es Semira. —Se acercó un poco. —Acuérdese dentro de dos meses. Pero antes pruebe mis bizcochos.

El rey rió a carcajadas. —Tendré que probarlos. —Se volvió riendo y se acercó a su hijo dándole una palmada en la espalda. —Hijo, qué gusto tienes. A ver si lo aplicas en buscar esposa.

—Tranquilo, padre. Te daré una sorpresa cuando menos te lo esperes —dijo mirando de reojo a Let que miraba a todos los sitios menos a él.

—Estoy impaciente. Sentémonos a la mesa. —Se volvió y le hizo un

gesto a Semira. —A mi lado.

Hizo una reverencia como toda una dama dejando a todos en silencio y en ese momento se escuchó que se rompía algo. Al levantar la cabeza vio que Rucer había roto la copa que tenía en la mano.

—¿Querido te has hecho daño? —preguntó la princesa. Miró al lacayo furiosa—. ¡Ese cristal es muy fino para alguien con sus poderosas manos!

—Lo siento, princesa —dijo el hombre casi temblando.

—Ha sido culpa mía, Arna.

—Si no sabe tratar el cristal, mal sabrá tratarla a usted, princesa —dijo Semira con descaro haciendo reír al rey.

—Muy cierto, elegida. —Le tendió el brazo. Era todo un honor y le siguió hasta la cabecera de la mesa. —Siento que serás un soplo de aire fresco para este anciano.

—Eso espero, majestad. No sabe cómo lo espero. —Le miró coqueta sentándose a su derecha y el príncipe se sentó a su izquierda. Para su sorpresa Rucer se sentó a su lado con la princesa al otro, mientras que Let se sentaba con toda su cara al lado del príncipe. Al menos por ese lado avanzarían rápidamente.

Miró de reojo a Rucer, que cogió la servilleta limpiándose la palma de la mano. Recordando lo que esas manos podían provocar en su cuerpo, tembló y sin darse cuenta le miró a los ojos. Él apretó los labios antes de girarse y sonreír a la princesa.

—Padre, Semira es una superviviente. Recibió una herida de lanza hace una semana y mírela.

El rey la miró sorprendido. —¿Fuiste tú?

—Desgraciadamente.

Se bajó el tirante con descaro y le dio la espalda. Rucer gruñó por lo bajo mientras el rey la miraba. —¡Esto se merece un premio! ¡Y yo quejándome por una herida de nada en el pie!

Se puso el tirante de nuevo y le sonrió radiante. —¿Un premio?

—¿Qué quieres? Pide lo que te apetezca.

—¿Qué quiero? ¿Puedo pedir cualquier cosa? —Sus ojos verdes brillaron. —¿Lo que sea?

A Let se le cortó el aliento al ver sus intenciones y negó con la cabeza mientras el príncipe asentía. —Sí, mi bella elegida. Puedes pedir lo que quieras del reino y te será concedido. Has salvado la vida para llegar hasta mí, así que no puedo negarme. Todos son testigos. Cualquier cosa que pidas, te será concedida.

Semira enderezó la espalda. —Quiero que mi hermana se case con el

príncipe Solom con vuestro consentimiento. —Todos se quedaron de piedra y el rey la miró atónito antes de echarse a reír a carcajadas. Confundida miró al príncipe que esperaba expectante. —Quería nietos y mi hermana Let se los proporcionará. Y bien hermosos, además.

—¡Padre! —gritó la princesa a sus espaldas sobresaltándola—. ¡Esto es inaudito! ¡Un príncipe puede casarse con quien quiera! Esta mujer no tiene derecho a exigirte nada.

El rey entrecerró los ojos y miró a su hijo que sonrió. —¿La quieres, hijo? ¿Quieres que sea tu reina?

—Es tu elegida. No tengo derecho, pero me haría muy feliz. Tan feliz que te lo agradecería el resto de mi vida.

El rey Rogar sonrió. —¿Me darás nietos, mujer?

Let se sonrojó con fuerza. —Por supuesto. Y bien hermosos como ha dicho mi hermana.

—¡Pues que así sea! —El rey se levantó y elevó su copa. —Por el príncipe Solom y los herederos que me dará en el futuro.

Todos se levantaron. —Por el príncipe Solom y la princesa Let.

Solom cogió a Let por la cintura pegándola a él y sonrió tímidamente.

El rey miró a Semira y dijo en voz baja —Al parecer se conocían bien, elegida.

—No tan bien, mi rey.

Rogar se echó a reír a carcajadas asintiendo. —Mi hijo no me haría eso.

Rucer se tensó a su lado y Semira le miró de reojo. Estaba furioso y la princesa más aún, pues miraba con odio a su hermana que estaba aún de pie. ¿Se habría precipitado? No, era mucho mejor que el rey consintiera ese matrimonio desde el principio.

—Me has sorprendido, elegida —dijo el rey antes de beber de su copa de oro.

—¿De veras? ¿Y cuál es la razón?

—Cualquier otra hubiera elegido algo para ella misma. Una joya, una propiedad...

—Pero es que así no haría feliz a una de las personas que más amo, mi señor. —Los ojos del rey brillaron. —Y eso no se paga con ninguna joya.

—Qué estupidez —dijo la princesa. El rey la miró y la princesa jadeó al ver que su comentario le había molestado—. ¡Padre!

—¡Silencio!

Rucer le rozó el muslo llamando su atención y le advirtió con la mirada. Estaba claro que se había buscado una enemiga muy poderosa por la mirada de odio que la princesa le dirigió.

—Majestad, su hija se ha molestado. —Hizo pucheros mirando al rey. — No era mi intención.

—Lo sé, preciosa. Se le pasará. Tiene esos prontos. Es que quiere tanto a su hermano que cree que le has hecho una encerrona.

Ese hombre no se enteraba de nada.

—Pues yo soy muy feliz —dijo Solom sonriendo de oreja a oreja—. Padre, ¿te importaría si nos casamos ahora mismo?

El rey jadeó sorprendido. —¿Y la corte?

—¿Y me lo dices tú que te casaste con mi madre a escondidas de todos? Quiero irme de viaje de novios de inmediato. —Le guiñó un ojo. —Me ha aumentado el vigor de repente. Entiéndelo, padre.

Su padre sonrió satisfecho. —¡Por supuesto! ¡En cuanto termine la cena os casamos! Veo en tu rostro que te encuentras mucho mejor. ¡Los médicos tenían razón!

—¿Sobre qué? —preguntó la princesa con curiosidad.

—Sobre que salir de palacio venía bien a su salud. —Le dio una palmada a su hijo en la espalda. —Podéis recorrer el reino. Eso te vendrá bien.

—Eso pensaba, padre. Eso pensaba.

—¡Esto es inaudito! ¡La corte se molestará por no acudir a la ceremonia cuando llevan tantos años esperando este momento! —gritó la princesa al ver que era ignorada.

—¡Me importa poco la corte! ¿Qué rayos te pasa? ¡Tu hermano está feliz y deberías alegrarte por él con lo mal que lo ha pasado por la falta de salud!

Arna se sonrojó dándose cuenta de que había metido la pata. —No, si me alegro.

—¡Pues no quiero oírte más! ¡Se casarán al finalizar la cena! ¡He dicho!

Semira sonrió a su rey encantadoramente. —Mi regalo me encanta, mi rey. ¿Me haréis siempre tan feliz?

Eso le satisfizo aún más y le dio una palmadita en la mano. —En todo lo que pueda, pequeña.

Suspiró y un golpe en el tobillo hizo que saltara en la silla. Su rey la miró. —Un tirón en la espalda. No es nada.

—Pobrecita.

—Estoy bien.

Giró la cabeza para mirar a Rucer con odio y él siseó furioso —¿Por qué no has pedido para ti, Semira?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos grises y entendió lo que quería decir. Podría haberle pedido a él, pero el rey se sentiría engañado y no podía hacerlo así. Había pedido algo que no era para ella y el rey no se había ofendido.

—Porque así está bien. —Levantó la barbilla y Rucer juró por lo bajo.

Sus ojos cayeron sobre la princesa que se mordía el labio inferior como si estuviera buscando una salida. Y podría encontrar la manera de fastidiarlo todo. Estaba segura.

Capítulo 9

El resto de la cena transcurrió entre risas y bromas a los próximos contrayentes. Semira suspiró cuando el príncipe impaciente se levantó sin terminar los postres que Semira casi no había tocado. Cuando alargó la mano para coger su copa, Rucer se levantó sorprendiéndola y la cogió del brazo. — Seremos los testigos.

—Oh, sí.

Se levantó mientras el rey reía por la impaciencia de su hijo. Rodearon la mesa bajo la atenta mirada de la princesa y Rucer susurró —No puedo creer que hayas hecho esto.

—¿Ah, no? ¿Y por qué general?

—Acabas de ponerte una diana en la frente. No tienes ni idea de lo que te rodea.

—Empiezo a hacerme una idea.

—Sí, te he visto muy natural con el rey.

Sonrió al escuchar la rabia en su voz. —Cualquiera diría que estás celoso, Rucer. Tu prometida podría ofenderse.

—Déjate de historias. Como te toque un pelo...

Se detuvo tras su hermana para mirarle a los ojos mientras todas las elegidas se colocaban tras ellos como cortejo nupcial. —Eso no es problema tuyo. Ya elegiste.

Él apretó los puños y Let se volvió radiante de felicidad. —¡Me voy a casar!

—Disfruta de tu momento. —Se puso al lado de su hermana y su rey ante ellos ni se movió de su silla observándoles.

—Padre, estamos listos.

El monarca asintió y se levantó lentamente. Temió que se lo estuviera pensando, pero al final dijo —Hijo, no sabes lo contento que estoy viendo tu felicidad. Espero que tu futura mujer no te defraude.

La advertencia quedó clara para todos, pero Let miró a Solom con amor al ver que se había tensado y cogió sus manos sin darle importancia. Pero Semira

no se lo tomó a la ligera. Había amenazado a su hermana públicamente. Al mirar a la princesa, vio que sonreía de oreja a oreja como si hubiera encontrado la solución a sus problemas. Daba igual, no viviría lo suficiente para ver regresar a su hermano del viaje de novios.

—Como Rey de Rancor, tengo la facultad de unir en matrimonio a cualquier hombre y mujer de mi reino. —Sonrió al ver que tenían las manos unidas. —¿Os prometéis amor eterno?

—Sí, majestad —dijo Let rápidamente haciendo reír a los que estaban allí. Se puso como un tomate—. Ah, que no había acabado...

—Está tan impaciente como tú, Solom —dijo el rey divertido.

—Lo veo, padre —respondió mirándola con adoración.

—Continuemos. ¿Os prometéis amor eterno, cuidaros el uno al otro, criar a vuestros hijos inculcándoles la fidelidad a la corona y mantener la paz en el reino de Rancor hasta el fin de vuestros días? —Solom parpadeó mirando a su padre. —Hijo, es un añadido especial por la naturaleza de este matrimonio. Eres el príncipe.

Let sonrió. —Sí, prometo. Prometo amarle por encima de todo y cuidarle hasta que la muerte me lleve. Prometo criar a mis hijos queriendo a este país por encima de todo y juro fidelidad a la corona y a ti, mi vida.

Solom asintió. —Prometo amarte y cuidarte durante el tiempo que esté en este mundo. Y cuando esté en el más allá prometo no quitarte ojo. —Semira sonrió con lágrimas en los ojos al ver la emoción de su hermana. —Prometo hacerte feliz porque te has convertido en lo más importante de mi vida. —Su padre carraspeó y él exasperado añadió —Después de la corona, por supuesto.

—Bien dicho, hijo. —El rey levantó las manos. —Yo os declaro marido y mujer. Príncipe y princesa de Rancor. Lo que yo he unido, no lo separará nadie salvo la muerte.

A Semira se le pusieron los pelos de punta con esa última frase y miró a Rucer que apretó las mandíbulas, dándose cuenta de la nueva amenaza del rey. Intentando ignorarlo, besó a su hermana felicitándola y Solom la abrazó con cuidado de no hacerle daño. Estaban radiantes de felicidad. Por el rabillo del ojo vio que el rey hablaba con uno de los guardias y asustada miró a Rucer. Como si le felicitara, le abrazó sorprendiéndole y susurró a su oído —Les van a seguir.

—Déjame a mí.

Se apartaron como si nada y Let corrió hacia Rea que se limpiaba las lágrimas. La abrazó deseándole suerte antes de despedirse de Sira. —Cuidar de Semira, por favor.

Se giró hacia su hermana y la abrazó con fuerza. Semira cerró los ojos porque nunca se habían separado.

—Te quiero tanto... Te voy a echar mucho de menos. —Las palabras de su hermana la hicieron llorar. —Por favor no hagas locuras como la que acabas de hacer. Ese no era el plan.

—Tranquila, he improvisado. Después de lo del jerez no quería arriesgarme.

Let miró sus ojos sorprendida. —Gracias. Gracias. No sé cómo...

—Sé feliz. Es lo único que me importa.

—Despídeme de Ólia y Clod.

—Volverás a verlos. Se van a alegrar muchísimo.

—Sí.

—Esposa, tenemos que irnos —dijo Solom tras ellas.

—Sí, por supuesto. —Let se alejó cogiendo su mano sin llegar a soltar a Semira. Tuvo que ser ella la que soltara su mano. —Te quiero.

—Cuídamela, Solom.

—Lo haré. —El príncipe la miró a los ojos. —Cuídate tú, por favor.

Semira sonrió y los novios fueron hasta el rey de la mano. Ante el monarca que estaba en la puerta, agacharon las cabezas y Rogar colocó sus manos sobre ellos diciendo unas palabras que no llegó a escuchar por la algarabía que se había formado con las elegidas. Se volvió hacia la mesa buscando a Rucer, pero sus ojos se encontraron con Arna que sonrió maliciosa aún sentada en su silla. Semira levantó la barbilla retándola y la princesa enderezó la espalda. Se levantó de repente y gritó —¡Silencio!

Las elegidas cerraron la boca al instante mirándola con los ojos como platos. La princesa caminó rodeando la mesa y cuando llegó a Semira, la miró con desprecio. —No sé qué te propones, aldeana zarrapastrosa, pero si crees que puedes retarme, sentirás el fuego sobre tu cuerpo muerto antes de lo que piensas.

—Princesa, no sé de qué me habla. ¿Nos tomamos una copita de jerez para celebrarlo?

Arna crispó sus labios y Semira pudo ver la furia en sus ojos. Deseaba matarla en ese momento y si lo hiciera nadie se lo impediría, pero su padre llegó a su lado. —Así me gusta, que os conozcáis. Tengo la sensación de que llegaréis a ser muy buenas amigas.

—Mi rey, qué ojo tiene usted. —Sin cortarse cogió su brazo para rabia de su hija a la que le salían chispas de los ojos. —Estoy segura de que en lo importante tenemos mucho en común. Por cierto, felicidades. Ahora somos

parientes.

El rey se echó a reír. —Es cierto. Debería pensar en si rechazarte ahora mismo.

—Oh, no lo haga... Dejaría de divertirme.

—Eso no puedo consentirlo.

El rey se pasó el resto de la velada hablando con ella sobre el regalo que le debía hacer a los novios. Ella le aconsejó que esperara hasta que regresaran para hablar con Solom sobre lo que él deseaba. Consiguió desviar la conversación a la caza. Un tema más seguro.

—Con honda —dijo el rey con admiración.

—Aunque mi hermana Lou es cien veces mejor que yo. Es capaz de darle a un conejo a cincuenta pasos.

—Menuda mentira —dijo la princesa con burla—. Padre, no te creas una palabra.

Semira levantó una ceja. —¿Quiere una apuesta, princesa?

—Cuidado, elegida —dijo Rucer como si se estuviera pasando—. Estás hablando con la princesa.

—Sé con quién hablo. —Levantó la barbilla orgullosa y el rey se echó a reír.

—¿Una apuesta? —preguntó la princesa con una dulce sonrisa—. ¿Y qué puedes tener tú para apostar si puede saberse?

—Oh... —Miró a su rey. —Es cierto, no poseo nada.

—Sí, posees tu vida —dijo Ramsa sonriendo maliciosa. Estaba claro que quería quitarla del medio. Estupendo, sus enemigas aumentaban por momentos.

—Sí, es lo único que poseo.

—Es algo realmente valioso —dijo Rucer intentando contenerse—. Y prácticamente la perdiste viniendo hacia aquí. Ya es un milagro que estés ahí sentada.

—Cierto. Sería tentar al destino. El premio debería estar a la altura, princesa.

El rey perdió la sonrisa poco a poco. —Arna, este juego no me gusta.

—Oh, pues si no le gusta a nuestro señor se ha terminado.

—Sigo diciendo que miente como una bellaca.

Semira se giró hacia ella muy seria. —Nadie me llama mentirosa. Puede que sea pobre, pero tengo orgullo.

—Eso no lo puede decir una mujer que se abre de piernas por joyas y una

buena vida.

Semira se sonrojó de rabia y el rey gritó —¡Arna! —Se levantó de su almohadón sorprendiéndoles a todos y cogió a su hija del cuello elevándola. Arna perdió el color de la cara al ver la furia en los ojos castaños de su padre. —Acabas de insultar lo que más me ha importado en la vida. ¡A tu madre!

—No fue mi intención.

—¡Era una elegida como ella! —le espetó en la cara—. ¡Has mancillado con tus palabras una antigua tradición que es sagrada en este reino! Discúlpate ahora mismo.

Semira miró a Rucer que estaba estupefacto, lo que le indicó que lo que estaba ocurriendo en ese momento no había pasado nunca.

—¡Padre! No fue mi intención insultar a la mujer que me dio la vida. Ella te amaba más que a nada.

—¡Exacto! Así que discúlpate con Semira como si lo hicieras con tu madre. ¡Ahora! —La soltó furioso y la princesa cayó al suelo ante los pies de Semira.

La princesa la miró con rabia. —Siento haber insultado a las elegidas y a ti.

—Te perdono —dijo casi sin voz porque el rey acababa de mostrarles que furioso podía perfectamente perder el control.

—¡Fuera de mi vista! —gritó el rey aún alterado—. ¡Todos fuera!

Semira se levantó en el acto, pero el rey la cogió por la muñeca. Rucer al ver ese gesto se tensó con fuerza y Semira le rogó con la mirada. Se volvió furioso saliendo del salón como todos los demás, que habían salido despavoridos.

El rey suspiró y ella le miró forzando una sonrisa. —No os disgustéis. No me gusta. Sentaos a descansar ese pie.

Rogar se sentó en su almohadón y la observó a la luz del fuego de la chimenea. —Eres tan hermosa...

—Va, eso se esfuma con el tiempo. —Fue hasta el mueble de las bebidas y le sirvió lo mismo que había bebido Rucer. Acercándole la copita después. El rey bebió de golpe. —Lo importante son otras cosas.

—¿Como qué?

Se sentó a sus pies. —El amor, la fidelidad, ser buena persona. No sé, querer a los que te rodean y proteger a los tuyos.

El rey la miró fijamente. —Eres increíblemente parecida a mi Larsa.

—¿Su esposa?

—El amor de mi vida. —Sonrió con tristeza. —La conocí como a ti. Era una elegida.

—Y le deslumbró.

—No era la más hermosa, pero tenía una vitalidad que arroyaba por donde pasaba. —Le tocó la nariz. —Tú eres mucho más peligrosa.

Sonrió divertida. —Cuénteme cosas de ella. ¿Cómo era?

—Me había casado dos veces y los rumores de que no podía tener hijos provocaron que varios señores se unieran ante mí.

Abrió los ojos con sorpresa. —Sí... casi me expulsan de mi trono y tuve que ser despiadado. En ese momento llegó ella. Consiguió calmar mi alma y me hizo feliz cada segundo del día que pasamos juntos. Y cuando me dio a mis hijos...

—Acalló los rumores.

—Más que eso. Se oían risas en palacio. Nunca había escuchado risas en los pasillos. La gente me temía, pero ella suavizó mi carácter y me amó por encima de todo.

Pues si había suavizado su carácter, cómo sería antes.

—Es precioso escuchar que se ha amado tanto a alguien. Me gustaría que alguien me amara así.

El rey sonrió. —Pero ya hay alguien que te ama así, Semira. —Se le cortó el aliento. —¿Crees que no sé lo que ocurre en mi reino? Tengo ojos en todo el territorio, precisamente por ese alzamiento que reprimí. Cuando mi hijo os eligió, llegó un correo para alertarme. Había elegido una aldeana que había mantenido una relación con mi general. El general al que había entregado unas tierras para compensarle por cargar con mi caprichosa hija. —Semira no sabía qué decir. —Mis sospechas se confirmaron cuando mi hijo amenazó a los médicos para que no comprobaran tu virginidad.

—Mi rey, yo... Rucer no hizo nada. Fui yo.

Rogar sonrió. —Le proteges. Darías tu vida por él. Pero lo que está claro es que tocó algo que me pertenecía a mí. Eso es traición.

Asustada unió sus manos rogándole. —Por favor. Máteme a mí.

—Tú también deberías estar condenada a muerte, Semira. No le podrías sustituir, aunque pudieras.

Parecía divertido y Semira entrecerró los ojos. —Se lo está pasando en grande, ¿verdad?

El rey se echó a reír a carcajadas. —Es lo más entretenido que me ha pasado en años. Y ver el rostro de mi hijo tan feliz... eso ha sido lo mejor.

—Se quieren. Se enamoraron casi enseguida.

—¿Y por qué todo este espectáculo? ¿Por qué no llegó y lo dijo sin más?

—Semira se miró las manos preocupada. ¿Debía ser sincera? —Semira...

—¡Es que se va a enfadar!

—¿Más?

Chasqueó la lengua. —Va, ahora no está enfadado. Pero luego se pondrá furioso y no estoy segura de contarle.

—No tienes más remedio. No querrás verme enfadado de nuevo.

Bueno, ya había quedado al descubierto. Frunció su entrecejo. —¿Quién fue el chivato?

El rey se echó a reír. —¿Para que le mates como hiciste con el posadero?

—¡No le maté! ¡Lo juro! —El rey pareció sorprendido. —De verdad, no le maté yo.

—Entonces le mató tu hermano. Ese que se hace pasar por niña.

—¡Pero bueno! ¿Cómo se ha enterado de eso?

—Ya te lo he dicho. Me entero de todo.

Al mirar sus ojos entendió y se sentó sobre sus talones impresionada. —
Liasa.

—Es prima segunda mía. Me ha informado durante años de lo que ocurría en sus tierras. El abuso de su marido nunca me lo ha contado, pero tiene mi sangre y no podía consentirlo más tiempo.

—Mató a su marido.

—Se crió en palacio y el veneno corre por estas paredes. Hace siglos que varios resuelven de esa manera sus conflictos, así que cuando me enteré de la muerte del marido de Liasa, supuse que había terminado con él.

—Por eso envió a su hijo fuera.

El rey asintió. —¿Crees que no sé cómo es el carácter de mi hija? Lo he sabido durante años. Pero no puedo castigarla porque mate a una sirvienta. Es duro, pero es así. Pero cuando puso sus ojos en Rucer, supe que maquinaba algo más horrible. Solom había estado muy enfermo de fiebres y sobrevivió. Ya no volvió a levantar cabeza. Los médicos fueron quienes insinuaron que al príncipe le estaban envenenando. Cuando no comía se recuperaba y cuando volvía a comer, volvía a enfermar. Por eso he accedido a esta boda. Porque quiero que salga de palacio cuanto antes.

—Rucer no quería rechazar a su hija. En parte porque era una orden suya y en parte porque...

—Quería protegerte.

—Sí.

—¿Y tú accediste? —Semira se sonrojó haciéndole reír. —Ya veo. Supongo que te enfadarías y querrías darle celos. Celos conmigo. Y te está saliendo bien, porque ha estado a punto de lanzarse sobre su rey cuando vio que te retenía.

—Sabelotodo.

El rey se partía de la risa y sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y qué pensabas hacer para proteger a tu hermana? —Semira se apretó las manos. —Ya veo. Sería lo más fácil. Rucer quedaría libre y tu hermana sería feliz al lado del príncipe. Eso también podría considerarse traición.

—¡Os traiciona ella al dejarse llevar por sus deseos!

El rey asintió. —Cierto. No quiere a nadie. Ni a mí ni a su hermano. Solo tiene una ambición.

—¿Por qué lo consiente?

El rey perdió la sonrisa poco a poco. —A veces no queremos ver los defectos de los hijos. Los ignoramos sin poder creernos que puedan comportarse así. He pensado mil veces qué hacer con ella. Su sombra es mucho más larga de lo que piensas. ¿Qué hago? ¿La mato? Se parece tanto a mi Larsa.

—Es un rey. Debe proteger a su pueblo.

El rey la miró a los ojos. —Si ella llegara al trono...

—¡Si llegara al trono estaríamos peor de lo que lo estamos ahora! —Al darse cuenta de lo que había dicho gimió.

—No, di lo que piensas.

—¡Ya estoy condenada a muerte, así que ahí va! —Se levantó furiosa. —¡Nos asfixias a impuestos! ¡Entre lo que tenemos que darles a nuestros señores en las cosechas y los impuestos, nos morimos de hambre! Y acaba de subir los impuestos otra vez.

—Las últimas batallas en las fronteras me han obligado a aumentar los impuestos para pagar a los mercenarios que Rucer ha dirigido. Eran necesarios para proteger el reino.

—¡Pues debería recortar de otros sitios! —Señaló a su alrededor. —¡Esto es un despilfarro!

—¡Soy el rey! —exclamó indignado.

—¡Y como rey debes dar ejemplo! ¿Cuántos caballos mantienes? ¿Cuántos lacayos?

—Si no trabajaran para mí también se morirán de hambre, ¿no crees?

Semira entrecerró los ojos. —Muy bien. No despidas a nadie.

—¡Muchas gracias!

Pensó en ello. —Muchos campos están sin arar.

—¿Qué quieres decir?

—Hay poco cultivo comparado con lo que podíamos tener. De camino hacia aquí me he dado cuenta de que no se cultiva lo suficiente. Y hay pocos animales porque son caros de mantener.

El rey se recostó pensando en ello. —Quieres aumentar la producción de cereal.

—Sí. La que sacamos, la utilizamos para comer. Más o menos. El señor tampoco vende al exterior porque lo que reciben casi se consume en la hacienda.

—Y no tenemos para vender.

—Exacto. Así ganaríamos más dinero y los impuestos serían menores, ¿verdad?

—Sí. Pero habría que hacer una inversión inicial. ¡Y no hay dinero!

—¡Venga, ayúdeme un poco! Algo podrá vender. —Miró a su alrededor y señaló un reloj de oro. —¡Eso tiene que dar para sembrar mil campos!

—¡Lacayo!

Semira se cruzó de brazos. —No me voy a ir. Quiero seguir hablando de esto.

La puerta se abrió y un lacayo se acercó muy nervioso. —¿Si, mi rey?

—Que venga el general —dijo mirándola a los ojos divertido—. Tenemos que hablar.

—¡No! —gritó ella indignada—. ¡Deja a Rucer fuera de esto!

El lacayo abrió los ojos como platos por su tono al rey. —Llámale.

Apenas salió y entró Rucer. El rey sonrió irónico. —No estaba muy lejos, ¿verdad? —Miró a su general. —¿Temes que la seduzca o que la mate?

Rucer se tensó. —Las dos cosas.

—Oh, temes que cuando me acueste con ella me dé cuenta de que no es virgen. —Se echó a reír al ver su cara de sorpresa.

—¡Lo sabe todo, Rucer! Liasa se lo ha contado.

Rucer se acercó a Semira y la cogió por el brazo pegándola a él. —Me la llevo.

—No —ordenó el rey levantándose y cogiendo su bastón—. Necesito a Semira.

—Sobre mi cadáver.

—No me fuerces, general —dijo malicioso—. Todavía puedo ahorcarte por traición y a ella también. —Semira apretó su brazo para que se callara y el rey sonrió. —Veo que sabes negociar. Mi reino pasa por un momento peligroso. Me acosan desde fuera y en su interior se mueren de hambre. Semira les dará esperanza.

—¿Qué?

—Será una reina maravillosa. Tiene el corazón necesario.

—¡No te la daré!

—Si quieres que viva, lo harás. Y si la amas como creo, la dejarás libre como estabas dispuesto a hacer para protegerla de Arna.

Rucer miró con sorpresa a Semira. —Lo sabe todo.

—Sobre mi hija, dejádmelo a mí. Quiere ser reina, así que le daré el capricho. Ya he hablado con el príncipe de Candes y está dispuesto a cargar con ella. —Miró a Semira a los ojos. —Por eso tenía que hablar contigo. Necesito que dejes las cosas como están para que esta hija mía destruya su reino por puro odio.

—Intentaré matarte antes de que se unan en matrimonio —dijo Semira sin pensar.

—No, porque le voy a ofrecer algo que desea muchísimo y que está destinado a la reina.

—El diamante amarillo le corresponde a Let —dijo Rucer muy tenso.

—Tengo la sensación de que mi nuera no pondrá impedimentos con tal de librarse de su cuñada. ¿No crees, Semira?

—¿Una piedra contra su felicidad? Se la tiraría a la cabeza si con eso libra a su marido de ella.

—De momento dejémosles disfrutar de su felicidad —advirtió a Rucer—. Me imagino que has dado la orden de que no se les siga, pero la vas a revocar. Quiero que estén protegidos. Necesito a mi hijo vivo para mis planes.

—No te vas a casar con Semira.

—Por supuesto que sí. Y te alejarás de ella. Además, hasta que no envíe a Arna lejos de aquí, ella corre peligro porque mi hija aún piensa en casarse contigo.

—¡Corre peligro igual! Ya la ve como una amenaza.

—Es que lo es, Rucer. Para Arna es una amenaza a sus planes. Y más cuando se entere de que nos vamos a casar. Eso la pondrá de los nervios.

—Quieres provocarla —dijo Semira impresionada.

—Quiero que se descubra ante mí. Que dé la cara antes de que le dé el

peor castigo de su vida. Su marido no es precisamente muy amable.

—Le matará.

—Entonces será su sucesor quien tenga que decidir.

—¡Ten valor para enfrentarte a ella y déjanos vivir en paz! —gritó Rucer furioso.

—No es cuestión de valor. Arna me será muy útil entre mis enemigos. — Se echó a reír. —No saben lo que se les viene encima.

—Nos mueves como a peones, pero con Semira no te lo voy a consentir.

—Lo consintió ella cuando se presentó a elegida. Su hermana será reina, pero ella reinará antes que Let. —Dio un paso hacia ellos. —¿Y sabes por qué lo hago? Porque tiene ideas muy progresistas sobre cómo mejorar este reino y no voy a desaprovecharlas. Juntos resurgiremos.

—¿Qué has hecho, mujer? —gritó Rucer furioso.

Semira se sonrojó. —Nada.

El rey se echó a reír. —Me divertís. Os permito encuentros secretos si no se entera nadie. Pero no cambiaré de opinión. —Miró a Rucer a los ojos. —Y cuando tomó una decisión es inamovible. Lo sabes.

—Es mía, por mucho rey que seas.

—No, es mía. Y te la cedo para que colaboréis. Ante todos será mi reina.

—Sobre eso de que tu decisión es inamovible... —dijo Semira abrumada —. También lo era cuando prometiste a Rucer con tu hija, ¿verdad? Eso significa que puedes cambiar de opinión.

—¿De dónde saca eso?

Rucer carraspeó. —Preciosa, te había dicho que el rey había hablado conmigo sobre su hija. ¡No que me la hubiera dado en matrimonio!

—¡Pero ha cambiado de opinión!

—¡No! Porque nunca me la llegó a dar en matrimonio.

—¡Pero estabas comprometido con ella!

—¡No! ¡Todavía no!

—¡Dijiste que era inamovible!

—¡En sus decisiones sí! ¡Pero todavía no me la había dado! ¡Eres exasperante, mujer!

El rey se echó a reír a carcajadas. —Entiendo vuestra confusión. Cuando hablé con Rucer y le entregué las tierras, lo hice para ver si él tenía algo que ver en los planes de mi hija.

—Querías ver su reacción.

—Exacto y no me defraudó. Estaba realmente horrorizado, aunque lo intentó disimular. Finge muy mal.

—¡Así que podías haberte negado! —gritó Semira furiosa—. ¡Y yo haciendo el idiota!

—¿Acaso puedes negarte tú a casarte con él?

Semira miró al rey. —No voy a casarme contigo.

Rucer puso los ojos en blanco.

—Sí que lo harás o le mato y después te mato a ti.

—Bueno, si nos ponemos así...

—Ya me parecía.

—¿Ves? —gritó Rucer.

—¡Ya me he dado cuenta! ¡Deja de fastidiarme!

El rey reía a carcajadas y ambos le miraron con rencor. —No os pongáis así. Solo serán unos años hasta que estire la pata. Después podéis hacer lo que queráis.

—Con la suerte que tenemos, vivirás hasta los cien —dijo ella con ganas de matar a alguien. ¿Cómo había pasado aquello? Tenía que empezar a controlar su lengua.

—Sois muy afortunados. Os amáis.

Rucer se cruzó de brazos resistiéndose a decir nada más y Semira le dio un codazo. —¿Me quieres o no?

—Preciosa, delante de él no pienso decir nada más. —La miró de reojo. —¿Tú me sigues queriendo?

—¡Ahora te quedas con las ganas de saberlo!

El rey se partía de la risa y él mismo se sirvió una copa de jerez. —¡No! —gritó Semira haciéndole tirar la copa del susto.

—Creo que lo mejor es que me retire. Se me ha quitado la sed —dijo mirando el líquido en el suelo.

—Sobre su hija...

—¡La muy bruja va a intentar quitarme del medio! ¡No voy a poder comer nada! —protestó Semira.

—Come la comida que venga para todos. Es lo que llevo haciendo años. Buenas noches. Por cierto, seguir ignorándoos hasta que hable con mi hija. Esperaré unos días para intentar que se calme de lo de hoy. Aunque dudo que se le pase hasta que no oiga que te has ido con tus antepasados, pero al menos estará más calmada para escuchar mis razones sobre su matrimonio. No podrá

resistirse al diamante. Lo sé.

Semira gruñó mientras el rey salía como si nada. Rucer la volvió de golpe furioso. —¡Te ha salido muy bien todo esto!

Jadeó indignada. —¿Me estás acusando de algo?

—¡Es sospechoso que pudiendo elegir lo que quisieras, te quitaras al príncipe del medio para casarte con el rey!

—¡No podía elegirte a ti! ¡Tendríamos que quedarnos en palacio y todo seguiría igual! —le gritó a la cara—. ¡Lo que a ti te molesta, es que va a casarla con otro! ¡No te veía muy molesto mientras te llamaba cariño!

Se tiraron el uno sobre el otro y se besaron desesperados. Semira disfrutó de sus besos y gimió de necesidad cuando él la cogió por la cintura poniéndola a su altura mientras sus lenguas se entrelazaban con pasión. Él apartó su boca bruscamente y se miraron a los ojos. —Eres una busca líos.

—Pero me quieres.

Rucer sonrió y besó suavemente sus labios antes de dejarla en el suelo. —No puedes casarte con él.

—Déjame a mí, que yo lo arreglo. —Pasó la mano por su cabello. —¿Estoy bien?

Él cogió su tiara centrándola antes de cogerla por las mejillas. —Estás preciosa.

Sonrió radiante. —Sí que me quieres.

—Esto no lo vas a arreglar.

—Acabo de llegar y ya he casado a Let. —Rucer rió por lo bajo. —Además el rey ya sabe lo nuestro. ¡Estamos mucho mejor que ayer! Tienes que ser más positivo.

—¿Positivo? Nos ha amenazado de muerte.

—En cuanto nos libremos de la princesa, veré cómo puedo convencerle. —Le dio un beso rápido y se volvió hacia la puerta.

Rucer rió por lo bajo. —Preciosa, es por allí.

—Oh... —Pasó ante él y le guiñó un ojo.

—Por cierto. Lo hiciste para que me alejara, ¿verdad? —Le miró confundida. —Lo del pabellón de caza.

—Rea os escuchó hablar al príncipe y a ti. Quería desenmascarar a la princesa ante el rey. Si salía mal, no quería que te afectara a ti. Pero no sabía que tenía una espía entre mis filas.

Rucer se tensó. —¿Qué vas a hacer?

—Puede que sea una espía, pero es una aliada. Todo lo que ha hecho, ha sido por nosotras.

—Te ha traicionado. Ella no podía saber cuál iba a ser la reacción del rey.

—Se crió en palacio. Creo que le conoce muy bien.

—Ten cuidado.

—Cielo, deja de beber de esas botellas, ¿quieres? —Rucer levantó una ceja. —El rey sabía que Arna intentaba matar al príncipe. Yo creo que lo hacía con el jerez. Tengo que irme.

—Semira, cierra la puerta de tu habitación con llave.

Asintió antes de salir del salón. Uno de los lacayos la llevó de nuevo a las habitaciones de las elegidas y en cuanto entró en el salón, vio que todas esperaban impacientes. —Uff, qué cansada estoy.

—¡Alto ahí! —gritó Ramsa molesta—. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada. He hablado tranquilamente con mi rey. —Levantó la barbilla. —¿Algún problema?

—Solo queremos saber qué está ocurriendo —dijo otra preocupada—. Tu hermana se ha casado con el príncipe y parece que el rey te aprecia mucho.

—Si estáis preocupadas por el harem...

—¡No! Estamos preocupadas por si nos rajan el cuello a todas por tus maquinaciones. ¡Todo el mundo sabe que cierta persona tiene muy mal humor cuando se enfada!

Sira se levantó. —Ese no es problema de Semira.

—¡Dejadla en paz! Se lleva bien con el rey, pues mejor para ella. —Rea se levantó y la cogió de la mano tirando de ella hacia el pasillo. —Ven, que estarás agotada.

Al entrar en su habitación vio allí a su familia que estaban felices. —Veo que os habéis enterado.

—Ha sido inesperado. Estoy tan contenta —dijo Ólia emocionada—. Mi sobrina va a ser reina.

—Las dos.

La miraron sin comprender y cuando Liasa se dio cuenta, jadeó llevándose una mano al pecho. —¡No!

—¡Sí, chivata!

—¿Chivata? —preguntó su hermano tensándose—. ¿De qué se ha chivado?

—¡De todo! Hasta de lo tuyo.

—Mi primo y yo siempre nos hemos llevado muy bien. —Levantó la barbilla orgullosa.

—¿Quién es su primo? —preguntó Rea confundida.

—¡El rey, Rea!

Abrieron los ojos como platos antes de mirar a Liasa, que se quitó un pelo imaginario del brazo como si aquello no fuera con ella. —Lo sabe todo. Hasta lo del posadero.

—Uy, uy... —dijo Ólia mirándola como si no la conociera.

—Yo me largo —dijo Sira—. Aquí van a rodar cabezas.

Semira la cogió por la melena deteniéndola. —Quieta ahí.

—¡Ay!

—Tranquilidad. No pasa nada. Rogar vio una salida a todas estas situaciones y nos vendrá bien —dijo tan pancha.

—¿Nos vendrá bien? —Dio un paso hacia ella amenazante. —¡Tengo que casarme con el rey!

Rea chilló del susto. —Rucer nos mata.

—No, si él ya lo sabe todo. El rey ha amenazado con matarme y tiene que atenerse a sus deseos.

—¿Ves cómo todo va bien? El rey podía haberos matado y ya está.

—Nos necesita.

Los ojos de Liasa brillaron. —Te dije que estabas destinada a algo grande. Cuando vi tu valor, tu tesón y tu belleza, supe que eras lo que este reino necesitaba para avanzar. Una mujer valiente que haya pasado por la pobreza y con un corazón de oro. Una reina.

—Pero el príncipe no sabía nada.

—No tenía que saberlo. Pero con los vestidos y vuestra belleza fue tan fácil, que no tuve que hacer prácticamente nada. En cuanto el príncipe te eligió, le envié un correo al rey para contárselo todo. Cómo eras y le advertí de tu relación con Rucer, diciéndole que estabas muy enamorada. Sabía que a él no le haría nada, porque es su general. Le necesita.

—¿Y mi cuello qué?

—Le conozco. Te adoraría. Eres tan parecida a Larsa en carácter, que le atraerías enseguida. No puedes evitarlo. Pero cuando pensaste en matar a la princesa, tuve que hablar con él porque sabía que tenía planes para ella.

—¡Me tendiste una trampa! ¡Hubiera comprometido igual a la princesa

con el príncipe de Candes y yo hubiera sido feliz!

—¡Tenías que convertirte en elegida para casarte con Rucer! ¡Conseguí que fueras una de ellas! ¡Advertí a mi primo porque sabía que en palacio ibas a hacer lo posible por librarte de Arna!

Se sonrojó y todos se quedaron en silencio dándole la razón. — ¡Defendedme!

—Es que tiene razón —dijo su hermano. Se agachó y sacó algo de debajo de la cama. Gimió al ver el traje de paje—. ¿Qué hago con esto?

—Guárdalo. Podemos necesitarlo —susurró Rea.

—¿Y por qué tengo que ser reina?

—¡Gracias a eso no te ha rebanado el pescuezo por acostarte con otro hombre! ¡Le has encandilado! ¡Yo no tengo nada que ver! ¡Y dije lo del niño porque algún día tendría que quitarse el vestido, digo yo!

—Uff, menos mal —susurró Clod.

—Es muy listo. Tiene espías por todo el reino. —Paseó de un lado a otro pensando en ello. —Tengo que impedir esa boda.

Ólia puso los ojos en blanco. —¡Niña, vas a ser reina! Cualquiera estaría encantada.

—¡Quiero a Rucer y él a mí! Y ahora que la princesa ya no es un impedimento no me detendrá el rey.

—Cuidado, Semira. Puede que te estime, pero sigue siendo el rey. Si le contradices, no tendrás dónde esconderte.

Un ruido en la puerta les hizo mirar hacia allí y furiosa la abrió para ver a una de las elegidas con la oreja pegada. Mierda. Ramsa sonrió de oreja a oreja y ella la cogió de la melena metiéndola en la habitación. La chica chilló de dolor cayendo de rodillas ante ella. —Así que te gusta escuchar detrás de las puertas.

—¡Suéltame!

—Podría matarte ahora mismo —dijo fríamente antes de sonreír—. ¿Crees que el rey me castigaría?

Palideció mirándola. —No diré nada. Lo prometo. Solo quiero llegar al harem.

Entrecerró los ojos. —¿Quieres entrar en el harem?

—Me parece justo —dijo Liasa asintiendo—. ¿Podrás convencerle?

Miró a Ramsa y asintió. —No será problema.

La elegida sonrió de oreja a oreja. —¿Me ayudarás?

—Si mantienes la boca cerrada, hablaré con él. Tiene que elegir a dos.

Una bien puedes ser tú.

—Gracias, gracias. Por cierto, la princesa me ha pedido que te envenene. Pero después de escuchar vuestra conversación, creo que no es el bando correcto.

—Exacto. No es el correcto. Retenla unos días diciéndole que no me he bebido lo que debías darme.

—De acuerdo. Pero lo intentará por su cuenta.

—Lo sé. Ahora sal y vigila que no nos escuche nadie.

—Sí, Semira.

En cuanto cerró la puerta tras ella, Semira miró a las demás y susurró a Rea y a Sira —Vigíladla.

Sus amigas asintieron. Liasa sonrió divertida. —Ya has entrado en el juego de palacio. Intrigas y maquinaciones. Serás una reina magnífica.

—No. No lo seré. Ahora tengo que descubrir cómo hacer que el rey cambie de opinión.

Capítulo 10

Al día siguiente estaban todas sentadas en el jardín disfrutando del sol, cuando vieron aparecer a la princesa con dos mujeres detrás. Semira miró a Liasa. —¿Quiénes son esas?

—Sus damas. Cuidado. Le son fieles hasta la muerte.

Asintió mientras que Clod le puso la corona de flores que le había preparado.

Ramsa sentada con su grupo la miró a los ojos antes de reír como las demás. La princesa se acercó a ella con sus damas y todas la miraron desde el suelo sin molestarse en levantarse, lo que era un claro desafío. La princesa apretó los labios. —Hace un día maravilloso. ¿Quién quiere jugar a un juego?

—¿Un juego? —Era evidente que se dirigía a Semira, así que se levantó resignada. —Yo misma.

—¡Estupendo! Supongo que no conoces el laberinto.

—Sé lo que es, pero no lo he hecho nunca. —Sonrió como si estuviera entusiasmada. —¿El juego es el laberinto?

—¡Sí! —dijo como si estuviera emocionada—. He puesto una joya en el centro como premio y si consigues salir, es tuya.

—¿Podemos participar? —preguntó otra elegida en su inocencia.

—Primero lo hará Semira y después las demás. Hay premios para todas.

Varias se miraron entusiasmadas mientras que sus amigas se miraban con desconfianza. Pero tenía que hacerlo, porque de otra manera se daría cuenta de que conocía las intenciones de la princesa. Y eso no podía pasar. Tenían que seguir haciéndose los tontos sobre sus maquinaciones hasta que el rey hablara con ella. Semira sonriendo de oreja a oreja llegó hasta la entrada del laberinto y gimió por lo bajo al ver lo altos que eran los setos. Estaba entrando en una ratonera. Tomó aire y miró a la princesa. —¿Solo tengo que entrar y salir con el premio?

—Exacto. Pero no te será fácil porque hay muchas salidas ciegas. Hay personas que se han perdido ahí dentro y han tardado tres días en salir. —Sonrió maliciosa. —¿Te da miedo?

—No.

—Pues para hacerlo más difícil tienes dos horas. El reloj de arena nos dirá si vuelves a tiempo —dijo señalando un recipiente de cristal dividido en dos que dentro tenía arena y que uno de los lacayos dejaba sobre una mesa. Lo giró y la arena empezó a caer en el recipiente de abajo—. Cuando se acabe, habrá pasado el tiempo.

—Pero princesa, es enorme —dijo una de las elegidas mirando el costado del laberinto que parecía no tener fin.

—¡Ese es el reto! ¡No tendría gracia si dejas que se pase ahí días!

—Dos horas. De acuerdo.

—¿Preparada? ¡Ya!

Les guiñó un ojo a sus amigas que estaban realmente preocupadas y entró en el laberinto caminando hacia su derecha. En cuanto torció la esquina, miró a su alrededor para ver un largo pasillo con infinitud de salidas. Chasqueó la lengua y se sentó en el suelo de gravilla a esperar. Sería estúpida. Si creía que iba a caer en su trampa, es que era más idiota de lo que pensaba. Miró al cielo para controlar más o menos el tiempo.

—¿Merendamos? —preguntó la princesa divertida—. Tardará en salir. ¡Lacayo! La merienda.

—Sí, princesa.

Escuchó como se divertían al otro lado del seto y aburrida bufó. Apenas había pasado una hora cuando escuchó pasos sobre la gravilla y se levantó de un salto. Si alguien iba a matarla, podría correr hasta la salida.

Vio que alguien de espaldas a ella mostraba parte de su cabello negro mirando al fondo del pasillo. Sonrió al ver quien era y corrió hacia él. Rucer se volvió a tiempo de cogerla cuando se tiró sobre él. Le besó en los labios abrazando su cuello. —¿Qué haces aquí?

—Dos hombres esperan más al centro. No traen nada bueno.

—Me lo imaginaba —susurró—. Por eso no me he movido de aquí. — Rucer sonrió dejándola en el suelo y cogió su mano tirando de ella. —¿A dónde vamos?

—Shuss. —En silencio recorrieron varios pasillos y Semira perdió el sentido de la orientación.

Cuando Rucer se detuvo Semira susurró —¿Sabes el camino? Por favor, dime que sí.

Él apartó una cortina de enredaderas y Semira sonrió al ver hermosas flores. Entró cruzando la entrada y vio que era un jardín privado que hasta tenía

un banco de piedra en el centro. —Vaya... —Se giró fascinada por las flores silvestres que había allí.

—Era el jardín de Larsa. Solo para ella. Regalo del rey.

—Es precioso. —La cogió por la cintura pegándola a él. —¿Qué busca, general?

—¿Qué busco? —Sus manos fueron a parar a su trasero y lo amasó con pasión. —Estoy deseando estar dentro de ti.

Esa frase le robó el aliento y mirando sus ojos grises susurró —Dímelo solo una vez. Dime que me amas como yo a ti.

—Te amo, preciosa. Cada minuto que no estoy contigo pienso en ti.

—¿Me lo dirás de nuevo?

—Te lo diré de nuevo cuando seas mi esposa —dijo con voz ronca antes de atrapar sus labios con deseo. Desesperados por sentirse, dejó que él le levantara las faldas y gimió en su boca cuando sintió su mano acariciándola íntimamente. Él apartó sus labios mirando sus ojos. —Estás mojada.

—Te deseo. —Reclamó su boca y él la tumbó sobre la hierba. Entró en ella de un solo empujón y Semira gritó de placer. Rucer tapó su boca con una mano apoyándose en la otra y movió su cadera con fuerza como si quisiera marcarla. Semira cerró los ojos porque el placer que la recorría y su necesidad aumentó. Sin darse cuenta rodeó sus caderas con las piernas, provocando que Rucer la llenara aún más y gritó de placer bajo su mano cuando se movió de nuevo. Todo su cuerpo se tensó con tal intensidad que pensó que la mataría y cuando entró de nuevo en ella todo explotó. Nada en la vida podía ser mejor que aquello.

Rucer se tumbó a su lado con la respiración agitada. Semira abrió los ojos y se quedaron allí en silencio simplemente mirando el cielo. Rucer cogió su mano. —Si te casas con él, no saldrás de aquí jamás.

—Lo arreglaré. —Volvió la cabeza. —De todas maneras, tú eres su general.

Rucer apretó los labios. —Diré que tengo que dirigir mis tierras.

—Sabes que eso no lo permitiré. Te necesita mucho más a ti que a mí.

—Todavía no puedo creer que me estuviera probando cuando le regaló las tierras a mi padre. Cuando me dijo lo de casarme con su hija...

—Necesitaba saber si ella te había puesto en su contra. Es lógico.

—¡He arriesgado la vida por él miles de veces!

Entendía que se sintiera traicionado. —Cielo, tú también le has...

—¡No lo digas! ¡Eres mía!

—Ya. Pero para casarme contigo, tenía que ser de él primero. —Rucer gruñó y Semira le abrazó por la cintura. —No te enfades. —La pegó a él y besó sus labios lentamente. Como si disfrutara de ellos más que nada en el mundo. —Debo regresar.

Rucer levantó un brazalete de oro y ella chilló arrebatandoselo. —Shuss.
—¿Lo has cogido tú?

—Te mereces eso y más. Ella lo ha perdido al retarte. —Se levantó y se ató los pantalones. Ella le miró demostrando todo lo que le quería. —Venga, que tienes que regresar para pasárselo por los morros. —La cogió por la cintura para levantarla.

—Te quiero.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Cásate conmigo. Esta noche.

Asustada dio un paso hacia atrás. —¡Rucer!

—¡Seremos marido y mujer! Mía no suya.

—Si se entera, nos matará.

—Como has dicho, me necesita.

—Y para darte una lección me matará a mí.

Él apretó los puños. —No soporto pensar que pueda tocarte. ¡Qué pueda tener derecho a ello!

—Me libraré de él. —Le abrazó por la cintura. —Lo conseguiré. ¿Dudas de mí?

Él sonrió relajándose. —¿Cómo dudar de ti cuando me amas desde hace años?

—No lo olvides nunca. —Besó su barbilla. —Llévame de vuelta para que pueda pasarle el brazalete por los morros.

Rucer rió por lo bajo y la cogió de la mano. Antes de salir comprobó que no hubiera nadie y corrieron hacia la salida. Él se quedó donde la había encontrado. —Te veo en la cena —susurró ella antes de alejarse. Hizo que corría y cuando salió levantó el brazalete.

Las elegidas corrieron hacia ella chillando de la alegría y la princesa la miró como si no se lo pudiera creer. —¡Ha pasado el tiempo!

—No, princesa. —Rea señaló el reloj de arena. —Todavía quedan al menos diez minutos.

—¡Gané! —Dio saltitos simulando una alegría intensa y la princesa

furiosa caminó hacia el castillo.

—¿Pero no juega nadie más? —preguntó una de las elegidas confundida.

—Tranquila —dijo Semira mirando la espalda de la princesa—. Seguro que hay más juegos. Aún hay tiempo.

En la cena el rey la sentó a su lado, dejando claro que era la favorita. Rucer se sentó al otro lado del rey por su deseo. Hecho que fastidió bastante a Semira porque deseaba tenerle cerca. Pero el rey no era tonto en absoluto.

Se pasaron hablando de los problemas que ocasionaban los aldeanos del norte toda la cena y Semira escuchó interesada.

—¿Qué opinas, Semira? ¿Qué debería hacer para apaciguar a mi pueblo?

—¿Darles de comer?

Los dientes de la princesa rechinaron a su lado y la miró con sorpresa. —Princesa, ¿no opina lo mismo?

—Son rebeldes. Hay que reprimirlos.

—Ya. —Sonrió dulcemente. —¿Usted enviaría a sus tropas y mataría a unos cuantos caldeando más los ánimos?

—Deben morir. Son traidores.

—Son personas que tienen hambre y culpan a sus señores, porque no tienen al rey para escupirle a la cara.

La música cesó y todo el comedor se quedó en silencio sepulcral. El rey entrecerró los ojos. —Tienes razón.

Todos la miraron asombrados y su hija todavía más, dándose cuenta en ese momento del poder que tenía Semira sobre su padre. —Debo apaciguarlos o las revueltas correrán por el reino.

—Muy acertado, majestad —dijo Rucer suspirando del alivio.

—¿Y qué hará mi rey? —dijo Semira emocionada—. ¿Repartiré semillas entre los aldeanos? ¿Animales? ¿Una vaca por familia?

—¿Una vaca por familia? —El rey negó con la cabeza. —¡Mis arcas no podrían soportarlo!

—Tiene razón. Es mucho, ¿verdad? Un saco de semillas sería mucho mejor. Ellos se las arreglarán.

Rucer puso los ojos en blanco. —Semira, eso también es muy caro. ¿Sabes cuántas familias hay en este reino?

—Muchas, me imagino. ¡Pero si se siembran más campos, habrá más

cosecha y menos hambre! ¡Todos ganamos! Incluido el rey porque recibirá más grano. ¡En un año recuperará todo ese oro!

Todos se quedaron en silencio y el rey sonrió de oreja a oreja. —Tienes razón. Tengo que verlo como una inversión.

—Es lo que es.

—¡Padre, esta mujer nos va a arruinar!

Semira se quitó el brazalete del brazo que le había ganado a aquella bruja y lo tendió al rey. —Esta es mi aportación... ah y... —Se llevó la mano a la cabeza arrancándose la tiara. —Y esto.

Varios señores que estaban invitados la miraron con admiración y el rey cogió sus joyas. —Muy bien. Esto dará para unos cuantos sacos.

Sira miró hacia arriba y suspirando se quitó la tiara tendiéndosela al rey. —Tenga, señor. A mí nunca me ha faltado alimento. No sería justo.

Rea hizo lo mismo mientras que las otras elegidas se hacían las locas. El rey tomó nota mental y sonrió. —Recoger vuestras joyas, pequeñas. Yo pondré el dinero para esas semillas.

—Pues compre unas vacas. Una por aldea para que tengan leche los niños del pueblo —dijo Rea.

—Es muy generoso. —El rey se levantó. —Decreto el día de hoy que cada familia recibirá un saco de semillas para plantar los campos de este reino. Y cada aldea recibirá una vaca por la generosidad de las elegidas, Semira, Sira y Rea. He dicho.

Rucer miró a Semira como si la viera por primera vez y ella sonrió, pero perdió la sonrisa poco a poco al verle preocupado. Cuando desvió la mirada se preocupó aún más.

—Zorra arribista —susurró la princesa.

—Malcriada caprichosa.

Arna jadeó indignada, pero cuando la miró su padre cerró la boca en el acto.

El rey cogió su mano y salieron del comedor con toda la corte detrás hasta llegar al salón. Se sentaron sobre unos grandes almohadones de seda y el rey le sonrió. —¿Estás contenta?

—Mucho. Hará feliz a mucha gente. Debería repartir las tierras que no se usan entre los aldeanos para que no haya conflictos en el sembrado.

El rey se echó a reír a carcajadas. La corte no salía de su asombro. —¿Esa cabecita nunca deja de pensar?

—Pues ahora que lo dice... —Miró a Rucer al lado de la chimenea que

estaba observando el fuego. Parecía pensativo.

—Habla sin miedo.

Distraída miró a su rey que sonrió. —Oh, sí. ¿Qué le parece si plantamos algodón?

—¿Algodón? Esas semillas son muy caras.

—No digo todos los campos, pero creo que sería útil plantar parte de los sembrados. Podemos probar. Además, ese algodón se puede utilizar en hacer telas que nos vendrían muy bien. Una gran cosecha nos daría la oportunidad de negociar con nuestros vecinos por él.

El rey miró a Rucer. —General... —Se volvió hacia él y se acercó de inmediato. —¿Qué opinas?

—Que es una idea excelente como todas las que parece tener la elegida. —Semira se tensó porque estaba segura de que detrás de esas palabras había intención.

—¿De dónde las sacaremos?

—Puedo enviar a alguien a comprarlas al sur.

El rey asintió. —Sí, encárgate de ello, ¿quieres? —Miró a su alrededor. —Esta noche me retiraré pronto.

—¿Se encuentra bien, majestad? —preguntó ella preocupada.

—Nada, pequeña. Una mala noche con esta herida del pie. Ya llevo una semana y no me deja dormir.

—No me ha dicho cómo se la hizo.

—Cazando. Me clavé una astilla. Los médicos dicen que...

Semira se levantó dejándole con la palabra en la boca y le hizo un gesto a Sira que se acercó de inmediato. —Ella le revisará, mi rey.

—Pero... —Parecía sorprendido. —Los médicos dicen que está bien.

Sira se arrodilló ante su rey. —¿Me permite, majestad?

Sin esperar respuesta le quitó el botín de cuero del pie y vieron la venda. Le cubría hasta los dedos y Semira se tensó.

—¿Sira?

—Déjame ver qué tengo entre manos, Semira.

Empezó a quitar la venda. Semira miró asustada a Rucer al ver que se le estaba amoratando.

Sira se levantó y le susurró algo a Semira al oído.

—¿Estás más tranquila?

Forzó una sonrisa. —¿Qué tal si vamos a sus habitaciones? Allí Sira

tendrá más luz.

Rucer chasqueó los dedos y dos lacayos aparecieron como de la nada. — Llevar a su majestad hasta sus habitaciones.

—¡Puedo ir caminando! —dijo indignado.

—Majestad no —dijo Sira asustada.

—Niña, no tienes buena cara.

—Rogar, a la cama.

Los murmullos recorrieron el salón, pero Semira les ignoró porque aquello era demasiado serio para preocuparse por ellos.

—De acuerdo.

Los lacayos le cogieron y se lo llevaron hasta la puerta. Semira, Sira y Rucer les seguían. —¿Está muy mal? —preguntó Rucer en voz baja.

—Puede perder el pie —contestó Sira.

—¡Esto es inaudito! Le han atendido los mejores médicos del reino.

—La herida está supurando. Tiene una fuerte infección.

—¡Llaman a los médicos del rey! —gritó Rucer furioso.

El rey miró hacia atrás. —¿Qué ocurre?

—Nada, majestad. Solo quiero respuestas.

—Sí, yo también. La niña ha puesto mala cara.

—Tiene conocimientos de medicina, mi rey —dijo Semira—. Me curó a mí.

—Oh, entonces la niña sabe lo que hace.

—Sí, majestad.

Ni se dieron cuenta de que entraban en una enorme estancia. En lo que sí se fijó fue en la cama con cabecero de oro y que allí cabían diez personas. — Majestad, esta cama es...

—¿Te gusta?

Rucer gruñó y Semira se sonrojó con fuerza. —¡No! ¡Es indecente! ¿De oro? ¿Cuántas vacas podríamos comprar?

—¡Niña, mi cama no se toca!

Chasqueó la lengua mientras le ponían cómodo. Sira se sentó de inmediato viendo la herida en la planta del pie. —Tengo que sajar.

—¿Sajar?

—Le va a doler, majestad.

—Ah, pues entonces déjalo así.

Ahora entendían porque los médicos no habían hecho nada. Porque

temían su reacción si le hacían daño. El rey les miraba con desconfianza y Sira se levantó poniendo los brazos en jarras. —¿Quiere perder el pie?

—¿Qué dices niña? ¡Está ahí!

—¡Muy gracioso! Si no le curo, lo perderá.

—Rogar...

—¡Nada de Rogar! ¡Se curará solo!

—Muy bien. Pues tu hijo se va a convertir en rey antes de lo que creíamos. Tú verás. ¡Porque puede que se te infecte la pierna y suba hasta tu corazón y puf! ¡A incinerar!

El rey gruñó y en ese momento entraron los médicos que al ver su pie intentaron salir huyendo, pero los guardias se pusieron en la puerta.

—Vamos a ver... —Sira se acercó a ellos furiosa. —¡Por qué se ha permitido esto!

—No sabemos de qué hablas, elegida.

—¡La herida no está bien curada!

—Porque el rey protesta cada vez que le tocamos.

—¿Y? ¡Es lógico que le duela!

—¡Ya! ¡Pero cuando se enfada ordena matar a gente, elegida!

—¡Es un paciente! ¡Da igual lo que diga!

El médico señaló a su guardia. —Dígaselo a ellos. Hace cuatro años mataron a un médico por curarle un rasguño.

—¡Rogar!

El rey se sonrojó. —No me regañes. Me hizo daño.

Semira no se lo podía creer. Parecía un niño. —Sira, ¿no hay algo para que el rey se duerma?

—No sé de lo que disponen.

—No quiere. —El médico se cruzó de brazos. —Ya lo he intentado.

Antes de darse cuenta Rucer le pegó un puñetazo al rey con tal fuerza que le dejó sin sentido. Todos le miraron con la boca abierta. —Solucionado. Joder, qué ganas tenía. —Salió de la habitación dando un portazo mientras la guardia no sabía que hacer pues era su general.

Sira sonrió. —Perfecto. A trabajar antes de que se despierte.

El rey gimió antes de abrir los ojos. Semira sonrió sentada a su lado y él sonrió atontado. Estaba claro que lo que Sira le había obligado a tragar aun

inconsciente había funcionado. —¿Cómo se encuentra, majestad?

—¿Ya no me llamas por mi nombre?

Ella sonrió. —Sira ha dicho que puede que no lo pierdas. Ha recuperado el color. Tenía una astilla dentro de la carne.

—Eso es bueno. Me late menos.

—¿Ve como no se ha enterado de nada? —Disimuló no mirar el enorme morado del pómulo. —Ya ha pasado todo.

—Dile a Rucer que venga.

—¿Para qué?

—Para meterle...

—¡Majestad! ¡Lo hizo por su bien!

—Ha disfrutado.

Después de sus palabras no podía negarlo, así que sonrió. —¿Tiene hambre? ¿Le pido algo de beber?

—¿Quieres envenenarme para quitarme del medio y salvarle el pellejo?

—¡Majestad, no me provoque que me cabreo!

El rey se echó a reír y cogió su mano. —Eres muy divertida.

—Gracias. No lo hago a propósito.

Él miró a su alrededor y vio que era noche cerrada. —¿Aún no ha amanecido?

—Han pasado dos días. Ha dormido muchísimo. Debe estar muerto de hambre.

La miró sorprendido. —¿He dormido tanto? ¡Tenía una reunión con el emisario de Candes!

Se encogió de hombros. —De eso no sé nada.

El rey apartó las sábanas. —Como se entere Arna, todo será en vano

Jadeó levantándose. —¿Crees que...?

—¡Un lacayo!

Semira corrió hasta la puerta y la abrió. —Un lacayo, rápido. El rey quiere levantarse.

—Vuelve a tus habitaciones.

Se apretó las manos nerviosa. —¿Seguro?

—Yo me encargo de esto. Debes estar agotada.

Se mordió el labio inferior. Igual no deberían haberle drogado en un momento tan delicado. Mejor se callaba. Había sido por prescripción médica.

—Si me necesitas, llámame.

El rey sonrió y Semira salió de su habitación. Como no había ningún lacayo esperándola para devolverla a sus habitaciones, caminó por los pasillos vacíos que apenas estaban iluminados. Por puro instinto llegó a el hall del castillo y miró hacia arriba. La mirada de Larna le puso los pelos de punta y corrió escaleras arriba. Cuando llegó a las habitaciones de las elegidas, puso los ojos en blanco al ver a los guardias durmiendo sentados ante la puerta. Entró sin que se enteraran y atravesó el salón, pero se detuvo en seco al escuchar un llanto. Se volvió sorprendida y siguió el sonido hasta las escaleras que llevaban a los baños. Bajó lentamente un escalón y el sonido de un tortazo la sobresaltó deteniéndola en seco. —¡Zorra estúpida! ¡No has sabido satisfacerme y debería matarte, puta!

La voz de la princesa la tensó y bajó varios escalones silenciosamente. — No he podido hacerlo. Nunca bebe lo que le ofrezco.

—¡Entonces no me sirves de nada! ¡Debería matarte!

—Deme otra oportunidad.

—Deme otra oportunidad —dijo con burla—. ¡No puedo encargarme yo de todo! ¡Tengo mil cosas en la cabeza! ¡Esa puta debe morir!

—Lo intentaré otra vez. Esta misma noche.

—¡Ya no hay tiempo! —Semira frunció el ceño. —Debo eliminarla cuanto antes. ¡Mi padre está preparando la boda! —Semira sintió que le robaban el aire. —¡Creen que no lo sé, pero me entero de todo! —Escuchó pasos de un lado a otro. —Y ese emisario de Candes... ¡Mi padre trama algo!

—¿No acaba de decir que usted se entera de todo?

Un tortazo y lloros hizo que Semira pusiera los ojos en blanco. —¡Claro que sí, estúpida! ¡Pero llegó ayer noche y no hemos podido hablar! —Semira suspiró de alivio. —Mátala por la cuenta que te trae. ¡Es tu última oportunidad!

—Lo haré, princesa.

Un portazo la sobresaltó y Semira subió los escalones rápidamente escondiéndose tras uno de los cortinajes del salón. A través de la tela transparente vio a Ramsa pasar limpiándose las lágrimas. Salió de detrás de la cortina y dio un paso atrás sorprendida. —Te juro que no... —Asustada se puso a llorar. —Me va a matar.

—No te va a matar. Tranquilízate. —Se mordió el labio inferior pensando en ello y paseó por el salón. —Sabe algo.

—Dice que el rey está preparando una boda. ¿Te vas a casar con el rey? ¿Y Rucer? —La fulminó con la mirada. —No es asunto mío.

—Exacto. ¿No le habrás dicho nada a la princesa de Rucer?

—¡Por supuesto que no! Solo la he visto dos veces y siempre ocurre lo mismo. Me grita y me pega porque no cumplo mi función. Estoy segura de que me mataría si pudiera.

—Buscará a otra persona para acabar cuanto antes. No confía en ti. Eso si no la ha buscado ya.

Miraron hacia las habitaciones y se sobresaltaron cuando la puerta de Semira se abrió y su hermano salió de ella con algo sobre una bandeja de plata. —¿Qué haces?

Su hermano sonrió. —He estado de caza. —Se acercó orgulloso y las elegidas miraron con asco tres enormes arañas que tenía sobre la bandeja.

—Qué asco —dijo Ramsa.

—¿Estaban en mi habitación? —El niño asintió. —Está claro que ya tiene a otra persona. —Decidida fue hasta la primera puerta y la abrió. La elegida estaba dormida. Siguió con otra habitación y así hacia la siguiente. Todas estaban dormidas y frustrada abrió la puerta de Rea. Abrió los ojos como platos al ver a su amiga totalmente desnuda y el cuerpo de un hombre bajo sus muslos, mientras cabalgaba como una loca sin enterarse de nada. Semira cerró la puerta y Ramsa dejó caer la mandíbula del asombro.

—Ha metido un hombre...

—Con la seguridad que tenemos no es muy difícil. Al parecer por los baños puede entrar cualquiera —dijo con frustración antes de entrar en su habitación. Gimió al ver que su hermano lo había revuelto todo.

—¡Tenía que buscarlas! No protestes. —Dejó la bandeja sobre el tocador y se sentó sobre la cama deshecha cruzando sus piernas. —Creo que las tengo todas, pero no te confíes.

—No lo hago.

Ramsa miraba asustada a su alrededor como si algo fuera a saltarle encima en cualquier momento. —¿Qué hacemos? —preguntó medio histérica. Un movimiento en la pared la hizo chillar y Semira miró hacia allí. Una araña se escondió tras el espejo del tocador. Alargó la mano y empujó el espejo. Se estremeció al escuchar el crujido.

Liasa entró corriendo en camisón. —¿Qué ocurre?

—Oh, nada. Unos bichitos.

—¿Unos bichitos? Arañas. ¡Enormes! —Una sombra la asustó y chillando salió corriendo de la habitación.

—Está claro que está preparada para el harem —dijo su hermano divertido.

Rea entró después que Sira cerrándose una bata. —¿Qué ha pasado? —
Miró la bandeja. —¿Qué es eso?

—Un regalo que me han hecho. —Puso las manos en jarras. —¿En tu
habitación? ¿De verdad?

Rea se puso como un tomate. —¿Cómo te has enterado?

—¿Cómo se entere el rey, creerá que le tomamos el pelo!

—Shuss. —Sonrió emocionada. —Lo estábamos celebrando. Me ha
pedido matrimonio.

—Increíble. Aquí todas se casan menos yo. —Sira se sentó en la cama.

—Ya llegará —dijo Liasa distraída mirando las arañas—. Se está
desesperando. Tiene prisa.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. ¿Y sabes por qué? ¡Porque su padre
está preparando la boda!

—¿Y?

—¿Cómo que y?

—Claro, ella tiene que casarse antes de irse.

Se llevó la mano al pecho del alivio. —¿Es la boda de la princesa?

—Mi primo no es tonto. Jamás se casaría antes de que su hija
desapareciera de palacio. Eso sería complicar aún más las cosas.

Un chillido al otro lado del pasillo les hizo mirar hacia allí. Clod corrió al
exterior. —¡Yo me encargo! ¡Tranquila, ya voy!

—No pasa nada. Regresar a vuestras habitaciones.

—Tendrás que soportar esto hasta que se vaya —dijo Liasa—. No tardará
mucho en irse.

—En una de estas puede acertar, ¿sabes? No parece que os preocupe
demasiado mi seguridad.

—¡Claro que me preocupa!

Ólia entró en la habitación con la cara algo hinchada. —¿Qué ocurre?

—Tía, ¿te encuentras bien?

—Tengo mucho calor.

Sira se acercó de inmediato. —¡Ayudarme a buscar una picadura!

A toda prisa le quitaron el camión y todas revisaron su cuerpo. —¡Aquí!
—gritó Rea asustada mirando su pierna.

—¿Qué me ha picado?

Sira miró a Semira. —¡Tumbémosla en la cama, rápido!

Sin perder el tiempo la tumbaron en su cama y Sira corrió hacia la mesa,

que siempre tenía comida, cogiendo el cuchillo. —¡Sujetadla!

—¿Qué vas a hacer?

Sin responder Sira rajó la zona que estaba ya muy hinchada y chupó escupiendo a un lado. —¿Qué me ocurre?

—Nada, tía. Te ha picado una araña, pero te pondrás bien. —Le acarició el cabello.

—Claro que sí. Tengo que ver a mi sobrina convertirse en reina.

—¡Tía, no voy a ser reina!

—¡No hablaba de ti!

Semira sonrió. —Eso, enfádate conmigo.

—¿Por qué me chupa la pierna?

—Debe ser para sacar el veneno.

—¿Eso no se hace con las serpientes?

—Déjala. Sabe lo que hace.

Sira escupió y gritó —¡Llamar a los médicos!

Rea salió corriendo y Ólia miró asustada a su sobrina. —Está algo nerviosa. ¿Me voy a morir?

—No, tía. —Emocionada al ver que se le entrecortaba la respiración se tumbó a su lado. —No te vas a morir. Te quedarás conmigo para siempre.

—No hay nada que quisiera más, mi niña.

Liasa se tapó la boca con la mano reprimiendo las lágrimas.

—Y seremos muy felices todos juntos.

—No dudéis que siempre os he querido... a veces me he portado mal. El peine de tu madre...

—Eso ya no importa. Te pondrás bien y verás crecer a mis hijos.

—Los veré. Siempre os protegeré... —susurró antes de que su cabeza cayera a un lado espirando su último aliento.

—¡Tía!

—Ha muerto, Semira —dijo Sira llorando.

—¡No, no ha muerto! ¡Tía, abre los ojos!

Clod entró en la habitación y Semira escuchó un sollozo. Miró hacia allí. —No llores. ¡Se pondrá bien!

—Semi, mi niña, ha muerto —dijo Liasa rota del llanto.

—¡No! —gritó desgarrada de dolor sin poder creérselo—. Estaba bien. No puede morir... —Miró a su tía y gritó de dolor.

Las elegidas llegaron corriendo y vieron horrorizadas como la favorita

gritaba muerta de angustia que su tía no podía morir. Que no podía perder a nadie más.

Los guardias entraron en la habitación apartando a las elegidas y al ver la situación ordenaron que fueran al salón.

Rea abrazaba a Semira. Pero esta se levantó y cogió a su hermano en brazos como si quisiera protegerle de todo. Salió de la habitación entrando en la de al lado y se sentó en la cama con él mientras se abrazaban con fuerza. —No te mueras —dijo Clod.

—No me voy a ningún sitio, mi vida —dijo con rabia apretándole a ella.

Se quedaron así mucho tiempo y todas respetaron su intimidad. La puerta se abrió y Semira con los ojos rojos de tanto llorar vio que Rucer entraba en la habitación. —Siento lo de tu tía.

—¡Arañas! ¡Ha metido arañas en la habitación!

—Se investigará, pero sabes que nadie abrirá la boca.

—¡Esa puta debe morir, Rucer! ¡Es de justicia que muera!

Rucer se agachó a su lado. —Preciosa, cálmate. Esas palabras pueden robarte la vida por traición y ni el rey podrá hacer nada. Hay muchos testigos.

—Me da igual —dijo con rabia. Miró sus ojos grises—. Ha matado a mi tía, Rucer... —Se echó a llorar.

El vio cómo se aferraba a su hermano. —Os pondré guardias extra.

—¡Estaban dormidos ante la puerta cuando llegué! ¡Y cualquiera puede entrar por los baños! ¡Pregúntaselo a tu amigo Levon que lo sabe de sobra!

La miró sorprendido. —¿Levon?

—Déjalo. —Miró a su hermano que lloriqueaba sobre su pecho. Acarició sus rizos rubios consolándole. —Shuss, estoy aquí.

—Fui malo con ella.

Se tapó los ojos angustiada sin poder evitar llorar. —Ella sabía que le querías.

—¿Cómo padre?

—Como padre. —Le besó en la frente. —Además le demostraste que la querías estos meses. ¿A que sí?

—Sí.

—Le dabas besos a escondidas. Yo lo sé.

El niño se echó a llorar de nuevo porque para él había sido su madre. Puede que se hubiera enfadado con ella en muchas ocasiones, pero la quería como a una madre. Era injusto que Clod tuviera que pasar por eso. Miró a Rucer

a los ojos. —Después de esta noche no pienso incinerar a más familiares. Ólia merece venganza. Y sabes que me la voy a tomar.

—Semira, piensa lo que dices.

—¡Maldito cobarde! —gritó desesperada haciéndole palidecer—. ¡Todos sois unos malditos cobardes! ¡Tú no me amas! ¡Si me quisieras, curarías mi herida, pero te quedas ahí observando como un niño ha perdido a su madre!

—¡Semira, mide tus palabras! —Se incorporó perdiendo la paciencia. — ¡Es terrible lo que ha pasado, pero no pienso provocar la muerte de todos por tus caprichos!

—¡Mis caprichos! —Semira se dio cuenta que no pensaba hacer absolutamente nada. Le daba igual. —Tú no me quieres.

—¡Deja de decir tonterías!

—¡No me quisiste cuando la princesa podía ser tu esposa y me dejaste por ella! ¡Nunca has luchado por mí!

—¡Cómo si tú hubieras luchado por nosotros!

—¡Sí! ¡Me convertí en elegida para tener la oportunidad de estar a tu lado y he puesto en riesgo a todo lo que amo! ¡Por ti! —dijo con desprecio—. ¡Por ti que no eres capaz de mover un dedo por mí!

—¡No, Semira! Lo hiciste porque tu padre te lo pidió, ¿recuerdas? —Semira palideció. —¡Para darle un futuro a tu familia! ¡Te advertí! ¡Te dije que no vinieras, pero no me hiciste caso! ¡Tú has alterado el futuro de todos cuando podríamos haber llevado una buena vida, aunque no nos hubiéramos casado!

Temblando de dolor porque tenía razón, agachó la mirada y su hermano alargó la mano para limpiar su mejilla. —No llores. La tía también quería esto. No es culpa tuya. —Miró a Rucer sobre su hombro. —¡No la hagas llorar más! ¡No la quieres! ¡Si la quisieras no le dirías esas cosas!

—Alguien tiene que decirlas. —Salió de la habitación cerrando de un portazo que estremeció el alma de Semira.

—Has luchado por darnos una vida mejor. Let es feliz y tú lo serás. —Su hermano acarició su mejilla. —Y yo seré feliz a tu lado. Ya verás como sí.

Semira se abrazó a él. —No me dejes. ¿Qué iba a hacer sin ti?

—Si te vengas me apartaran de ti. Te matarán. Hazlo por mí, por favor. Prométemelo.

Tuvo que reprimir un grito de dolor. —Lo prometo.

Capítulo 11

El rey la mandó llamar después de la incineración. Entró en sus habitaciones escoltada por dos guardias como si fuera ella la criminal. Llevaban siguiéndola desde el fallecimiento de su tía y ya la ponían de los nervios.

Rogar miraba por la ventana pensativo con el pie apoyado en un almohadón. Cuando se cerró la puerta, se volvió hacia ella. —Ven, Semira. Acércate a mí.

Semira se acercó en silencio sentándose en uno de los sofás lo bastante alejado de él. —Veo que estás enfadada. Lo entiendo.

—Lo entiendes...

—Por supuesto que lo entiendo —dijo sorprendido—. Tu tía ha muerto y sientes dolor.

Se mantuvo en silencio mirándole fríamente porque él tampoco había hecho absolutamente nada. El rey suspiró. —Debes entender que cuando se es rey, deben tomarse duras decisiones. Quieres justicia, pero Arna me será muy útil en Candes. ¡Y no voy a mandar matar a mi hija! ¡Qué te entre en la cabeza que no la puedes tocar! ¡He hablado con mi prima y es lo que tememos los dos! Olvídate de ello, ¿me oyes? ¡Nunca podrás tocarla!

—Le he prometido a mi hermano que no lo haría —siseó furiosa—. Pero si no hubiera hecho esa promesa, ni tú ni un ejército me hubieran impedido despellejar a esa zorra para que los cuervos devoraran su carne. Y disfrutaría viendo como le arrancan los ojos, te lo aseguro.

El rey se tensó. —Pues es un alivio que tu hermano haya sido más cauto que tú.

—Es un alivio para ella.

—Retírate. No quiero verte cuando estás así.

—Con mucho gusto. —Se levantó sonriendo irónica. —¿No tengo buen aspecto?

—Estás agotada.

—Por cuidar de ti cuando estabas en tu lecho. —Se echó a reír poniéndole los pelos de punta. —Y esta pasada noche tampoco he dormido.

Tranquilo, volveré a ser la de siempre antes de que te des cuenta.

—Eso espero. Esta Semira no es de mi agrado.

—Y nada puede disgustar al rey de todo lo que abarca la vista.

—Exacto —respondió él fríamente—. Que te entre en la cabeza.

—Me ha quedado muy claro.

Se volvió para salir de las habitaciones del rey. —Semira... —Se giró con aburrimiento. —Olvídate de esto por el bien de todos. Seguiremos con nuestros planes. Y tengo muchos planes para ti.

—Estoy impaciente —dijo con burla antes de salir.

Rucer entró en el salón desde la habitación y se acercó al rey. —¿Qué opinas?

—Está dolida, pero no es tonta. Recapacitará.

El rey miró hacia la ventana donde Arna reía encantada de la vida hablando con sus damas. —He criado un monstruo.

—Ese monstruo nos será muy útil en Candes, como has dicho. Odiará a su marido e intentará librarse de él lo antes posible.

—No cejará. Volverá a intentar matar a Semira.

—Está vigilada. Su comida pasará por la supervisión antes de llegar a ella. La protegeremos.

El rey le miró. —El emisario del príncipe de Candes me ha dicho que por un problema con su carruaje tardará aún una semana en llegar. Precisamente en este momento...

—No hay problema. Sigamos como hasta ahora.

—¿Qué ocurre, Rucer?

—¿De qué me hablas?

—Hace un par de días que tu comportamiento es extraño. Estás más taciturno que de costumbre.

Rucer apretó los labios. —He visto algo en ella...

El rey sonrió. —Yo lo vi desde el principio. He visto a una reina. Tiene orgullo y corazón. Será perfecta.

Su general apretó los puños y el rey se echó a reír. —No quieres aceptarlo, pero es así. Hará mucho bien a mi reino y mis vasallos la adorarán. Es una de ellos y es hermosa. No se hablará de otra cosa que no sea de la reina Semira. —Rucer se volvió furioso. —¡General! —Se giró lentamente. — Recuerda que puede que ahora la ames, pero sé que harás lo mejor para el pueblo que has jurado defender. Solo serán unos años, amigo.

—Está Let. La princesa...

—No tiene su carácter. Lo sabes. Necesito a Semira. —Le miró a los ojos. —Todos la necesitamos.

Rucer asintió volviéndose y el rey miró a su hija por la ventana. Reía a carcajadas demostrando que estaba especialmente contenta por haber dañado a la favorita. —Enseguida, hija. Enseguida te mostraré mis planes y ya no te reirás tanto.

Semira se pasó varios días sin salir de sus habitaciones. Jugaba con su hermano, hablaban y pasaba todo el tiempo con él mientras sus amigas intentaban animarles. Como si el tiempo acompañara su humor, no había dejado de llover desde que el rey había hablado con ella. Su seguridad y la de su familia era extrema. Tanto que ni las otras elegidas podían acercarse a su círculo más cercano. Pero no se sentían aisladas. Liasa intentaba aplacarla por su bien y habían hablado largo rato sobre la relación de Liasa con el rey. Su amiga le había asegurado que ya no hablaría con su primo a sus espaldas y ella la había creído.

Por otro lado, Rucer no se molestó en visitarla. Otra causa para que se diera cuenta de que no la amaba. Un hombre que no defendía a su mujer no merecía la pena. Y él le había demostrado que por mucho que le amara, no merecía la pena desde el principio. Su decisión estaba tomada respecto a él y después de no visitarla durante esos días, era obvio que él pensaba lo mismo.

Esa noche conocería al príncipe de Candes. Se celebraría una gran fiesta de bienvenida y el rey había exigido su presencia. Incluso estarían las concubinas para mostrar ante el príncipe lo más granado de su sociedad.

Su largo cabello estaba primorosamente trenzado de raíz. —Lista —dijo la sirvienta Alae que sonrió al través del espejo—. La más hermosa del reino.

—Eres muy amable —dijo intentando sonreír. Se levantó del banco ante el tocador mostrando su precioso vestido amarillo y fue hasta la puerta mientras Clod saltaba de la cama.

—Elegida... —Se volvió para mirar a Alae. —A ella no le gustaría verla así. Sonreía cuando reía y disfrutaba de sus triunfos, orgullosa de usted. No defraude su memoria dejándose llevar. Usted es la favorita. Levante la barbilla y demuestre ante todo el reino que es inamovible. Que nadie, ni el mismísimo rey puede intimidarla. Ese coraje es el que la sacará de aquí.

Clod sonriendo cogió su mano. —¿Ves, hermana? Te ven como yo.

Acarició su mejilla con amor y miró su vestido. —Cielo, ponte el traje de

paje.

Los ojos de su hermano brillaron. —¿De verdad? ¿Puedo ser un niño?

—Ya va siendo hora. Serás mi asistente en la cena.

Alae riendo le ayudó a quitarse el vestido y se puso las mallas azules tan aprisa que casi se cae. La puerta se abrió y Liasa sonrió con su vestido blanco. —¿Tienes nuevo asistente masculino?

—Soy la favorita. Mi hermano viene conmigo.

—Bien dicho, niña.

Alae le puso la casaca y orgulloso se puso el gorro dorado sobre sus preciosos rizos. Con los brazos en jarras preguntó —¿Estoy guapo? —Se echaron a reír y sonrió de oreja a oreja. —Eso es que sí.

—El paje más guapo del reino. Vamos, no hagamos esperar al rey.

Con su hermano a su lado, las elegidas fueron saliendo tras ella de sus habitaciones. Al ver a Ramsa en su puerta con un morado en el pómulo, se detuvo en seco y le cogió la barbilla, levantándole la cara. Ramsa la miró a los ojos a punto de llorar. —No te aflijas. Queda poco.

Los ojos de Ramsa brillaron. —Sí, elegida.

Salió del pasillo y dos soldados se pusieron a cada lado de los hermanos yendo hacia la puerta, que se abrió en ese momento dando paso a Marsion que sonrió al verla. —Me alegra verla tan hermosa, elegida.

—Gracias, Marsion. Siempre tan atento.

—Pero esto la hará la mujer más deslumbrante del reino. —Abrió un cofre que tenía en las manos y mostró un hermoso collar a juego con una tiara digna de una reina. —El rey espera que le guste su presente.

Sin sentirse impresionada mientras todas jadeaban y murmuraban del asombro, miró a Marsion a los ojos que todavía esperaba su reacción. —Dígale al rey que si quiere regalarme algo, lo haga él mismo si quiere saber mi reacción.

El pobre hombre perdió la sonrisa y Liasa susurró —Coge el collar.

—¿Nos vamos?

Pasaron ante Marsion que se había quedado de piedra.

—¿Estás loca? —dijo Rea escandalizada—. ¡Has rechazado un regalo del rey!

Sin hacerles caso miró a su hermano y le guiñó un ojo. Clod levantó la barbilla. —Dejadla en paz. Sabe lo que hace.

—Más te vale —dijo Sira—. Puedes pasar de favorita a olvidada antes de que te des cuenta.

Estaban bajando las escaleras cuando ante ellas pasó un cortejo que les hizo detenerse en seco para contemplarlo. Ante ellas cuatro mujeres tumbadas sobre camas de seda, eran llevadas por porteadores hasta el gran salón, mientras sirvientes las abanicaban con plumas.

Semira levantó una ceja y se volvió hacia las suyas. —Al parecer no pueden ni caminar. Como sigan así se van a poner gordísimas.

Las risas recorrieron la sala y las concubinas miraron hacia ellas. Fue obvio que sabían quién era, porque dos de ellas la miraron como si la odiaran. Era evidente que a las otras dos las echarían ese año y les daba igual quién era la nueva favorita. Semira miró a su alrededor esperando que aquel derroche pasara ante ella.

Clod le rozó la mano llamando su atención y cuando miró al hall, vio a Rucer vestido de blanco con un escudo dorado en el pecho de la casaca. Estaba tan guapo que se le cortó el aliento, pero desvió la mirada de inmediato. De reojo le volvió a mirar y vio que Levon estaba a su lado. Debía estar dándole una orden, porque su amigo asintió antes de alejarse.

Cuando las concubinas entraron en el salón, Alen les hizo un gesto y Semira terminó de bajar las escaleras con todas detrás. Sin mirar a Rucer entró en el salón y Alen les indicó que se acomodaran sobre unos almohadones que debían estar destinados para ellas. Semira se sentó en el centro y todas las demás la rodearon. Clod no debía sentarse con ellas, pero Semira le hizo un gesto para que se sentara a sus pies. Se recostó poniéndose cómoda y un lacayo se acercó con una bandeja de uvas y vino.

—¡Retírale eso a la favorita! —ordenó Liasa.

El lacayo se sonrojó antes de alejarse. —No seas tan dura. Seguro que no quería envenenarme. Tenía cara de buena persona.

Las chicas se echaron a reír y ella le hizo un gesto para que regresara. —¿No es cierto, lacayo?

—Me mataría antes de dañarla, elegida —dijo mirándola con adoración.

Ella alargó la mano y cogió una uva metiéndosela en la boca. —Está deliciosa. ¿Y el vino? ¿Está bueno?

—El mejor del reino.

Cogió la copa y dio un sorbo pasándose la lengua por el labio inferior. —Uhhh, muy cierto. El mejor del reino. Mi hermano me servirá esta noche. Encárgate de que su jarra sea de este mismo vino.

—Con placer, elegida. —Dejó la bandeja en una mesita ante ella y se alejó.

—¿Puedo probarlo? ¿Puedo?

—Tú bebe leche.

Las elegidas se echaron a reír mientras su hermano gruñía. Semira cogió otra uva y cuando entró Rucer la mordió con saña. Pero lo que la puso realmente de mal humor, fue que tras él aparecía la princesa Arna vestida de dorado.

—No ha debido dejar una joya en el joyero —dijo divertida haciendo reír a las demás al paso de su princesa.

Arna la miró con odio porque había oído el comentario y caminó hasta los tronos que se habían puesto sobre un estrado. Rucer se puso a su lado y de pie esperó advirtiéndole con la mirada.

Las trompetas la sobresaltaron y soltó una risita cuando anunciaron al rey mientras todos se levantaban. Rogar entró en el salón demostrando que su pie estaba curado y con paso firme para su edad, fue hasta ella ignorando a los demás. —Semira, has sido mala.

Ella hizo un mohín. —¿De verdad? —Cogió una uva y seductora la mordió.

El rey sonrió como si no tuviera remedio antes de alejarse y Liasa suspiró tras ella del alivio.

Se sentó en su trono mientras todos se sentaban de nuevo y le dijo algo a su hija en voz baja. Arna sonrió como si fuera la dueña del mundo y Semira sintió ganas de vomitar.

Sira cogió una uva de su bol y la mordió saboreándola. —En dos meses no paso por la puerta.

Todas se echaron a reír ganándose miradas de rencor de varias féminas de la estancia. Semira cogió otra uva y en ese momento sonaron las trompetas de nuevo. Se la tragó de golpe y se llevó una mano a la garganta mientras todos se levantaban de nuevo. La uva no se movía del sitio y gimió alargando la mano tirando del vestido de Sira, que se volvió chillando al ver que se estaba poniendo roja.

—¡Se ahoga! —gritó su hermano asustado—. ¡Se está ahogando!

Una palmada en la espalda la tiró sobre el suelo y gimió abriendo la boca. La uva rodó hasta una bota y un hombre se agachó a su lado. Era tan hermoso que pensó que se había muerto y estaba viendo un ánima. Tenía el cabello rubio y una sonrisa arrebatadora. —¿Se encuentra bien?

—¡Semira! —gritó el rey acercándose.

—Estoy bien. —Intentó arrodillarse, pero se pisó el vestido. El hermoso desconocido la cogió por el brazo ayudándola y Semira le miró fascinada. Era

tan fuerte y musculoso como Rucer, aunque algo más bajo. Pero en todo lo demás era un Adonis. Sonrió como una tonta.

—¿Estás bien? —preguntó el rey preocupado—. ¡Rucer te ha palmeado la espalda demasiado fuerte!

—¿Qué? —preguntó atontada mirando a aquel hombre.

—¡Semira!

La voz de Rucer la sobresaltó y le fulminó con la mirada. —¿Qué?

—¿Te has quedado tonta y solo sabes decir eso?

Se sonrojó de rabia. —Sé decir muchas cosas. No quieras oírlas.

El hombre se echó a reír y todas suspiraron. —Semira, te presento al príncipe Samuel de Candes.

—Un placer.

—¿Y esta maravillosa mujer que se ha tirado a mis pies quién es?

—Es una de las elegidas —dijo el rey con el ceño fruncido mientras el príncipe cogía la mano de Semira y la besaba sin dejar de mirarle a los ojos. ¡Y qué ojos! Eran de un azul clarísimo.

—Sin dudar yo te elegiría para mi harem.

Soltó una risita tonta y el Rey carraspeó. —Semira a tu sitio.

—Sí, mi rey —dijo con voz ronca girándose para encontrarse de frente con Rucer que parecía a punto de matar a alguien—. ¿Me permite general? —preguntó con desprecio.

Él se hizo a un lado y ella volvió a su sitio. Cogió a Clod sentándolo sobre sus piernas porque todavía estaba asustado. —Estoy bien. —Se echó a reír. —Al final casi la espicho.

Todas se echaron a reír y el rey sonrió desde su trono. Vieron como presentaban a la princesa, que alargó la mano mirándole con admiración. El príncipe le besó la mano mirándola a los ojos y la princesa se sonrojó de gusto. —Puede que no nos dé problemas —susurró Liasa a su oído.

Arna volvió la vista a Rucer que saludó al príncipe con una inclinación de cabeza y Semira gruñó. —Lo dudo.

La nobleza comenzó a pasar para presentar sus respetos y Semira se empezó a aburrir. Eso de estar sentada comiendo uvas y mirando el panorama no iba con ella. Clod inquieto se bajó de su regazo y se sentó ante una mesa donde había pasteles, poniéndose a comer. Liasa puso los ojos en blanco. —¡Clod!

—Déjale. —Miró a las concubinas distraída y parpadeó al ver que no llevaban vestidos sino una especie de pantalones casi transparentes que dejaban ver su piel. Cuando una alargó la mano vio parte de su vientre al descubierto. —

¿Has visto qué ropas?

—Son indecentes —replicó Liasa—. Siempre me lo han parecido.

—A mí me parecen hermosas. —Se levantó haciendo que medio salón la mirara y fue hasta Marsion para decirle algo al oído.

El hombre era obvio que no sabía qué hacer y discretamente fue hasta el rey que hablaba con el príncipe. Se agachó tras él y le susurró algo. Semira se mordió el labio inferior porque tampoco quería molestar y el Rey la miró. Ella le guiñó un ojo y el rey asintió diciendo algo en voz baja a Marsion que regresó aliviado. —Está de acuerdo. Pero solo por esta noche.

—¿De verdad? —Aplaudió entusiasmada y salió a toda prisa del salón.

Liasa gimió tapándose los ojos. —Esta Semira.

Rea la miró divertida. —Sabes lo que va a hacer, ¿verdad?

—Sí. Lo sé.

—Les va a dejar con la boca abierta.

Diez minutos después descalza y cubierta con un velo de color verde del mismo color que sus pantalones abombachados, entró en el salón provocando que todos los que allí estaban dieran un paso atrás como si no se lo creyeran.

El rey se echó a reír. —Semira, ¿qué haces?

—¡Esto es aburrido, mi rey! No hacéis más que hablar y hablar. Yo quiero bailar. ¿Me acompañáis?

El príncipe sonrió y Rogar se levantó bajando el escalón que le llevaba a ella. Cogió su mano y Semira movió la cadera haciendo sonar los cascabeles que tenía a la cintura. Las chicas aplaudieron y la alegre música empezó a sonar. Semira bailó rodeando al rey, que divertido cogió una punta de su velo. Ella se colocó ante él y se inclinó hacia atrás moviendo el pecho hasta que el velo desapareció mostrando su rostro. Se incorporó sin dejar de moverse y acarició el cuello del rey, rodeándole hasta colocarse de nuevo ante él. El rey intentó agarrarla, pero ella se apartó graciosamente haciendo reír a su audiencia cuando la música se detuvo en seco. Semira adelantó una pierna y movió la cadera lentamente al principio y después más rápidamente con el sonido de las palmas de su público, que la animaba hasta que el ritmo se hizo frenético y ella empezó a girar. Un grito aterrador la detuvo en seco y todos miraron hacia la princesa que horrorizada tenía los ojos clavados en el príncipe. A Semira se le heló la sangre al ver el corte que tenía en el cuello. Estaba tan sorprendido que se miró la sangre del pecho. Semira gritó corriendo hacia él, pero Sira fue más rápida y arrancó una cortina acercándose a Samual para apretarle el cuello mientras gritaba que fueran los médicos.

—Estamos muertos —dijo el rey pálido antes de mirar a su hija que gritaba que habían intentado matar al príncipe.

Rucer ordenó —¡Cierren las puertas!

La guardia bloqueó las puertas y Sira gritó —¡Pierde mucha sangre! ¡Los médicos!

Semira vio como corrían hacia ella y miró al rey. —¿Qué hacemos?

—Desear que se recupere por el bien de los nuestros.

Fueron unas horas muy tensas en palacio, porque los hombres del príncipe no querían que nadie se acercara a él. No se fiaban de sus médicos y Sira tenía que discutir cada procedimiento que se hacía con intención de salvarle la vida. La princesa estaba tan tranquila en sus habitaciones, mientras el rey y Semira estaban en el salón real con Liasa que estaba muy nerviosa. —Esto es la guerra.

—¡Se va a poner bien! —exclamó Semira—. Ninguno de los míos volverá a sufrir por esa zorra y mucho menos por entrar en una guerra con un país vecino. —Miró al rey. —¿A quién se lo dijiste?

—No estoy loco. ¡Solo Rucer y vosotras lo sabíais!

—Y los hombres del príncipe, pues han venido a un matrimonio. Su corte debía estar al tanto de la boda. —El rey perdió todo el color de la cara. —¡Ha sido una estupidez! —gritó Semira furiosa—. ¡Debiste advertirles que no debían decir nada!

—Le advertí que era rebelde y que no le diría nada a mi hija del matrimonio hasta mañana.

—Pues al parecer no le advertiste lo suficiente. De todas maneras, no debemos echarnos la culpa. Era difícil que ella no se enterara de la razón de su presencia cuando sois enemigos. Tuvo que parecerle extraño como poco —apostilló Liasa—. El único culpable es quien empuñaba el cuchillo que le rajó la garganta. Debemos encontrarle.

—Nadie dirá nada —dijo Semira furiosa—. ¡Y si el príncipe se recupera, ya no querrá casarse como es lógico! Ella triunfará de nuevo.

El rey apretó los puños. —No me mires así. ¡Es mi hija!

—¿Hasta dónde la vas a dejar llegar? ¿Hasta que te mate a ti para sentarse en tu trono? ¡No le tiene ningún aprecio a la vida ajena! ¡Si incluso ha intentado matar a su hermano y ahora puede provocar una guerra! —Semira le señaló con el dedo. —¡Y tú eres el responsable! ¡Eres nuestro rey! ¡Tu misión es

protegernos y míranos ahora! Miles de vida se van a perder por esa zorra sin sentimientos.

Un fuerte bofetón la tiró al suelo. —¡Cierra la boca, mujer! Recuerda con quien hablas.

Ella levantó la vista limpiándose la boca de sangre para mirarle con rencor. —Hablo con mi rey. Aunque no mereces que te llamen así, porque miras antes por tu hija que por tu pueblo.

Liasa jadeó y corrió hacia ella, pero Rogar la cogió por la melena colocándole un puñal bajo la barbilla. —Vuelve a decir algo así y te mato.

A Semira se le heló la sangre al ver en sus ojos que lo haría. —Eso no te dará la razón, porque ella sigue viva y el príncipe está al borde de la muerte. Dame ese cuchillo y yo lo haré por ti.

Rogar le miró torturado y se incorporó dándole la vuelta al puñal. A Semira se le cortó el aliento al ver que se lo tendía. Lo cogió lentamente y el rey se volvió llevándose las manos a la cabeza.

Se levantó del suelo y miró a Liasa que estaba muy preocupada. —Que lo hagan los soldados. No te ensucies el ánimo con esto.

—No es un asesinato. Lo sabes. Es justicia.

—Lo sé, pero enturbiará vuestra relación.

Las puertas se abrieron y Rucer entró muy serio. —Ha muerto. Sus hombres se disponen a salir de palacio con el cadáver.

El rey tiró un jarrón por la ventana y gritó —¡Proteger las fronteras! —El general la miró de reojo antes de volverse. —¡Rucer!

—¿Si, mi rey?

—Antes tráeme a Arna.

Rucer la miró a los ojos antes de mirar su mano con el puñal, pero no demostró nada. —Enseguida.

En cuanto se quedaron solos se miraron. Liasa se acercó a ella y le quitó el cuchillo de las manos. —Vamos a pensar en esto más fríamente.

—¿Qué quieres decir? —No pudo evitar que en sus ojos mostrara que se sentía traicionada.

—¡Espabila, Semira! ¡Estamos al borde de una guerra que destruirá este reino! Nadie nos apoyará. Morirán por cientos a nuestro alrededor. ¡Lo arrasarán todo!

El rey se llevó las manos a la cabeza. —Tenemos que impedirlo.

—Solo existe una oportunidad de solucionarlo. —Liasa la miró a los ojos. —Lo sabes. Tenemos que satisfacer la venganza de un rey. Si la

entregamos, puede que salvemos a miles de personas.

—Quieres llevársela.

—Rogar no es capaz de castigarla y tu venganza debe quedar relegada por el bien de un país.

Rogar la miró sorprendido. —¿Qué la entregue al padre de Samual?

—Si a mí me mataran un hijo, nada me calmaría excepto la muerte de la persona que lo ha ejecutado. Tenemos que calmar su sed de venganza.

Semira se volvió hacia el rey. —¿Crees que le apaciguará?

—El rey Davit es vengativo. Pero si fuera yo, entendería su buena voluntad pues me entregaría a un hijo.

—Debemos intentarlo —dijo Liasa.

Semira podía entenderlo. Esa zorra había puesto en peligro por sus caprichos a su gente, que no podrían ni defenderse ante los guerreros de Candes. Habría miles de huérfanos por el reino y eso Semira no podía consentirlo. —Muy bien. Pero quiero verlo con mis propios ojos.

—¿Qué dices? —gritó el rey—. ¿Quieres asegurarte de que se la entrega? ¿Acaso no crees en mi palabra?

—Creo en tu palabra, pero no confío en que ella tenga aliados que la suelten antes de llegar a Candes. Yo voy a ir.

Liasa entrecerró los ojos. —No es mala idea. No podemos confiar en nadie. —Miró a su primo. —De hecho, debería llevarla ella con un grupo muy reducido. Si llegan a Candes con un ejército, les matarán a todos antes de que vean el palacio siquiera.

El rey se pasó la mano por la barbilla y Semira sonrió. —Vamos, mi rey. ¿No confías en mí? Te aseguro que llegará viva.

—Sé que llegará viva, porque ya te has dado cuenta de lo que se avecina a tus paisanos. Darías la vida por llegar a palacio, pero tengo dudas sobre cómo trasladarla. Los caminos son peligrosos y si os atacan...

—¿A unos harapientos que venden lana?

La miraron sorprendidos. —No llevaré guardias. Iremos mi familia y dos hombres. Una familia ambulante no llamará la atención. Llegaremos a Candes y entregaré a la princesa.

Liasa sonrió. —¿Y quienes serán los hombres? Rucer...

—Necesito a Rucer en la frontera.

—Entonces a Levon —dijo Liasa.

—No. —La sorpresa en sus rostros la hizo sonreír. —Todavía no se ha

ganado mi confianza.

—¡Levon es uno de mis mejores hombres!

—Estuvo en las habitaciones de las elegidas el día que murió mi tía —
siseó—. Disculpa si no me fío de él. No me fío de nadie en un caso así.

El rey golpeó la mesa que tenía al lado. —¡Por qué no se me informó de
eso! —Ambas levantaron las cejas y gruñó sorprendido. —¿Quién?

—Mejor pregunta con quien. —Semira sonrió. —Vamos Rogar, son
jóvenes. Se quieren.

—¿Es que todo el mundo me traiciona? ¡Mi hijo, Rucer y ahora Levon!
—Parecía atónito.

—No. —Pensó en ello y miró a Liasa. —Ella te es muy fiel.

Su prima hizo una mueca y su rey jadeó. —¿También tú?

—Es que ese marido que me buscaste... ¡Ya no aguantaba más!

El rey pareció aliviado. —Eso ya lo sabía.

—Ah, pues entonces no. Yo no te he traicionado.

—Deberías hacerla tu asesora, mi rey —dijo Semira divertida
sonrojándola—. A intrigas no la gana nadie.

—¡Semira! Retráctate ahora mismo.

—¡Ja!

La puerta se abrió y la princesa entró sonriendo de oreja a oreja, tensando
a Semira con fuerza. Rucer entró tras ella cerrando la puerta y el rey se quedó
mirando a su hija fijamente. —Hija, vas a hacer un viaje.

—¿Un viaje? —Eso sí que la descolocó. —¿Por qué?

—Los ánimos están revueltos y no te quiero en palacio.

El rey dio un paso amenazante hacia su hija mostrando lo furioso que
estaba. Arna dio un paso atrás chocando con Rucer. Asustada susurró —No fui
yo.

—Mientes. ¡Le has matado porque sabías que te iba a casar con él!

—¡No! —Negó descompuesta y Semira dudó. Parecía realmente
asustada—. ¡Yo no he hecho nada, lo juro! ¡Ni sabía que me ibas a casar con él!

—Miente, Rogar —dijo Rucer fríamente—. Tiene sangre en el vestido.

—¡Porque estaba al lado!

Rucer levantó el vestido para que el rey viera la mancha. —He estado en
batalla muchas veces y este tipo de mancha se hace cuando el arma roza con la
ropa al bajar el brazo. ¡No es una salpicadura! ¡Además, el trono del rey, que
estaba en medio, no tenía sangre!

Arna perdió todo el color de la cara. —Yo quería casarme contigo. Quería ser tu esposa. ¿No me quieres? ¡Lo hice por nosotros!

—Rucer nunca ha querido ser tu esposo. —Su padre sonrió volviendo la vista hacia Semira. Arna al entender gritó de rabia y se intentó tirar sobre ella, pero Semira le dio un puñetazo que la tiró al suelo.

—Ahora te voy a decir lo que va a pasar. Te llevarán a Candes y se te entregará al rey Davit. —Arna gritó asustada mientras su padre apretaba los puños como si se estuviera conteniendo. — Él impartirá justicia. ¡La justicia que tenía que haber impartido yo hace años!

—Padre, te juro...

—¡No me jures! ¿Crees que no sé qué tienes que ver en la enfermedad de tu hermano? ¡Tu propio hermano! ¡Tu sangre!

Arna se puso a temblar de miedo y sus ojos azules se llenaron de lágrimas. —Piedad.

—Piedad.

Semira se acercó y la agarró del cabello levantando su rostro. —¡No vas a encontrar piedad, porque me aseguraré de que sufras hasta que exhales tu último aliento, zorra manipuladora! Quisiste un trono que no te correspondía y has matado inocentes en el proceso. Ahora pagarás, eso te lo juro por mi vida.

—Así que la enviarás a Candes —dijo Rucer al rey—. Puedo llevarla yo. Mis tropas salimos al amanecer a la frontera.

El rey negó. —Se irá de inmediato. Semira, revisa que no lleve un veneno encima que pueda utilizar contra ella u otra persona. Necesito que llegue viva para intentar aplacar a Davit.

—¿Entonces quién la va a llevar?

El rey miró a Semira que hasta levantó su falda para comprobar que no tuviera nada atado a las piernas.

—Quítale los anillos, Semira. Una presa no necesita joyas —ordenó Liasa cruzada de brazos mientras miraba a la princesa fríamente.

Arna se echó a llorar repitiendo por favor una y otra vez, y su padre sin poder ni mirarla se volvió. —Se la llevará Semira.

—Rucer, ácala y amordázala —ordenó Semira levantándose.

—¡Estáis locos! ¡No llegarán a mitad de camino!

Semira sonrió. —He vivido sin tu protección dieciocho años. Llegaré y cumpliré mi misión. Rogar, me llevaré a dos aldeanos fuertes. Es lo que necesito.

—¡Aldeanos!

—¡No llamarán la atención y nadie se meterá con nosotros si son musculosos! ¡En la vida real los pobres no cuentan con espadas y caballos! ¡Dos aldeanos nos ayudarán a pasar desapercibidos!

El rey asintió. —Así será.

—Dame una hora para prepararme. —Fulminó a Rucer con los ojos. — ¡Ahora ácala y amordázala! ¡Qué no se suelte o hable mientras la saco de aquí! Tiene que salir sin ser vista para no alertar a sus compinches.

—Ve a cambiarte. Nosotros nos encargamos —dijo Liasa.

Gruñó yendo hacia la puerta. —¡Ahora tengo que ensuciarme! Alea va a poner el grito en el cielo.

—¡Padre por favor, ayúdame! —Arna le miró con las mejillas húmedas por sus lágrimas.

—Que te ayude... —Sonrió con tristeza. —Lo he hecho durante años, pero se acabó. Es hora de que recibas tu castigo.

Arna gritó de rabia e intentó levantarse para lanzarse sobre él. Rucer la golpeó en la cabeza con el puño y la princesa cayó desplomada al suelo. Su padre la miró. —Parece tan inocente cuando no abre la boca... —Le hizo un gesto a Rucer. —Date prisa. Quiero que salgan cuanto antes. Deben llegar allí después del príncipe para que no les dé tiempo a invadirnos.

—Semira lo arreglará —dijo Liasa convencida.

—Eso espero. Es nuestra única esperanza.

Capítulo 12

Sentada en el carro llevando las riendas le dio un codazo a Oslan, el herrero que le habían buscado, porque roncaba tanto que les iban a descubrir los bandidos del otro lado del bosque.

Clod tras ella soltó una risita. —Está tan agotado que se caerá del carro.

—Nosotros también llevamos tres días casi sin dormir —dijo rabiosa antes de pegarle una patada en el tobillo que le sobresaltó antes de soltar un ronquido que parecía que iba a ahogarse.

La puertecita de su espalda del carro cerrado se abrió. —Se ha despertado y me mira como si quisiera algo.

—Ya ha bebido y meado —dijo Clod indignado—. No vamos a detenernos. Estamos a un día de la frontera.

—Ignórala, Rea —ordenó.

—Bien. —Rea cerró la puertecita y gritó —¡Deja de fastidiar!

Semira sonrió y giró la cabeza para mirar hacia atrás. No las tenía todas con ella. Le daba la sensación de que las seguían. Clod entrecerró los ojos. — Crees que nos siguen. No es posible. Nadie sabe que hemos salido de palacio.

—Que Sira y Liasa nos cubran ante las elegidas no significa que alguien nos haya visto salir de palacio por atrás. Un carro así llama la atención en palacio. Algún guardia...

—¿Quieres tranquilizarte? Si quisieran atacarnos lo hubieran hecho ya. Han tenido tres días. Lo que pasa es que no te gusta viajar de noche. ¿Por qué no nos detenemos?

—Tenemos que llegar cuanto antes. No podemos detenemos. —Miró de reojo a su hermano. —Tenías que haberte quedado en palacio. Let me va a matar.

—Eso pasará si sobrevives al rey ese.

—¿Cómo me meto en estas cosas? Yo llevaba una vida tranquila.

La risa de Clod sobresaltó al herrero que abrió los ojos como platos mirando a su alrededor. Cuando se dio cuenta de donde estaba gimió.

—No debe haber un herrero en todo el reino más cobarde que tú —dijo

Clod divertido.

—Mira enano...

—¡No discutáis! ¡Silencio!

Se mantuvieron así más de media hora y la falta de conversación hizo que a Semira se le cerraran los ojos. Clod pasó a su asiento empujando al herrero que gruñó y cogió las riendas de sus manos. —Vete a dormir. Yo me encargo.

—Puedo llevar yo el carro —dijo el herrero.

—No, tú vigila. Clod se encargará.

Su hermano detuvo el carro y Semira descendió rompiendo parte del harapo que hacía de vestido. Frustrada vio parte de su rodilla. No sabía de dónde había sacado la ropa Rucer, pero ya podía haber estado menos gastada. ¡Iba a llegar desnuda!

Fue hasta el final del carro y abrió la puerta. Rea estaba dormida al lado de Arna. Apenas había luz, pero la que proporcionaba la luna a través de los cuatro respiraderos de las paredes del carro, le permitió ver que estaba furiosa. Suspiró subiéndose al carro y después de cerrar, se tumbó ante la puerta. Una patada en la espalda la hizo apretar los labios y se volvió de golpe antes de saltar sobre ella agarrándola del cuello. —Vuelve a tocarme, a rozarme siquiera y te arranco el cabello a tirones hasta dejarte la cabeza en carne viva. Al rey le dará igual que seas calva. —La princesa asustada asintió.

La soltó con asco y volvió a tumbarse. Se estaba adormilando cuando escuchó los cascos de un caballo. Saltó de golpe pisando a Rea de la que pasaba hacia la puertecilla de delante y la abrió. —¡Nos siguen!

Clod miró hacia atrás y miró de reojo a su hermana. —Es un hombre a caballo.

—Oslan, la espada.

—Ya la tengo en la mano.

Semira cerró la puerta suavemente al escuchar que el caballo les adelantaba y cogió la pequeña espada que tenía preparada mientras Rea cogía la suya. Tiró del cabello de Arna que gimió de dolor y le puso la espada bajo la barbilla. —Como vengan a por ti, no vas a salir viva de esto.

El carro se detuvo de repente y Semira trastrabilló golpeándose con la pared por no soltar a Arna. Rea la agarró por el brazo para estabilizarla mientras Clod gritaba —¿Qué haces, loco? ¡Quítate del medio!

—¡Bajar del carro! ¡Ahora!

—¡Qué te apartes! ¿Estás sordo? —gritó Oslan—. ¡Eso si no quieres que te parta la cabeza!

Un gemido sobresaltó a Semira y asustada por Clod gritó —¡Ya salimos!
—¡Deprisa elegida, no tengo paciencia!

Rea jadeó. —Es Levon. —Corrió hacia la puerta y la abrió saltando al exterior. —¡Levon! ¿Qué ocurre? ¿Te envían de palacio?

—¡Rea, no! —gritó Semira mientras los ojos de Arna sonreían. Tiró de ella hacia el exterior haciéndola rodar por el suelo. Fuera de sí la volvió a agarrar por el cabello y al volverse con ella vio que Levon había descendido del caballo y que tenía a Rea amenazándola con un cuchillo.

Levon miró de reojo a su hermano. —¡Desciende!

—Perro traidor.

Rea asustada y con los ojos llorosos miró a Semira que sonrió maliciosa. —Así que quieres a la princesa —dijo con burla—. Eres patético.

—¡Cierra la boca, mujer! ¿Crees que eres alguien? ¡No vales nada a su lado!

Su amiga cerró los ojos como si con eso pudiera dejar de oír sus palabras y a Semira se le rompió el corazón por ver su dolor. —Estás muerto.

Él tiró de su amiga hacia atrás y Semira gritó cuando le hizo una ligera herida con el cuchillo en la delicada piel de su cuello.

—¡Suelta a la princesa! ¡No lo digo más!

Temiendo perder a su mejor amiga también por aquella zorra, tiró de la cabeza de la princesa hacia atrás y le cortó la barbilla. —¡No! —gritó Levon pálido.

—¡Te juro por lo más sagrado que como le vuelvas a hacer daño a Rea la destripo aquí mismo!

—¡Tienes que entregarla al rey! —gritó asustado viendo como sangraba la princesa que lloriqueaba de miedo.

—¡Habéis matado a mi tía! ¿Crees que va a detenerme un rey?

Levon asustado bajó el cuchillo lentamente y Semira gritó —¡Rea, Clod!

Corrieron hacia ella colocándose detrás cuando Levon con sorpresa se miró el pecho del que salían dos flechas. Atónito miró hacia ella mientras Arna gritaba. Semira la tiró al suelo y se acercó a él mirándole con odio. —Maldito traidor. —Le rajó la garganta de un solo tajo y Levon cayó de rodillas llevándose las manos al cuello. Le cogió de la cabellera elevando su cara y siseó —Mis familiares te esperan al otro lado. Dales recuerdos.

Se volvió viendo como cuatro hombres salían del bosque montados a caballo y levantó la barbilla orgullosa al ver a Rucer. —Me las arreglaba sola.

—Eso ya lo he visto.

—¿Sabías que era él?

—Cuando me dijiste que compartía la cama con Rea esa noche, no me gustó porque él no me dijo que estaba allí. Me pareció extraño.

—No sabía que Semira nos había visto. No se lo dije a Levon para que no se preocupara por el rey —dijo Rea llorando sin dejar de mirar a Levon.

—Eso le delató y cuando se fue de palacio, supe a dónde iba. —Se bajó del caballo y se acercó a su amigo. Semira vio en su cara el dolor de su traición. —Sube al carro Semira y sigue tu camino. Debo regresar con mis hombres y tú tienes una misión.

Que no le preguntara si estaba bien la molestó. Semira se acercó a Rea y le levantó la barbilla. —No es nada.

—Te has librado de una buena, amiga.

Rea sonrió con tristeza. —Me ha utilizado para enterarse de todo. Te traicioné sin darme cuenta.

—Lo que se hace por amor no es un delito. No tienes la culpa de que la persona que amas te traicione. Tú le has dado tu corazón como tenías que hacer. Si él lo ha pisoteado, es porque era un cabrón sin sentimientos. Vamos, amiga. Terminemos con esto de una vez.

Ayudó a su amiga a subir a la parte de atrás del carro y al regresar por Arna vio como Rucer la miraba muy tenso. —¿Eso lo decías por mí?

—A quien le siente el sayo...

Tiró a la princesa dentro del carro empujando sus piernas antes de cerrar sus puertas. Clod estaba al lado de Oslan que tenía un puñal en el hombro y gemía de dolor. —A éste os lo lleváis vosotros. A mí ya no me sirve de nada.

—Semira...

Se volvió hacia ella furiosa. —¿Qué?

—Me gustaría que nos hubiéramos conocido en otro momento o en otra vida. —A Semira le dio un vuelco el corazón al ver el anhelo en sus ojos. —Tenías razón, nunca he luchado por ti como te merecías. Estás destinada a algo que no puedo controlar y me he dado cuenta de que luchar por ti ahora sería en vano. No tengo derecho a ello cuando te necesitan tanto. Siento no haberme dado cuenta antes de lo importante que eras para mí y ahora es tarde.

—¿Por qué es tarde?

Él apretó los puños antes de darse la vuelta y regresar a su montura. Sin aliento le vio subirse a su caballo y alejarse a galope. Semira caminó sin darse cuenta hasta la parte trasera del carro y le observó mientras se perdía de su vista.

—¿Qué le ocurre?

Se volvió rabiosa. —¡El rey! ¡Eso ocurre! Le ha metido algo en la cabeza, pero ya me encargaré yo de dejar las cosas claras cuando regrese.

Clod sonrió. —¿Te vas a casar con él?

—¡Claro que sí! ¡Es mi marido! ¡Llevo un hijo suyo en mis entrañas!

Rea gritó desde dentro —¡El rey Rogar se va a cabrear!

—Que se fastidie. —Subió al pescante y vio a Oslan lloriqueando a su lado. —¿Y tú qué haces aquí? —Furiosa le quitó el cuchillo del hombro. —¡A la parte de atrás! ¡No quiero ni verte, inútil!

—Sí, elegida.

—¡Cómo me vuelvas a llamar así, te despellejo! ¿Quieres que nos descubran?

El herrero saltó del pescante rápidamente y gruñó cogiendo las riendas. —Tienes una mala leche... —dijo su amiga desde dentro.

—¿Mala leche? ¡Pues ya verás cuando vea al rey! Le van a doler las orejas con mis gritos. —De repente sonrió de oreja a oreja y su hermano la miró como si estuviera mal de la cabeza. —De esto tiene la culpa Liasa, estoy segura. Cuando la pille. Siempre maquinando cómo hacerme especial. Será pesada.

—¡Te ha hecho reina! ¡Serás quejica!

—¡No quiero ser reina! Quiero ser la mujer de Rucer. ¡Eso quiero! ¿Pero piensan en mí? ¡No! ¡Piensan en el puñetero reino! ¡Siempre pensando en el reino! —Su hermano se echó a reír. —¿Qué?

—¿Lo que estamos haciendo no es por el pueblo?

—¿Quién te ha dicho que hables, enano? Siempre fastidiando.

—¡Eso mismo digo yo! —gritó Oslan desde dentro.

—¿Quieres que te deje en el camino? —gritó desgañitada.

—No.

—¡Pues cierra la boca y no te metas con mi sangre!

Clod sonrió satisfecho.

—Pero si solo le he dado la razón.

—No lo entiendes. Ella puede decirlo, pero tú que no me tocas nada no. —El herrero chilló como un cochinito. —¿Te duele? ¡Pues deja de meterte con mi niño por la cuenta que te trae!

—¡Estáis locas!

—Hombres...

En cuanto llegaron a la frontera todos se quedaron en silencio mirando a su alrededor. Al pasar por el exterior de una aldea, Clod se bajó a preguntar si el palacio estaba muy lejos y las indicaciones. Debían ir hacia el este sin desviarse del camino. Como su hermano era tan dicharachero hasta regresó con pan para todos. Era obvio que era un reino mucho más rico que el suyo. Era evidente en los ropajes que llevaban.

—Llamamos mucho la atención —dijo Semira mirando su cochambroso vestido.

—¿Qué hacemos? ¿Robo algo?

—Sabrán que hemos sido nosotros, pues somos los forasteros.

—¡La princesa aún tiene un pendiente! —gritó Rea desde dentro.

Abrió la portezuela y se lo tendió a Semira que vio sangre en su extremo.
—¿Se lo has arrancado?

—Teniendo en cuenta de que ella me ha herido mucho más... Debería despellejarla.

Su hermano rió cogiendo el pendiente de oro. —Cada día os parecéis más.

—Gracias —contestaron a la vez antes de reír.

En la siguiente aldea, Clod con el pendiente en la mano fue el encargado de encontrar las ropas. Semira no quería que fuera él, pero como era el que estaba mejor vestido, tuvo que cerrar la boca. Cuando Semira y Rea se miraron después de vestirse, gimieron a la vez. —Está claro que aquí están algo gordas —dijo Semira estirando la tela de su pecho antes de reír—. Aquí caben dos.

Rea miró hacia abajo y tiró de la tela hacia arriba para verse los pies. —Esta mujer es altísima.

—Son algo grandes todos —dijo su hermano con la boca llena de pastel de nuez.

—Está claro que se alimentan bien. —Subió al carro de nuevo. —Vamos allá. No puede quedar mucho.

Pues si quedaba, porque no vieron los tejados de palacio hasta dos días después. Semira ya casi estaba desesperada por llegar. Tenía los riñones destrozados de llevar las riendas y ya no sentía el trasero. —¡Uff, al fin!

—Todavía quedan unas millas. Además, tendremos que salir corriendo, así que...

En ese momento vieron llegar por el camino a un ejército. Eran decenas. Varios escuadrones iban a caballo y a Semira se le pusieron los pelos de punta porque estaba claro que iban a arrasarlo todo. —Llegamos tarde.

Rea gimió desde dentro del carro mirando por la ventanita. —Detenles —¿Y qué les digo? ¿Soy la elegida y tenéis que seguirme porque lo digo yo?

—¡Sí!

Miró a su hermano como si estuviera chiflado. —¡Muéstrales a la princesa! ¡Eso les detendrá!

Semira saltó del carro y corrió hacia atrás. La princesa la miró con temor e intentó patearla, pero la agarró por un tobillo tirando de ella hacia afuera. Gritó de dolor al caer al suelo y ya no protestó mientras la arrastraba hasta el camino. Sin armas porque contra ellos no tenía nada que hacer, se puso en medio del camino y levantó a la princesa. —Te ha llegado la hora.

Dos caballeros que iban frente a los soldados a caballo, detuvieron a sus hombres levantando el brazo. —¿Qué hacéis, mujer? ¡Apartaos antes de que os pase por encima con los cascos de mi caballo!

—¿Queréis a la que ha matado a vuestro príncipe? —El hombre se tensó sobre el caballo. —¿La queréis?

El hombre miró a Arna que se puso a llorar. —¿Qué sabes tú de eso?

—Estaba allí y ella le mató. Os presento a la princesa Arna. ¡Y el rey me envía a entregarle a su hija a vuestro rey para que impartáis justicia!

El otro hombre a caballo adelantó su montura. Semira le miró y al ver sus ojos tan iguales a los de Samual tiró a Arna ante él. —Ahí la tiene, rey Davit. Es toda suya para hacer lo que os plazca. El rey os envía sus disculpas y espera que esto aplaque el dolor, aunque sabemos que eso casi es imposible.

—¿Es la princesa? ¿Cómo lo sé yo? ¿Puede ser una vasalla y que me estéis mintiendo!

Semira miró a su hermano. —¡Lo planeó ella! —gritó su hermano—. ¡Mató a mi tía y siempre está dañando a los demás! ¡No quería casarse con él! ¡Juro que es la princesa! ¡Lo juro!

El rey miró con desprecio a su hermano. —¿Qué valor tiene tu palabra? Si hubiera venido Rogar, lo hubiera creído.

—¡Mi palabra es tan buena como la de cualquier rey! —gritó poniéndose de pie sobre el pescante. El rey entrecerró los ojos al ver su rabia—. ¡Es la princesa Arna! ¡Mi hermana no ha mentido!

Un rumor tras él hizo que se volviera y Semira vio a uno de los hombres del príncipe. —¡Él nos conoce! ¡Sabe quién soy!

—¡Habla!

—Es la favorita del rey, mi señor. Semira.

—¿Este espantajo?

—¡Oiga, sin ofender! —Se miró y vio que no estaba muy limpia y debía tener el pelo muy sucio, pero tampoco debía estar tan mal. Sonrió sin poder evitarlo. —Le aseguro que después de un baño gano mucho.

—Es una beldad, majestad. Estaba bailando con el rey para entretenimiento de todos cuando mataron al príncipe y ella... —dijo señalando a Arna—, es la princesa. Hasta lleva el mismo vestido.

—¡Con la sangre de su príncipe! —Semira se agachó agarrándole la falda. Intentó patearla y Semira le pegó una patada en el costado. —¡Me tiene más harta...! ¿Se la lleva o no? —Puso los brazos en jarras deseando volver a casa. —Porque de otra manera yo estoy deseando arrancarle las tripas.

El rey la observó con admiración y Semira gimió por dentro. Otra vez no. No, no podía tener tan mala suerte como para que otro rey se fijara en ella. Sería el colmo de la mala suerte.

—¡Regresemos! —La señaló con el dedo. —Y tú vienes conmigo.

—¡Tengo que regresar! ¡Creerán que he muerto!

—¡Me importa poco! ¡Sube al carro!

—¡Oiga, que mi rey tiene muy mal humor!

—¿Quieres comparar?

Lo dijo tan fríamente que gruñó yendo hasta el carro. Dos hombres volvieron a meter a la princesa en el interior del carro y al ver a Rea allí asustada gritaron —¡Aquí hay otra!

El rey rodeó el carro atónito y al ver al herrero encogido en una esquina y a Rea, que le saludó moviendo los deditos, Semira gritó —Él venía a protegerme, aunque no sirvió de mucho, y ella es mi mejor amiga. Rea, te presento al rey de Candes.

—¡Ha enviado a un cobarde, a dos mujeres y a un niño! ¡Este hombre está mal de la cabeza!

—Hemos llegado, ¿no? Hemos cumplido la misión —dijo orgullosa—. Y si nos dejara irnos...

—¡A palacio!

Varios hombres la apuntaron con sus lanzas. —A palacio, a palacio. ¿Quién soy yo para discutir? —Cogió las riendas y siseó —Menudo carácter.

—Va, ya le ablandarás —dijo su hermano sin darle importancia. Le miró como si estuviera mal de la cabeza, pero él mordió la manzana que tenía en la mano como si nada.

El ejército se dividió en dos y ella pasó su carro entre ellos mientras la

miraban fijamente. —Nos dejarán volver, ¿verdad?

Su hermano se encogió de hombros. —A mí me da igual un sitio que otro.

—¡A mí no! ¡Let vivirá en Rancor!

—Tú no piensas en Let. Piensas en Rucer.

—Cierra la boca, enano.

El castillo no era tan bonito como el suyo, pero la razón es que era más bien un enclave militar. Los hombres a su paso detenían lo que estaban haciendo, viendo regresar al ejército y se quedaban perplejos. Cuando llegaron a la puerta, estaban rodeados de soldados por todas partes y el rey gritó — ¡Alejaros del carro!

Dieron un paso atrás de inmediato y uno de los soldados se acercó, tendiéndole la mano sonriendo. El rey se acercó a caballo y le dio una patada en el costado que le alejó de ella. Él le tendió la mano y asombrada por sus modales, la cogió temiendo que decidiera matarlos a todos. Y por el enfado que tenía era muy capaz.

Bajó del carro mientras Clod saltaba tras ella y el rey la observó mientras abrían a los que estaban atrás. Al ver a la princesa amordazada los rumores corrieron por el patio y el rey caminó hacia la puerta ignorándoles. Semira corrió tras él como los demás, porque mejor enfrentarse a un rey que a trescientos soldados.

En el gran salón el rey se detuvo en el centro, donde quitó la mordaza a Arna de la boca. —¿Mataste a mi hijo?

El salón se quedó en silencio y Arna negó con la cabeza. —¡No fui yo! ¡Lo juro!

Semira se cruzó de brazos. —Miente.

—¡Me odia! ¡Solo intenta quitarme del medio desde que llegó a palacio y ha envenenado a todos contra mí!

—¿Hablas tú de envenenar? ¿Tú que has intentado envenenar a tu propio hermano?

El rey la miró sorprendido. —¿Por eso estuvo enfermo?

Semira asintió.

—¿Ve cómo miente? ¡Mi hermano tuvo fiebres! ¡Lo sabe todo el mundo!

—¡Cuándo volvía a comer, enfermaba de nuevo y eso era cosa tuya!

—¡Mentira! No la crea, mi rey. —Intentó coger su mano y Davit se apartó asqueado. —¡Mi hermano está muy bien!

—Ahora está casado con mi hermana —dijo Clod orgulloso.

—¿Con ésta? —El pobre no salía de su asombro.

—No, con la otra. Bellísima. Se parece a ella. —Todos miraron a Semira con incredulidad.

—¿Ve cómo miente? ¡Me han secuestrado para quitarme del medio! ¡Mi padre no sabe nada! Estará preocupadísimo después de lo que ha ocurrido. ¡Puede que ella matara al príncipe ordenádoselo a su hermano! ¡Nos distrajo a todos con su baile! Seguro que fue ella, que solo quiere el trono de Rancor.

Se miraron asombrados y Semira fue consciente del lío en que se había metido. Ahora era su palabra contra la de esa bruja. —Miente. ¿Quiere saber la verdad? ¿Confía en la palabra de un general? Rucer está en la frontera esperándome. Él le dirá lo que quiere saber.

El rey miró a Arna y le dio un bofetón que la tiró al suelo. —¿Tienes ganas de seguir mintiendo? ¿Lo haces en mi rostro sobre la muerte de mi querido hijo? ¡Vas a morir, puta!

Un hombre carraspeó y dio un paso al frente. —Majestad, debemos asegurarnos. Una comitiva a la frontera llevará un día y medio de ida y vuelta.

—¡Quitarla de mi vista! ¡Encadenadla en la mazmorra! —Se volvió hacia Semira y los demás. —Y a ellos también.

Jadeó indignada. —¡Yo no he hecho nada!

—¡Eso aún está por ver!

—¡Pues enciérreme a mí, pero a mi hermano y a Rea déjeles en paz!

—¡Encerradles!

Los cogieron de los brazos y Semira se resistió al ver que agarraban a Clod. —¡Soltad a mi hermano!

Les llevaron a la parte de atrás del castillo a través de un oscuro pasillo. Asustada por si les separaban, miró hacia atrás, pero solo les oía protestar. — ¡Tranquilos! ¡Rucer lo resolverá! Les dirá la verdad y nos soltarán.

Abrieron una gruesa puerta de madera y empezaron a bajar unas escaleras de caracol. Un hombre sentado tras una mesa, se levantó sorprendido y cogió una antorcha. —¿Se quedarán aquí?

—Uno de ellos ha matado al príncipe.

El hombre les miró con odio. —Seguidme.

A Semira se le pusieron los pelos de punta. Y no solo por el lugar que era húmedo y estaba sucio, sino por aquel hombre que no les iba a tratar bien. Escuchó como Arna chillaba de miedo y como se le rasgaba la ropa. Semira intentó soltarse. —¡No podéis tocarnos!

—¡Debemos quitar parte de la ropa para ponerlos los grilletos, mujer!

¡Deja de molestar! No tocaríamos a una zorra como tú.

Su compañero se echó a reír. —Sí, con lo delgada que estás, seguro que nos enfermamos.

La verdad es que fue un alivio escucharles y cuando el hombre regresó, abrieron una puerta que estaba ante ella. La metieron a empujones y el carcelero cogió una de sus muñecas, tirando de ella hacia una pared. Le engrilletó una mano por encima de la cabeza y cogió la otra mano para hacer lo mismo. La postura era realmente incómoda con los brazos prácticamente levantados y se dio cuenta que aquella trampa estaba diseñada para un hombre más alto que ella. El hombre se agachó para separar sus piernas y engrilletó sus tobillos. Entonces empujó su vientre y rasgó el vestido por la barriga mostrando hasta la parte baja de sus pechos. —¿Qué haces?

—Ya lo verás —dijo divertido. Sus manos acariciaron su cintura hasta su espalda y rasgó el vestido por la parte de atrás, de donde sacó unas correas que ató bajo sus pechos pegándola con fuerza a la pared. La posición era tan dolorosa porque la argolla de la pared se le clavaba en la espalda, que gimió sin poder evitarlo. —Tiene que estar bien apretada para que tu torso aguante tu peso. De otra manera, en unas horas tendrías tal dolor de piernas que me pedirás que te mate.

Semira le miró con odio. —Eso no iba a pasar. ¡A mi hermano no podréis atarle así! ¡Le matareis!

—Tranquila, lo tenemos previsto. Hay ladronzuelos por la zona. —Los soldados se echaron a reír y Semira gritó de frustración cuando cerraron la puerta con llave.

—¡Cómo no tratéis bien a los míos, os juro que os voy a despellejar, cabrones!

Las risas continuaron y las lágrimas de frustración aparecieron en sus ojos verdes. ¡Iba a matar a Liasa! Miró hacia la pequeña ventana que había cerca del techo y suspiró de alivio porque al menos tendrían aire fresco.

—¡Clod! ¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Solo me han atado los tobillos!

El grito de Rea le puso los pelos de punta y rabiosa tiró de los grilletes de sus manos por instinto. —Malditos cerdos.

Al mirar la pequeña celda se estremeció al encontrarse ante ella una mesa con correas, pero parecía cortada por la mitad con un mecanismo bajo ella. En la cabecera tenía un círculo de madera. Había oído hablar de eso. Tumbaban encima a quien querían torturar y giraban ese círculo, estirando la plataforma

hasta que quebraban los huesos de tanto estirar. Cerró los ojos agachando la cabeza y una lágrima cayó por su mejilla. Esperaba que Rucer estuviera en la frontera, porque de otra manera estaban muertos.

Las horas pasaron muy lentamente y desesperada gritó diciendo que necesitaba aliviarse. No le hicieron caso y apenas media hora después no pudo evitar hacérselo encima. Escuchaba algunos lloros de vez en cuando, pero no sabía quién era y tampoco podía aliviar su miedo porque ella estaba igual. No sabía qué decirles. Oslan no dejaba de llorar diciendo que él no debería estar allí. Ellos tampoco deberían estar allí y si estaban era por su propia culpa. Pedía a sus antepasados que la ayudaran a salir de allí una y otra vez mientras los minutos no terminaban de pasar.

Cuando oscureció el dolor de su cuerpo casi se hizo insoportable, porque la herida del hombro que aún no se había curado la estaba matando. El dolor subió por su cuello llegando a su cabeza y sentía su latido martilleándola continuamente. No pudo dormir nada en toda la noche.

En cuanto amaneció escuchó que se abría una puerta y que la princesa rogaba llorando que la soltaran.

—¡Bebe!

Debió hacerlo porque dejó de oírla. Su puerta se cerró y la princesa se echó a llorar de nuevo. En cuanto apareció el carcelero ante ella preguntó — ¿Han ido a la frontera?

—No sé nada de eso, mujer —Se acercó a ella con una jarra de barro. — ¡Bebe!

Bebió sedienta. —Serás puerca —dijo con burla—. ¿Te has meado encima?

—¡Muérete cabrón!

El tipo le arreó un puñetazo, que hizo que su cabeza rebotara en la pared de piedra, perdiendo el sentido en el acto.

Cuando despertó con la cabeza hacia delante, no podía abrir su ojo izquierdo. Una lágrima cayó por su mejilla hinchada sin darse cuenta y miró hacia la ventana. Estaba lloviendo y sentía frío. Mucho frío.

—Semi, ¿estás bien? —preguntó Rea con voz asustada.

—¡Sí! —gritó para que la oyeran—. ¿Y tú?

—Estoy bien. —Su amiga se echó a llorar. —¿Por qué nos hacen esto?

—Lo siento. ¿Clod?

—Me duelen los tobillos, Semi. —Se echó a llorar sin poder evitarlo y Clod añadió —Pero estoy bien. No te preocupes por mí. ¿Oslan?

El herrero no respondía y todos se quedaron en silencio mientras su hermano le llamaba de nuevo. —¿Está muerto? —preguntó Rea asustada.

—Estará dormido —dijo Semira para no asustar más a su hermano, pero seguramente su herida debía haber hecho que perdiera el sentido con las fiebres. Ellas se la habían curado, pero como no tenían ningún tónico que darle, le habían dicho que cuando llegaran al castillo le tratarían los médicos. Se mordió el labio inferior esperando que las noticias de Rucer llegaran pronto. Oslan no podía morir por su culpa.

Pasó otro día y Semira se empezó a desesperar. Pero cuando pasó otro ya no tenía ninguna esperanza. Y no era la única. Su hermano no dejaba de llorar y escuchaba toser a su amiga. De Oslan no volvieron a tener noticias y le daban por muerto, mientras que la princesa lloriqueaba que si pudiera mataría a su padre por hacerle eso. A Semira le dio la sensación de que había perdido el juicio totalmente y empezaba a hablar sola como si estuviera ante sus súbditos. No les habían alimentado en tres días y solo les daban un poco de agua por la mañana. Ellos que estaban acostumbrados a no comer, lo llevaban mejor que ella. La princesa cuando perdía la paciencia, gritaba que le dolía la barriga de hambre y que debían alimentarla.

El único alivio que sintió en esos días, fue que el carcelero no volvió a tocarla. Seguramente porque temía hacerle tanto daño que la matara y después tener que dar explicaciones. La noche del tercer día le pusieron delante un mendrugo de pan y comió sin ganas. Ya no sentía los brazos y casi era un alivio. Cuando el carcelero se aburrió de ponerle delante el pan, salió de la celda sin importarle realmente si había comido o no.

Dos días después había perdido la noción del tiempo y su cuerpo estaba tan agotado, que ya no podía ni beber por las mañanas. Su cabeza caía hacia delante sin fuerzas y ni fue consciente de que cogían su cuerpo, sacándolo de la celda.

Se despertó de dolor y gimió al no poder levantar los brazos. Abrió el ojo y una mujer que no conocía le sonrió con dulzura. —¿Madre?

—No, cielo, no soy tu madre. —Un paño en su frente la hizo suspirar y agotada volvió a dormirse.

Una voz que susurraba la despertó. —¿Se recuperará?

—No lo sé, mi rey. Eso no está en mis manos. El niño y la otra mujer sí, pero ella... Tenía una herida en la espalda y era reciente. No hace mucho ha estado a punto de morir y seguramente no se había recuperado del todo antes de

llegar.

—¡Este hombre es un inconsciente! ¿Cómo se le ocurre enviar a una mujer así para esta misión?

—Creo que no querían llamar la atención después de lo que había ocurrido. Si hubieran llegado con un ejército, les hubierais matado antes de poder dar explicaciones. Es lógico que la enviaran a ella si es la prometida del rey.

—¡Debía haber traído alguna prueba de que venía de parte del rey Rogar al menos! ¡Ahora tengo a un ejército cercando mi país! ¡Incluso han reclutado a los aldeanos! ¡La reclaman! ¡A ella!

—Algún bien habrá hecho para que la reclamen, ¿no cree, mi rey?

—Como muera estaremos en un aprieto, porque no tengo tiempo de enviar a por mis aliados. Y Rucer no les dejará pasar. Está furioso. Dice que hemos retenido a alguien que venía en son de paz y hemos roto los tratados que teníamos firmados después de la guerra. O la devolvemos de inmediato o llamará a los aliados del tratado para que se unan a ellos. Y lo harán, no pueden negarse por muy mal que se lleven con Rogar.

Semira no entendía muy bien lo que estaban diciendo, pero cuando dijo Rucer abrió los ojos. —¿Rucer?

Los dos la miraron y la mujer sonrió acercándose. —¿Cómo te encuentras?

—Rucer... —Intentó mirar a su alrededor, pero la estremeció un dolor de espalda.

—Tranquila. No está aquí, pero le verás pronto.

—Mi hijo... ¿He perdido a mi hijo?

La mujer palideció y miró al rey que apretó los labios muy serio. —No lo sé, niña —dijo la mujer acariciándole la frente—. ¿Tienes sed?

—El rey...

—Está en la frontera esperándote.

Una lágrima cayó por su sien. —Quiero ver a mi hermano.

—Está dormidito. Está muy bien y Rea también. Pero es de noche y necesitan dormir, como tú. Así que cierra esos preciosos ojitos verdes.

Semira sonrió. —Rogar está en la frontera.

—Todos están en la frontera esperándote. Así que tienes que ponerte muy bien pronto para irte con ellos.

Cerró los ojos y el rey dijo exasperado —¿Un hijo? ¿Un hijo del rey? ¡Rucer me ha dicho que se va a casar con el rey, así que tiene que ser suyo!

—No sé qué decirle, no la lavé yo. Una de las sirvientas lo hizo.

—Averigua si vio algo extraño, porque si se la devolvemos al rey sin hijo, estamos en un aprieto.

—Sí, mi rey. Enseguida se lo pregunto.

Capítulo 13

Cuando se despertó de nuevo, Clod estaba tumbado a su lado. —Hola— susurró mirando sus ojos verdes.

—Te has puesto mala otra vez. ¡Tú nunca te pones enferma!

—Perdona.

Clod la abrazó de nuevo. —He oído cosas.

—¿Qué cosas?

—Todo Rancor está en la frontera reclamando a su futura reina. —A Semira se le cortó el aliento. —Deben devolverte porque si no el rey Davit rompería no sé qué tratado. Varios reinos entrarían en guerra.

—Eso no puede ser. ¿Por mí?

—Por ti. —Sonrió malicioso. —Siempre en líos.

—Esto no es culpa mía.

—Pues a ver como salimos de ésta, porque se rumorea por palacio que esperas un hijo del rey Rogar y están algo asustados. Cuando la cosa era entre dos reinos estaban muy seguros de sí mismos, pero si Rogar consigue aliados... ¡Ja! Eso es otra historia.

—Un hijo del... —Su hermano asintió haciéndola gemir. —¡Qué lío!

—Se supone que eres una elegida y no te puede tocar nadie más. Ya verás cuando se entere el rey Rogar, van a rodar cabezas.

—Tenemos que llegar a la frontera.

—¿Quieres escaparte?

—Estoy segura de que ellos no saben lo que ha ocurrido y no debemos esperar más. Pero en cuanto nos alejemos de la frontera, debemos huir.

—¿Huir? ¿Por qué?

—Porque puede haber dos opciones, que Rogar quiera seguir adelante y que nos casemos...

—Y tú no quieres.

—¿Me ves de reina? ¡Si llevo en palacio menos de tres semanas y casi se provoca una guerra!

Su hermano rió por lo bajo. —¿Y la otra opción?

—Que el rey se enfade por frustrar sus planes. ¿Y cómo decir a la corte que yo le he rechazado o que él me ha rechazado? Eso no va a pasar. No puede quedar en ridículo mientras a la mujer con la que iba a casarse, se le hincha el vientre por un hijo de otro hombre.

—Temes por tu vida.

—En este momento no me fío de nadie. Si regresamos a palacio y rechazo casarme con él, se va a enfadar porque ya ha dicho que nos casaremos. Amenazará tu vida si hace falta y es algo que no puedo consentir. Y si decide él no casarse, confío aún menos en él, porque me eliminará para que no se sepa mi falta y quedar en evidencia ante todo el reino.

—¿Pero a dónde huiremos? ¿Qué haremos? No tenemos nada.

Semira se mordió el labio inferior y miró a su alrededor. Levantó una ceja al ver una copa de oro sobre la mesilla de noche. Su hermano sonrió. —Entiendo.

—Busca lo que puedas y dile a Rea que haga lo mismo. —Miró hacia la ventana y vio que era de día. —Nos iremos al oscurecer.

—Muy bien. ¿Podrás andar? La frontera estará a tres días caminando.

Se mordió el labio inferior pensando en ello. —¿El carro estará abajo?

—Esto es una locura, Semira. Estás enferma y puedes recaer. Debemos esperar precisamente por el hijo que esperas.

—Roba lo que puedas. Haz que llamen al rey.

—¿Al rey? ¿El de aquí?

—Sí, quiero hablar con él.

—¿Vas a convencerle? ¿Crees que se doblegará?

—Espero que sí —dijo desesperada—. Si no se dan prisa en devolvernos, pueden perder la paciencia por simple orgullo, no porque les importe.

Clod asintió y saltó de la cama. Cogió la copa de oro, pero no tenía donde metérsela sin que se le notara. —Robaré cosas más pequeñas.

—Rea puede llevarla debajo de la falda. —Cogió la copa y la metió entre las sábanas. —Date prisa. No quiero muertes sobre mi conciencia.

Su hermano salió corriendo de la habitación.

Respiró hondo y se sentó en la cama. Le dolía todo. Así no podía huir. Necesitaba la colaboración de Davit.

El rey entró con una mujer en la habitación y sonrió al verla sentada. —Su hermano me ha dicho que quería verme.

Le miró a los ojos con rencor y él se sonrojó ligeramente al ver su cara

amoratada. Además, estaba demacrada por los días en cautiverio. Si era una beldad no se notaba en absoluto. —Debe soltarme. Ya.

—Entiendo que la están esperando.

—Como ya le había dicho, debía regresar enseguida. Yo le dije la verdad y usted me ha maltratado. Necesito regresar antes de que mi rey pierda la paciencia y entre a buscarme.

—Es bien conocida la falta de paciencia de su prometido. Pero si la devuelvo ahora, las consecuencias pueden ser irreparables. Su aspecto...

—¿Mi aspecto? ¡No puede morir más gente! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Y si retrasa mi entrega, eso es precisamente lo que ocurrirá! ¡Devuélvame de inmediato!

Su tono de autoridad demostraba ampliamente el rango de Semira y el rey dudó. —¿Me garantiza que no habrá guerra? ¿Convencerá a su rey para que no pacte con los aliados por faltar al tratado?

—No sé qué tratado es ese, pero le garantizo que le exigiré regresar a palacio de inmediato.

La mujer se adelantó. —El tratado especifica que un hombre, o mujer en su caso, que entre en un reino en son de paz y con buenas intenciones, no puede ser apresado ni juzgado simplemente por ser extranjero.

—Vaya, precisamente lo que me ha ocurrido a mí. Pero dudo que eso sea lo que le preocupe al rey. Si fuera una simple aldeana a nadie le preocuparía.

—Son precisamente sus circunstancias lo que la hacen tan peligrosa. Es la prometida de un rey vecino y espera a su hijo.

Ni loca se lo desmentiría. —Entonces suélteme de inmediato y yo hablaré con Rogar. Le convenceré de que en parte fue culpa nuestra al no traer otras pruebas.

El rey pareció aliviado. —¿Lo hará?

—Tiene mi palabra. Es lo único que le puedo ofrecer, pero quiero irme de inmediato y con mi familia, por supuesto.

—Por supuesto... —Miró a la mujer de reojo. —Sobre su aspecto...

—No voy a mentir en eso. No sería creíble.

—Entiendo.

—Pero le diré a mi rey que ocurrió durante el cautiverio al que me sometieron.

El rey entrecerró los ojos. —Muy bien. Prepararán el traslado para ya.

—Un presente para mi prometido estaría muy bien. Para congraciarse.

—¡Mataron a mi hijo!

—¡Y usted ha estado a punto de matar a su mujer y a su hijo, cuando ya tenía al culpable que le entregó él mismo, arrancándose el corazón porque era su única hija! —Se retaron con la mirada. —Cien vacas serán suficientes.

—¿Cien vacas?

—¡Para que los niños de mi pueblo tengan leche! ¡Usted es rico y mi esposo ha regalado una vaca por familia a su pueblo! Usted les regalará cien. ¡Es lo menos que puede hacer que es mucho más rico que mi rey!

—Cien vacas. Por supuesto.

Semira sonrió. —Gracias.

El rey salió de allí a toda prisa y la mujer soltó una risita. —Si se llega a quedar más, le sacáis los toros también.

—Va, los toros no me sirven. —Entrecerró los ojos. —Pero mulas para arar...

La mujer se echó a reír a carcajadas. —Será una reina buenísima, Semira.

Chasqueó la lengua. — Todo el mundo dice lo mismo y no me lo creo. ¡Si casi provocho una guerra!

—Estamos llegando, princesa —dijo el soldado que llevaba el carro, mirando hacia atrás muy asustado.

Se levantó del camastro donde estaba tumbada y miró a su hermano. — Esconde eso en cuanto puedas —susurró en voz baja.

—Bien —dijo cogiendo el saco que estaba a su lado. Se escuchó el sonido del metal chocando y los tres miraron al soldado, pero el sonido del ganado que iba tras ellos amortiguó que les escuchara.

Clod sonrió. —Ni se enterarán.

Semira miró al frente y puso la mano sobre los ojos para que el sol no la deslumbrara. Una línea oscura al final del camino, le indicó donde estaban. En cuanto les vieron venir, se movieron poniéndose en guardia y a medida que se acercaban, vio que había muchísima gente. —¿De dónde han salido todos esos?

—Son los aldeanos, Semira —dijo su amiga—. Al enterarse de lo que ocurría, se unieron al rey para reclamarte.

Semira se sonrojó. —Bueno, pues se van a llevar un chasco.

Su amiga la miró. —Piensa en ti por una vez, amiga. También tienes derecho a ser feliz y no lo serías casada con él.

Asintió mirando al frente de nuevo y vio como el rey se acercaba corriendo apartando a los suyos y como Rucer llegaba a caballo descabalgando con agilidad sin traspasar la frontera. —Parecen impacientes —dijo Rea irónica.

Miró a Rucer que gritaba dando órdenes y en ese momento se volvió viendo a Semira. Apartó a un lacayo que estaba ante él y empezó a caminar hasta el carro sacando su espada de la vaina. El cochero se echó a temblar y detuvo el carro. Rucer pasó de largo y él aprovechó para saltar y salir corriendo. Su general saltó al carro y le levantó la barbilla estremeciéndola con su contacto. Miró su morado con los labios apretados. —¿Te han pegado?

—Hubo una confusión. El rey envía eso como excusa.

—¿Una confusión? ¡Te dije que era un error! —le gritó a la cara—. ¡Si no llega a ser por mí, estaríais muertos!

Que le gritara en ese momento, para Semira fue como si la traspasara con un cuchillo. Deseaba tanto verle... Durante las interminables horas que había estado cautiva, recordaba sus palabras en el camino una y otra vez, pero en ese momento se dijo que ya estaba bien de sufrir por un hombre que no la merecía. Sus ojos verdes reflejaron su dolor y apartó la barbilla. —El rey está esperando.

En ese momento llegó Rogar con la respiración agitada. —¿Estás bien?

Semira forzó una sonrisa. —Sí, mi rey.

—¿Cómo que sí, mi rey? ¿Qué te han hecho? —Al ver el camastro gritó —¿Has venido tumbada? ¿Qué te ocurre?

—Nada de importancia. Me ha subido algo la fiebre, pero ahora estoy bien. Solo un poco cansada.

—Semira...

Ignoró a Rucer y se acercó al final del carro, donde el rey la cogió por la cintura para bajarla. —Te han pegado.

—El rey envía sus disculpas. Hubo que arreglar que tu hija me acusó de secuestrarla. —Señaló las vacas. —Te envía eso. Pero es para los aldeanos.

Rogar se echó a reír. —Increíble. ¿Has visto, Rucer? ¡Le ha sacado un puñado de vacas!

—Cien. Le he sacado cien. ¿Nos vamos? Estoy deseando llegar y darme un baño.

—Aún tardarás unos días, pero mis lacayos te llenarán mi bañera para que te arregles de momento. —Le puso su mano sobre el brazo y caminaron hacia sus hombres, que al verla acercarse, se echaron a gritar de la alegría.

Pasaron entre ellos sonriendo mientras se agachaban en señal de respeto en una reverencia. En ese momento se sintió una reina y no le gustó. Ser el

centro de atención era algo que no le gustaba nada.

Avergonzada susurró —Por favor quiero retirarme.

—Por supuesto, querida. ¡Preparar un baño a la elegida!

Rea iba tras ella y entró en la tienda del rey que tenía de todo. Hasta la bañera.

—¿Me permite ayudarla, majestad?

El rey asintió. —Esta noche descansarás aquí y mañana regresaremos. —
Le dio una palmadita en la mano. —Puedes dormir tranquila. Ya estás en casa.

—Gracias.

—No, gracias a ti. —Salió de la tienda y Semira suspiró del alivio.

—Creo que has tomado una decisión.

Miró a su amiga a los ojos. —Nos vamos en cuanto estemos lo bastante lejos de la frontera para evitar conflictos.

—Perfecto. La vida de aldeana era mucho más tranquila.

Esa noche no podía dormir y se giró en la cama, viendo a Rea y a Clod durmiendo en el suelo en un grueso edredón de seda. Escuchó como se abría la lona y cuando vio aparecer a Rucer, se sentó en la cama de golpe. —¿Qué haces aquí? —susurró asustada.

—Tenemos que hablar.

Rodeó a los suyos y se sentó a su lado. —No tenemos nada que hablar. Sal de aquí antes de que te vea alguien.

Él intentó cogerle la mano y ella se apartó furiosa. —¿Estás loco? ¿Qué es lo que quieres? Porque me has dejado muy claro que has salido de mi vida y que no vas a hacer nada porque estemos juntos.

—Estoy aquí.

—Eso no me sirve, Rucer. Ya no me sirves.

—Ahora prefieres al rey.

—¿Cómo te atreves? —Le pegó un tortazo y Rucer cogió su muñeca pegándola a su pecho. —Suéltame.

—Dime que nos vayamos juntos, Semira. —Le miró a los ojos sorprendida. —Lo dejaré todo. Mi puesto, mi herencia, mi vida... Lo dejaré todo si me dices que nos vayamos juntos. Que aún me quieres. —La abrazó a él como si la necesitara. —Dime que aún me quieres y que no lo he arruinado todo.

Ella le abrazó con fuerza aspirando su aroma, pero sabía que no sería

feliz llevando su vida. Él era un general, no un labriego. Nunca sería feliz a su lado y al final le reprocharía haberse ido con ella. Le agarró por los hombros separándose. —Es demasiado tarde.

—No digas eso. —Intentó acariciarle la mejilla, pero ella se apartó. — Semira...

—Por muy general que seas, yo necesito a un hombre a mi lado. ¡Un hombre que luche por mí! Tú no lo has hecho nunca y vienes a mí cuando ahora te desprecio. Si no has sido un hombre antes, te aconsejo que lo seas ahora y salgas de aquí antes de que me ponga a gritar. ¡Al menos muestra un poco de dignidad y no me ruegues!

Temblando por dentro le observó con desprecio mientras se levantaba como si le hubiera dado la sorpresa de su vida.

—Tranquila, mi reina. No te rogaré más.

—Ni yo lo espero. —Se tumbó dándole la espalda y se cubrió la cara con el edredón tomando aire para no llorar. Escuchó como se iba y cuando alguien la abrazó por la espalda, miró hacia atrás sorprendida para ver a Rea a su lado. Se echó a llorar y su amiga susurró —Tranquila...

—Quería abandonarlo todo por mí.

—Le he oído. Y se me ha roto el corazón porque te ha creído.

—¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a dejar que abandonara su vida, su futuro...?

—Lo siento. —Acarició su espalda mientras lloraba en su hombro.

—Soy una egoísta. Yo llorando por él cuando tú también tienes el corazón roto.

Semira levantó el rostro para mirarla y Rea sonrió con tristeza. —He tenido tiempo para llorar y que fuera un traidor, ayudó bastante para pasar la pena. No me quería. Esto es distinto y en mi opinión más doloroso, porque sabes que te ama, Semira. Y tú te alejas por su bien.

—Antes lo hubiera dado todo por él. Pero ahora debo proteger a mi hijo. Y esta situación le pone en peligro. No voy a consentirlo.

—Te entiendo. —La besó en la frente. —Duerme. Necesitas descansar.

—¿A dónde vamos a ir? ¿Qué vamos a hacer?

—Al sur de nuestras tierras vive el señor de Xarco. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, heredó sus tierras cuando murió su tío.

—Pues mi padre me dijo antes de irnos que estaba pensando irse a sus tierras porque le faltaban aldeanos.

—¿De veras?

—Hubo una enfermedad y mermó a sus vasallos. Puede que ya lleguemos tarde, pero diciendo que eres viuda y que tu marido te ha dejado una de esas cosas que robamos...

—¿Me dará tierras, aunque sea mujer?

—Sí, creo que sí. Además, está Clod y eso te dará credibilidad.

—Hablas como si tú no te fueras a quedar con nosotros.

—Debo regresar a casa. Mi madre no está muy bien. Lo sabes y debo ayudar en lo que pueda.

—Se sabrá que has huido conmigo.

—No, porque diré que te acompañé parte del camino por miedo a que fueras sola y que después me daba miedo regresar por la reacción del rey.

—¿Y si te hacen daño por ayudarme? Por favor, ven conmigo.

—No me pasará nada. Mi padre no esperaba que me casara con nadie y se alegrará cuando me vea regresar con una copa de oro. Será un orgullo para él. Y si veo a Rucer, le diré que no se nada de ti. Tendrá que creerme.

—¿Y si no es así?

—De mí no sacarán nada.

—Corres el riesgo de que el rey te aprese.

—Pues diré que me desperté, que no estabas y me asusté. Que como no te encontré, no me atreví a regresar.

Los ojos de Semira brillaron. —Esa es una buena historia.

Rea le guiñó un ojo. —Ahora duerme. Tienes que reponerte porque tendremos que caminar. ¿O quieres que robe un caballo?

—Mejor lo dejamos así, que ya la he liado bastante.

Su amiga sonrió. —A tu lado la vida es maravillosa. Gracias.

—¿Por qué?

—Por mostrarme otro mundo que ahora no envidio en nada.

Semira sonrió. —De nada. Te quiero, hermana.

—Y yo a ti.

Empujó el arado mientras su hermano tiraba de la mula. Se detuvieron al ver en el camino a varios hombres a caballo y al ver quien era, Semira se dio la vuelta disimulando. —Semira... —dijo su hermano asustado—. Se ha detenido.

—Ve tú. A ti no te reconocerá.

Su hermano corrió hacia los hombres saludándoles y ella cubriéndose con la mula les observó disimuladamente. El señor Russ sonrió a su hermano y le señaló siguiendo el camino mientras preguntaba algo. Su hermano asintió diciéndole unas palabras antes de volverse y gritar —¡Mancia! ¡Voy a guiarles hasta la casa del señor!

—¡Bien, ten cuidado! —Juró por lo bajo cuando vio que Russ le tendía la mano subiéndole tras él a lomos de su caballo. ¿Qué diablos hacía su hermano? Les observó alejarse y puso los ojos en blanco cuando se echaron a reír de algo que dijo su hermano a su antiguo señor.

Cogió la mula de las riendas y escuchó los cascos de un caballo acercarse. Asustada volvió a esconderse tras la mula. Al ver a Rucer que pasaba de largo a galope tendido, miró horrorizada hacia donde su hermano se había dirigido. ¡Le iba a reconocer en el acto!

Muerta de miedo corrió al arado y se agachó para desatarlo de su animal cuando escuchó un grito. Miró hacia el final del campo y vio llegar a su hermano corriendo totalmente pálido antes de ver aparecer a Rucer con todos los demás detrás. Azuzó su caballo pasando a su hermano y se le heló la sangre al ver que estaba realmente furioso. Arrodillada ante el arado no pudo ni moverse mientras se acercaba a ella.

—¿Semira? Qué placer verte —dijo con ironía intentando calmar a su caballo.

—Siento no poder decir lo mismo.

—¡Te escapaste! —gritó furioso.

—Creía que era lo mejor. —Desató el arado y dejó que la mula se alejara pues se estaba poniendo nerviosa.

Su hermano llegó a su lado y susurró —Lo siento. Ha sido culpa mía.

Sonrió sin darle importancia.

—¿Culpa tuya? ¡Culpa suya que no tenía que haber huido!

—No es asunto tuyo. —Se levantó mostrando su abultado vientre y Rucer palideció. —Clod, lleva la mula a la casa. —Puso las manos en jarras. —¿Por qué te has detenido?

—Será porque me importabas —dijo con desprecio antes de volver su caballo y decirle a su padre —Vámonos de aquí. Huele a zorra que se abre de piernas a cualquiera.

—¡Hijo!

Semira se estremeció por esas palabras y se volvió para no mostrar que le había hecho daño. Clod cogió una piedra y se la tiró a Rucer, dándole en la

cabeza. Se volvió furioso y llevó una mano a la cabeza para ver que estaba sangrando.

—¡Clod, no! —gritó ella asustada por su reacción. Corrió hacia su hermano y tropezó en uno de los arroyos, cayendo al lado de su hermano que la abrazó.

—¡Lárgate de nuestras tierras! —gritó su hermano—. ¡No eres nuestro señor! ¡Ya no eres nadie para ella!

—De eso ya me he dado cuenta. Espero que quien te mantiene, esté satisfecho con tus servicios —dijo con odio antes de alejarse.

Russ estaba abochornado y sin decir palabra volvió el caballo para seguir a su hijo, dándose cuenta de que habían destrozado su trabajo, al pisar los caballos sobre la tierra recién arada. Se volvió y tiró una moneda ante ella. — Siento todo esto.

Asombrada miró la moneda y la cogió rabiosa antes de lanzársela.

—Para el bebé. Os vendrá bien —dijo antes de alejarse.

—No cree que sea suyo —dijo Clod asombrado.

—Pues mejor. Ayúdame a levantarme.

—¿Estás bien?

—Muy bien —dijo intentando ignorar el dolor que había sentido por las palabras de Rucer. Que estuviera tan seguro de que no era suyo, le había dolido porque ella sí que le había demostrado que le quería. Pero tenía que asumir que con su rechazo aquella noche en la tienda del rey, puede que por su cabeza pasaran mil cosas y más después de haber huido. —Esto tendrá algo bueno. — Sonrió radiante. —Podremos ver a Let de nuevo.

Caminaron hacia la casa en silencio mientras su hermano la miraba sin saber qué decir. Se acarició el vientre empujando la puerta de su casita. —Estoy hambrienta, ¿y tú?

—Se lo dirá al rey. Nos encontrará.

—El rey no dirá nada. Desaparecimos hace meses y ya no le interesamos. Y más si se entera de mi estado. Nos dejará en paz precisamente para no tener que dar explicaciones sobre mi desaparición y mi embarazo. Cuando no se me notaba, podría haber hecho algo para evitar los rumores. Quitarme del medio, por ejemplo. A él no le conviene verme de nuevo porque mucha gente me ha visto en estado, aunque fuera con otro nombre. Eso es precisamente lo que nos salva la situación con Rogar, los testigos. Ese peligro ha pasado. —Se agachó para encender la lumbre y su hermano cogió la olla colgándola del gancho.

—Ya es mala suerte que pasaran por nuestras tierras para ir a las del

señor.

—Debimos alejarnos más, pero he de reconocer que separarme de Rea para siempre después de lo de Let... —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Qué pensaré mi hermana? Seguramente que la hemos abandonado.

—Let nunca pensaría algo así. Más bien que estamos muertos en una cuneta.

—¡Ahora me siento mejor!

—¿Quieres que te mienta? —Se levantó furioso. —¡Te dije que debíamos enviarle recado!

—¡Entonces nos hubieran descubierto!

—¡Nos han descubierto igual, Semira!

Gruñó apoyándose en la piedra para levantarse, ignorando el dolor de espalda que la hizo palidecer.

—No deberías trabajar. Queda poco para que venga el bebé. —Se subió los pantalones tomando aire. —Yo me encargo de todo.

Divertida fue hasta la mesa y cogió dos cuencos que tenía en el centro, cuando la puerta se abrió de golpe sobresaltándola. Suspiró de alivio al ver a Rea. —¿Qué haces aquí?

—¡Vienen hacia estas tierras!

—A buenas horas —dijo su hermano cortando un pedazo de pan.

Rea la miró sin comprender. —Nos hemos visto, amiga.

Jadeó llevándose una mano al pecho. —¿Se ha enfadado mucho cuando te ha visto? ¿Te ha recriminado que no le dijeras lo del bebé? ¿Piensa decírselo al rey? ¿Por qué estás aquí todavía? ¿Por qué estás tan calmada? ¿Es que nadie piensa decirme nada?

Los hermanos se echaron a reír al escuchar su indignación. —Cree que no es suyo.

Eso dejó a su amiga de piedra. —¿Estás bromeando? No tiene gracia, Semi. Y además es de muy mal gusto.

—La ha llamado zorra.

Semira apretó los labios agachando la cabeza y cogió otro cuenco para su amiga. —No importa.

—¡Claro que importa! —gritó su amiga—. ¿Cómo puede dudar de que sea suyo? ¿Es que no sabe contar? —Señaló su vientre. —¡Porque es evidente que vas a parir y eras virgen cuando te acostaste con él! ¡Al menos debería dudar!

—Pues no dudó. Dejémoslo así. —Fue hasta la olla y removió el cocido de conejo.

—Igual no quiere un bastardo —dijo su hermano mirándola con preocupación.

—Yo no le he pedido nada. Le querré por todos.

—Y nosotros también, pero...

En ese momento se abrió la puerta de golpe y dos soldados de su señor les gritaron —¡Fuera de estas tierras!

Perdieron todo el color de la cara. —¿Qué? —Semira se acercó a ellos. —No pueden echarnos. Tenemos derecho a sembrar estas tierras y...

—No tienes derecho a nada, zorra mentirosa. ¡No eres viuda! ¡Ni siquiera has estado casada! Has dejado en evidencia al rey y mi señor se niega a tenerte en sus tierras.

—Pero va a dar a luz y...

—¡Ese no es nuestro problema! ¡Mintió en todo y nuestro señor la quiere fuera de estas tierras esta misma noche! ¡Aquí no dormís más!

A Semira se le llenaron los ojos de lágrimas de la impotencia. —Le entregué oro por...

—¿Quieres que averigüemos de dónde lo has sacado? ¿De dónde lo has robado? —le gritó a la cara—. Recoge tus cosas, mujer. Antes de que pierda la paciencia.

Asintió asustada y el soldado salió de la casa dando un portazo que la estremeció. —Te ha delatado a tu señor —dijo Rea asombrada.

—Recojamos antes de que entren de nuevo a echarnos —susurró casi sin voz.

—¿A dónde vamos a ir? —Su hermano se sentó derrotado en la cama. —No tenemos ni techo ni tierras...

—A casa de mis padres —dijo su amiga.

—Nos echarían de allí también. Son las tierras de Russ. Y no habrá señores que nos quieran en sus tierras cuando vean mi estado. Así no puedo trabajar.

—Yo sé a dónde tenéis que ir —dijo Rea furiosa—. Y os voy a acompañar.

Capítulo 14

Rea detuvo el carro ante la guardia del rey en el puente que cruzaba el lago y se levantó. —¡Aparta para que pueda pasar la elegida del rey!

Asombrado parpadeó. —¿Qué dices, mujer? ¡No hay elegidas en palacio!

Su amiga puso una mano en la cadera. —¿No reconoces a la favorita, estúpido? Semira ha vuelto.

El hombre la miró con los ojos como platos. —¿La reina desaparecida?

—¡Paso a Semira! —gritó su amiga a los cuatro vientos llamando la atención—. ¡Desea ver a la princesa!

Clod gimió por lo bajo cuando varios se volvieron, pero el guardia se apartó. Rea no perdió el tiempo y agitó las riendas con firmeza, haciendo que las mulas tiraran del carro.

—¿Tan mal estoy? No parecía conocerme.

Rea la miró. Estaba preciosa. —Nunca has estado más hermosa que en este momento.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No sé qué me pasa. No puedo dejar de llorar.

—Oh, les pasa a muchas en el embarazo. No tiene importancia. Lloro lo que quieras.

—Antes de encontrarse con Rucer no le pasaba —dijo su hermano ganándose una mirada de odio de las dos—. ¡Vale, me callo!

—¡A ver si es verdad!

Al ver en la puerta a dos guardias, Semira tomó aire limpiándose las lágrimas. Odiaba ponerse así.

Rea detuvo el carro ante la puerta y saltó con agilidad. Con su enorme vientre no podía ver la rueda para apoyar el pie y Rea puso los brazos en jarras mirando a los soldados que las observaban con los ojos como platos. —¿Queréis mover el culo de una vez? La elegida tiene que bajar de ahí, ¿sabéis? El rey la espera.

Se miraron antes de correr hacia ella. La cogieron de los brazos y cuando la dejaron en el suelo dijo uno de ellos —¡La hemos tocado!

—Creo que no hemos sido los únicos —susurró el otro.

Semira se volvió furiosa. —¿Qué has dicho?

Carraspeó incómodo. —Nada, elegida. Seguro que son gases. A mi madre le pasa mucho.

Un chillido las sobresaltó y se giraron de golpe. Liasa la señaló con el dedo. —¡Ingrata! —Se puso como un tomate cuando señaló su vientre. —¡Vas a parir!

—Qué lista nuestra señora. Lo ve un ciego.

Liasa miró a su hermano. —¡Muy gracioso! ¡Merezco una explicación!

—Dimos un rodeo a la vuelta —dijo Rea cogiéndola del brazo y tirando de Semira hacia dentro de palacio.

—¿Un rodeo? —Parpadeó asombrada. —¿A dónde?

—Regresamos a casa, Liasa. O casi —le explicó su hermano—. ¿Ahora vives aquí?

—Mi primo me necesita —dijo con ironía—. Alguien tiene que ayudarle a reinar, ya que su prometida había desaparecido.

—¿El príncipe no está aquí?

Liasa miró de reojo a Semira, que perdió el color de la cara cogiéndola del brazo para volverla. —¿Cómo que no han regresado?

—Rucer lleva buscándoles dos meses. Al principio pensábamos que se había alargado la luna de miel. No es extraño que duren dos o tres meses, pero al quinto mes nos empezamos a poner nerviosos.

—¡Al quinto mes! ¡Se suponía que estarían fuera hasta que se calmaran las cosas y la noticia de la muerte de la princesa ha corrido por todo el reino!

Liasa hizo una mueca. —Pues ellos no se han enterado, o les da igual o...

—Les ha pasado algo —susurró Rea.

Nerviosa se volvió entrando en palacio todo lo rápido que podía y corrió por los pasillos hasta las habitaciones del rey. La guardia le bloqueó la puerta. —¡Dejadme pasar!

—No puede, elegida —dijo uno de ellos asombrado—. Ahora no...

—¡Aparta! —Le cogió por el brazo tirando de él y como no podía tocarla no tuvo más remedio que dejarla pasar. Entró en el salón y al ver que estaba vacío gritó —¡Rogar!

Caminó hasta su habitación que tenía la puerta entornada y la empujó con fuerza para pasar como si fuera a la guerra. Una mujer chilló cubriéndose con las sábanas y el Rey apenas cubierto en sus partes nobles la miró atónito. —

¡Semira! ¡Estás viva!

—¡Al parecer tienes problemas para encontrar a la gente! ¿Dónde está mi hermana?

—¡Eso me gustaría saber a mí!

Miró de reojo a la mujer que estaba a su lado y al ver un mechón pelirrojo jadeó yendo hasta la cama para apartar la sábana. —¡Sira! ¿No te da vergüenza? ¡Podría ser tu padre!

Su amiga levantó la barbilla. —Soy su concubina y le quiero.

El rey sonrió como un estúpido y Semira gruñó cruzándose de brazos. —¿Pero a ti no te gustaban más las rubias? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡No me digas que no has elegido a Ramsa! ¡Se lo había prometido!

—¿Con qué derecho?

—¡Por ayudarme! ¿La has elegido o no? —Sira sonrió y Semira suspiró del alivio. —Menos mal. —Se sentó en la cama y el rey gruñó al ver su barriga. —Ya sabías que me acostaba con él. ¡No sé a qué viene esa cara! ¡Estas cosas pasan!

—Por eso te fuiste, ¿verdad? No querías que dijera a todos que el niño era mío.

—¡No es tuyo!

—Eso ya lo sé. Tengo muy claro que es de Rucer.

—Pues él no lo tiene tan claro.

Sira jadeó. —¿Duda de que sea el padre? ¡Cariño tienes que hablar con tu general! ¿Cómo puede tener esa opinión de ella?

—¡Será porque ha desaparecido! ¡Creerá que se escapó con un hombre de Candes o de aquí! ¡La verdad es que después de todo lo que ocurrió, no sabía que pensar! ¡Ninguno lo sabía!

Se levantó y Semira le hizo una mueca a su amiga. —Para ser un viejo no está tan mal.

Sira soltó una risita. —Es que ahora le obligo a hacer los ejercicios del abuelo.

—Ah...

Se abrió la puerta de golpe y Rea, Liasa y Clod se detuvieron en seco mientras Sira gritaba cubriéndose con las sábanas hasta la cabeza. Semira puso los ojos en blanco. —Es su concubina.

Liasa jadeó. —¡Rogar! ¡Hacía años que no usabas el harem!

—¿Eso cómo lo sabes? —preguntó Semira intrigada.

—Tengo amigos con oídos.

—¡Y con lengua por lo que veo! —gritó el rey.

Liasa levantó la barbilla. —Hay que tener espías en todas partes.

—¡Ya empezamos otra vez! —Semira se levantó exasperada. —¡Tú y tus intrigas!

—¡Sí, échame a mí la culpa de todo! ¡Yo solo te he ayudado! —
Entrecerró los ojos. —Por cierto, ¿por qué has vuelto?

Semira los miró a todos y recordó la razón por la que estaba allí. Las palabras de Rucer y lo que ocurrió después volvió a su memoria con fuerza y sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas, echándose a llorar dejando estupefactos a todos, sobre todo al rey.

—¡Todos fuera! —gritó su majestad furioso—. ¡Tengo que hablar con mi elegida!

—¿Tú qué? —preguntó Sira mosqueándose.

—Cielo, ahora no. —Se acercó a Semira y la abrazó a él.

Entonces se dio cuenta de lo estúpida que había sido. Si hubiera confiado en él y hubiera regresado a palacio, todo habría sido muy distinto.

Sira se levantó furiosa de la cama tirando de la sábana y se envolvió en ella antes de salir de allí con la cabeza muy alta. Rea la siguió. —Ya me contarás esto, amiga. Que calladito te lo tenías.

—No había nada que contar.

Liasa le hizo un gesto a Clod para que saliera, pero se hizo el loco. Le cogió por la oreja tirando de él. —¡Serás bruta!

—¡Niño, más respeto!

Cuando cerraron la puerta, el rey la apartó para mirar sus ojos y suspiró negando con la cabeza. —Cuéntamelo todo. —Se sonrojó de la vergüenza. —Prometo no regañarte, aunque debería. Nos diste un buen disgusto. —La llevó hasta la cama y la sentó. Él lo hizo a su lado y le cogió la mano. —¿Por qué te fuiste? ¿Por el bebé?

—Creía que no te lo tomarías bien.

Él apretó los labios. —Pues no. No me lo hubiera tomado bien en ese momento. Tenía muchos planes para ti. Para nosotros.

—Yo no quería esos planes.

—Solo querías a Rucer. Por eso te hiciste elegida. Para estar con él.

Semira miró su mano y el sello real. Podía haberlo tenido todo, podía haber sido reina, pero ella solo quería a Rucer. —Deduzco que te fuiste para

protegerte a ti y al bebé de mi ira. Pero creo que hubiera sido comprensivo. O puede que no. En ese momento solo quería que todo el reino viera la reina que había conseguido para ellos y no hubiera pensado en vosotros. Igual un bebé no se hubiera interpuesto en mis planes.

—¿Así que hice bien?

—¡No! ¡No hiciste bien! ¡Me quedé sin mi reina! ¿Sabes lo contento que estaba el pueblo con tus sugerencias?

Semira sonrió. —Sí, lo sé. Lo he visto.

El rey correspondió a su sonrisa. —Hubieras sido una reina estupenda y no tendrías que haber renunciado a Rucer. Te lo dije.

—¿Teniendo a sus hijos como si fueran tuyos? —El rey gruñó. —Por eso me escapé.

—Muy bien. Lo entiendo. Protegiste a tu bebé del ogro de tu rey que quería dominar tu vida. ¿Pero por qué has regresado?

Agachó la cabeza y el rey vio como una lágrima recorría su nariz hasta la punta. —Eh... ¿Qué ha ocurrido?

—Me encontré con Rucer por casualidad y no creyó que fuera suyo.

—Eso lo entiendo. Hace meses que no sabe de ti.

—Y consiguió que nos echaran de las tierras que habíamos arrendado.

El rey se tensó. —Explícate.

—Los soldados de nuestro señor fueron a nuestra casita y nos echaron. —Se echó a llorar. —Dijeron que era una puta. Rucer también lo dijo. Me humillaron y me echaron de mi casa cuando le había pagado una copa de oro que le robamos al rey de Candes para la huida. Tenía derecho a esa casa y a esas tierras durante todo un año. Nos echaron como a perros y no teníamos a donde ir. Así que...

—Viniste a buscar a tu hermana. —Suspiró levantándose yendo hasta la jarra de plata que tenía sobre la mesa. Sirvió una copa de vino y se acercó. —Bebe. Te sentará bien.

Cogió la copa de entre sus dedos y le miró a los ojos mostrando su preocupación. —¿Les habrá ocurrido algo? Deberían haber vuelto.

—Sí, deberían haber vuelto. ¡Cómo Rucer debería haber protegido a mi hijo como le ordené! ¡Pero decidió no hacerlo y ahora no sabemos lo que ha ocurrido! ¡No hay ni rastro de ellos!

—Pero tenían dinero o...

—Mi hijo se llevó una bolsa bien llena. ¡Mi regalo de bodas!

—Pero alguien ha tenido que verles o...

—¡Semira, no hay rastro de ellos! Ninguna aldea de los alrededores les ha visto pasar —dijo atónito.

Jadeó de miedo levantándose. —¡Los bandidos! ¡Los que me atacaron de la que veníamos hacia aquí!

—Hubieran pedido un rescate.

—¡Yo no sabía que era el príncipe cuando le conocí! ¡Seguro que salió de palacio con ropa normal y no como todo el mundo espera que sea un príncipe!

Su rey palideció y se volvió nervioso abriendo la puerta. Todos estaban allí poniendo la oreja. —¡Será posible! —vociferó—. ¿No se puede tener intimidad en esta casa?

—Casa, lo que se dice casa no es —dijo Clod haciendo que Rea soltara una risita.

—¡Guardias!

La puerta se abrió y los guardias rojos como un tomate esperando la reprimenda, se pusieron uno al lado del otro. —¡Traer al general!

—No está en palacio, Majestad.

—¡Eso ya lo sé, idiota! ¡Buscadle en las tierras de su padre! Ha vuelto allí para revisar de nuevo toda la zona en busca del príncipe.

Ahora sabía por qué la habían pillado. Seguramente tarde o temprano lo hubiera hecho, porque seguro que iba a ver a su señor para hablar con él y revisar las casas buscando a Let y a Solom. El rey se volvió y al ver su palidez chasqueó la lengua. —Te quedarás en palacio, por supuesto. Liasa dale las mejores habitaciones.

Su prima carraspeó. —Son las de la reina.

—Pues esas.

—Ya empieza el lío de nuevo —dijo su hermano divertido.

—¿Qué haces, Rogar?

—Son los honores que mereces. Además, Rucer se merece una lección y se la vamos a dar por no confiar en ti ni en sus sentimientos.

—¡Y por no tener los arrestos de enfrentarse a usted, rey! —exclamó su hermano subiéndose los pantalones—. Dígalo sin miedo.

—¡Clod! —le recriminó Liasa—. Niño, esa lengua.

—¡Si la amaba, tenía que haber luchado por ella!

—Bien dicho. —El rey asintió y Semira le miró con rencor. —No me mires así. El niño tiene razón. Debería haber venido a mí y haberme dicho que

quería a una aldeana. Puede que no me pareciera bien al principio, pero si me hubiera amenazado con irse, yo hubiera hecho la vista gorda por mi general. Pero prefería hacerte su amante a luchar por ti.

Semira se echó a llorar y se cubrió la cara con las manos. —No me quiere.

—Claro que te quiere. Lo que pasa es que se ha dejado arrastrar por los acontecimientos y por los celos. Conseguiremos que luche por ti. Ya verás.

—Antes de irme... —Sollozó sin poder evitarlo.

—Dime preciosa. ¿Antes de irte...?

Levantó su rostro lleno de lágrimas. —Me dijo que nos fuéramos juntos y yo me negué.

—¿Por qué?

—¡Porque Rucer lo perdería todo! —le gritó al rey furiosa—. ¡No sería feliz conmigo perdiendo todo por lo que había luchado tanto!

El rey asintió. —Hiciste bien. —Frunció el ceño. —De hecho, haberte ido creo que ha sido una buena decisión.

—¿De verdad?

—Sin duda. Tengo a Liasa que piensa como tú en ciertas cosas y me abre los ojos. —Le guiñó un ojo. —Y tengo a Sira.

—¡Espero que la trate bien! ¡Si no le tiraré de las orejas!

El rey se echó a reír asintiendo antes de mirar a su amante que se había sonrojado. —¿Te trato bien, cielo?

—Claro que sí, mi amor.

El rey se sonrojó de gusto como un adolescente y Semira vio que estaba enamorado de ella. Increíble.

—Ahora creo que debes descansar. El bebé no tardará en llegar y debes conservar las fuerzas.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. Gracias a ti he recuperado el cariño de los míos. —La besó en la mano y Semira salió de la habitación. —Liasa ocúpate de todo.

—Sí, majestad.

No tuvieron que ir muy lejos. En cuanto salieron de sus habitaciones solo tuvieron que cruzar el pasillo. En cuanto Liasa abrió la puerta, dejó caer la mandíbula del asombro por el increíble salón lleno de sedas y flores que estaba viendo. Era tan grande como el del rey e igual de lujoso, pero con un toque

femenino. Let estaría encantada de ver aquello.

—¿Te envió a Alae para que sea tu asistente?

—¿A Alae? —preguntó confundida—. ¿Necesito asistente?

—Puedo ayudarla yo —dijo Rae alucinada mirando el techo pintado como si fuera un jardín.

—Tú eres otra invitada. La mandaré llamar.

Su antigua señora iba a salir de la habitación. —Liasa... —Se volvió sonriendo. —¿Eres feliz aquí?

—Durante años odié vivir en palacio, pero después de pasar por un matrimonio como el mío, he vuelto con mucho gusto.

—Sí, ¿pero Russ?

Liasa se sonrojó. —¿Qué quieres decir?

—Sé que le amas. Lo vi en tus ojos.

—No digas tonterías, niña.

Avergonzada salió de la habitación a toda prisa y Rea la miró levantando las cejas. —Está enamorada de él. Yo no vi sus ojos, pero sí que acabo de ver su reacción y ésta acaba con nuestro señor como me llamo Rea.

—Lo dudo con ella aquí y él allí. Igual por eso no ha vuelto. Para no hacerse ilusiones —dijo su hermano dejándolas de piedra.

—Enano, qué listo eres —dijo Rea divertida.

—¡El año que viene ya no podrás llamarme enano!

—Buscaré otra cosa. Tú tranquilo.

Semira se echó a reír viendo su indignación. —Calma, chicos. Vamos a comer algo que estoy hambrienta.

Rea salió de la habitación. —¡Comida!

Clod se echó a reír. —Serás bruta. No has aprendido nada en los días de palacio.

Su amiga se sonrojó. —¡Claro que he aprendido!

Estaba claro que nunca dejarían de discutir. Semira se sentó al lado de la ventana y miró al exterior acariciándose el vientre.

Su hermano que discutía a voz en grito con Rea, se detuvo al ver que parecía a punto de llorar de nuevo. Clod se acercó dejándola con la palabra en la boca para sentarse ante su hermana. —¿Qué pasa?

—¿Y si les ha pasado algo? Sería culpa mía.

—¿Cómo vas a tener culpa de esto? —dijo su amiga indignada—. Hiciste lo que pudiste por ellos y se casaron de inmediato. Les hiciste felices.

—Pero les dije que se fueran...

—¡Si no lo hubieras hecho, quién sabe lo que hubiera pasado! ¡Puede que el príncipe estuviera muerto o tu hermana! Ninguno vemos nuestro destino, así que deja de llorar que te vas a poner mala. Tú no tienes la culpa de nada.

Miró a su amiga a los ojos. —¿Entonces por qué me siento culpable de cada cosa que ha ocurrido desde que murió mi padre? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Culpable de no hacerle caso y ser una buena elegida para cuidar a mi familia. Culpable de querer a Rucer y arriesgarlo todo entregándome a él. Me siento culpable de todo, porque desde que entró en mi vida, tengo la sensación de que no he hecho nada bien.

—Él es quien no hizo nada bien. Como te ha dicho el rey, debería haber sido Rucer quien luchara por ti si te quería.

—Entonces es que no me quería —susurró antes de volver la vista de nuevo hacia la ventana—. O no me quería lo suficiente.

Rea y Clod se miraron. —Se hubiera ido contigo —susurró su hermano—. Lo hubiera abandonado todo por ti.

—¿Lo hubiera hecho? —preguntó su amiga estremeciéndola—. ¿Lo hubiera hecho de verdad? Siento decir esto porque sé que te voy a hacer daño, pero si te hubiera querido, si te amara por encima de todo como insinuó esa noche en la tienda de campaña del rey, jamás hubiera dudado de que ese hijo es suyo. Debería haberse alegrado de que estuvieras viva. —Los ojos de Rea demostraron su propio sufrimiento. —Porque si yo volviera a ver a Levon, me daría la alegría más grande de mi vida. Sé que fue un cerdo que solo me utilizó, pero yo le amaba y daría lo que fuera por ver su sonrisa una vez más.

—¿Es una broma? ¿Comparas a Levon con mi hermana?

—Mira niño, estamos hablando de sentimientos.

—¡No! ¡Estamos hablando de un traidor a la corona y mi hermana que no tiene una pizca de maldad en todo su cuerpo! ¡No es lo mismo! ¡El general debería besarle los pies a mi hermana suplicando su perdón, porque cada cosa que ha hecho en la vida ha sido por el bien de los demás, incluso sacrificándose a sí misma! ¡Cómo hizo esa noche rechazándole, lo hizo por su bien! ¡Y como vuelva a decir algo ofensivo de mi hermana de nuevo, no habrá reino donde pueda esconderse, porque le rajaré el cuello de parte a parte!

Salió de la habitación dando un portazo y las dos se quedaron con la boca abierta. Semira sonrió. —Ya es todo un hombrecito, ¿verdad?

—Menudo peligro tiene el niño.

Dos noches después, tumbada en la gran cama de la reina algo la sobresaltó y se sentó con esfuerzo mirando somnolienta a su alrededor. La luz de la luna se filtraba por la ventana y apartó el edredón de seda muy acalorada. Salió de la cama y se acercó a la puerta doble que llevaba al balcón, dejando que la brisa la aliviara. La luz de la luna hacía transparentar su silueta a través del fino camión y su larga melena rubia brilló, mostrando lo hermosa que estaba. Un ruido al otro lado de la habitación la puso alerta y miró hacia la puerta. Se tensó al ver la silueta de un hombre y asustada cogió el abrecartas de oro que tenía al lado levantándolo.

El hombre dio un paso hacia ella y Semira gritó —¡No te muevas! ¡Guardias!

Dio otro paso hacia ella y Semira se sorprendió al ver a Rucer, bajando algo el brazo que empuñaba el arma. La miraba como si la odiara y levantó la barbilla. —¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás buscando al príncipe?

—Puede que te creas la reina, pero de momento no tengo que darte explicaciones. Solo quería comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Comprobar el qué?

—Que pasas de un hombre a otro sin ningún escrúpulo.

Semira palideció. —¿Qué dices? ¿Estás loco?

Sonrió malicioso. —¿Crees que soy imbécil? Ya me extrañaba a mí que no regresaras de inmediato a la frontera después de entregar a Arna. —A Semira se le cortó el aliento por el odio que emanaba. —Fui a su palacio cuando desapareciste y descubrí por uno de mis espías que habías dormido en sus habitaciones. Eso no tiene nada que ver con tu historia de cautiva, ¿verdad? Además, tu hermano y tu amiga estaban bien. No parecían haber pasado cautiverio en absoluto. —Dio un paso hacia ella amenazante. —Qué más da que el hijo sea de uno o de otro, ¿verdad Semira? Te asustaste por si Rogar se enteraba y huiste en cuanto tuviste ocasión con lo que le robaste a Davit. —Se echó a reír con maldad por la sorpresa de su rostro. —Sí, estuve allí y hasta vi donde habías dormido. La cama de la reina. Como esa. —Semira sintió que se le estremecía el vientre al ver en sus ojos que la mataría si pudiera. —Así que como había descubierto tu secreto, has decidido volver y convencerle de que es suyo. Y por lo que veo te ha creído. ¿Crees que debería hablar con él y explicarle todo lo que sé?

—Haz lo que quieras —susurró.

—Me das asco. Eres una vendida que busca hacerse reina sin importarle

qué rey comparte su cama, pero yo te voy a descubrir. Todo el reino sabrá lo puta que eres.

Los ojos de Semira se llenaron de lágrimas porque la odiaba. —Vete.

Furioso le pegó un golpe a su brazo haciendo caer el abrecartas y la cogió por la nuca inclinándola hacia atrás. —¡Debería matarte por regresar a palacio! —le gritó a la cara.

—Pues mejor esperas a que dé a luz a tu hijo.

Su otra mano la agarró por el cuello. —¿Dices que es mío? ¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes de quién es, zorra? ¿Crees que soy tan estúpido como para hacerme cargo de un hijo que puede ser de cualquiera? —Apretó la mano que tenía en su cuello y asustada cogió su brazo. —Debería matarte a ti y al bastardo de tu hijo. Eso nos ahorraría muchos problemas.

—Rucer... —Una lágrima corrió por su sien y a él se le cortó el aliento viendo su recorrido hasta llegar a su cabello. Torturado se apartó y Semira cayó de rodillas al suelo cubriéndose la cara con las manos, llorando sin poder evitarlo.

—Semira...

—¡Vete! —gritó desgarrada—. ¡No quiero verte más!

La puerta se abrió de golpe y el Rey entró en la habitación rodeado de guardia. Al ver a Semira tirada en el suelo, Rea se acercó a ella arrodillándose a su lado asustada y la abrazó mientras lloraba. Rogar apretó los labios furioso. —Rucer, ¿qué has hecho?

Se volvió hacia él fuera de sí. —Tranquilo, majestad. No la he forzado. Aunque regala sus favores, no disfrutaría con ella. Eso te lo aseguro.

El rey palideció al escuchar la burla en su voz y gritó —¡Todos fuera! — Cuando los soldados salieron cerrando la puerta, dio un paso hacia él. —Estás tan equivocado...

—Lo dudo. Hay cosas que no te he contado por no dañarte, pero...

—¿Qué cosas? —Miró a Semira que seguía abrazada a su amiga sin dejar de llorar. —¿Qué es hijo tuyo? ¡Ya lo sabía, estúpido!

Rucer se tensó apretando los puños. —¡El estúpido eres tú! ¡Se acostó conmigo y con el rey Davit! ¡Y después de que huyera, he dudado que se hubiera acostado contigo porque no quería que te enteraras!

—¡Eso es mentira! —gritó Rea asombrada—. ¡No la ha tocado más hombre que tú! ¡En Candes estuvo enferma! Muy enferma y el rey solo la vio una vez en su habitación. ¡Fue cuando Semira le pidió regresar! ¡Mientes! ¡Quieres cubrir tu falta destruyendo su reputación!

—¿Mi falta? ¿Qué falta, mujer? ¡No le debía nada! ¡Era una aldeana que podía usar a mi antojo y ella lo hizo con gusto! ¡Cómo lo hizo con gusto con dos reyes!

Semira sintió que se le rompía el corazón.

—¡Rucer! ¡Sal de la habitación ahora mismo! ¡Te recuerdo que en aquel momento no podías tocarla porque era mía! —gritó el rey—. ¡No tuya para hacer lo que quisieras con ella sino mía! —Su general se tensó. —Lo pasé por alto en su momento, pero sigue diciendo esas cosas y me obligarás a que todos vean como aplico la ley.

La amenaza de sentencia de muerte hizo el silencio en la habitación. Rucer apretó los labios. —¿Me amenazas a mí?

—¡Sal de la habitación! ¡Ya le has hecho bastante daño por tus estúpidos celos! ¡Nunca la he tocado y estoy seguro de que Davit tampoco! —Rucer palideció. —¿Sabes por qué te rechazó? Porque sabía que no serías feliz a su lado. Porque sabía que en cuanto lo perdieras todo, se lo recriminarías en algún momento. Por eso te dijo que no se iba contigo, aunque para ella lo hubiera sido todo porque te ama, Rucer.

—¿Cómo sabes que él no la ha tocado? ¡A mí me han dicho que dormía en sus habitaciones!

—¡Serás idiota! ¡Era la prometida de un rey y la habían maltratado! ¡Cuándo se dieron cuenta de su error, la agasajaron y solo cuando ella prometió que no causaría problemas y que me convencería de que todo estaba bien, la dejaron irse! ¡Estaba cautiva y todos creían que estaba esperando el hijo de un rey! Davit se dio cuenta de que estaba a punto de perderlo todo por haberla tratado así y no quería devolverla hasta que se recuperara. ¡Semira intentaba arreglar el conflicto, no disfrutando de una aventura con un rey que acababa de perder a su hijo y que estaba a punto de entrar en guerra con las fronteras bloqueadas! ¡El mismo rey Davit me lo ha contado todo en una extensa carta, temiendo que pensara que la había tocado y me deseaba que mi hijo naciera fuerte y sano como el que él había perdido! Y puesto que yo no la he tocado, ¿de quién crees que puede ser el hijo que espera?

Rucer palideció y miró a Semira que escondió su rostro en el cuello de Rea que le miró con odio. —¡Fuera de la habitación! ¡No te acercarás más a ella! ¡Nunca la has querido!

La abrazó con fuerza y al ver que se le escurría, la miró asustada. — ¡Semira!

Sintió como le faltaba el aire y cayó al suelo desmayada. Lo agradeció porque ya no soportaba más el dolor.

—Tiene prohibida las visitas por orden del rey y de su concubina Sira — dijo una voz de hombre a la puerta del salón—. Solo pueden entrar ellos y la elegida con su hermano. Nada más. ¡Llevo diciéndoselo dos días, general!

—¡Abre la puerta! —gritó Rucer al otro lado.

—¡General, es orden real y no pienso moverme de esta puerta! ¡Apártese antes de que tenga que arrestarle!

Sira perdió la paciencia y dejó caer el paño frío sobre su frente saliendo de la habitación a toda prisa.

Rea forzó una sonrisa sentada a su lado y le acarició la mano. —Ahora se va. Tranquila.

—Quiero irme de aquí —susurró reprimiendo las lágrimas—. Quiero ver a Let para saber que está bien e irme muy lejos.

Preocupada miró a Clod que estaba sentado en la ventana con ganas de llorar. —Nos iremos, hermana. Te lo juro. Veremos que es feliz y comprobarás que has hecho bien. Después nos iremos.

Se volvió de costado para mirar a los ojos a su hermano. —Ven aquí.

El niño corrió hacia ella y se echó a llorar tumbándose a su lado. —¿Te pondrás bien? Me dijiste que ya no enfermarías.

—No estoy enferma. Y estoy bien.

—Tú nunca estás en la cama.

Le besó en la frente y se apartó para que la mirara a los ojos. —Voy a tener el bebé. Y después me levantaré. Te lo juro. Sabes que nunca he quebrantado un juramento, ¿verdad? —Su hermano asintió. —Pues ahora quiero que vayas al salón y esperes. En unas horas podrás entrar de nuevo. Los hombres no deben ver estas cosas. —Clod asintió mientras Alea entraba en la habitación con agua caliente en una jarra.

Sintió un fuerte dolor en el vientre, pero no movió un gesto para no asustar a su hermano. Cuando se le pasó, forzó una sonrisa. —Ve. Te llamarán en cuanto puedas entrar.

Siguió forzando la sonrisa mientras Clod se alejaba y cuando cerró la puerta tras él, dejó caer la cabeza sobre las almohadas perdiéndola del todo.

—No tienes por qué fingir que te encuentras bien.

—Es un niño. Y ya ha sufrido mucho. Solo me tiene a mí y está aterrado. —Miró a su amiga a los ojos sintiendo miedo por él. —Le cuidarías si a mí me ocurre algo, ¿verdad?

Los ojos de Rea se cuajaron de lágrimas. —Por supuesto. Le quiero como a un hermano. Lo sabes.

—Gracias.

—No me las des. Vas a parir a tu hijo y todo volverá a la normalidad. Regresaremos a la aldea y seremos felices.

La miró con tristeza. —Nunca regresaré a la aldea. La posibilidad de verle, me revuelve las tripas. No quiero verle nunca más.

—Pues nos iremos a otro sitio. Seguro que el rey nos ayuda, ya verás.

El dolor de la espalda rodeó su barriga y gimió llevándose las manos hacia allí. Sira entró de nuevo en la habitación refunfuñando y al verla sonrió. —Vamos a ver cómo estás. Llevas todo el día, así que quedará poco.

—Eso espero. Duele muchísimo. —Cerró los ojos relajada después del dolor y su amiga apartó las sábanas para mirarla entre las piernas. Sira levantó la cabeza y la cubrió de nuevo haciendo una mueca. —¿No...?

—Queda un poco. Eres primeriza y cuesta un poco más. Debes tener paciencia.

Miró el techo y suspiró. —Esta espera se me hace eterna.

Un cristal se rompió sobresaltándola y atónita vio a Rucer pasando desde la habitación de al lado. —¡Guardias! —gritó Sira escandalizada—. ¡Guardias!

Rucer entró en la habitación y Rea gritó de rabia, cogiendo un jarrón de la mesilla y tirandoselo a la cabeza. —¡Fuera de aquí!

Él lo esquivó con el brazo y la miró a los ojos arrepentido. —Semira...

Se volvió dándole la espalda y suplicó —Sacarle de aquí.

—¡Semira, lo siento! Te lo juro, preciosa. Te amo.

Se tapó los oídos gritando que le sacaran de allí y escuchó como forcejeaba con los soldados mientras ellos le decían con firmeza que estaba arrestado por orden del rey.

—¡Clod, no! —gritó Rea.

Asustada se volvió para ver a su hermano atacando a Rucer con un cuchillo. Gritó al ver que le clavaba el cuchillo en el brazo justo antes de que Rucer le cogiera por la cintura elevándole. A Semira le vino una contracción y gritó de dolor agarrándose el vientre, provocando que todo el mundo se detuviera. Rucer se acercó a ella dejando a Clod en el suelo y al ver el cuchillo se lo arrancó del brazo tirándolo a un lado. —¿Qué tienes? ¿Es el bebé?

Parecía tan preocupado y Semira sin poder evitarlo le miró a los ojos. —No quiero verte más.

—No digas eso. Por favor, no digas eso.

—¡Estás manchando las sábanas de sangre, Rucer! ¡Fuera de aquí! — protestó Sira. Rucer intentó coger sus manos y ella se apartó como si la hubiera golpeado. Él perdió todo el color de la cara. —¡Sal de aquí! ¡Va a parir y no necesita esto!

Rucer se levantó y los soldados le cogieron por los brazos, sacándole de la habitación a toda prisa. Semira sintió como otro dolor la atravesaba y gritó sin poder evitarlo. Clod impresionado dio un paso atrás y vio como Sira levantaba la sábana. —¡Ya está aquí! ¡Rea, el niño! ¡Sácalo de la habitación!

Se volvió hacia él y le cogió por los hombros. —Vamos Clod, tienes que salir.

Se dejó llevar al exterior y mientras Rea cerraba la puerta, vio cómo su hermana se retorció de dolor. Muy asustado mirando la puerta cerrada, la escuchó gritar durante horas y cuando al fin un bebé lloró, se echó a llorar él también del alivio. Impaciente esperó a que se abriera la puerta, pero eso no pasó y nervioso preguntó —¿No puedo entrar? ¿Semira?

Otro grito desgarrador le sobresaltó y escuchó una palmada antes de que otro llanto se escuchara dentro de la habitación. —¿Semira? —preguntó asustado pensando que había muerto.

La puerta se abrió lentamente y al ver a Rea mirándole con lágrimas en los ojos, corrió hasta ella abrazándola por la cintura. —¿Ha muerto?

—¿Clod? —preguntó Semira agotada desde la cama.

Sorprendido la miró con los ojos como platos para verla extendiendo su mano. Corrió hasta su hermana y se la cogió antes de lloriquear diciendo —Pensaba que...

—Shuss, estoy bien. ¿No te lo había dicho? Te lo juré, ¿no?

—Sí... —Besó a su hermana en su frente sudorosa y Alea se acercó a la cama con un bultito en los brazos. —Tu sobrino.

Rea se colocó a su lado con otro bultito mientras Sira se secaba las manos y decía —Tu sobrina.

Miró a su hermana con los ojos como platos y sorbió por la nariz pasándose la mano por ella. —¿Dos?

Las mujeres se echaron a reír y se acercaron para que les viera. Eran morenos y estaban muy rojos. Semira suspiró de la alegría cuando le colocaron uno a cada lado y emocionada les miró. —Son bonitos, ¿verdad?

Clod se lo estaba pensando y las tres le miraron antes de echarse a reír al ver su indecisión. —Cielo, dentro de unas horas serán más guapos, ya verás. Es que han hecho un esfuerzo enorme.

—Ah... Entonces pregúntamelo dentro de unas horas. —Alargó su dedo para tocar un dedito de la niña. —Es muy pequeña...

—¿Cómo los vas a llamar, Semi? —preguntó Rea emocionada.

—He pensado mucho en ello —susurró mirando a sus hijos—. Pero ahora no sé.

Su amiga se dio cuenta de su dilema. Cuando Rucer aún no la había encontrado, seguro que le habría gustado ponerle su nombre, pero ahora todo había cambiado de nuevo y ponerle el nombre de un padre que la había acusado de que el hijo no era suyo, le creaba un conflicto interior.

—¡Ya lo sé! —dijo Clod—. La niña se puede llamar Ólia. Y él se puede llamar Rogar. Como el rey.

—¿No sería mejor el nombre de mamá? —preguntó mirándole a los ojos.

Su hermano se sonrojó de la vergüenza. —Yo no la conocí y Ólia...

—Fue nuestra madre durante todos esos años y demostró que nos quería. Se lo debo. —Sonrió a su hermano. —Tienes razón. ¿Y por qué el nombre del rey?

—Porque es un buen hombre y es el padre de todos sus vasallos. A padre no le molestaría. Estaría orgulloso de que su nieto llevara el nombre del rey.

—Pues se llamarán así. —Miró a las chicas que escuchaban con lágrimas en los ojos. —Os presento a Rogar y a Ólia. Mis hijos.

Ellas aplaudieron y Clod la miró orgulloso, cuando alguien se asomó por la puerta. Al ver que el rey se echaba a reír acercándose, Semira sonrió. —Increíble, niña. Tenía que haberme casado contigo con los niños tan guapos que haces.

—Majestad, le presento a Rogar y a Ólia.

El rey la miró sorprendido. —¿Rogar?

Le miró con cariño. —Quiero que mi hijo lleve el nombre de un gran hombre. Y no conozco otro como usted.

El rey se emocionó y rodeó la cama mientras Sira se limpiaba las lágrimas. —¿Este es el niño?

—Sí, cielo. Ese es Rogar.

Lo cogió con mucho cuidado y lo acunó. —Es guapísimo.

Clod hizo una mueca y todos se echaron a reír. —Venga, que la madre tiene que descansar —dijo Sira unos minutos después al ver que se le cerraban los ojos—. Descansa, nosotros nos encargamos de ellos. Puedes estar tranquila.

—Gracias.

El rey le entregó el bebé a Sira y ella le miró a los ojos. —Lo arreglaré. No te preocupes.

Los ojos de su amante brillaron. —¿Lo harás?

—Claro que sí. Es lo bueno de ser rey, que puedo hacer lo que me venga en gana.

Sira soltó una risita y miró al bebé que metía un puñito en la boca. —¿Me darás uno?

Los ojos del rey brillaron. —Lo intentaré, preciosa. Lo intentaré. —La besó en la frente antes de alejarse y Sira sonrió.

—Me alegro mucho por ti. Le amas —susurró Rea.

—Sé que lo encontrarás raro, pero yo no veo su edad. Le quiero y me hace muy feliz.

—Pues eso es lo único importante.

Sira la miró de reojo perdiendo la sonrisa. —Sentí lo que ocurrió con Levon...

—No hablemos de él. No merece malgastar ni un minuto más de mi vida. —Miró a la niña que tenía en brazos. —Es igual que Rucer.

—Pues mejor, así no dudará de que sea hijo suyo.

—Por como la miró antes creo que ya no lo duda, pero...

—Rogar lo arreglará. Confíemos en él.

Capítulo 15

Semira no pudo evitar pensar en los días posteriores en la mirada de arrepentimiento de Rucer, pero cuando no volvió a intentar verla, se dio cuenta de que ya se había dado por vencido. Aunque no sabía de qué se sorprendía cuando él nunca había insistido demasiado en estar a su lado. Pero había esperado que quisiera ver a los niños.

Dos semanas después el rey organizó una merienda en el jardín. Los niños se los cuidaría Alea y fue, deseando jugar a los múltiples juegos que veía desde la ventana. Había tiro con arco y fue hasta allí con Rea. Las concubinas se reían por algo que había dicho Sira y al verlas llegar las retaron. Estaba cerrando el ojo para dar en la diana cuando alguien le sopló al oído. Protestó cuando la flecha salió disparada fuera de la diana y se volvió para reprender a Sira, cuando ante ella vio la sonrisa de su hermana. Chilló de la alegría abrazándola con fuerza. Lloraban y reían a la vez sin dejar de abrazarse y cuando vio al príncipe tras ella casi no le reconoció. Era todo músculo e incluso parecía más alto. Asombrada se apartó de Let. —¿Pero qué te han dado de comer?

El rey se echó a reír mirando orgulloso a su hijo y le dio una palmada en la espalda. —Mi hijo ha vuelto sano como un toro.

Let soltó una risita. —¿A que está guapo?

—Esposa, no me avergüences. —Se acercó y le cogió la mano a Semira besándosela. —La maternidad te ha sentado maravillosamente. —Se sonrojó con intensidad cuando le besó la mano y la miró a los ojos. —Gracias. Por todo.

—Va, tonterías. —Emocionada cogió a su hermana por el brazo y sonrió radiante. —Estás aquí. No me lo puedo creer. ¿Dónde estabais? Nos teníais preocupados.

—En el pabellón de caza —respondió Let algo avergonzada—. Pasamos allí la primera noche y decidimos quedarnos una semana más. Al final no nos fuimos. Ha sido maravilloso. El abuelo de Sira nos visitaba a menudo, pero nunca nos dijo que ocurriera algo que debiéramos saber.

—Mi abuelo siempre tan discreto. Es porque es médico. Sabe guardar secretos.

—Menos mal que Rucer nos encontró, porque si no hubiera sido así, no

nos decidíamos a regresar a palacio. —El príncipe sonrió a su mujer. —Han sido los mejores meses de mi vida.

—Lo mismo digo, mi amor.

—El pabellón es vuestro para regresar cuando queráis alejaros de palacio —dijo su padre satisfecho—. Ven, hijo. Tengo mil cosas que contarte. Han ocurrido acontecimientos que han cambiado la vida en el reino y Semira ha tenido mucho que ver.

Let soltó una risita. —Estoy segura.

Semira les vio alejarse. —Es increíble lo que ha cambiado.

—Para mí el cambio no es tan enorme como para ti. —Orgullosa hinchó el pecho. —Descanso, comer y mucho ejercicio. —Se sonrojó cuando se dio cuenta de lo que había dicho y todas se echaron a reír.

—¡Let!

Se volvieron para ver a Clod que salía del laberinto y su hermana corrió hasta él. Semira se emocionó al ver su abrazo y como llenaba de besos la cara de su hermano. Rea se colocó a su lado observándoles con cariño. —Está sana y salva.

—Y preciosa.

—Está enamoradísima y su cara irradia alegría. —La miró de reojo. —
¿Ya estás más tranquila?

—Sí. —Sonrió viendo como su hermano hablaba precipitadamente como si le estuviera contando todo lo que les había ocurrido en esos meses. —La necesitaba de vuelta, pero va a enterarse de cosas que la disgustarán.

Vio como Let se arrodillaba ante su hermano y perdía el color de la cara. Let la miró y Semira se acercó a ellos. —¿Es cierto? ¿Ha muerto?

—Sí, Ólia murió al poco de que os fuerais.

Los ojos de Let se llenaron de lágrimas. —Rucer no nos ha dicho nada. Aunque casi no nos ha contado nada de nada y por lo que dice Clod han ocurrido miles de cosas.

Asintió y forzó una sonrisa. —Pero sabes que eres tía, ¿verdad?

—De dos bebés preciosos. —Su hermana se levantó. —Vamos, quiero conocer a los nuevos miembros de la familia.

Clod corrió emocionado hablando con Rea de que él cogía a Rogar para enseñárselo a su hermana cuando Semira cogió del brazo a Let. —¿Rucer te ha contado lo de los niños?

—Oh, sí. Está muy orgulloso de ti. Dice que fue un parto muy duro, pero que lo conseguiste y que son morenos como él.

Semira se tensó. —¿Cómo sabe que son morenos si no los ha visto?

—Claro que los vio. Antes de salir a buscarnos de nuevo los vio. Dijo que nunca había visto unos bebés tan hermosos. —Let la cogió de la mano y riendo tiró de ella. —Ahora quiero verles yo. Vamos.

Su hermana ajena a su confusión tiró de ella y Semira se dejó llevar hasta la habitación de la reina que seguía utilizando. Al entrar en la habitación se detuvo en seco al ver a Rucer con la niña en brazos y cuando se volvió se miraron a los ojos. Nadie decía una palabra esperando su reacción y no tardó en llegar. —Deja a mi hija en la cuna —dijo fríamente.

—Semira...

—¡Deja a mi hija en la cuna! —gritó perdiendo los nervios.

—¡Hermana! —Let la miró sorprendida. —¿Cómo le hablas así a tu marido?

Semira no le hizo caso y se acercó a Rucer pálida del disgusto arrebatándole a Ólia de los brazos. —¡No la toques! ¡No es tuya y no tienes derecho a tocarla!

—¿Qué? —Su hermana miró confusa a Clod, que miraba con odio a Rucer que estaba pálido. —¿Qué ocurre aquí?

—Eso mismo digo yo —dijo el rey tras ellos muy serio. Su hijo entró tras él y Semira se tensó al ver sus ojos. La miraba fríamente. ¡A ella! —¿Qué ocurre aquí?

—Nada —dijo Rucer caminando hacia la puerta.

El rey le cogió del brazo deteniéndolo. —He pedido explicaciones. ¿Por qué le hablas así a tu marido, Semira?

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Mi qué?

—Tu marido.

—¡No es mi marido! ¡No es nada mío!

—Es tu marido porque lo digo yo.

El silencio posterior le hizo sonreír. —Estáis casados y es tu señor. — Rucer sonrió volviéndose y Rea jadeó indignada mientras Semira estaba blanca como la nieve. —¿No le querías como esposo? ¿No has tenido dos hijos con él? Pues eres suya. Está dicho.

Semira miró a su rey como si la hubiera traicionado y se volvió dándoles la espalda muerta de la rabia. Miró a su hija y entrecerró los ojos. La había rechazado desde el principio, había dicho que era una puta, que sus hijos no eran suyos, ¿y ahora estaban casados? Por encima de su cadáver.

Se volvió y miró a su rey a los ojos. —No. Antes muerta que estar casada

con él.

—¡Semira, no me provoques! ¡Es el padre de tus hijos! Le ocultaste que estabas en estado y tuvo las dudas que tendría cualquiera dadas las circunstancias.

—¡No!

—Eso ya lo veremos. ¡Guardias!

—Rogar... —Rucer dio un paso hacia Semira. —Así no.

—¡Se hará como yo diga! ¡Guardias! —Dos hombres aparecieron tras él. —Llevaos a los niños y que les preparen para partir.

—¡No! —gritó ella asustada mientras Clod daba un paso atrás con Rogar en brazos.

Let cubrió a su hermano mientras Rea se tiraba sobre uno de los guardias.

—¡No, majestad! —gritó Rucer tirándose sobre el otro para apartarle de Semira.

—¡General, no lo ordenaré más! ¡Apártate antes de que la encierre por desobedecerme!

Los ojos de Semira se llenaron de lágrimas cuando Rucer se tensó dando un paso atrás. El guardia se acercó a ella y extendió las manos. —No... —Negó con la cabeza. —No los separareis de mí.

—¿Quieres que tus hijos acaben en el calabozo contigo por contradecir mis órdenes? —preguntó el rey fríamente—. ¡Puede que haya pasado por alto muchas cosas que han ocurrido contigo, pero no tenses la cuerda porque se me está acabando la paciencia!

—¿Al calabozo? —Let no salía de su asombro. —Solom...

—Esta es una decisión de mi padre y estoy de acuerdo con él. No te metas, mujer.

Let se tapó la boca asombrada por la respuesta de su esposo y Semira se echó a llorar. —No, no os la llevareis.

El rey asintió. —Muy bien. Al calabozo.

Semira gritó de la impotencia y Rucer pegó un puñetazo al guardia dejándole sin sentido. Cogió al niño de brazos de Clod y gritó —¡Semira! ¡Ya está bien! ¡Eres mi mujer por orden del rey! ¡Acéptalo porque no voy a consentir que por tu cabezonería los niños acaben en el calabozo!

Le miró con ganas de matarle. —¡Todo esto es culpa tuya!

—¡Seguramente sí! ¡Pero es lo que querías!

—¡Debería estar loca para quererte, cerdo insensible! ¡Puede que tenga

que soportarte porque el rey se ha puesto de tu lado, pero pediré a mis ánimas quedarme viuda cuanto antes!

El rey puso los ojos en blanco mientras que Rucer sonrió para su sorpresa y ella dijo con desprecio —Sí, riéte. —Dio un paso hacia él furiosa. —Entre estas paredes he aprendido como librarme de un marido molesto sin que se entere nadie. Tú sabrás lo que haces.

—¡Semira! —gritó el rey—. ¡Cómo a Rucer le ocurra algo, morirás con él!

—¡Sabía que no tenía que fiarme de ti! —le gritó al rey desquiciada—. ¡Sabía que me traicionarías si con ello conseguías lo que te convenía para el reino! ¡Ahora te conviene él y le ayudas destruyendo mi vida! ¡Eres un traidor!

Todos jadearon de horror y Rogar levantó la barbilla. —Y tenías razón. Haré lo mejor para mi reino. —Dio un paso hacia ella y Rucer se puso en medio. El rey sonrió. —Haces bien en protegerla, porque debería matarla ahora mismo por lo que acaba de decir. Queda expulsada de palacio. Sácala de mi vista, Rucer. Antes de que se ponga el sol la quiero fuera de aquí.

—Sí, majestad. —El rey se volvió dejando el silencio tras él. Rucer miró a Let que se tapaba la boca horrorizada y le dijo —Coge a tu sobrino. —Let se acercó de inmediato. —¿Podéis dejarnos solos un momento?

Salieron de la habitación a toda prisa. Todos menos Clod que miró a su hermana. Tenía la cara tallada en piedra y le tendió a su hija. Su hermano salió de la habitación mirando con rabia a Rucer que en cuanto salió cerró la puerta. Tomó aire antes de girarse para enfrentarla. Semira miraba al vacío sin comprender lo que había ocurrido. Hace una hora todo iba bien, pero él había regresado y toda su vida se había vuelto del revés. ¡Había insultado gravemente al rey!

Rucer dio un paso hacia ella. —Siento todo lo que ha ocurrido. No sabía que iba a hacer eso, te lo aseguro, pero tu comportamiento ha sido inaceptable —dijo con calma.

—No hace falta que disimules —siseó con rabia—. ¡Tú estás metido en esto!

Negó con la cabeza. —No. Pero me alegro. Decir lo contrario sería mentirte. Me alegro de que nos haya casado porque eres la madre de mis hijos y te quiero.

—Me quieres —dijo con desprecio—. No sabes lo que es el amor.

—Estás disgustada y enfadada conmigo. Lo entiendo. —Tomó aire como si se estuviera conteniendo. —¡Pero tienes que tener en cuenta que no regresabas

de Candes! ¡Y que después me rechazaste! ¡Eso por no hablar de que desapareciste y te encuentro embarazada! ¡Cualquiera hubiera pensado que no era suyo! —le gritó a la cara—. ¡Ahora recoge tus cosas porque tenemos que salir de aquí de inmediato! ¡Queda menos de una hora para que anochezca!

—No tengo nada que recoger. Solo a mis hijos.

—¡A nuestros hijos!

Semira le pegó un tortazo y chilló cuando la agarró por la cintura tirándola sobre la cama. Se quedó sin aliento cuando se tumbó sobre ella atrapando las manos con su fuerte pecho y él susurró —No vuelvas a hacerlo, preciosa. No controlas tu carácter cuando te disgustas. Vi como matabas a un hombre en tu dolor y tienes una lengua tan afilada que has insultado al mismísimo rey, pero como vuelvas a levantarme la mano lo vas a pagar. Eso te lo juro.

—¡Muérete!

La besó con fuerza y Semira gimió llorando por dentro porque se moría por él. Apartó la cara y Rucer la cogió por la barbilla. —Lucha lo que quieras. Me amas y terminarás perdonándome.

—¡Jamás!

—Eso es mucho tiempo, preciosa.

Se levantó cogiendo su muñeca y tiró de ella hacia la puerta. Todos estaban en el salón. —¡Nos vamos!

Clod miró a su hermana con el bebé aún en brazos. —¿Me voy también? —Parecía que no sabía qué hacer. Semira le miró con ternura. Seguro que estaba deseando quedarse con Let unos días y ella lo había estropeado.

—No —dijo Rucer sorprendiéndola—. Te quedarás en palacio y empezarás a ejercitarte. —Semira jadeó indignada, pero él la ignoró. —Coge a tus hijos, mujer.

Liasa apretó los labios. —Necesitará ayuda.

—No, mi esposa es muy capaz de cuidar a sus hijos.

—Yo quiero volver a casa —dijo Rea cogiendo al niño en sus brazos—. No te negarás a llevarme, ¿verdad? Vamos en la misma dirección.

Rucer apretó los labios. —No, por supuesto que no. Pero en cuanto llegemos tienes prohibido ir a la casa grande hasta que yo lo diga. —Sonrió malicioso. —Mi esposa y yo necesitamos intimidad.

Semira le hubiera matado en ese momento. Y no hubiera sentido remordimientos en absoluto. —Date prisa en despedirte —ordenó él antes de acercarse a Solom.

Se alejaron para hablar a solas y ellas se acercaron a Semira a toda prisa.

—Estás loca —susurró Liasa—. ¿Cómo se te ocurre insultar al mismísimo rey?

—Let, cuidarás de Clod, ¿verdad? —preguntó ignorándola.

—Claro que sí. Estará muy bien, ya verás. —Preocupada la abrazó. —Cuídate tú.

Cuando se separaron, se agachó ante su hermano. —Vas a entrar en la guardia real. Padre estaría muy orgulloso.

Los ojos de su hermano se llenaron de lágrimas. —No te he protegido como le prometí.

—Sí que lo has hecho, ¿recuerdas? —Le besó en la mejilla. —Cuida de Let —susurró.

—¿Estarás bien?

Levantó una ceja. —Claro que sí. Soy muy dura. Regresará a palacio por no soportarme, eso te lo aseguro.

Clod sonrió malicioso. —Hazle pagar. —La abrazó por el cuello y le dijo al oído —Tienes el resto de lo que robamos en Candes en el árbol azul. Si ves las cosas difíciles cógelo y huye.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando se apartó le acarició la mejilla. —Te quiero.

—Y yo a ti. Cuida de los niños.

Se levantó y miró a Liasa a los ojos. —Siento todo esto.

—Niña, arregla las cosas con tu marido —dijo preocupada—. Todavía puedes ser feliz.

Forzó una sonrisa. —¿Volverás?

—Ahora esta es mi casa. Aquí me siento feliz.

—Semira, nos vamos. —Rucer se cruzó de brazos y Rea llegó corriendo con un zurrón cruzado en el pecho. —He cogido mantas y telas para los pañales de los bebés.

—Gracias.

—¡De eso tendrías que haberte encargado tú! ¡Qué para eso eres su madre!

Semira se tensó cogiendo a uno de los bebés en brazos. —Y le he dado las gracias.

Rucer apretó los labios. —Sal por la puerta, mujer. Debemos darnos prisa.

Ahora se creía con derecho a darle órdenes. Éste se iba a enterar. Salió con la cabeza muy alta y Rea la siguió. Rucer y Solom las siguieron y cuando salieron al patio allí les esperaba el carro del padre de Rea. Un lacayo las ayudó a subir y ella le miró indignada porque las hacía esperar mientras hablaba muy serio con su amigo. Gruñó por dentro y Rea siseó —Éste se va a enterar.

—Tú déjame a mí. Antes de un mes le está rogando al rey que le libre de este matrimonio.

—A ver si el rey te quita del medio para librarle de este matrimonio. Te has pasado tres aldeas por lo menos.

Volvió a gruñir y levantó la vista. Al ver al rey a la ventana entrecerró los ojos porque sonreía de oreja a oreja. Cuando Liasa se colocó a su lado sonriendo como él y se despidieron con la mano dijo por lo bajo —Sí, reiros manipuladores metomentodo. Quien ríe el último, ríe mejor.

Rucer asintió y bajó los escalones ordenando que ataran su caballo al carro. Se subió sentándose a su lado y molesta se apartó todo lo que pudo. Miró hacia arriba sin poder evitarlo y Solom les dijo —Que tengáis buen viaje.

Le dio la sensación de que se estaba pitorreando y le fulminó con la mirada. El príncipe reprimió una sonrisa. Ella volvió a mirar hacia arriba, pero vio a una mujer en la ventana inferior a la del rey. Sus ojos indicaban que la odiaba y se le pusieron los pelos de punta al reconocer a la mujer como la hermana del rey. La princesa Asinda.

Mientras se alejaba se quedó en silencio pensando en ello y miró de reojo a Rucer. —Pasaremos la noche en el pabellón de caza.

—Tenemos que regresar a palacio.

—¡Semira, olvídate de eso! ¿Quieres enfrentarte a la ira del rey?

—¡Tengo un mal presentimiento! Debemos volver.

—Semi, ¿qué ocurre?

—He visto a la princesa Asinda a la ventana y me ha mirado...

—¡Igual no le ha gustado nada que insultaras a su hermano y ante testigos! —Rucer azuzó los caballos demostrando que no iba a dar la vuelta.

¿Sería eso? Sí, igual era eso. Su hijo protestó en sus brazos antes de echarse a llorar con fuerza. Y tuvo que darle el pecho para que se calmara. Rucer no perdía detalle y cuando ella vio una sonrisa en su rostro le soltó —¿Quieres mirar el camino?

—¿Quieres llevar tú el carro?

Rea gruñó tras él y Rucer se volvió ligeramente para ver a la niña dormidita en sus brazos. —¿Ella no come?

—Ólia come menos —dijo a regañadientes—. Rogar es un glotón.

—Buscaremos un ama de cría.

—¡Puedo alimentar a mis hijos!

Se cubrió el pecho y levantó a Rogar dándole palmaditas en la espalda. Su hijo eructó con fuerza y Rucer sonrió orgulloso. El niño se durmió antes de cogerle en brazos de nuevo. Se pasaron unos minutos en un incómodo silencio y Semira iba a decir algo a su amiga cuando Rucer le tapó la boca. Abrió los ojos como platos mirándole e iba a morderle la mano cuando Rucer detuvo el carro lentamente. —¿Qué ocurre?

—Pásate atrás —dijo mirando al frente con el ceño fruncido.

Semira cogió su mano y sujetando a su hijo con el otro brazo se pasó a la parte de atrás del carro, sentándose en el suelo al lado de su amiga que susurró —¿Por qué se detiene?

No contestó porque en ese momento tras su amiga vio salir a un soldado del rey con una espada en la mano. Rucer se puso de pie sacando su espada. —¿Qué haces aquí, Carver? Deberías estar de guardia en palacio.

En ese momento aparecieron otros tres soldados rodeando el carro. Semira no dejaba de mirar a aquel hombre y en sus ojos se leía claramente que no buscaba nada bueno. —Rucer...

—¿De quién seguís órdenes? Porque mías no.

—Ha llegado el momento de un cambio. Levon hubiera sido tu sucesor cuando Arna llegara al poder. En unos años todo hubiera sido muy distinto.

—¡Malditos traidores! ¿Y quién va a reemplazarme? ¿Tú? —Asustada vio como ese tal Carver se adelantaba. Le odiaba. Nerviosa miró a su alrededor. Los hombres iban armados y tembló temiendo por su familia. —Si me queréis a mí, dejar que mi mujer y mis hijos se vayan.

Los hombres se echaron a reír. —Es que ella nos interesa casi tanto como tú.

Miró a Rea. —Llévate a mis hijos.

Su amiga estaba pálida. —No voy a dejarte aquí.

—Por favor, dejar que se vaya con los niños. ¡Os lo suplico! —gritó con lágrimas en los ojos.

—¡Semira! —Rea la cogió asustada por el vestido y los soldados se miraron los unos a los otros.

—¡Semira no te muevas! —ordenó Rucer cuando dejó el bebé sobre el

suelo del carro.

—Yo no quiero matar niños —dijo uno de ellos a su jefe que apretó los labios como si se lo estuviera pensando.

—¿Y que te delate, idiota? ¡Sabe quién eres!

Rea dejó a la niña sobre el suelo al lado de su hermano y se levantó uniendo las manos. —Juro que no volveré a palacio. Me iba a mi aldea y allí pienso ir. Lo juro.

Los hombres estaban indecisos. —¡Me importa poco la venganza de la vieja! —dijo uno de ellos—. Yo no mato niños.

—¡Está bien! ¡Qué se vaya! —Dio un paso hacia el carro. —Pero como te vea por palacio y nos traiciones, recuerda que no sabes quién está de mi parte. Te rajarán el cuello antes de que te des cuenta.

Semira lloró del alivio y bajó del carro a toda prisa. Rucer descendió lentamente colocándose a su lado. Rea se puso a las riendas y el hombre que estaba ante el carro se apartó. Semira asintió y su amiga agitó las riendas. —¡Ja!

La vieron alejarse y los cuatro les rodearon. —Malditos cerdos. Os descubrirán tarde o temprano. Ahora Solom ha vuelto a casa.

Los hombres se echaron a reír. —Como si nos importara ese enclenque.

Semira se limpió las lágrimas agachando la cabeza y vio el puñal en la bota de Rucer. Tomó aire levantándola mirada hacia Carver y sonrió sorprendiéndole. —Gracias.

—¿Por matarte?

—No, por darme la oportunidad de ayudar a mi hombre.

Antes de que nadie se diera cuenta se agachó cogiendo el cuchillo y lo tiró con fuerza clavándoselo en el vientre. Rucer agitó su espada rajando el cuello del que tenía al lado mientras Semira se agachó cuando la atacaron con la espada. Al ver que la punta había rajado el chaleco de Rucer que seguía peleando como si nada, gruñó con rabia antes de agacharse de nuevo. Gritó cuando vio como caía un largo mechón de pelo al suelo y rodó sobre sí misma mientras la espada se clavaba en el suelo enganándole el vestido. El soldado levantó la espada y Semira se arrastró hacia atrás. —¡Piedad!

—¡Maldita zorra, has matado a Carver!

Semira se cubrió la cabeza gritando mientras cerraba los ojos y cuando la espada no cayó, miró sorprendida hacia arriba para ver a Rucer con las manos en las caderas observándola furioso. —¿No te dije que no te movieras del carro? —vociferó.

Miró a su alrededor para ver los cuerpos rodeándola y suspiró del alivio.

Rucer la cogió por la cintura levantándola del suelo y se miraron a los ojos. — ¿Estás bien? —susurró preocupada aferrándose a su cuello.

—¿Y tú?

Mirando sus ojos grises se dio cuenta que había estado a punto de perderlo todo. De perder a sus hijos y de perderle a él. Y no podría soportarlo. Le necesitaba. Había formado parte de su vida tantos años... Había soñado tantas veces con lo que tenían ahora y con el futuro que les esperaba que no podía desaprovechar la oportunidad por su rencor.

—¿Estás bien, preciosa? Contéstame. ¿Te ha hecho daño?

Ella miró sus labios y a Rucer se le cortó el aliento. Él atrapó su boca y se besaron apasionadamente mientras se abrazaban como si quisieran fundirse el uno con el otro. Necesitaba sentirle y respondió a su beso entregándose a él. Rucer apartó su boca y apoyó su frente en la suya. —Nunca en mi vida he pasado tanto miedo como hace unos minutos, preciosa. Dime que estás bien.

—Te quiero. —La miró sorprendido y Semira sonrió. —Pensaba vengarme de ti, pero me acabo de dar cuenta de que no merece la pena. No quiero perder un minuto más discutiendo contigo, porque te amo y antes o después terminaré perdonando que hayas sido un cabrón egoísta. Soy magnánima.

Rucer se echó a reír. —Magnánima, ¿eh?

—Tendrás que compensarme, por supuesto.

—Lo que desees. —La besó suavemente en el labio inferior. —¿Qué deseas?

—Que me ames.

Rucer perdió la sonrisa. —¡Claro que te amo! —le gritó a la cara.

—¿Ah, sí? ¡Pues entonces quiero que me lo demuestres!

—¿Y cómo quieres que te demuestre que te amo? ¿Acaso no lo he hecho ya? Me he casado contigo, ¿no?

—¡No! ¡Te han casado conmigo, que es muy distinto!

Escucharon como el carro regresaba por los llantos de los niños y Rea sonrió acercándose. —Veo que no ha ido mal. ¿Regresamos a casa?

La dejó en el suelo volviéndose hacia ella. —Regresaré yo. Vosotras iros al pabellón de caza hasta que vuelvas.

—Pero...

—Cielo, no quiero que regreses. ¿Acaso no recuerdas que has sido expulsada de palacio?

—¡No le importará! ¿Verdad? —Su amiga se encogió de hombros. —

¡Son circunstancias especiales!

—Semira...

—Voy a atender a los niños.

Rucer frunció el ceño. —Nunca me hará caso, ¿verdad? Siempre hará lo que le venga en gana.

—Vete aceptándolo. Te llevarás menos disgustos.

—Así irás demostrando que me amas. —Semira sonrió de oreja a oreja subida al carro con Rogar en brazos. —Rea, ¿te ocupas de la niña?

Rucer se cruzó de brazos. —¡No voy a darte la razón en todo para demostrar que te amo! ¡Menuda estupidez!

Rea rió por lo bajo. —Veo que estáis más unidos. Eso es bueno. Un matrimonio tiene que llevarse bien.

Semira sonrió. —Me ama. O al menos eso dice. Me lo demostrará poco a poco como yo se lo he demostrado durante todo este tiempo. Aún estoy algo molesta porque dudara de mí... pero haré la vista gorda.

—¡Semira! ¡Al pabellón de caza! —ordenó yendo hasta la parte de atrás y desatando el caballo.

—Pero...

—¿Crees que voy a ponerte en riesgo regresando a palacio y enfadar al rey?

—¡Es de noche, no vamos a ir solas a ningún pabellón! ¿No te preocupa nuestra seguridad?

Rucer gruñó atando el caballo de nuevo y empezó a cargar cadáveres en el carro. —¿Qué haces?

—¡Al menos así tendremos una excusa! ¡De otra manera igual se piensa que estamos mintiendo!

—¿Por qué íbamos a mentir?

—¡Por regresar a palacio con Let! Harías cualquier cosa por estar con tus hermanos y convencerme a mí no te costaría nada.

—No está mal que tengamos pruebas —dijo Rea alargando la mano y palpando la chaqueta de uno de los soldados. Rucer la miró atónito cuando sacó una moneda de su bolsillo—. Él ya no la necesita.

Semira soltó una risita pasándose al lado de Rucer que subía al pescante. —Estoy lista —dijo sonriendo.

Él gruñó y Semira le guiñó un ojo. —Cielo, por nuestro matrimonio y el nacimiento de los niños, deberías perdonar la cosecha a los aldeanos de nuestras

tierras. —Miró al frente pero como no se movía le miró de nuevo. Rucer sonreía admirándola. —¿Qué ocurre?

—Te amo más que a nada, preciosa.

Se sonrojó de gusto. —Vas mejorando. Pero me lo tienes que demostrar. Ya te lo he dicho.

El carro echó a andar. —¿Crees que te lo demostraré algún día?

—Bueno, tú empieza y ya veremos cuando llegas a convencerme del todo. Puede que dentro de veinte años ya no tenga dudas de tu amor.

—¿Dudas de mí, mujer?

—Eso no sería de buena esposa, ¿verdad?

—¡No!

—Muy bien. Dejaré de dudar que me quieres.

—¿De verdad?

—¡No!

La risa de Rea inundó la noche. —¡Me rechazaste! ¡Lo hubiera dejado todo por ti!

—Lo hice por tu bien, mi amor... No te veía de labrador.

—¿Acaso no te demostré que te quería cuando no descubrí que tu hermano vivía?

—No. Te callaste porque querías hacerme tuya, que no es lo mismo.

—¿Acaso no te demostré que te quería cuando no te acusé de asesinato después de matar a aquel viejo? ¿Y al tabernero? ¿Y al enterarme de que robabas?

—¡Al tabernero no lo maté yo! —respondió indignada.

—¿Acaso no demostré que te amaba cuando renuncié a ti por el reino?

—Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Un mal ejemplo?

—Malísimo —dijeron las dos a la vez.

Rucer levantó la barbilla agitando las riendas. —He demostrado que te quería más veces que tú a mí.

—Sí, tú repítelo muchas veces a ver si ese pensamiento se hace real. Por intentarlo que no quede.

Se pasaron discutiendo el tema hasta que llegaron a las puertas de palacio y alguien debió avisar al rey, porque salió con una servilleta en el pecho como si le hubieran pillado cenando. Les miró con los ojos como platos mientras descendían del carro discutiendo y pasaron ante el rey mientras Let soltaba una risita tras él. Empezaron a subir las escaleras.

—Muy bien. ¡Pues estamos empatados hasta que metiste la pata con el embarazo!

Rucer la cogió por la cintura pegándola a él y la besó apasionadamente, haciendo que quienes les miraban sonrieran.

Él se apartó y la besó en la punta de la nariz. —¿Me perdonas? Fui un estúpido que debería haberme dado cuenta de que me amabas y que nunca me harías algo así porque eres mía.

Los ojos verdes de Semira brillaron mirándole con amor. —Ya te he dicho que te perdonaba. No quiero pasar más tiempo alejada de ti. Te necesito para ser feliz.

—Pues serás feliz el resto de tu vida.

Epílogo

Semira se giró en la cama apartando la sábana para mostrar su pierna y bufó quitando de los ojos un mechón de cabello para acariciar el enorme pecho de su marido, que agarró su mano cuando enrolló los dedos en su pelo para despertarle. Sonrió maliciosa. —Mi amor...

—Ni hablar.

—¡Si no sabes lo que voy a decir!

—Sea lo que sea es ni hablar. Ya me has sacado una cosecha y una vaca por familia.

Besó su pecho. —Tus aldeanos son los más felices del reino.

—Serán más ricos que yo dentro de unos años —dijo divertido—. ¿Cómo no van a estar felices?

—¿Y tú, mi señor? ¿Eres feliz a mi lado?

Él gruñó tumbándola en la cama y apartando la sábana que la cubría. —Nunca he sido más feliz, mi vida —dijo antes de atrapar un pezón entre sus labios y acariciarlo con la lengua. Semira suspiró embriagada de deseo enterrando las manos en su pelo. Se retorció de placer cuando sus labios recorrieron el valle de sus pechos para adorar su otro seno de la misma manera. Ella tiró de su pelo y Rucer se acercó a su cara tumbándose sobre ella para entrar en su cuerpo lentamente, mientras se miraban a los ojos llenándola completamente.

Semira acarició su cuello mirándole con amor. —Te amo tanto...

Rucer salió de ella cortándole el aliento y volvió a llenarla con fuerza deteniéndose. Semira gimió intentando mover las caderas bajo su peso, pero Rucer se lo impidió haciendo que protestara. —Repítelo. —Besó su labio inferior dulcemente. —Dime que me quieres, preciosa. Escucharlo es lo mejor del mundo.

Los ojos de Semira se llenaron de lágrimas y susurró —Te amo y te amaré siempre.

Rucer entró en ella con fuerza sorprendiéndola y todo su cuerpo se tensó de placer haciéndola gritar, pero él no le dio tregua y moviendo las caderas con contundencia, la llevó al éxtasis sorprendiéndola por su intensidad.

Él besó su cuello abrazándola mientras le repetía una y otra vez que era lo mejor que había tenido en su vida, cuando la puerta se abrió y cinco niños entraron en la habitación corriendo y gritando que era hora de levantarse.

—Papá, has prometido enseñarme a montar.

—Rogar, no seas pesado —dijo su hija de seis años a su hermano—. ¿No ves que está atendiendo a mamá? Espera tu turno.

—Mami, tengo hambre. ¿Papá va a tardar mucho? —preguntó su hija de cuatro años con la muñeca de trapo en la mano.

Rucer reprimió la risa y miró a sus hijos. —En unos minutos estamos con vosotros. Rogar, llévatelos y que se vistan.

—Sí, padre.

Siguieron a su hermano y Rucer miró con sus ojos grises a su esposa. —¿Qué querías decirme antes?

—Me encanta que ahora estés en casa tanto tiempo. —Acarició su mejilla.

—Es que mi padre teme por sus tierras. Tiene una nuera demasiado espléndida.

—Muy gracioso. Por cierto...

—Aquí llega...

—Liasa va a venir de visita por la boda de Rea.

—Al fin la casamos. Ya iba siendo hora de que hiciera caso a mi segundo al mando.

—Y como viene a la boda, voy a invitarla a quedarse. Ya sabes que desde que el rey y Sira se han casado, está algo ocupada con tanto trabajo en palacio. Debe ocuparse de todo y está algo cansada desde que Asinda fue desterrada.

Rucer frunció el entrecejo. —¿Solo eso?

—Cariño, ¿recuerdas su última visita? Tu padre le hacía ojitos.

La miró perplejo. —¿Qué se te está pasando por la cabeza, mujer?

—Se quieren, pero son demasiado tímidos. ¿Me ayudarás?

—¿Yo? ¿Ahora soy una alcahueta?

—¿Lo harás por mí? Quiero verla feliz. Me ayudó mucho para que fuera la elegida del rey. —Su marido gruñó levantándose de la cama. —¿Cariño?

—La elegida del rey —refunfuñó por lo bajo.

Semira soltó una risita. —¿Aún estás celoso? Yo te elegí hace muchos años... —Levantó la pierna mostrando el botón en su tobillo ahora rodeado por

una cadenita de oro e incrustado en una esmeralda que le había regalado con el nacimiento de su tercer hijo.

Él dejó caer los pantalones al suelo para coger su tobillo, haciéndola reír cuando se lo besó subiendo por su pierna hasta el interior de su rodilla, antes de decir con voz ronca —Me elegiste y mi esposa consigue lo que se propone.

Semira sonrió de placer. —Por supuesto, mi amor. Te elegí y eres mío. Para siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Esa no soy yo” y “Lecciones del amor”. Próximamente publicará “Has cambiado mi vida” y “Dudo si te quiero”.

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Allí tienes más de noventa historias para elegir en distintas temáticas dentro de la novela romántica

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.